

ALBUM
HISTORICO
DEL EJERCITO
MEXICANO
1896

H. O. Parrill

603
5

642

W. H. Colver & Co.

UA60
A5

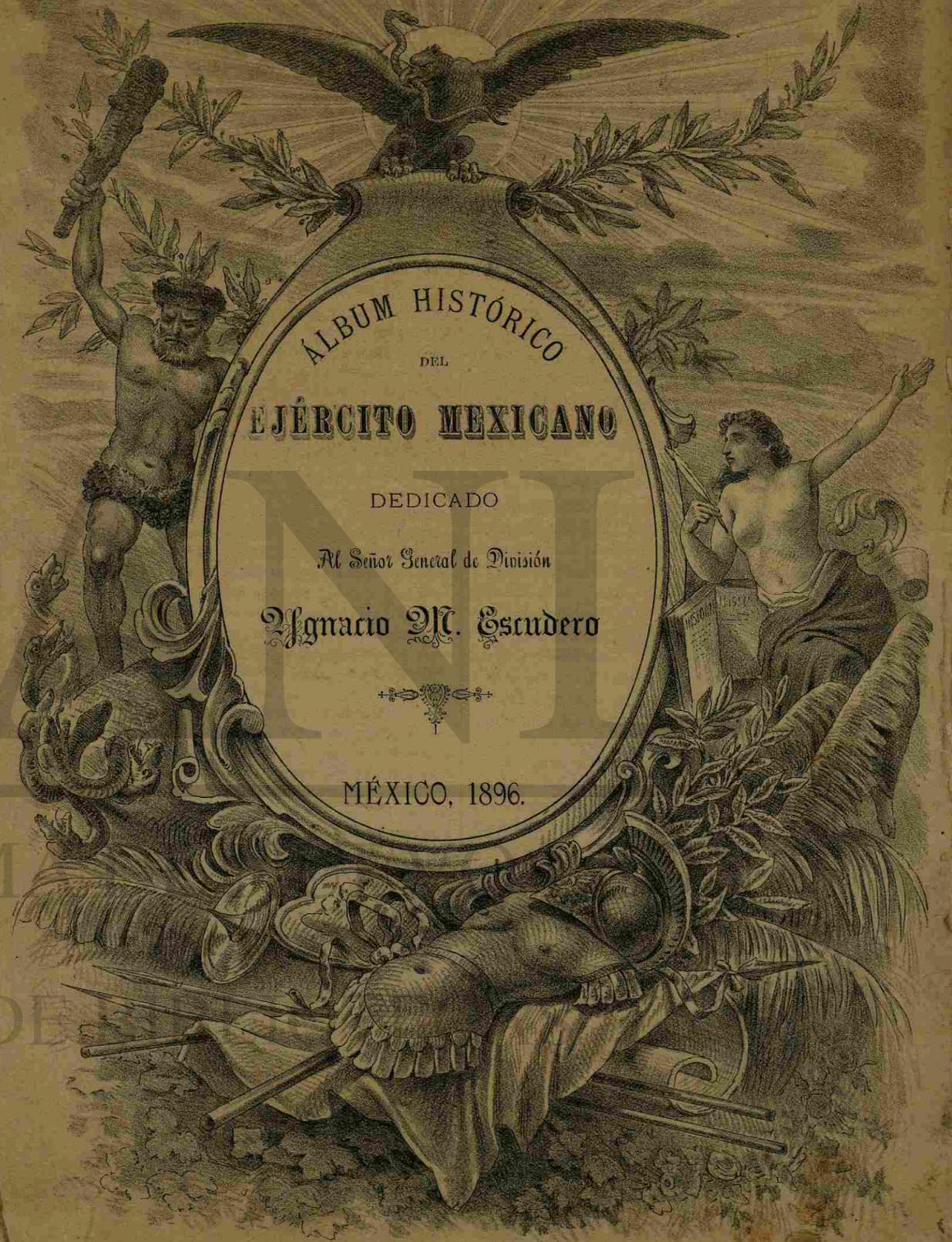
107642



1020006468



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

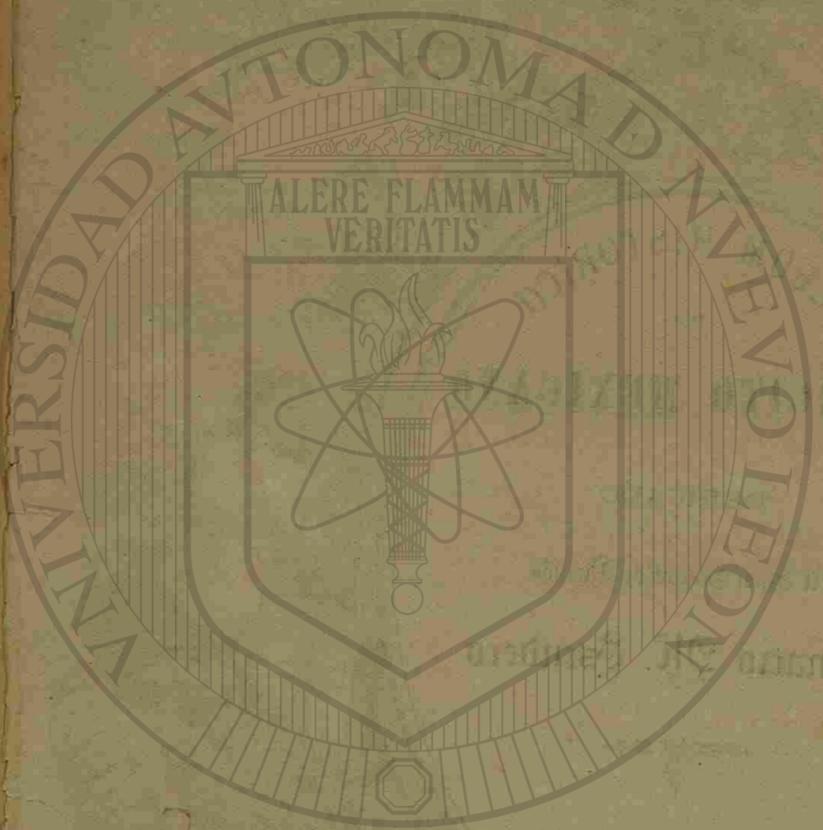


ALBUM HISTÓRICO
DEL
EJÉRCITO MEXICANO

DEDICADO
Al Señor General de División
Ignacio M. Escudero

MÉXICO, 1896.

UA 603
A5



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

A NUESTROS LECTORES

Con fecha 9 de Enero de 1894, hicimos circular con bastante profusión el prospecto que á la letra dice:

Imprenta Reforma y Casa Editorial del Lic. Rómulo O'Farrill.—1a. Calle Ancha 3—México.—México, 9 de Enero de 1894.—Señor . . .—Muy Señor mío:—Tenemos la honra de remitir á vd. la aprobación de la Secretaría de Guerra, A la que nos hemos dirigido con objeto de recabar la autorización competente para publicar la obra intitulada: ALBUM HISTÓRICO DEL EJÉRCITO MEXICANO, y que contendrá los retratos y biografías fidedignas de los dignos militares de la Nación que han prestado sus gloriosos servicios en defensa de la Patria.—Nuestro deseo al publicar dicha obra, es llenar un vacío imperdonable que existe en nuestra Historia nacional. ¿Cuántos habrá que en su calidad de subalternos hayan prestado importantes servicios que no estén reconocidos? ¿Cuántos vivirán ignorados por olvido en el corazón de sus compatriotas, siendo dignos tal vez de una epopeya gloriosa? Y ¿cuántos también habrán regado con su sangre los campos de batalla sin ostentar sobre su pecho merecido galardón?—Venimos, pues, á reivindicar los derechos de nuestros compatriotas y héroes, cualesquiera que sea su graduación: queremos hacer la reminiscencia histórica y desapasionada de cuantas campañas se hubieren librado, desde las que motivaron las intervenciones americana y francesa, hasta las que llenaron de orgullo las armas nacionales, cimentaron la paz y condujeron la nave de la República por la senda del progreso: LA REVOLUCIÓN DE TUXTEPEC.—Perteneciendo ud. al Ejército, en cuyo Escalafón está registrado con el grado de . . . á que ha llegado por sus merecimientos, le suplicamos se digne prestarnos su valiosa cooperación, enviándonos á la mayor brevedad su retrato, con atenta dedicación al Señor General de División D. Ignacio M. Escudero (á quien la obra está dedicada), los apuntamientos de las campañas en que se batió y los retratos de sus compañeros de armas, que en calidad de subalternos estén bajo su custodia inmediata.—El precio del ALBUM á que nos referimos, impreso con TODO LUJO, será el de OCHO PESOS, pagaderos en esta ciudad, y en atención á la idea que entraña, esperamos de su reconocida ilustración y patriotismo, se digne aceptar el do-

cumento que le enviamos, por el valor de los ejemplares que tenga á bien tomar, remitiéndonos su contestación para depositar cuanto antes el mencionado ALBUM y dar cima á nuestra empresa.—Agradecidos de vd., somos affmos., atentos y S. S.—Rómulo O'Farrill y Comp.—Nota.—La subscripción de un solo ejemplar da derecho á la publicación del retrato del subscriptor y á los apuntamientos biográficos que remitiere.

Nuestros agentes salieron fuera de la Capital á recorrer los diferentes Estados de la República y personalmente tuvimos la satisfacción de que, la mayor parte de los dignos Jefes que están al frente del ejército, aceptasen nuestra obra remitiéndonos muchos los apuntamientos que insertamos, pero de otros no hemos recibido tales apuntamientos, lo que servirá de excusa á los que subscriben para que no se les atribuya á falta de voluntad esta omisión, si la cometemos.

Abrimos pues, nuestro precioso Album, con la brillante página de oro de nuestra historia patria en donde se hallan inscritos los hechos heroicos del gran Patricio y eminente estadista, C. General Porfirio Díaz.

Por ese orden seguiremos con las demás biografías de tantos dignos jefes y héroes que han encumbrado al pináculo de la gloria, después de haber regado con su sangre los campos de batalla.

Confesamos nuestra incompetencia y por lo mismo para mayor acierto hemos tenido que copiar á las ilustraciones más competentes en la materia.

Nuestra cosecha es pobre pero sincera y suplicamos á los dignos republicanos, de quienes haremos mérito en el cuerpo de esta obra, se dignen aceptar nuestras palabras como el testimonio más elocuente de admiración y respeto.

Los Editores.



107642

APUNTES DE LA HISTORIA MILITAR

DEL G. GENERAL

PORFIRIO DIAZ

INTRODUCCION

La vida militar del eminente caudillo que hoy rige los destinos de la nación mexicana es conocida de todos, como que está enlazada íntimamente con los sucesos más notables de nuestra historia contemporánea.

Efectivamente, ella abraza el período de la revolución popular de Ayutla, á la que México debe su actual sistema político; el de la empeñada guerra de Reforma que fué el complemento de la revolución de Ayutla y que cambió social y moralmente la faz del país; el de la guerra contra la Intervención y el Imperio, en que se consolidaron la Independencia de la República y las instituciones democráticas; y el de las revoluciones de la Noria y de Tuxtepec que fueron impulsadas por el pueblo, y cuyas aspiraciones de paz y de progreso se han visto realizadas, después del triunfo de la última en 1876.

Así, pues, los hechos militares del general Díaz pertenecen á la gran Epopeya nacional, á la única que merezca tal nombre, después de la heroica guerra de Independencia comenzada en 1810, y de que juntamente con ésta puede México enorgullecerse, tanto por sus gloriosos resultados, como por la grandeza de sus causas.

Es natural, por lo tanto, que la vida de un guerrero que ha sido consagrada constantemente y durante un tan largo trascurso de tiempo á las luchas en defensa de la Patria, de la Libertad y del Progreso, y que ha sido ilustrada con proezas singulares y con espléndidas victorias, sea conocida y admirada, no sólo en nuestro país, sino en el extranjero, donde todo el mundo sabe que el gobernante que hoy personifica la paz y el crédito de México, ha sido antes el campeón armado de sus instituciones.

Pero tal conocimiento se funda solo en los notables hechos de esa gloriosa carrera militar, cuyas etapas significan todas, ó la conquista de un principio, ó la elaboración de la República á los ojos del mundo civilizado.

Estos rasgos prominentes forman la hoja de servicios que la gratitud nacional recoge, y que constan de fechas memorables y de resultados evidentes.

En torno de esas fechas y como causas de esos resultados se agrupan numerosos hechos dignos de narrarse y de apreciarse por el historiador; por el filósofo y el patriota: y estos hechos permanecen todavía en la oscuridad, no siendo conocidos sino de muy pocos individuos, testigos presenciales ó amigos y compañeros de armas del soldado ó del caudillo.

Referir, pues, de una manera detallada la vida militar del general Díaz, tan fecunda en accidentes, tan variada en sus aspectos y tan interesante para la historia de nuestra Patria y para el estudio de sus progresos, tal es el propósito que se ha formado el autor de esta biografía.

Para realizarlo cuenta con buen acopio de datos fehacientes y de documentos irrecusables que ha podido obtener, merced á sus investigaciones, ó á la deferencia de personas respetables que han querido confiárselos.

En cuanto al carácter literario de la obra, el autor cree casi inútil manifestar que siendo la obra de un soldado, no puede menos que encomendarse á la benevolencia de los lectores. Ella no tiene más mérito que el de suministrar á los escritores mexicanos, que con mayores facultades ilustren la historia nacional, la narración más completa de la vida del soldado republicano que, salido de las filas del pueblo, en virtud de sus largos servicios en la guerra, hoy es el protector de la paz y del adelanto de México.

México, Septiembre 15 de 1889.

General

Ignacio M. Escudero.

VIDA MILITAR Y POLITICA

La carrera militar del General Porfirio Díaz comenzó con aquella inmortal revolución de Ayutla que, al cerrar para siempre el período de los motines que desde la Independencia habían ensangrentado al país, debía iniciar la evolución republicana dando un Código definitivo á la Nación, y dejando á ésta constituida de una manera tan vigorosa, que alcanzara salvar por segunda vez su autonomía, y conquistara un puesto altísimo entre los pueblos libres, progresistas y respetados.

A pesar de que nos hemos propuesto alejarnos en nuestro trabajo de todo lo que pueda darle un colorido político, tenemos necesidad de tocar los sucesos de aquella época, porque la vida de los hombres que tan alta participación toman en los acontecimientos públicos, hasta llegar á ser los salvadores de la patria, tiene que presentar un fondo histórico que es imposible suprimir.

Estamos en Oaxaca, el suelo clásico de la libertad, y llegamos al año de 1855, cuando el pueblo mexicano hacía esfuerzos poderosos para sacudirse la dictadura de Santa Ana que había brotado de la falsificación del Plan de Jalisco.

Porfirio Díaz, hijo del Estado, y alumno del Instituto donde hizo todos sus cursos hasta el de derecho, había sido educado por los hombres más notables del partido liberal, que le habían inculcado sus convicciones democráticas y su ardiente patriotismo.

Tuvo, pues, que correr la suerte de sus maestros, en cuyos trabajos revolucionarios tomaba ya parte, cuando aquellos ilustres profesores sufrieron confinamientos, prisiones, destierros y todo género de persecuciones. El C. Porfirio Díaz se vió obligado á huir de la capital, uniéndose á un grupo de liberales armados que al mando de Herrera combatió en la Mixteca contra la tiranía.

Esta fuerza fué disuelta por los continuos ataques de las tropas del dictador, y nuestro biografiado tuvo que permanecer oculto, hasta que en Julio de 1855 el pueblo de Oaxaca derrumbó á las autoridades usurpadoras estableciendo otras escogidas entre el círculo republicano.

Porfirio Díaz fué nombrado entonces Sub-prefecto del Distrito de Ixtlán, donde estuvo inconforme respecto á la marcha política del Gobernador del Departamento Don Nicolás Fernández y Muedra, que había establecido su gobierno en Villa Alta.

Pero para comprender los sucesos posteriores, tenemos que fijarnos por un momento siquiera en los graves hechos que en aquellos días se consumaron en la capital del Estado.

En aquella entidad federativa, convertida en entonces en Departamento por el centralismo, los movimientos revolucionarios, cualquiera que fuese el partido que los realizara, sólo se efectuaban en la capital, pues los Distritos secundaban en su mayoría el plan proclamado por el vencedor. Los vencidos en tanto se dispersaban, hasta que volviendo á recobrar su vigor, tornaban á la lucha obteniendo el triunfo á su vez.

El Estado estaba dividido en ocho Departamentos, y entre éstos se contaba el de Villa Alta, al cual pertenecía Ixtlán, cuya Sub-prefectura estaba sometida al Jefe del Departamento.

Ixtlán está situado al Noroeste de Oaxaca, en la gran cordillera oriental que atraviesa la República. Su población laboriosa y honrada estaba en tal suerte abatida, que su falta de espíritu originó que quedara exceptuada de todo servicio militar. Sólo Porfirio Díaz supo despertar á aquel pueblo, hacerlo guerrero y lanzarlo enérgico y valiente á la vida política é inspirarle un espíritu de progreso.

Con esos elementos nuevos é inexpertos se preparaba el joven Sub-prefecto á luchar contra los cuerpitos disciplinados de Santa Ana.

En la época á que hemos llegado, los liberales de Oaxaca, fuertes con la opinión, alcanzaron que el General García, Gobernador del Estado, reconociese por unos días el plan de Ayutla; pero como en éste se proclamaba la disolución del ejército, los Jefes y Oficiales que rodeaban á García lo obligaron á que hiciera una contra revolución, contando con el 4º Regimiento de Caballería, el 10º de Infantería de línea y la brigada del General Callejo.

Con tan poderosos recursos pudo el Gobernador García imponerse á los republicanos, y éstos tuvieron que ceder. Don Ignacio Mejía, que fué más tarde Ministro de la Guerra, y que entonces era uno de los Jefes del movimiento á favor del plan de Ayutla, pactó con García una capitulación, desconfiando del pueblo que militaba á sus órdenes, y á pesar de ocupar la fuerte posición de Santo Domingo.

Un grito de indignación acogió tal acto de Mejía: los republicanos desconocieron á este Jefe, que se vió expuesto á perder la vida por su debilidad; y aquellos desocuparon el convento de Santo Domingo para atacar al 4º Regimiento que cargaba sobre ellos á la lanza, haciéndoles muchos muertos. Esto pasaba el 12 de Diciembre de 1855.

Los republicanos quedaron derrotados.

Creyó entonces García que había dominado la revolución y mandó circulares á los Gobernadores de los Departamentos y Sub-prefectos para que reconocieran el Gobierno de Santa Ana.

Porfirio Díaz, Sub-prefecto de Ixtlán, contestó negándose y amenazando con marchar sobre Oaxaca. García entonces intimó á Díaz que se sometiese ó que recurriría á la fuerza armada; pero el joven republicano, en vez de acatar aquellas órdenes, avanzó con 300 hombres bien armados y municionados hasta la Parana, donde hizo alto, después de haber dirigido á los demás Sub-prefectos y Jefes de los Departamentos una circular excitándoles á que sostuvieran los principios de la revolución liberal.

Allí recibió la noticia del desastre causado por la capitulación de Mejía, á la vez que le indicaban sus correligionarios que en Oaxaca hacían la revolución, la necesidad de abstenerse por aquellos momentos de todo acto inoportuno que comprometiera el éxito.

Porfirio, obsequiando la orden de los directores, retrocedió á Ixtlán licenciando su fuerza; pero no fué largo aquel paréntesis y pronto volvieron los republicanos á la lucha con más vigor y energía. Entonces éstos tenían á su frente á Luis Carbó, que era con quien estaba en relaciones directas el joven Díaz.

El partido reaccionario, envalentonado por los sucesos de Diciembre, creyó que había llegado la ho-

ra de reprimir enérgicamente toda tendencia de libertad, y la Autoridad Militar de Oaxaca dictó medidas verdaderamente opresivas y vejatorias contra el pueblo.

Exasperados los liberales salieron de su inacción y tomando las armas se apoderaron de Santo Domingo, á pesar de la resistencia opuesta por los reaccionarios. Mejía, que quizá reconoció su error, Díaz Ordaz y una multitud de patriotas, realizaron aquel audaz movimiento. Y éstos llamaron al Sub-prefecto de Ixtlán para que se les uniera con la fuerza que tuviera. Díaz reunió ciento cincuenta hombres, llegando oportunamente á la capital del Estado, y tomando una parte muy activa en el triunfo de los republicanos.

No podemos detenernos en relatar los episodios que en aquella época de gloria tuvieron lugar en el resto del país; pero sí consignaremos que al fin la dictadura había sucumbido, que uno á uno fué perdiendo Santa Ana todos los Estados, y que la revolución de Ayutla avanzaba triunfante sobre la Capital.

En Oaxaca había sido designado Gobernador y Comandante militar Benito Juárez, quien nombró Comandante de Batallón á Porfirio Díaz, en pago de los servicios que éste había prestado. Díaz renunció modestamente un empleo que no creía merecer, y volvió á la Sub-prefectura de Ixtlán donde se consagró á sus labores administrativas.

Entre tanto se consumaba en la Capital el pensamiento radical de la revolución republicana, la formación de un Código Constitutivo de la Nación; que hiciera cesar la anarquía y sirviera de lábaro al pueblo en la lucha que tenía que sostener por su reforma política y social.

En tanto que el Congreso Constituyente discutía la Carta Magna del pacto federativo, el clero y el partido conservador, que se sentían amenazados de muerte, hicieron un esfuerzo supremo prodigando el oro y excitando el fanatismo, y encendieron la guerra civil en toda la extensión de la República.

El partido liberal dió entonces una muestra de su fuerza y de su omnipotencia, arrojando la tempestad que amenazaba derribarlo. Con una actividad vertiginosa el Ejecutivo de la Unión organizaba las guardias nacionales para batir á los cuerpos del Ejército que defecionaban pasándose á la reacción, á la vez que los constituyentes sin arredrarse ante el torbellino de fuego y sangre que los rodeaba, iban formulando la Constitución que fué solemnemente proclamada el 5 de Febrero de 1857.

El Estado de Oaxaca no se escapó de la conflagración general, y numerosas gavillas reaccionarias aparecieron en él, sobre todo en los distritos del Sur. El Gobierno llamó entonces de nuevo á las armas á las Guardias nacionales, nombrando Capitán á Porfirio Díaz el 22 de Diciembre de 1856; y éste entró á

servir en el 2º Batallón del Estado, el que junto con el Primer Batallón prestó á la República tan eminentes servicios, hasta que fueron enteramente destruidos al incendiarse las municiones del Ejército de Oriente en San Andrés Chalchicomula.

Porfirio Díaz marchó con su Batallón al Sur de Oaxaca en persecución de los reaccionarios, concurriendo á la Batalla que se dió en Ixcapa el 13 de Agosto de 1857, en la que se batió con tal brío que mereció un aplauso de sus Jefes, quedando gravemente herido en esta acción.

Cuatro meses duró curándose de aquella herida, de la que no había sanado aún cuando tuvo que volver al servicio, por haber invadido el español José María Cobos el Estado con una fuerte división reaccionaria.

El célebre guerrillero del clero marchó rápidamente sobre Oaxaca, sitiando y ocupando la mayor parte de la ciudad, en cuyo lado Norte tuvo que concentrarse el Gobierno con sus fuerzas y empleados. Entonces se confió á Porfirio Díaz la defensa de Santa Catarina, con un piquete de Tuxtepec al mando del Subteniente Marcos Carrillo, y una compañía de Ocotlán, mandada por el Capitán Ramón del Pino.

En estos momentos llegé al campo republicano la Guardia Nacional de Ixtlán; pero manifestando que deseaba servir á las órdenes de su antiguo Jefe, Porfirio; y al participar Mejía á Díaz Ordaz estos hechos, expuso cuán sensible era que la herida de Díaz no le permitiera tomar el mando de aquellas fuerzas, cuyo auxilio era tan importante. Porfirio Díaz, que accidentalmente había escuchado aquella conferencia, se presentó exponiendo que, á pesar de que sufría demasiado, estaba pronto á volver al servicio activo con las nuevas tropas.

Y en efecto, al mando de éstas ocupó tres manzanas del enemigo.

Sin embargo, la situación del Gobierno era difícil, porque á la vez que los reaccionarios estrechaban el sitio y aumentaban sus elementos, éstos se agotaban en el campamento republicano, especialmente los víveres.

Alojábase Porfirio en la casa del liberal José Antonio Gamboa, hoy Oficial Mayor de la Secretaría de Hacienda, y desde las azoteas examinaba la línea enemiga, que distaba apenas el ancho de la calle, y por el costado Sur sólo estaba separada por dos casas.

Desde aquella altura pudo observar que en una de las casas ocupadas por los reaccionarios había algunos víveres, en pequeña cantidad, pero que podían servir para él y para sus oficiales que carecían de todo, pues procuraban primero que la tropa no careciese del rancho.

Resuelto Porfirio á apoderarse de aquellos víveres, en las altas horas de la noche y acompañado só-

lo de su asistente penetró en efecto á la casa, y sin ser sentido, hizo que el soldado cargara con cuanto podía servir para sus compañeros.

Al día siguiente Porfirio Díaz, preocupado lo mismo que los demás Jefes republicanos por la falta de víveres, al contestar el fuego que le hacían de una trinchera, notó que las balas levantaban un polvo blanco de los tercios con que aquella estaba formada, y comprendió que eran de harina. Propuso entonces á Mejía asaltar aquella trinchera, y apoderarse de los tercios y llevarlos al campamento liberal, ofreciendo ejecutar aquella operación.

Aceptada la idea se convino que Porfirio atacaría la trinchera con sólo veinticinco hombres armados, y que se le enviaría, cuando fuera dueño del punto, el número suficiente de soldados sin armas para que cargaran la harina. Se dispuso, además, que en tanto que Díaz intentara tan audaz empresa, una columna llamaría con un falso ataque la atención del enemigo por otro lado.

Concuidos los preparativos, Porfirio Díaz se lanzó lleno de brío sobre la trinchera, y á pesar del fuego vivísimo con que lo recibieron los reaccionarios logró apoderarse del punto; pero no llegaron los que debían trasportar la harina, ni se intentó el otro ataque.

En vano esperó el joven oficial bajo el fuego del enemigo durante mucho tiempo; hasta que viendo que le era imposible resistir ante fuerzas tan superiores, se retiró con sólo cinco hombres de los veinticinco que había llevado: los demás habían quedado en el puesto muertos ó heridos.

Porfirio apenas pudo llegar á su línea por la hemorragia de su antigua herida, que se había abierto en los esfuerzos sobre humanos de aquel combate.

Esta heroica acción tuvo lugar el 9 de Enero de 1858.

Cansados por fin los liberales de aquella situación, resolvieron atacar la parte de la ciudad ocupada por los reaccionarios, y en las primeras horas de la mañana se dió el asalto formal sobre la plaza.

A pesar de que Porfirio Díaz sufría muchísimo con su herida, pidió ser relevado del punto que defendía, para tomar parte en el combate: se le dió el mando de una de las tres columnas que atacaron, por haber sido herido el Jefe de ella, y fué uno de los primeros que penetró á la plaza principal. Hay que tener en cuenta que en estos ataques el Señor Díaz era molestado por la caballería reaccionaria que amenazaba sus flancos y su retaguardia: entonces para cubrirse, con las maderas y sombras del mercado, improvisó una especie de caballos de frisa que estorbaban al enemigo, pudiendo avanzar rápidamente.

Con Jefes de tal brío poco pudieron resistir los reaccionarios, y el triunfo sobre éstos fué espléndido

y completo, ocupando las tropas del Gobierno el Palacio, y retirándose Cobos hasta Tehuantepec. Y como los republicanos carecían de caballería, no pudieron perseguir inmediatamente al enemigo.

Constituido el Gobierno Republicano en la Capital del Estado, procedió á reorganizar su administración á fin de procurarse recursos para continuar la guerra, que no había terminado, porque la reacción contaba aun con poderosos elementos.

Pronto se organizó una columna que marchó á Tehuantepec en persecución de los Cobos y Moreno que levantaban nuevas fuerzas para reponer sus pérdidas: Porfirio Díaz formaba parte de aquella expedición compuesta apenas de las dos compañías de preferencia de cada uno de los batallones 1º, 2º y 3º de la Guardia Nacional de Oaxaca.

Si hiciéramos una narración detallada de aquella campaña, desnaturalizaríamos el carácter de este trabajo, exclusivamente consagrado á trazar la historia militar del Señor General Porfirio Díaz, Presidente h. y de la República Mexicana. Tenemos, pues, que limitarnos á tocar sólo aquellos sucesos que tienen una relación forzosa con los actos del joven soldado, cuya carrera sin mancha nos complacemos en seguir.

Ruda fué en efecto la campaña emprendida sobre los sublevados de Tehuantepec, que contaban entre sus principales elementos, además de la audacia de sus Jefes que habían llegado á adquirir una triste celebridad, mayor número de tropas, más del doble de las republicanas, y la cooperación de aquellas poblaciones que tomaron parte decididamente por la reacción.

Después de marchas forzadas y de sostener algunas escaramuzas, las tropas del Gobierno se encontraron con el ejército de Cobos y Moreno en Jalapa, lugar situado á siete leguas al Poniente de Tehuantepec.

Los Jefes liberales, según hemos dicho ya, sólo llevaban seiscientos hombres, mientras que los Cobos contaban con mil quinientos; sin embargo, después de un combate rápido y reñidísimo, los reaccionarios fueron completamente derrotados.

Porfirio se había distinguido tanto en aquella acción, que al ser ocupada la ciudad de Tehuantepec, algunos días después, fué nombrado Gobernador y Comandante Militar de aquel Departamento, puesto que no habían admitido Jefes de más alta graduación, porque creían imposible desempeñarlo, por los motivos que veremos después.

Aquí comienza un nuevo período en la vida pública del Señor Díaz que requiere algún exámen, porque si es verdad que durante su administración en Tehuantepec reveló sus privilegiadas aptitudes gubernativas, también tuvo que atender al ramo de Guerra para organizar fuerzas y defenderse de los reaccionarios, que no dejaron de combatirlo un sólo día.

Inútil nos parece extendernos sobre los sucesos políticos tan graves que entonces se consumaban en el país, porque no hacemos la historia de aquella revolución.

Sólo tenemos que recordar que en el trascurso de un año habían tenido lugar hechos importantísimos que cambiaron radicalmente el aspecto de la cosa pública. Mencionaremos aquellos cuyo conocimiento es necesario para comprender lo que pasaba en el Estado de Oaxaca.

Promulgada la Constitución en 5 de Febrero de 1857 y electo Presidente Constitucional el General Ignacio Comonfort, apenas acababa éste de jurar el Código Constitutivo de la República cuando lo violó, dando un golpe de Estado que trastornó el orden legal.

El Señor Juárez, electo Presidente de la Suprema Corte de Justicia, había sido reducido á prisión durante el motín de Tacubaya. Pero puesto en libertad, marchó al interior donde los Estados coligados estaban prontos á sostener la Constitución.

Los constitucionalistas habían sido derrotados en Salamanca después de un combate reñidísimo y sangriento. Los batallones de los Estados después de sufrir fuertes pérdidas se habían dispersado, y sólo varios Jefes y Oficiales, reuniendo algunos soldados se retiraron en buen orden, marchando al Poniente para unirse al Gobierno Constitucional.

Este grupo merece una especial mención, por la parte que tomó en la salvación del personal del Ejecutivo, durante la violenta retirada que tenía éste que hacer ante las tropas que defecionaban pronunciándose por la reacción.

Conocido es el terrible incidente acaecido en Guadalajara, en que el Sr. Juárez, sus Ministros y los altos empleados que lo acompañaban iban á ser fusilados por la misma Guardia del Palacio, que se había pronunciado por el plan de Tacubaya.

Guillermo Prieto con su arrebatadora elocuencia salvó al Presidente, colocándose entre éste y el pelotón que había penetrado al salón é iba á hacer fuego sobre el ilustre patricio. Las Guardias Nacionales, los estudiantes y el pueblo lanzáronse sobre los cuerpos pronunciados, sacaron á los presos de su prisión y el Primer Magistrado pudo entonces salir de Guadalajara dirigiéndose á la costa.

Pero el Gobierno iba casi sólo, sin más escolta que algunos de los valientes de Salamanca, que seguían con lealtad la bandera de la Constitución.

Esa escolta la mandaba el General Iniestra y sólo se componía de 100 infantes y 25 caballos; pero entre sus Oficiales iban Leandro Valle, el joven héroe sin tacha y sin miedo, é Ignacio Escudero, que con tanta decisión seguía la causa liberal desde los primeros años de su juventud.

Con tan insignificante escolta en un país enteramente incendiado, llegó el Gobierno á Santa Ana Acatlán el día 20 de Marzo de 1858.

Y apenas entraba á su alojamiento el Sr. Juárez cuando se recibió la noticia de que Landa el autor del motín de Guadalajara, el que defecionando combatía á la República con las tropas que éste le había confiado, se aproximaba á la población en persecución al Presidente.

Leandro Valle y Escudero en el acto ocuparon las alturas y rechazaron los primeros ataques de los reaccionarios, y aquel puñado de republicanos, con su serenidad y decisión, batieron á los asaltantes hasta arrojarlos de las calles que habían ocupado.

Aunque nos alejemos un poco de nuestro objeto, debemos consignar un hecho que honra altamente la memoria de Juárez: el General Iniestra creía que la pequeña escolta sería vencida, y se ocupó durante el combate de hacer una horadación en la espalda de la casa que habitaba Juárez y propuso á éste que se escapara por allí á caballo mientras Escudero y Valle contentaban al enemigo: Juárez entonces con esa magistosa impasibilidad de su carácter le contestó que jamás abandonaría á los que se batían por defender la legalidad.

Por fin se retiró Landa con sus 800 hombres y el Gobierno pudo continuar su marcha á la Hacienda de Estipac, de allí por la Sierra de Jalapa á Sayula, Zapotlán y Colima, para embarcarse en el Manzanillo.

Al despedirse Juárez de los jóvenes Oficiales que tan valientemente lo habían salvado, después de haberles dado el ascenso inmediato, los estrechó cariñosamente entre sus brazos.

En aquella lucha gigante que entonces sostuvo el Señor Juárez contra la reacción que hacía sus últimos pero poderosísimos esfuerzos, por detener el torrente de la reforma que avanzaba hundiendo el pasado en olas de sangre; en medio del trabajo gigantesco del encargado del Poder Ejecutivo para organizar elementos y sostener con las armas la legalidad, no olvidaba aquel enérgico republicano á Oaxaca, donde sabía que un gran partido sostendría siempre los principios republicanos. Y en efecto, sólo en aquel Estado se perpetuó el orden Constitucional, sin que lograra la dictadura apoderarse de la capital, á pesar de las nuevas tropas que envió á Oaxaca, á ocupar definitivamente esta ciudad.

Vamos, pues, á continuar la historia de aquella guerra de tres años, en cuyos combates tomó tanta parte como gloria el joven Porfirio Díaz, conquistando paso á paso cada grado en su carrera con su audacia y su valor.

Confinado al Departamento de Tehuantepec, sin más elementos que unos cuantos hombres, sin dinero y sin municiones, sólo por su lealtad y su genio admi-

nistrativo, pudo aceptar un encargo que había arredrado á Jefes de más prestigio y graduación.

Todos los pueblos de aquel territorio eran profundamente hostiles á los republicanos, y sus poblaciones tomaban las armas en pró de la reacción y daban á los soldados del clero dinero, provisiones y todo género de auxilios.

Quinientas leguas cuadradas de bosques vírgenes, desiertos mortíferos y fragosas serranías tenía el Departamento confiado al joven soldado: sus pueblos muy distantes unos de otros estaban enteramente aislados del centro, y sus sesenta mil habitantes, extraños á la evolución del progreso, vegetaban dominados por sus curas y por los grandes propietarios.

En aquellas poblaciones atrofiadas por el atraso colonial y sumidas en el marasmo era imposible improvisar tropas, tanto más cuanto que entre las dos de más importancia, Tehuantepec y Juchitán reinaba un perpetuo antagonismo.

Porfirio con solo ciento cincuenta hombres tenía que sostenerse, hacer respetar su autoridad y acopiar elementos de guerra para resistir á quinientos tehuantepecanos, que con el nombre de *patricios* habían tomado las armas á favor de la reacción.

El Gobernador republicano sufriendo con su herida que se había enconado por no habersele extraído el proyectil, y sintiendo la hostilidad que lo rodeaba, se vió obligado á encerrarse en el convento de Santo Domingo, para no ser sorprendido, y á sostener diariamente un ataque, y que velar incesantemente porque eran más audaces las tentativas durante la noche, hasta llegar los *patricios* á matar á los centinelas con la bayoneta.

La población de Tehuantepec era cómplice en todos estos hechos, y no sólo ayudaba á las fuerzas reaccionarias que penetraban á la ciudad, sino que alojaban á los heridos, á los cansados y les ministraban todo género de recursos.

Llegó á fatigarse Porfirio de aquella situación, y resolvió cortarla á fuerza de audacia tomando la iniciativa, á pesar de la inferioridad en número de sus tropas y de lo reducido de sus elementos de guerra.

El 13 de Abril de 1858 tuvo noticia de que se hallaban algunos Jefes reaccionarios con una numerosa fuerza en un rancho inmediato, llamado «Las Jicaras.»

Resolvió el joven Capitán atacarlos y con una pequeña columna salió á las altas horas de sus posiciones, y marchando á paso veloz para llegar antes que recibiese algún aviso el enemigo logró sorprender á éste, se lanzó sobre él, y después de un combate reñidísimo y sangriento, los republicanos alcanzaron una espléndida victoria sobre aquella fuerza reaccionaria, tres veces más numerosa, de la que se dispersaron muchos quedando al campo cubierto de heridos y muer-

tos; entre éstos estaba el Coronel Conchado, el más importante de los Jefes reaccionarios.

Con aquel triunfo ya pudo dominar la situación el valiente Capitán, no sólo porque ya no se atrevían los *patricios* á atacarlo y podía obrar en un círculo mayor, sino porque tomó una enérgica iniciativa, aumentó su fuerza con gente de San Blas y Juchitán, la enseñó á vencer á un enemigo superior en número y en recursos, y se hizo al fin respetar, estimar y querer en todo Tehuantepec, que se denominaba ya Distrito, desde que se organizó definitivamente el Estado de Oaxaca bajo el régimen constitucional.

Luego que el Gobierno de esta entidad federativa tuvo noticia del triunfo obtenido en «Las Jicaras» por Porfirio, ascendió á éste á Comandante de Batallón en premio de sus eminentes servicios. En efecto, en aquella lucha oscura, en un rincón ignoto de la República, un joven sin nombre aún, desconocido entre las eminencias que descollaban en los bandos contendientes, rodeado de enemigos audaces y poderosos, había improvisado en un pueblo hosil y reaccionario un partido liberal vigoroso, y creando elementos á fuerza de paciencia y energía, se encontró al frente de tropas valientes y disciplinadas que aprendieron á batir á los contrarios, tres veces mayores en número, tomando de ellas las armas y municiones que les faltaban.

El Decreto expedido en 30 de Marzo de 1858 por el Gobierno Constitucional del Estado, estableciendo los distritos políticos en lugar de los Departamentos planteados por la reacción, Porfirio Díaz quedó con el carácter de Jefe Político de Tehuantepec, lo que en algo disminuía las facultades de que como Gobernador y Comandante militar estuvo investido.

En momentos tan difíciles, y cuando la reacción hacía poderosos esfuerzos para prolongar la lucha, Porfirio fué atacado de una fiebre violentísima que puso en peligro su vida.

Los reaccionarios creyeron que era el momento oportuno de acabar con aquel poderoso adalid de la libertad que, postrado en el lecho, no podría llevar á la victoria á sus tropas desmoralizadas por la falta de su Jefe. Entonces los patricios sorprendieron la plaza y se lanzaron sobre el cuartel de los republicanos intentando asaltarlo.

El combate fué vigorosísimo, y Porfirio, á pesar de la fiebre, comprendió que estaba perdido sino tomaba una resolución suprema. Violentamente saltó del lecho, empuñó su espada y se presentó ante sus soldados que comenzaban á vacilar, y dió órdenes para cubrir los puntos más amenazados, combatiendo personalmente. Pero su debilidad era extrema y la calentura intensísima; cayó al fin al suelo desplomado por el vértigo y sin sentido. Sus soldados lo llevaron

en hombros á su lecho; pero el enemigo había sido rechazado.

Aquel triunfo dió algún respiro al joven soldado quien pudo entonces cuidar de su salud con alguna calma, tanto más cuanto que en aquella época llegaron á Tehuantepec los médicos americanos de la Compañía encargada del camino carretero del Istmo. Aquellos hábiles cirujanos extrajeron al Señor Díaz el proyectil que por tanto tiempo había permanecido en su herida, y que no dejaba que ésta se cicatrizara.

Al recobrar su vigor pudo emprender una enérgica campaña contra los reaccionarios que volvían á presentarse más poderosos, alentados por los triunfos que alcanzaban en varios puntos de la República.

Turnaron los patricios á acercarse en gran número á Tehuantepec, y Porfirio, que casi nunca pudo permanecer inerte á la defensiva, se preparó á salir á combatirlos. En efecto, marchó violentamente sobre los reaccionarios y dándoles alcance á una legua de la ciudad, en un lugar llamado «La Mantequilla,» después de un combate reñidísimo los derrotó tan completamente que los patricios se retiraron hasta Pochutla, ocupada por Manzano el reaccionario, quedando en paz todo el distrito de Tehuantepec. En esta función de armas, murió el Teniente Coronel Espinosa.

Esta campaña mereció á Porfirio el ascenso á Teniente Coronel de Guardia Nacional.

El Señor Juárez había conseguido al fin establecer en Veracruz el centro del gran movimiento social que se consumaba en la República, y que se llamó la guerra de Reforma. Al Gobierno interino constitucional ocurrían los Jefes de las fuerzas republicanas reconociendo la autoridad de aquel, obediendo sus órdenes y pidiéndole recursos en armas y en dinero.

De los Estados Unidos se enviaron á Tehuantepec siete mil fusiles, parque, pólvora, plomo, corraje y vestuario, confiando todo al Señor Díaz, para que éste lo remitiera á Acapulco, á fin de que sirviera para las fuerzas que los republicanos organizaban en Guerrero, Michoacán, Jalisco y México, para que lo hiciera llegar á su destino.

Pero en aquellos momentos los constitucionalistas sufrían en el Estado de Oaxaca un desastre que tuvo fatales consecuencias para la revolución. En la capital de dicha entidad federativa había organizado el General Iniestra una brigada de más de tres mil hombres, que salió con aquel Jefe al encuentro de los reaccionarios que marchaban sobre la ciudad.

Relevado del mando el General Iniestra por el General Ignacio Mejía, sufrió éste una completa derrota en Teotitlán del Camino, dispersándose toda la fuerza y quedando en poder del enemigo el parque, el armamento y la artillería.

El Gobierno constitucional del Estado tuvo que

abandonar la capital de Oaxaca, retirándose á Ixtlán con doscientos hombres, resto de las fuerzas que había creado Porfirio Díaz. Cobos ocupó entonces á Oaxaca, y sucesivamente todo el Estado, menos Ixtlán, Juchitán, Tehuantepec, Villa Alta y Chapam.

Y sabedor el célebre guerrillero reaccionario del convoy de guerra que existía depositando en Tehuantepec, organizó violentamente una expedición de más de ochocientos hombres de las tres armas. En ella iba un batallón de patricios y los mejores guerrilleros del rumbo, como Ojeda, Manzano y Trujequé.

Cobos tenía una confianza absoluta en el éxito de aquella empresa, porque sabía que el Teniente Coronel Díaz solo contaba con una pequeña fuerza, hostilizada por toda la población del Distrito que pertenecía resueltamente al bando reaccionario.

Porfirio Díaz entre tanto ignoraba lo ocurrido en la capital del Estado, por la distancia é incomunicación en que se encontraba con aquella ciudad. Pero el Ministro de la Guerra le comunicó desde Veracruz la derrota de Teotitlán y la pérdida de Oaxaca, previniéndole que destruyese el armamento y los pertrechos de guerra que le había enviado, quemándolos ó arrojándolos al mar, y que se retirase con su fuerza para Veracruz, á cuyo efecto ponía á su disposición el vapor Xúchil, en el lugar de ese nombre en el río Coatzacoalcos.

Pero Díaz no se desanimaba ante la derrota, y lleno de fe en su causa, contestó al Ministro Ocampo que no se resolvía á privar á las tropas de la República de tan importantes como valiosos elementos, y que por tanto estaba resuelto á conservarlos afrontando ya la responsabilidad en caso de una desgracia, y el juicio favorable de su Gobierno si lograba salvarlos.

Y esta decisión la tomó el Sr. Díaz cuando sabía que iba Ojeda á batirlo y se encontraba rodeado de todo el vecindario de Tehuantepec, que ayudaría á los reaccionarios, porque entre ellos venían sus parientes y amigos.

Aprovechando las simpatías que se conquistó en Juchitán y el odio que siempre había reinado entre ambos pueblos, apeló á los juchitecos para que le ayudaran á salvar tan importante depósito. Entregó todo á aquellos buenos patriotas, sacó el armamento, el parque, el vestuario y el equipo con 200 carretas, y evacuó la ciudad en un orden perfecto, acampando á siete leguas de Tehuantepec, enviando el convoy más lejos.

Los reaccionarios ocuparon la ciudad, y tanto éstos como Díaz, procuraban aumentar sus fuerzas antes de emprender una campaña.

Porfirio fué quien primero tomó la iniciativa después de haber dado personalmente instrucción á sus reclutas, y cuando los creyó suficientes para el com-



GRAL. PORFIRIO DIAZ.

bate, emprendió en las primeras horas del 24 de Noviembre de 1859 su marcha sobre Tehuantepec por veredas que solo de él eran conocidas, y que descubrió en sus anteriores campañas contra los *patriotas*: al llegar á la ciudad sorprendió una avanzada del enemigo tan completamente que ésta no pudo dar la voz de alarma ni disparar un solo tiro.

Se informó con los prisioneros de las posiciones que ocupaba en la ciudad el enemigo, y á la primera luz del alba, al toque de diana, lanzó sobre los puntos donde había fuerza reaccionaria pequeñas columnas, mientras él asaltó el cuartel, hasta posesionarse del edificio.

Ya establecido sólidamente en éste con alguna fuerza, acudió á socorrer la del Cerro de la Cueva, que en columna de ataque fué rechazada, ocupando al fin la Prefectura, y haciendo prisionera la fuerza de infantería.

La caballería reaccionaria, en tanto, se precipitaba por las calles cargando sobre los republicanos. Porfirio, que solo tenía infantería, tuvo que rechazar las cargas formando apresuradamente cuadros, y esto con soldados bisofios y que por primera vez entraban al fuego. Al fin la caballería abandonó la población y el Jefe republicano no pudo perseguirla más que en un espacio de dos leguas.

A las diez de la mañana Porfirio Díaz entró victorioso á Tehuantepec, vivamente aclamado por sus soldados: ya entonces pudo dar parte al Gobierno Constitucional de la victoria que el día 25 de Noviembre de 1859 había alcanzado, derrotando con 300 hombres la brigada de los reaccionarios, ocupando la ciudad de Tehuantepec, y salvando el valioso depósito de la guerra que se le había confiado.

El Gobierno del Estado, con la misma fecha del triunfo de Díaz, expidió á éste el despacho de Coronel de Guardia Nacional.

Fatigado y hecho pedazos el Jefe reaccionario Trujeque después de la ocupación de Tehuantepec por los republicanos, se retiró para Oaxaca con los restos de su brigada para unirse con Cobos.

Pero el vencedor no había quedado menos destrozado. Las dos Compañías de Guardia Nacional que se habían puesto á sus órdenes cuando marchó á Tehuantepec, y que constaban de *ciento cincuenta* hombres, habían quedado reducidas á ochenta. Porfirio Díaz organizó rápidamente un Batallón de quinientos hombres, de los cuales unos eran voluntarios de Juchitán y otros reemplazos de Chiapas que había facilitado el Gobierno del Estado.

Con esta fuerza salió el Coronel Díaz en combinación con las del Gobierno de Oaxaca que continuaba reclutando tropas en Ixtlán. Se trataba de atacar á Cobos que había salido de la capital del Estado

con una gruesa columna sobre las fuerzas republicanas que mandaba el Gobernador José María Díaz Ordaz.

A poco de haber salido Porfirio Díaz de Tehuantepec, el 10 de Enero de 1860, los juchitecos que tan espontáneamente se batían en sus terrenos, se amotinaron queriendo tornar á sus lugares. Porfirio refrenó con su energía aquella sublevación, y haciendo cambiar de rumbo á su columna se dirigió hacia Tlaxcolula, de donde según las órdenes que había recibido, debía encontrarse la brigada de Díaz Ordaz.

Pero dificultades no previstas ó error en los cálculos, originaron que la fuerza republicana se hallara todavía á gran distancia, y Porfirio sólo tropezó con el mismo Cobos que le salió al encuentro en Mitla con más de mil hombres de las tres armas perfectamente disciplinados.

El Coronel Díaz se preparó á un combate inevitable, y recibió el primer choque; pero al segundo los juchitecos, valientes pero indisciplinados, fueron arrojados de su posición y se dispersaron.

Porfirio entonces con la fuerza que le quedaba, y que era menor de cien hombres, quiso hacer un esfuerzo desesperado: se arrojó sobre las posiciones que había perdido y las recobró, apoderándose de la artillería enemiga; pero sin artilleros con que servirla, con una fuerza tan reducida como la que tenía mientras que el resto huía en derrota, se vio obligado á retirarse después de destruir los montajes, romper los ejes y quitar los tornillos de puntería de las piezas que había tomado y que no podía llevar consigo.

Este desgraciado encuentro tuvo lugar el 21 de Enero del mismo año de 1860.

Y cuatro días después Cobos era derrotado en Santo Domingo del Valle por las fuerzas de Oaxaca, aunque esta victoria costó muy cara á los republicanos, pues á los primeros tiros cayó muerto el esclarecido patrota Díaz Ordaz, encargándose el mando al Coronel Cristóbal Salinas.

Pero éste en lugar de aprovecharse de su triunfo marchando rápidamente y por el camino más corto sobre la capital y el Estado, tomó la falda de la Sierra, avanzando con tanta dificultad que para recorrer diez leguas se emplearon cuatro días.

Por fin llegaron los constitucionalistas á Tlaxiactac, dos leguas al Norte de Oaxaca, á donde se les incorporó Porfirio con la poca fuerza que salvó en el encuentro de Mitla.

En tanto los reaccionarios, que después de la acción de Santo Domingo del Valle pensaban abandonar la ciudad, repuestos de su terror levantaron rápidamente nuevas fuerza y acopiaron cuantos elementos les fué posible para defensa.

Por el contrario, en el campo de los constitucionalistas, establecido en Tlaxiactac reinaba alguna

división, que impidió todavía más que se aprovechara la victoria anterior. Entre el Coronel Salinas encargado del mando militar y el Licenciado Márcos Pérez, que desempeñaba el gobierno como Presidente de la Corte de Justicia por la muerte del Gobernador Díaz Ordaz, había un completo desacuerdo: la autoridad política creía que la militar no se subordinaba lo suficiente, y juzgaba ésta no encontraba en aquella todo el apoyo que era preciso.

Llegó a tal grado éste antagonismo, que el Gobernador interino nombró Jefe de las fuerzas á Porfirio Díaz, ordenándole que redujese á prisión á Salinas y lo remitiese á Ixtlán bajo segura custodia,

Comprendiendo Porfirio que serían muy desastrosos los resultados de tamaña medida, provocando divisiones entre los Jefes y los soldados frente al enemigo, no ejecutó aquella orden, y logró persuadir al Señor Pérez que era preciso revocarla, consiguiendo conciliar los ánimos, disponiéndolos al cumplimiento de los deberes contraídos con la patria.

Porfirio que ejercía una influencia absoluta sobre los soldados, que había prestado distinguidísimos servicios á la causa de la libertad, tenía indisputables títulos para ejercer el mando en Jefe de aquellas fuerzas, y hubiera sido elevado á tan alto grado con el aplauso unánime de sus compañeros de armas. Pero en aquella alma honrada no cabía más ambición que la de la gloria y el acatamiento á la ley.

Afortunadamente tuvieron término aquellas disidencias con haber tomado las tropas republicanas una enérgica iniciativa marchando sobre Oaxaca.

En efecto, los liberales levantaron el campo de Tlalixtác y marcharon sobre la ciudad ocupando el poniente de ella, y tomando el cerro de la Soledad. Porfirio Díaz fue encargado de esta operación, y á pesar de la tenaz resistencia de los reaccionarios sucesivamente fué ocupando parte de la ciudad, estableciendo al fin su primera línea del cerco tan avanzada, que sólo distaba del enemigo el ancho de la calle, conservando esta posición valientemente.

Por desgracia en estos momentos vino de Veracruz la orden de que no se intentara operación alguna sobre la ciudad de una manera formal hasta que llegara el General Rosas Landa, nombrado en Jefe de aquellas fuerzas, y el cual, con su carácter de Jefe dió esa orden desde Veracruz.

Nada tan desastroso como aquella elección, Rosas Landa que desconocía la clase de gente con que iba á operar, que ignoraba los elementos de que podía disponer y que era enteramente extraño á las necesidades y aspiraciones de aquellos heroicos soldados, no supo formar desarrollar un plan perfecto de ataque. Siempre vacilante, indeciso y careciendo de iniciativa, perdió tres meses en operaciones inútiles, lastimó á los Jefes que militaban á sus órdenes, y se

enagenó las simpatías de las tropas sacrificadas torpemente ante un enemigo á quien estaban acostumbradas á vencer.

No hacemos aquí la historia de aquella campaña, y no podemos por tanto detenernos en los incidentes que provocaron el cansancio en el campo republicano. Basta decir que Rosas Landa, después de haber sufrido grandes pérdidas se vió obligado á levantar el sitio, retirándose rápidamente á la sierra.

Tan imprudente retirada fue desastrosísima para los constitucionalistas que quedaban reducidos á mil hombres, cuando al levantarse el campo constaba aquel cuerpo de ejército de dos mil quinientos hombres.

Forzoso nos es contar el fin de aquel episodio militar, en el cual todas las ventajas fueron de los reaccionarios, tan sólo por la impericia del General en Jefe enviado por el Gobierno general.

Los mil hombres que quedaron, se habían dispersado tomando varios rumbos. El grupo principal acampó en Teococuilco: allí se encontraban Rosas Landa y los principales Jefes como Díaz y Salinas.

Un día, á las once de la mañana, se supo que el enemigo se acercaba al pueblo estando muy próxima la avanzada. El pánico se extendió en el acto por toda la población y los habitantes, aterrados, abandonaron sus hogares temiendo las represalias de los reaccionarios.

Los soldados corrieron en desorden á sus cuarteles y tomaron las armas bajo las órdenes de Díaz y Salinas que, serenos y resueltos, se disponían al combate.

Sólo el General Rosas Landa creyó conveniente en aquellos momentos marchar para Veracruz, en pos de recursos é instrucciones.

Entregó el mando de la fuerza al Coronel Salinas, á pesar de las enérgicas protestas que le hicieron éste Jefe, Porfirio y el Teniente Coronel Cajiga. Pero nada escuchó Rosas Landa y salió á escape del pueblo, llevándose su escolta y algunos Oficiales que personalmente le eran adictos.

Volviéron á quedar al frente de la situación los dos caudillos que tanto habían trabajado por la causa de la libertad. Veamos como recobraron cuanto se había perdido, hasta volver á ocupar la ciudad de Oaxaca.

El Señor Juárez creyó entonces que debía utilizar en una esfera más amplia á aquel intrépido militar, y dispuso que marchase como Mayor de órdenes de la brigada que se hizo salir de Oaxaca para operar en el centro del país, donde iban á tener lugar las acciones últimas y decisivas que debían librarse entre la reacción y la república.

Después de penosísimas marchas, la brigada de Oaxaca se unió á la división del General Ampudia, de la cual formó parte hasta después de la batalla de Calpulalpam, donde González Ortega dió el golpe de gracia á la reacción. Pasada la ocupación de la capital la brigada de Oaxaca regresó á su Estado en Enero de 1861.

Convocado el país á elecciones generales para constituir los tres poderes, Legislativo, Judicial y Ejecutivo, Porfirio Díaz fué electo por Oaxaca diputado al Congreso de la Unión, por cuya causa se separó del mando de sus tropas, viniendo á desempeñar su encargo.

Hasta aquí el primer período de la carrera militar y política del Señor Díaz, período que puede llamarse de iniciación, y durante el cual reveló las altas dotes que más tarde lo presentaron como el caudillo más estimado y más popular de los Jefes republicanos.

Educado en la escuela de los hombres prominentes de la República, como Juárez, Ocampo y Zaragoza, fué el digno imitador de sus virtudes cívicas, dando siempre muestras indudables de su lealtad, de su valor y su adhesión á las instituciones.

En la lucha que iba á sostener el país para salvar más que los principios de libertad y reforma, la Autonomía Nacional, Porfirio iba á descollar en primer término, hasta llegar á conquistar un renombre europeo y el alto puesto con que México ha premiado sus servicios.

Vamos á seguir esta segunda parte de la historia del campeón de la democracia y de la independencia por más árdua que la empresa sea, porque al recorrer las acciones militares del Señor Díaz tenemos que invadir algo la historia contemporánea de México, que sólo debía ocupar mejores plumas y no la nuestra, que en vez de las galas literarias sólo está inspirada por el espíritu militar y por la más justificada imparcialidad en sus apreciaciones.

Restaurada la República, organizados los Poderes Constitucionales de la Unión y de los Estados, y vencidos hasta su completa destrucción los ejércitos de Zuloaga, Miramón y Márquez, parecía que la paz iba á restablecerse completamente.

Pero, por el contrario, la guerra intestina se recrudeció más, fomentada por el clero que tenía esperanzas de un triunfo completo, con el apoyo que se prometía del extranjero.

En efecto, el directorio conservador y los príncipes de la iglesia se agitaban sin cesar en las cortes europeas solicitando una intervención armada para salvar sus fueros y sus intereses, aun á costa de la Independencia de México.

Fuerte el clero con la esperanza de una invasión,

y apoyado por la complicidad de los ministros extranjeros residentes en la capital, se propuso sostener la lucha contra el partido republicano vencedor, oponiéndole, no ya las tropas organizadas vencidas en Calpulalpam, sino hordas de bandidos que armó en toda la extensión del territorio.

Comenzó entónces la guerra de guerrillas, la más asoladora de las que puede presentar la guerra civil, y no hubo pueblo seguro, ni camino que pudiera cruzar el viajero sin ser robado y asesinado.

Zuloaga, el ex-presidente de los reaccionarios, apareció entónces recogiendo el puesto que había abandonado Miramón en su fuga, y en torno de aquel se agruparon los principales Jefes del partido conservador, que se ocultaron después de la derrota de éste en Calpulalpam.

Pronto se reunieron muchas gavillas, sobre todo las que expedicionaban en el Valle, formando casi un cuerpo de ejército de cuatro mil hombres. Al frente de estas fuerzas se hallaba el tristemente célebre Don Leonardo Márquez, militar audaz y entendido, á pesar de que entre sus cualidades de soldado enérgico descollaban los intintos del verdugo.

El héroe de Tacubaya comenzó en aquella época una serie de correrías en las cuales asoló poblaciones robó á los pueblos y las haciendas y asesinó á cuanto sospechaba fueran liberales, sembrando por todas partes la desolación.

El Gobierno Constitucional organizó en Junio de 1861 una división que saliera en persecución de los bandidos, á las órdenes del General González Ortega. Pero Márquez, que sintió la combinación proyectada para darle alcance y que por sus partidarios en la capital sabía el plan de la campaña que contra él iba á hacerse, retrocedió violentamente, y tomando un rumbo distinto, marchó sobre la capital que sabía estaba desguarnecida, creyendo que podría ocuparla. En efecto, el día 24 de Junio en la tarde se presentó Márquez en la Calzada de la Tlaxpana, cuando nadie podía aguardar aquel ataque, y el Gobierno ignoraba la proximidad del enemigo.

Los reaccionarios arrollaron una pequeña fuerza que estaba destacada en la garita y avanzaron por la Calzada de San Cosme penetrando á las primeras calles de la ciudad.

Al saberse en Palacio lo que pasaba, el Sr. Juárez dictó violentamente algunas órdenes, enviando al General Mejía á San Fernando, donde estaba alojada la brigada de Oaxaca que éste Jefe mandaba.

Porfirio Díaz en aquellos momentos ocupaba su asiento en el Congreso, que estaba en sesión. Al saber el joven soldado lo que ocurría, pidió permiso al Presidente del Cuerpo Legislativo para salir del salón.

Rápidamente se dirigió al Convento de San Fernando, donde se alojaban las fuerzas de Oaxaca, pre-

sentándose al General Mejía y ofreciéndole sus servicios.

Este General había avanzado ya, para contener al enemigo, algunas fuerzas, que marcharon por el Puente de Alvarado, donde situó también unas piezas; pero la infantería tendida en ala en todo el ancho de la calle, sufría fuertes pérdidas con el fuego de los reaccionarios que habían penetrado hasta Buenavista.

Tomando entonces Porfirio cuarenta hombres de la Compañía de Granaderos del primer batallón de Oaxaca, marchó á paso veloz por el lado izquierdo de la Calzada sobre la columna reaccionaria que á cada instante avanzaba más.

Para comprender estos movimientos hay que tener en cuenta que en aquella época la arquería de San Cosme dividía en dos mitades desiguales en anchura aquellas avenidas y calles.

El General Díaz marchó tras de los arcos del acueducto, por el lado derecho del enemigo; cubriéndose así se colocó en el flanco derecho de la columna reaccionaria; y salió repentinamente sobre ésta, haciendo un fuego vivísimo: el enemigo, sorprendido, creyéndose envuelto y no pudiendo ni sospechar que un puñado de hombres hiciera tan audaz evolución, emprendió una violenta retirada, que pronto se convirtió en fuga vergonzosa.

Porfirio continuó su tenaz persecución hasta arrojar á los reaccionarios fuera de la garita de la Tlaxpana haciéndoles muchos muertos, heridos y prisioneros, y tomando muchos caballos de la caballería que mandaba Domingo Herrán, que fué quien dió aquel ataque.

Márquez se retiró avergonzado en completa dispersión, dejando las calles y las calzadas regadas de cadáveres, y sus heridos abandonados. El Gobierno ordenó recoger éstos, y los mandó asistir con el mismo empeño que á los heridos de las tropas federales.

Aquella acción del Sr. Díaz fué estimada en todo su valor por el Sr. Juárez, quien viendo el entusiasmo con que combatían los oaxaqueños á las órdenes de aquel Jefe, con quien habían hecho toda la guerra de los tres años, pidió permiso al Congreso para ocupar al joven diputado. Lo nombró Mayor de órdenes de la brigada de Oaxaca, y habiendo enfermado el General Mejía quedó al fin como Jefe accidental de aquellos.

González Ortega había vuelto á la capital desde que supo que ésta había sido atacada por Márquez. Pero pronto salió con su división para continuar la persecución del Jefe reaccionario, formando parte de aquel cuerpo de ejército la brigada de Oaxaca que mandaba Porfirio Díaz, y que marchó en la vanguardia.

Márquez llevaba cinco mil hombres, ocho piezas y muchas partidas sueltas de caballería que se le ha-

bían unido, y que mandaban los guerrilleros más temibles y sanguinarios del clero.

Entonces comenzó aquella carrera vertiginosa del asesino de Tacubaya, quien recorría distancias enormes, cruzando sin detenerse montañas y sierras, pero llevando siempre tras de sí á González Ortega que lo amenazaba de cerca.

Por fin Márquez, creyendo haberse desviado bastante de las tropas del Gobierno, se descidió á dar algún descanso á los suyos, pernoctando en Jalatlaco.

Márquez era un General demasiado práctico para no establecerse sólidamente en un campamento; cubrió todos los caminos y avenidas con fuertes avanzadas, y envió por todas partes exploradores para tener prontas y seguras noticias de la marcha que siguieran las tropas del Gobierno.

Así creyó poderse retirar á tiempo ántes de que González Ortega le sorprendiera; pero no contaba con que iba á la vanguardia de éste Porfirio Díaz, tan conocedor de nuestra táctica en aquella época de sorpresas y asaltos inesperados.

Este valiente Jefe, dejando muy atrás á la división y marchando á paso veloz en la madrugada del 13 de Agosto de 1861, penetró sin ser visto con la brigada de Oaxaca en el centro del campamento de Márquez, quien no sintió á su enemigo hasta que éste llegaba al atrio de la Parroquia de Jalatlaco, donde aquel había situado su cuartel general.

Y el empuje con que acometió Porfirio fué tal que, marchando al frente de su columna, se encontró casi solo en medio de los reaccionarios que comenzaban á salir de su estupor, y recibían á los soldados federales con un fuego nutridísimo de fusilería.

Esto pasaba cuando la oscuridad era aún completa, y debido á una casualidad inexplicable, el caballo que montaba el Sr. Díaz, á los disparos de la artillería, retrocedió hasta la cabeza de la columna republicana.

Entonces Porfirio hizo marchar á ésta en medio de una tromba de plomo y metralla y asaltando el atrio, y emprendiendo un combate cuerpo á cuerpo, derrotó al fin completamente al enemigo.

Márquez y otros de los principales Jefes huyeron, llevándose á su Presidente Zuluaga: su ejército quedó destruido, dispersándose algunos cuerpos, y quedando el resto prisionero. Al salir el sol se vió con sorpresa que los vencedores eran la séptima parte menos en número de los que se habían rendido.

En esos momentos llegaba González Ortega con el resto de su división, cuando sólo á lo lejos se oían algunos disparos de los pequeños grupos de las guerrillas reaccionarias que hufan á todo escape.

El General en Jefe sorprendido ante aquella victoria tan espléndida, alcanzada á fuerza de valor y audacia, pidió el ascenso de Porfirio Díaz á General

de Brigada, aunque declaró que en otras circunstancias hubiera pedido se procesara á éste, que había obrado sin órdenes ni instrucciones del cuartel general.

Para precisar mejor los ascensos que obtuvo en su carrera militar el Sr. Díaz, debemos recordar que en aquella época sólo era Coronel, cuando contaba ya siete años de servicios, y en su trascurso había hecho once grandes campañas, y había dado incontables combates parciales.

Y sin embargo, hasta el 22 de Agosto de 1860 el Sr. Juárez había expedido al Sr. Díaz despacho de Coronel del ejército permanente y al siguiente año, el 23 de Agosto de 1861, nueve días después del triunfo de Jalatlaco y al recibir el Presidente de la República el parte detallado de esta acción; le premió con el grado de General de Brigada.

Veamos como fué conquistando sus ascensos uno á uno, con su valor y su ardiente patriotismo.

Firmada la convención de Lóndres entre Francia, Inglaterra y España, no pudo por mucho tiempo guardarse el secreto diplomático á cuya sombra se había formado aquella liga tripartita, constituida contra una nacionalidad americana, é inspirada por intereses heterogéneos y hasta contrarios.

El Gobierno mexicano, sin embargo, había tenido noticias de la conspiración europea que se tramaba en su contra por la política de oscurantismo adoptada por los conservadores mexicanos, que se habían fugado de su país, más que por orden del poder público, por el miedo que tenían de que se descubrieran sus tentativas contra la independencia de la patria.

Pero poco pudo hacer el Sr. Juárez para oponer una resistencia seria al extranjero que en son de guerra llegara á nuestras playas; en efecto; el Gobierno constitucional apenas tenía fuerzas ya para combatir contra la guerra civil que fomentaba el clero.

Verdad es que gracias al valor y abnegación de los soldados republicanos habían sido desbaratados los diferentes ejércitos reaccionarios que á las órdenes de Márquez, Mejía, Lozada, Butrón y otros, asolaron los Estados más ricos de la República. Pero quedaban innumerables gavillas que por todas partes robaban, asesinaban y cometían todo género de depredaciones.

El malestar social era inmenso, paralizadas todas las industrias, desaparecidos los capitales, y la clase desvalida soportaba todo género de privaciones: nadie se atrevía á recorrer los caminos, las fincas de campo estaban desiertas porque los dueños no se atrevían á habitarlas, y los peones eran arrebatados del arado para ser filiados en las tropas. El país, en su-

ma, había agotado sus esfuerzos vitales y el tesoro público estaba exhausto.

Juárez entonces apeló al patriotismo nacional, y, con la franqueza propia á su carácter dió cuenta á su país del peligro que lo amenazaba, por la inmediata invasión que habían organizado tres grandes potencias de Europa. México al escuchar aquel grito de angustia correspondió á las esperanzas del gobierno alistándose á la lucha.

El partido liberal hizo esfuerzos sobrehumanos, y los Gobernadores de los Estados comenzaron á organizar sus contingentes de guerra, mientras las tropas que tenían en pie combatían contra las gavillas conservadoras.

No podemos narrar en sus terribles pormenores aquel período, el más luctuoso y sombrío que se registra en nuestra historia contemporánea. Pero sí tenemos que consignar los sucesos que forzosamente se enlazan con los anales militares que estamos recorriendo.

La escuadra española había aparecido, la primera, en las aguas de Veracruz, y tras ella llegaron los buques franceses é ingleses trayendo tropas de desembarque.

El Gobierno había ordenado la desocupación del puerto, para agotar hasta el fin las medidas conciliadoras que debían poner en relieve el derecho que asistía á México. El Sr. Juárez quería además no destruir en combates inútiles las pocas tropas que había en Veracruz, y que tendrían que sucumbir ante la inmensa superioridad de los invasores. Retirando á la primera línea de la Cordillera las tropas nacionales, y dejando al extranjero en la estéril y mortífera Zona de la costa, ganaba tiempo para concentrar mayor número de fuerzas.

Formábase en efecto violentamente el Ejército de Oriente que había de conquistar un nombre inmortal en aquella campaña. En Diciembre de 1861 marcharon á Orizaba la Brigada de Oaxaca y algunos cuerpos á las órdenes del General Uruga, nombrado General en Jefe del Ejército de Oriente.

De las fuerzas que acababa de recibir hizo Uruga dos brigadas, dando el mando de la primera al General Ignacio Mejía y el de la segunda, compuesta de los batallones de Morelos y Guerrero y alguna caballería á Porfirio Díaz.

Entre tanto los tres ejércitos invasores se habían establecido en la costa, y los representantes de las tres naciones coaligadas celebraron en la Soledad preliminares de arreglo con nuestro Ministro de Relaciones, Don Manuel Doblado. Este eminente patricio, sobre cuya memoria pesa hoy la ingratitud de un pueblo, venció en astucia á los viejos diplomáticos de Europa, y con la fuerza de su inteligencia les hizo confesar la justicia que asistía á México.

Fué el primer triunfo del derecho sobre la fuerza: los representantes extranjeros firmaron el tratado previo según el cual, no sólo se levantaba muy alto nuestro pabellón tricolor, sino que se reconocía la legitimidad de los Poderes de la República, y se obligaban los invasores, en caso de rompimiento, á retroceder á su primera línea de ocupación, de la que habían avanzado hasta Orizaba y Tehuacán, en virtud de la generosa concesión de nuestro Ministro.

Entre tanto el Gobierno aglomeraba cuantas tropas tenía á la mano en la línea de Oriente, situándolas al otro lado de las cumbres de Acultzingo.

La primera brigada de Oaxaca, á las órdenes del General Don Ignacio Mejía, se dirigió á San Andrés Chalehicomula, donde llegó al caer la tarde del 6 de Marzo de 1862. Alojóse en el edificio del diezmo ó colecturía, con tal desorden y tal imprevisión, que la tropa hacía lumbradas en el mismo patio donde había un gran depósito de parque. Repentinamente se incendió éste pereciendo casi toda la tropa, y centenares de mujeres, niños y paisanos de los que siempre acompañan á nuestras tropas.

Las pérdidas fueron considerables y sobre todo muy sensibles, porque en aquel desastre sucumbieron soldados veteranos que habían hecho toda la guerra de Reforma venciendo en cien combates á los enemigos de la libertad.

El General Porfirio Díaz permaneció en Ixtapa aumentando sus fuerzas y mejorando la instrucción de éstas y su organización.

Entre tanto se precipitaban los sucesos en el campo intervencionista, surgiendo las dificultades consiguientes á los intereses, tan opuestos entre sí, que perseguían las naciones que habían entrado en aquella coalición.

Doblado, con aquella intuición soberana que poseía y en virtud de lo cual era uno de los políticos más hábiles de su época, había comprendido que la unión entre las tres potencias era imposible por mucho tiempo, en virtud del antagonismo de las miras privadas de cada una.

España soñaba en una restauración borbonica volviendo á México á su antigua condición de colonia conquistada; pero no participaba de ese delirio monárquico el General Prim nombrado en Jefe del ejército expedicionario.

La Francia traía un plan preconcebido de intervención permanente, cuyo punto de mira era erigir un imperio, sucursal del de Napoleón III, que realizara los negocios leoninos proyectados en la alcoba de la Montijo y que pusieran á flote al quebrado Jekker, y dieran á las princesas imperiales la propiedad de las minas de Temascaltepec.

La Inglaterra sólo traía en su cartera los bonos de su deuda, y un inmenso protocolo de reclamaciones.

Doblado, después de haber hecho firmar á los representantes de las tres naciones los preliminares de la Soledad, se había alejado sonriendo, seguro de que en aquellos convenios quedaba sembrado el germen, que al desmorollarse, desagregaría la liga tripartita.

Habíase señalado el 5 de Abril de 1862 para la apertura de las conferencias definitivas entre México y las tres potencias signatarias, pero antes estalló el conflicto entre éstas.

La presencia de Almonte en el campamento francés, la liquidación de las deudas que reclamaba cada nación y, sobre todo, la imposibilidad de armonizar las pretensiones secretas de las tres partes contratantes, trajeron al fin la crisis que previó Doblado, con la profunda mira de que México sólo tuviera que luchar con un ejército extranjero, descartando á los otros dos.

Rota la convención de Londres, los ingleses y españoles retrocedieron á Veracruz para reembarcarse, no queriendo ser cómplices en el atentado urdido por Napoleón. La Francia quedó sola, fascinada por las promesas del clero y de los conservadores, que le ofrecían entregarle sin resistencia el país entero. Y sus representantes violaron sin pudor los convenios signados en nombre de su nación, llenando á ésta de mengua.

Pero no quedó en esto la deslealtad de Saligny y de Jurien de la Graviere: no osando volver, como estaban obligados por su paladra de honor, á la zona del vómito, simulaban abandonar á Orizaba, hasta el Fortín sin alejarse mucho de aquella ciudad, donde el ejército francés había dejado sus enfermos, con una pequeña fuerza que los custodiaba.

Entonces Zaragoza ofició al General francés manifestándole que esa guarnición era innecesaria, pues sus enfermos estaban bajo la salvaguardia del Gobierno, quien los haría respetar y atender.

El Jefe francés no se dignó contestar á aquella nota.

La posición de los dos ejércitos era la siguiente: Los franceses tenían su retaguardia en el Fortín, y un pequeño destacamento de la brigada del General Díaz se encontraba en Escamela, lugar distante poco más de dos leguas de aquel. Violentamente doscientos caballos, conduciendo otros tantos zuavos á la grupa, se desprendieron del grueso del ejército francés, y se arrojaron sobre los cuarenta hombres que componían la avanzada del ejército mexicano.

Los puestos resistieron el ataque, á pesar de haber sido tan imprevisto, con un valor heroico: cuarenta mexicanos resistieron á cuatrocientos franceses, sucumbiendo al fin después de haber quedado treinta fuera de combate; los diez restantes se retiraron entonces al cuartel del General Díaz. Este, desde que comenzó el ataque sorprendido de una agresión que violaba

pactos anteriores, pero indignado por un hecho que no honraba al invasor, se aprontó á sostenerse en su puesto, si era atacado en él, dando rápidamente parte de lo acontecido al General Zaragoza que se encontraba en Orizaba.

El General en Jefe del ejército de Oriente y el General Prim, que estaba á su lado, no podían creer aquel injustificable atropello del derecho de la guerra, ni que los franceses comenzaran las hostilidades antes de pasar del Chiquihuite, como se había estipulado en los preliminares de la Soledad.

Zaragoza en el acto que recibió el parte de que eran atacadas las posiciones del General Díaz, montó á caballo y se lanzó al llano de Escamela á donde llegó pronto, escuchando las detonaciones y presenciando las disposiciones tomadas por el General Díaz.

Un escuadrón, lanceros de Oaxaca, entorpecían el avance de los franceses, y Porfirio tomó en aquellos momentos el mando de la gran guardia que estaba situada en el llano de Escamela y avanzó sobre los franceses para estorbarles el paso. Zaragoza entre tanto movió toda la División y sus trenes, retirándola de la manera más ordenada, confiando en que el General Díaz cubriría su retirada.

Pero no era ya sólo la columna de cuatrocientos franceses la que avanzaba sobre las posiciones mexicanas, sino todo el Ejército invasor que marchaba sobre Orizaba, encubriendo su incalificable agresión contra lo pactado, con el absurdo pretexto de que estaban en peligro los enfermos que habían quedado en aquella ciudad.

El General Díaz á pesar de la inferioridad numérica de su tropa detuvo á la infantería francesa, recogió sus puestos y se retiró al fin con el orden más perfecto hasta Orizaba, donde se reunió al General Zaragoza.

Allí volvió el Señor Díaz á tomar el mando de su División marchando hasta el Ingenio, donde se encontraba la División del General Arteaga. En este punto se encontraron las fuerzas mexicanas, en tanto que los franceses ocupaban á Orizaba donde comenzaron á fortificarse.

Al día siguiente Zaragoza marchó para Acultzingo donde estableció su campo.

Pero entre tanto los reaccionarios habían cobrado alientos y reuniéndose las gavillas de Márquez, Cobos, Benavides y otros clericales, formaron un grupo considerable que comenzó á merodear en torno del Ejército mexicano, tanto para ayudar al invasor llamando la atención del General Zaragoza, cuanto para irse aproximando al ejército invasor para ponerse á sus órdenes.

Luego que supo Zaragoza que las gavillas de Márquez amenazaban á Atlixco, ordenó al General Díaz marcharse con su División á Tehuacán, donde debía

tomar el mando de las Brigadas de Morelia y San Luis para perseguir á los reaccionarios que asolaban el Estado de Puebla.

El General Díaz marchó en el acto rindiendo su primera jornada en Tlacotepec; pero allí recibió orden de Zaragoza para que retrocediera al Cuartel General de éste, porque los franceses avanzaban para subir las Cumbres.

Porfirio se puso luego en movimiento incorporándose á Zaragoza en Puente Colorado; allí el General en Jefe hizo marchar con el ejército á las Brigadas de San Luis y Morelia y situó en el puente al General Díaz con una brigada de Oaxaca, ordenándole defendiera el paso siquiera por dos horas, después de que acabaran de cruzar el puente las tropas nacionales.

El ejército invasor pronto estuvo á la vista y comenzó á ascender por las primeras rampas de la Sierra.

Demasiado conocido es el episodio gloriosísimo de las cumbres de Acultzingo, donde fué gravemente herido el General Arteaga, que con la Brigada de Querétaro disputó valientemente el paso á los franceses: estos comenzaban á sorprenderse de una resistencia que no aguardaban, ya porque confiaron en las promesas de los conservadores que les prometían la sumisión del país entero, ya porque creían que los soldados mexicanos no se atrevían á luchar contra los soldados que se llamaban los primeros de Europa.

Sin embargo, los franceses continuaron ascendiendo, hasta que la batería situada en Cuesta Blanca y la artillería oculta en los accidentes del terreno los obligaron á detenerse.

Zaragoza que había permanecido en el puente hasta que acabaron de pasar sus tropas, se retiró al fin á la retaguardia de éstas encargando al General Díaz mantuviese la posición siquiera una hora más para hacer imposible que los franceses persiguieran nuestra retaguardia.

Pero el General Díaz hizo más: con su tenaz resistencia obligó al enemigo á hacer alto, disminuyendo la intensidad de sus fuegos, y no una hora sino hasta bien avanzada la noche se retiró, quedando cubierta la cumbre con alguna caballería situada allí por Zaragoza, como puesto de observación.

El Ejército mexicano siguió por el Palmar, Acultzingo y Tepeaca, llegando á Puebla el 3 de Mayo de 1862. El ejército francés avanzaba por el mismo camino á una jornada de distancia.

El telégrafo había comunicado incesantemente al Gobierno los movimientos del ejército francés y Juárez, que en su lealtad republicana jamás ocultó al país la verdad de los sucesos políticos, aun los más graves, publicaba en el acto cuanta noticia venía de Oriente,

La ansiedad de la población de la Capital era inmensa: aún había vitalidad en este pueblo que sentía vibrar en su alma los sentimientos más nobles á las palabras mágicas de Patria, Independencia y Libertad.

Por todas partes se veían grupos animadísimos comentando los hechos, participándose las nuevas llegadas del campo y entregándose ya á las esperanzas más halagadoras del triunfo, ya á la indignación despertada por el terror de la derrota.

Allá en la sombra se deslizaban hombres de rostros sombríos, que recatándose se perdían hundiéndose en las sacristías ó en las monumentales casas de los ricos conservadores; eran los viejos deshechos del ejército de Santa Ana que, no pudiendo militar en las gavillas de Márquez, de Mejía, de Butrón ó de Lozada, se conformaban conspirando en los cafés, ó preparándose para armarse el día que entrara á la capital el invasor, uniéndose á él.

Por fin amaneció el cinco de Mayo y desde las primeras horas del día la inquietud pública paralizó la vida social, concentrándose la agitación en torno del Palacio, en el telégrafo, en el Correo, en todas partes en fin, donde primero pudiera saberse el éxito de la batalla que iba á darse.

Veamos lo que pasaba entre tanto en Puebla, formalmente amenazada por el ejército francés.

Desde el momento en que llegó el General Zaragoza á Puebla, ocupó los fuertes de Guadalupe y Loreto con la brigada de Querétaro al mando del General Negrete, en sustitución de su Jefe el General Artega, que había sido gravemente herido en las cumbres de Acultzingo.

El resto de las fuerzas del ejército de Oriente, quedaron acuarteladas en la ciudad.

El ejército francés pernoctó el 3 de Mayo en Amozoc.

En la madrugada del día 5 el General Zaragoza comenzó á mover sus fuerzas situándolas de la manera más conveniente para evolucionar, según el punto que atacara el enemigo.

Entre la capilla de los Remedios y el fuerte de Guadalupe quedó tendida la Brigada de Toluca á las órdenes del General Berriozábal, y la División de Oaxaca, accidentalmente á las órdenes del General Porfirio Díaz, se colocó en la plazuela de la Ladrillera frente al camino de Amozoc. La Brigada de San Luis menos la caballería, quedó á la izquierda de la División de Oaxaca.

El escuadrón Lanceros de Toluca y el de Carabineros á caballo de San Luis, mandados por el Coronel Alvarez; se situaron á la derecha de la División de Oaxaca.

Al frente de toda esta línea se estableció una batería de batalla y á más de trescientos pasos á vanguardia se tendió en tiradores el batallón Riferos de San

Luis, quedando distribuido el resto de la artillería, bajo el mando del Coronel Rodríguez, en los fuertes de Guadalupe y Loreto, y en el perímetro interior de la plaza que mandaba el General Escobedo, por haber sido nombrado Gobernador de Puebla el General Tapia.

En las primeras horas de la mañana del día 5 quedó formada la línea mexicana, y un silencio de muerte reinaba en sus filas, cuando del baluarte de Guadalupe se alzó una nube de humo, brilló un relámpago y se escuchó el trueno del cañón que anunciaba que el enemigo estaba á la vista.

En efecto, por la falda de los cerros de Amaluca y las Navajas, aparecieron los zuavos en gruesos pelotones, batiéndose con las guerrillas mexicanas que se habían situado adelante en observación: eran los exploradores de Zaragoza que se replegaban á nuestra línea.

En seguida el grueso del ejército francés se presentó por el camino de Amozoc, y tomando posiciones frente á la Hacienda de los Llanos, después de seguir una línea curva á la derecha, se desplegó en batalla á la izquierda, é hizo alto.

Los franceses pusieron sus armas en pabellón y tomaron rancho, empleando en esto una hora, pasada la cual, se puso de nuevo la columna en marcha diagonalmente por nuestra izquierda, como si quisiera voltear la posición de la ciudad.

La caballería francesa, apoyada por alguna infantería, se situó frente á la garita del Peaje en el camino de Amozoc.

La infantería continuó marchando, pero al llegar al fuerte de Guadalupe hizo alto, estableció sus baterías y comenzó un fuego vivísimo de cañón sobre aquel.

Desprendióse al fin una gruesa columna de zuavos, precedida de una línea de tiradores, y se dirigió al cerro.

Zaragoza, que jamás pudo creer que Laurencez atacara por aquel lado, cambió rápidamente su frente de batalla y lanzó la infantería de la Brigada Berriozábal y el Batallón de Reforma de San Luis á reforzar los cerros de Guadalupe y Loreto. Al mismo tiempo dividió su caballería, enviando al punto que ocupaba antes Berriozábal á los Lanceros de Toluca y el piquete llamado de Solís: el resto de la caballería quedó apoyando á la Brigada de Oaxaca, á las órdenes del Coronel Félix Díaz.

La infantería de Berriozábal quedó tendida en batalla en una línea entre los dos fuertes: á la derecha quedaron los dos batallones de Toluca, el sfo de Veracruz y los batallones de Tetela y Zacapoaxtla: el de San Luis quedó en la segunda línea en apoyo de los de Toluca.

La artillería del fuerte de Guadalupe rompió sus



GRAL. IGNACIO M. ESCUDERO.

fuegos sobre la columna francesa que avanzaba imponente, pero sin detenerla, porque la cubrían los accidentes del terreno.

Cuatro columnas de mil hombres cada una subían por la falda del cerro, cuando salieron á contener á la primera los batallones de Tetela y Zacapoaxtla; pero después de un reñido combate, los mexicanos retrocedieron á su línea por haber aparecido todo el grueso de la fuerza al borde de la colina, cargando especialmente las columnas que habían cruzado por Rentería, en el espacio que encumbra entre Loreto y Guadalupe.

Los franceses avanzaban con ese valor sereno y arrebatado que les había dado un inmortal renombre; pero al ponerse á descubierto vacilaron un momento ante la metralla; se precipitaron sin embargo hacia adelante, cuando Berriozábal y Negrete mandaron poner en pie la infantería que hasta entonces había permanecido oculta, tendida en el suelo, y que recibió á la columna francesa con un fuego vivísimo, y á la vez los batallones de Toluca y Veracruz, cambiando su frente sobre la derecha flanquearon á los franceses, que no pudiendo resistir por largo tiempo, retrocedieron.

La caballería y parte de la infantería avanzaron mucho más aún hasta arrojar del cerro á la columna francesa enteramente dispersa, y que huía en una confusión espantosa.

Laurencez, asombrado con aquella resistencia que no aguardaba, al ver la derrota de la columna, destacó rápidamente otra en su apoyo: la primera pudo entonces organizarse de nuevo, marchando sobre el fuerte de Guadalupe y la capilla de la Resurrección que Zaragoza había reforzado con el batallón de Zapadores.

El General en Jefe del ejército francés creyó entonces que debía llamar la atención por otro punto, y desprendió dos columnas, apoyadas por dos escuadrones de caballería sobre la Garita del Peaje, para atacar el punto de la Ladrillera, donde se encontraba el General Díaz con la división de Oaxaca: veámos lo que pasó en ambos combates.

La columna francesa mucho más numerosa que la que dió el primer asalto, y excitada por vindicar su derrota, ascendió al cerro con un impulso irresistible, llegando los zuavos á tocar los parapetos; pero nuestra artillería, perfectamente servida, hacía un fuego incesante y certero sobre los asaltantes, á la vez que los batallones de Toluca, Tetela, Zacapoaxtla y Veracruz, que combatían fuera de las trincheras, resistían por el frente á los franceses y los atacaban por los flancos.

El combate fué terrible, sangriento, y hubo momentos en que combatieron confundidos, á la bayoneta, mexicanos y franceses envueltos en una nube de humo, en medio de una gritaría horrible y salvaje.

En aquellos instantes una nube negra, inmensa, cruzada de relámpagos y preñada de rayos, cubrió el horizonte y una lluvia torrencial cayó sobre el campo: eran las cuatro y media de la tarde, y cuatro horas había durado aquella batalla.

Entre tanto se daba otro ataque rudo y vigoroso sobre el punto ocupado por el General Díaz, que era él sólo que hasta entonces había conservado inmóvil su posición.

Las columnas francesas, con un orden admirable marcharon paralelamente á los dos lados del camino sobre los campos sembrados, y precedidos de una nube de tiradores, que hacían un fuego nutridísimo y certero sobre los tiradores mexicanos, que se replegaron violentamente: entonces pudo obrar nuestra artillería con algún efecto sobre la columna, pero sin lograr detener su marcha.

Hasta entonces los rifleros de San Luis habían sostenido los fuegos, teniendo que reorganizarse de nuevo, ayudados por el batallón de Guerrero que emprendió un ataque sobre el flanco derecho de la columna derecha francesa. Pero ese batallón fué recibido con una fusilería terrible, emprendiéndose un combate muy reñido.

La situación era tanto más grave cuanto que el Teniente Coronel Mariano Jiménez, que mandaba el batallón de Guerrero, había avanzado demasiado, y aquella infantería seriamente comprometida iba á ser envuelta.

Entonces avanzó el General Porfirio Díaz con los batallones 1.º de Oaxaca al mando del Teniente Coronel Espinosa, el 2.º al mando del Teniente Coronel Loeza, y cien hombres del Batallón Independencia mandados por el Teniente Coronel Pedro Gallegos y dos cañones de batalla. El joven soldado quería no sólo apoyar al batallón de Guerrero, sino tomar una iniciativa enérgica para detener la marcha de las columnas francesas que, si vencían, se encontraban dentro de la ciudad.

Los cuerpos de Oaxaca, con Porfirio á su cabeza y formando una sola columna, se lanzaron sobre el enemigo á paso de carga con tal impulso, que los franceses, después de haber hecho una resistencia sobrehumana, vacilaron y retrocedieron, aprovechando en su retirada las sinuosidades del terreno para cubrirse.

Pero el General Díaz siguió adelante, desalojando á los franceses que huyeron al fin á sus posiciones.

En aquellos momentos las columnas francesas que habían intentado un tercer ataque sobre el Fortín de Guadalupe eran arrojados del cerro, descendiendo en una fuga vergonzosa.

El turbión que por algún tiempo nubló el espacio se alejó, cesando la tempestad y apareciendo radiante el astro que en los anales de la historia patria iba á denominar el Sol de Mayo.

Más no conforme el General Díaz con aquel triunfo quiso intentar perseguir á los franceses hasta su campamento: ordenó á su reserva, formada por el Batallón Morelos, que á las órdenes del Teniente Coronel Rafael Ballesteros y con dos piezas de artillería, apoyase su izquierda, en tanto que por su derecha lanzó á los Rifleros con los escuadrones de Toluca y de Oaxaca: con este doble movimiento acabó de consumarse la derrota de los franceses.

Zaragoza que seguía con ansiedad el ataque tan brillante de Porfirio, dió á éste repetidas órdenes para que hiciera alto: el caudillo oaxaqueño tuvo entonces que obedecer, conteniendo apenas el ardor de sus soldados y quedando más allá del sitio del combate y teniendo al frente al enemigo en un completo desorden á setecientos metros.

Hé aquí la páida relación de esa espléndida victoria del Cinco de Mayo, que salvó á la República, revelando la fuerza de un pueblo, y dando á éste un respiro para prepararse á nuevas luchas.

La Francia imperial que había creído conquistar á México con seis mil hombres, retrocedió asombrada ante la derrota de éstos, comprendió que frente á sus huestes invasoras se había puesto en pie algo más que un partido, una Nación, y durante muchos meses no intentó nuevas empresas, acopiando sólo muchos y poderosos elementos de guerra para enviar un refuerzo de cuarenta y cinco mil hombres á sus soldados encastillados tras las fortificaciones de Orizaba, adonde se retiraron después del desastre que sufrieron en Puebla.

Nuestro pequeño Ejército, que había continuado persiguiendo al ejército francés, á pesar de la superioridad de éste, hasta las goteras de Orizaba, acampó frente á ésta ciudad en espera de la División de González Ortega que debía unirse muy pronto.

A las nueve un cañonazo disparado en el fuerte de Guadalupe anunció que el enemigo estaba frente á las puertas de la ciudad.

Entonces ocupó los cerros de Amalucan y de las Navajas, fortificándose en el acto para apoyar sus movimientos.

A las once prolongó su línea por la derecha colándose frente á los fuertes de Guadalupe y Loreto, deteniéndose la columna en la hacienda de la Manzaniilla.

De sus campamentos se desprendieron en la tarde tres columnas con tiradores á su frente, con dirección al fuerte de Guadalupe, haciendo alto al pie del cerro.

Entre tanto nuestra artillería permaneció en silencio, para que el enemigo no pudiera medir el alcance de nuestras piezas, y la plaza continuaba tran-

quilamente sus obras de zapa, teniendo las tropas su armamento en pabellones.

Al siguiente día, 17, apareció el Ejército del Centro por las lomas Uranga, pronto á envolver al enemigo por sus flancos, si éste intentaba un ataque serio sobre los fuertes de Guadalupe y Loreto.

En los tres siguientes días los franceses continuaron sus movimientos de circunvalación, ocupando primero el camino de México, cortando allí el hilo telegráfico de Puebla á la Capital, y tomando después el cerro de San Juan, donde más tarde estableció Forey su cuartel general, y un verdadero campamento para su servicio militar.

Cinco días trascurrieron en estos movimientos, sin que ocurrieran más que algunas escaramuzas entre las avanzadas de ambos ejércitos.

Por fin el día 22 comenzaron las hostilidades de una manera formal sobre algunos puntos de la primera línea fortificada de la ciudad, especialmente sobre los fuertes de San Javier y el Parral que sufrieron un fuerte cañoneo. Pero ninguna ventaja obtuvieron los sitiadores, al contrario, los puntos avanzados que intentaron ocupar, tuvieron que abandonarlos, arrojados por nuestras fuerzas y sufriendo muchas pérdidas.

Los franceses habían abierto ya sus paralelas y á su abrigo se prepararon el día 25 á dar un asalto á la plaza.

El 26 en la noche rompieron los franceses sus fuegos formando fuertes columnas como si fueran á dar un asalto: la plaza contestó en el acto y la guarnición se puso sobre las armas para rechazar al enemigo.

Toda la noche y el siguiente día continuó vivísimo el fuego de cañón, cayendo infinidad de bombas sobre la ciudad y quedando destruido el fuerte de San Javier.

Por fin á las ocho y media de la noche se desprendieron de las paralelas las columnas de ataque, lanzándose al asalto con todo el brío que le es natural al soldado francés.

Pero éste encontró á su frente un adversario digno que lo recibió con un fuego vivísimo de fusilería. Defendían el fuerte de San Javier los batallones 2º y 6º de Guanajuato, á la vez que fuera de la fortificación flanqueaban á los franceses por la derecha el batallón de rifleros y por la izquierda los batallones 3º, 4º y 5º de Zacatecas.

Desde en la tarde, y previendo el ataque, el General en Jefe había situado en campo raso cuatro baterías de la reserva general que batieron los dos flancos del enemigo.

El combate fué reñidísimo y sangriento, luchando cuerpo á cuerpo los combatientes sobre los reducidos, pero en una hora los franceses fueron completa-

mente derrotados, destruidas sus columnas y retirándose los restos de ellas en completa dispersión. Estos sucesos tuvieron lugar en la noche del 26 de Marzo de 1863.

El día 28 á la una y media de la mañana dieron otro asalto los franceses llegando sus columnas hasta el foso del mismo fuerte; pero de nuevo fueron rechazados, debiéndose tener en cuenta que las cortinas y baluartes de San Javier estaban completamente destruidas.

Al terminar el mes, el General González Ortega, después de oír la opinión pericial de sus ingenieros, mandó desartillar el fuerte de San Javier, sacar de él las municiones de guerra y abandonarlo como tal fuerte, puesto que estaban sus baluartes y murallas convertidas en ruinas y cegados los fosos con los escombros.

Sin embargo, se quiso disputar por última vez al invasor aquel punto para demostrarle que los mexicanos estaban resueltos á defender palmo á palmo el suelo patrio.

A las tres y media de la tarde del día 30 de Marzo, rompió de nuevo el enemigo sus fuegos de artillería sobre la Penitenciaría, que servía de base al fuerte de San Javier, y á las cuatro lanzó sobre aquel punto gruesas columnas que se desprendieron de las paralelas andazmente abiertas á cuarenta varas del fuerte.

Dos batallones, uno de Guanajuato y otro de Morelia, resistieron al asalto en el patio de la Penitenciaría; pero pronto fueron auxiliados por alguna fuerza de los puntos inmediatos y de las reservas, consiguiéndose hacer sufrir fuertes pérdidas al enemigo y que éste se resguardara en sus paralelas y en el centro del edificio de la Penitenciaría.

Y sin embargo de la pérdida del fuerte, á pesar de que los franceses hicieron fuego durante treinta y dos horas sobre nuestra línea y de haber intentado ocupar las avanzadas situadas á la retaguardia del fuerte, conseguimos conservar éstas.

En los siguientes días á la ocupación del fuerte de San Javier los franceses se limitaron á batir con la artillería situada en sus paralelas y con un continuo fuego de rifle los reductos de Morelos y las manzanas situadas á la retaguardia del edificio.

La división de Negrete que defendía aquellos puntos peligrosísimos, por estar batidos incesantemente por el enemigo, había sufrido muchísimo, por lo cual el General en Jefe mandó relevarla la noche del 31 de Marzo, con la reserva de la primera División que mandaba Berriozábal.

En el acto fué ejecutada la orden, y á la una de la noche se presentó el General Porfirio Díaz al frente de la fuerza que mandaba, recibiendo los reductos y edificios que deseaba defender González Ortega,

indicándole éste los puntos donde la defensa sólo debía ser provisional y débil, y en los que se debían conservar á todo trance hasta que quedara la fuerza muerta ó prisionera.

Pronto quedó establecida la segunda línea que debía sustituir la que se había perdido con el fuerte de San Javier; y en la cual tenían que resentirse con mayores desventajas los ataques de los franceses, por lo débil de la construcción de aquellos edificios.

Pero en aquella línea se encontraba el General Díaz y el General La Llave, que fué encargado de la defensa de la línea de la derecha.

En la noche del 2 de Abril los franceses rompieron sus fuegos sobre la línea de vanguardia de San Agustín, logrando á las ocho y media abrir con su poderosa artillería una brecha en el cuartel de San Márcos, que ocupaba el General Díaz.

Al momento lanzó una gruesa columna que ocupó la mitad del cuartel, mientras que en la otra mitad quedaron los defensores del punto.

Allí tuvo lugar un combate reñidísimo, sangriento y casi cuerpo á cuerpo. Los mexicanos hicieron prodigios de valor, y Porfirio entre el humo y los escombros dirigió aquella admirable resistencia hecha en las sombras, iluminada sólo por el fuego de la fusilería y del cañón. A la media noche los franceses fueron arrojados del punto, dejando allí sus muertos y sus armas.

A las dos de la mañana el enemigo intentó un nuevo ataque por otro punto, por la manzana de la plazuela de San Agustín. Después de haber abierto la brecha lanzó por allí sus columnas, pero fué vigorosamente recibido por el 6º batallón de Jalisco y por el 4º batallón; el General Díaz acudió en el acto al lugar del peligro, emprendiéndose un combate tan encarnizado como el anterior. A las cinco de la mañana los franceses fueron rechazados, dejando en nuestro poder sus armas, sus muertos y sus heridos.

En la orden general de la plaza, del día 3 al día 4 de Abril, el General en Jefe mandó se hiciese una mención honorífica de los Jefes que alcanzaron tan brillantes triunfos y especialmente del Señor Porfirio Díaz que dirigió la defensa, dando ejemplo de valor y actividad.

Personalmente, y en efecto, y al frente de cincuenta hombres del 1º de Toluca, Porfirio, saltando el antepecho que cubría la manzana llamada de Cabcitas que asaltaban los franceses, resistió á los asaltantes hasta obligarlas á replegarse. Y cuando volvieron al asalto por el costado izquierdo del cuartel de San Márcos, logró rechazarlos de nuevo, después de un largo combate.

En premio de estas acciones de guerra, el Gobier-

no lo hizo General de Brigada efectivo, más tarde en 29 de Mayo de 1863.

Nos estenderíamos demasiado si narráramos todos los lances acaecidos durante el largo Sitio de Puebla: baste decir que el General Díaz presto servicios eminentísimos, distinguiéndose entre los héroes que tan alto levantaron el honor nacional. Pueden citarse especialmente los últimos combates que tuvieron lugar al concluir el mes de Abril, y en las cuales los franceses adquirieron la convicción de que por la fuerza jamás ocuparían la plaza.

El día 19 del citado mes asaltaron las manzanas ocupadas por Sánchez Román en los momentos en que accidentalmente se hallaba en aquel punto el General Porfirio Díaz, que había ido allí á visitar á los Jefes de la línea. Hay que tener en cuenta que sobre esta línea, encomendada al General Miguel Auza y que formaba parte de la que mandaba el General Berriozábal, día á día incesantemente había concentrado sus fuegos de cañón el sitiador, extendiendo sus tiros hasta el fuerte de Teotimchuacán.

Los franceses lograron al fin abrir por todas partes grandes brechas, que se cubrían con pelotones de nuestros soldados: además, las paralelas y trabajos de zapa por donde avanzaba el enemigo estaban á unos cuantos metros de la línea mexicana.

Poco después de las cuatro de la tarde del citado día 19 los zavaos se lanzaron sobre las brechas; allí los aguardaba Porfirio, quien después de combatir heroicamente, logró rechazarlos. Pero nuestros soldados, creyendo, desgraciadamente, derrotado por completo al enemigo, no se aprestaron á un nuevo combate: y los franceses, aprovechando la ocasión, hicieron de nuevo un rapidísimo empuje sobre las manzanas.

En vano Porfirio, que no se había alejado, defendió el punto no sólo con valor sino con desesperación; por mucho tiempo combatió envuelto entre el humo y el polvo de los derrumbes, teniendo que salir casi asfixiado de entre los escombros: al fin se vió obligado á abandonar aquellas manzanas después de haber perdido trescientos hombres entre muertos y heridos, y una pieza de montaña que quedó enterrada bajo el techo de una casa.

Cada manzana formaba una especie de ciudadela que sólo de cerca podían atacar los franceses, y que les costaba enormes pérdidas: luego que el cañón había abierto brecha en la pared exterior de las casas, el enemigo se lanzaba por la abertura; pero allí se estrellaba en las trincheras levantadas en los patios recibiendo un fuego mortífero por las tróneras practicadas en las paredes interiores. Y conquistada por el sitiador una posición, ocupando muchas veces sólo ruinas, tenía que comenzar aquella misma operación sobre la manzana siguiente.

En esta lucha incesante durante el día y la noche,

sin respiro y sin cuartel, el General Díaz se hizo notar por su valor, su audacia y sangre fría, y esto cuando todos los defensores de la plaza, como Auza, Llave y los Jefes inferiores daban pruebas brillantes de heroísmo.

Esta admirable resistencia y las pérdidas sufridas por el ejército francés en la toma de San Marcos y en el ataque del convento de Santa Inés, obligaron á Forey á desistir del plan que había adoptado de ir ocupando la ciudad manzana por manzana, resolviendo esperar á rendir la guarnición tras un largo asedio, y cuando faltaran víveres y municiones.

Por fin la derrota sufrida por el Ejército del Centro en San Lorenzo el día 8 de Mayo decidió la suerte de la plaza sitiada, que no podía ya ser socorrida.

El 17 de Mayo á las cuatro de la mañana, dirigió González Ortega una carta á Forey, en la que le comunicaba que no pudiendo defender por más tiempo la plaza, en virtud de carecer absolutamente de municiones y víveres, disolvía el ejército de su mando, destruyendo sus armas y su artillería.

Le participaba por tanto, que podía ocupar la ciudad, dictando, si lo creía conveniente, las medidas necesarias para evitar las desgracias que pudieran ocurrir con una ocupación violenta, y por último, que el mismo General en Jefe y los Generales y Oficiales del Ejército mexicano, reunidos en el Palacio del Gobierno, se constituían prisioneros.

La defensa de Puebla es uno de los timbres más gloriosos de nuestra historia, que ha recogido los nombres de aquellos héroes para legarlos á la posteridad.

El General en Jefe del ejército francés comenzaba á preocuparse seriamente de la actitud que guardaban los republicanos de Oaxaca, cuando gran parte del país estaba ocupado por los intervencionistas y parecía sometido. Y mientras organizaba la expedición que personalmente quería mandar, ordenó al General Brincourt, que operaba en Puebla, avanzara sobre la frontera de Oaxaca. Y así lo hizo Brincourt, marchando él mismo con una columna de dos mil hombres sobre Huajuapán de León, á la vez que otra columna mandada por el Coronel Giraud del 7.º de línea marchando por la Cañada, se dirigía sobre San Antonio Nanahuatipam.

El primer punto lo cubría el General Benavides con una Brigada de infantería y otra de caballería, y en Nanahuatipam estaba con un batallón el Coronel Espinosa.

Luego que el General Díaz tuvo noticia del avance del enemigo salió de Oaxaca, tomando al principio el rumbo de Huajuapán, para engañar á aquel; pero en Tejumam tomó rápidamente á la derecha para ata-

car por la retaguardia á los franceses que ocupaban la Cañada.

El General Díaz, precisó al Coronel Espinosa no sólo el día, sino hasta la hora en que debía mantener su posición, para apoyarlo en el momento en que atacara la retaguardia francesa. Pero el Coronel mexicano retrocedió antes de tiempo, lo que descompuso el plan de combate del General Díaz.

Este atacó sin embargo el campamento francés, desalojó al enemigo de la plaza, y hubiera obtenido una victoria completa, si las fuerzas de Espinosa en aquellos momentos hubieran atacado el frente.

Los franceses entonces pudieron rehacerse en el interior de la iglesia y rechazaron nuestra columna, que tuvo que retirarse violentamente hasta incorporarse con los restos de la de Espinosa.

Esta sangrienta y desastrosa jornada tuvo lugar el día 10 de Agosto de 1864 y costó más de dos mil hombres á la División del General Díaz, aumentando la desmoralización que comenzaba á cundir en nuestras fuerzas, al verse solas combatiendo en todo el país.

En esos días se separaron de aquel cuerpo de Ejército el General Mariano Escobedo, que mandaba la brigada de caballería, y el General Benavides.

Porfirio se replegó hasta el valle de Oaxaca, dejando únicamente de observación en Nochistlán el cuerpo de Lanceros de Oaxaca, á las órdenes de su hermano el General Félix Díaz.

La situación de los republicanos de Oaxaca era cada día más difícil, porque muchos de ellos se desmoralizaron con la certeza que tenían en su ánimo de que era imposible la resistencia cuando el país entero había sucumbido: y algunos de los defensores de la independencia depusieron las armas y se retiraban á sus hogares fatigados de luchar sin elementos y agoviados con las derrotas que sufrían los restos de nuestro Ejército, cuando éste no podía combatir contra el francés tan perfectamente armado, municionado y disciplinado.

En tanto la defección, partiendo de las esferas más altas del poder, había cundido desde algunos funcionarios hasta Jefes de alta graduación en el Ejército.

Un Ministro del Señor Juárez, Núñez, había desertado de su puesto, sometiéndose al enemigo. Y Uruga, después de haber celebrado arreglos con el invasor, se pasaba al imperio con armas y bagajes.

Y sin la enérgica lealtad del General Arteaga y de la Oficialidad del Ejército del Centro, Uruga habría arrastrado á la mayor parte de éste en su propia traición.

A una de caballo escapó Uruga del campo republicano en los momentos en que el General Arteaga

iba á reducirlo á prisión para pasarlo por las armas: y después de haberse salvado de los destacamentos que lo perseguían, llegó por fin á la capital á someterse al imperio.

Desde allí se permitió querer seducir al héroe de Oriente, al General Porfirio Díaz, enviándole con un comisionado, el Coronel Alvarez, una carta confidencial, en la cual la invitaba á que reconociese al imperio fabricado en México por la intervención armada de Napoleón III.

Uruga, después de hacer injustos cargos al Ejército del Centro de donde había desertado, ofrecía al General Díaz que el imperio promulgara las mismas leyes de Reforma que había dado el Señor Juárez, y le prometía que el mismo General Díaz conservaría el Gobierno del Estado y toda la línea que mandaba, sin que se le enviara un sólo extranjero.

El General Díaz, profundamente indignado por el insulto que se le infería, rechazó enérgicamente aquellas propuestas, y contestó á Uruga que sólo por los respetos que debía á su antiguo Jefe y por la amistad que lo ligaba con éste y con Alvarez no sometía á éste á juicio, fusilándolo por traidor. Tal vez el General Díaz tuvo algo en cuenta el carácter de parlamentario que amparaba á Alvarez.

Porfirio además decía á Uruga en su contestación que jamás faltaría al juramento que había prestado de combatir por la libertad é independencia de la Patria, y que lo cumpliría sin vacilar, cualquiera que fuese la suerte que en la guerra le deparara la fortuna. Y terminaba agregando que pasaría por las armas sin vacilar, á cualquier otro que se encargase de llevarle otra misión igual.

El General Díaz cumplió sus promesas como bueno y no queriendo que por un momento siquiera se vacilase de su lealtad, al saberse que había recibido un comisionado de Uruga, dirigió con fecha 27 de Diciembre una circular á los Gobernadores y Comandantes militares de los Estados, participándoles los sucesos que acabamos de referir.

Y esta nota en la cual respiraban los nobles y levantados sentimientos de su autor, fué publicada en el Periódico Oficial del Estado.

Desde que se supo en México que el General Porfirio Díaz no entraba en avenimiento alguno con el Imperio, el ejército francés que iba á operar sobre Oaxaca fué reforzado y se ordenó que avanzara sobre el Valle, encargando la campaña al General de Artillería Courtois d'Hurbal, en tanto llegaba Bazaine.

El 18 de Diciembre de 1864 el General Félix Díaz sostuvo brillantemente un ataque que le dió la caballería francesa en la Hacienda de San Isidro. Pero ante la superioridad del enemigo tuvo que replegarse

y los franceses siguieron avanzando en los días 22, 26 y 31 del citado mes, hasta que el 4 de Enero el General Courtois d'Hurbal, que estaba acampado en Etila, hizo avanzar sus columnas de observación á las inmediaciones de Oaxaca, estableciendo su campamento en la Blanca.

Entonces llegó á dirigir el sitio personalmente Bazaine, con diez mil hombres más y treinta piezas de artillería de un alcance superior á las nuestras.

El General Díaz sólo tenía á sus órdenes tres mil hombres escasos, tres baterías irregulares mal dotadas en su personal, y novecientos caballos: había además mandado que se organizaran violentamente las Guardias nacionales de Miahuatlán, Ixtlán y Tehuantepec.

Entonces combinó un plan de campaña audacísimo, y que, á haberse ejecutado en todos sus detalles, habría tal vez variado el orden de los sucesos y la resistencia se habría prolongado más con un éxito mejor. Pero la fortuna volvía siempre caprichosamente la espalda á nuestras armas, y la victoria se negaba á premiar cuanto esfuerzo hacían los buenos hijos de México.

El General en Jefe hizo marchar la caballería el día 8 de Enero de 1865 para que se situara á la espalda de los franceses, tomando un camino trasverso entre Huitzo y Etila, y siguiendo el rumbo de la Mixteca.

El Sr. Félix Díaz, encargado de la expedición, llevaba instrucciones de atacar el convoy y la retaguardia del ejército francés, no sólo con la caballería que mandaba, sino con las fuerzas de Guardia Nacional que se le unirían.

Y el hermano del General en Jefe marchó en efecto, cumpliendo las órdenes recibidas; pero la demoralización cundía rápidamente entre la tropa, y parte de la caballería se desbandó, y la Guardia Nacional de Tehuantepec se pronunció por el Imperio, y la de Miahuatlán no quiso organizarse ni partir á la campaña.

Félix Díaz tuvo que volverse á Oaxaca con el resto de su fuerza, y sin haber podido ejecutar la comisión que se le había confiado.

Al ver esto las fuerzas de Oaxaca se demoralizaron á su vez, no sólo al palpar la superioridad en número, disciplina y armas del ejército francés, sino al persuadirse de que con la defección de la caballería y de los cívicos de Tehuantepec le faltaba un apoyo exterior que auxiliara á la guarnición, ya para surtirle de víveres, ya para hacer alguna salida.

Los franceses en tanto avanzaban sobre la ciudad, siguiendo estrictamente las reglas del arte de la guerra y obligando á los defensores á agotar sus municiones al resistir ataques parciales, y en los cuales la ventaja la alcanzaban siempre los sitiadores.

Los traidores que había dentro de la plaza, es decir, los conservadores, fomentaban el desaliento de

la guarnición, ya sembrando el terror anunciando que los defensores de la independencia serían pasados por las armas, ya prometiendo recompensas á los tránsfugas.

Porfirio Díaz comprendió que por entonces la causa nacional estaba perdida; pero en aquella alma grandiosa no cabían ni el pensamiento mezquino de someterse á los invasores, ni el sentimiento cobarde de huir del peligro. Y resolvió luchar hasta el fin, hasta que no quedara un sólo soldado en la trinchera, ni un cartucho en el fusil. Había algo de la desesperación sublime del héroe que sucumbe ante una fuerza superior, y que busca la muerte para no ver á su patria profanada, cayendo envuelto en la bandera que por tantos años y con tanta gloria defendió.

Y se lanzó á combatir no como un General en Jefe, sino como el último de sus capitanes, marchando á la cabeza de sus columnas.

Los franceses desde los primeros días de Enero habían ocupado la Hacienda de la Aguilera; y como este punto era uno de los principales que formaban la línea avanzada de los sitiadores, Porfirio quiso recobrarlo: y al frente de la compañía de ingenieros que mandaba el Teniente Coronel Juan Pérez Castro, se lanzó sobre la hacienda, y después de un reñido combate desalojó al enemigo.

Pero aquel triunfo fué estéril, porque envió el Jefe francés un fuerte refuerzo, y nuestros soldados tuvieron que replegarse á la plaza.

Día á día se estrechaba más el sitio, y día á día disminuía más el número de los defensores que eran diezmados por el fuego tan nutrido y certero de los franceses, y por la deserción que cada vez era mayor.

El General Díaz era el primero en acudir al punto donde el peligro era más ingente, batiéndose como un soldado, realizando hazañas que rayaban en temeridad, y causando la admiración de sus subordinados. Estos, sobre todo los Jefes superiores, sospecharon que Porfirio sólo buscaba una muerte gloriosa en la trinchera, y en nombre del interés común le expusieron que debía conservar su vida, que pertenecía á la Patria y á sus compañeros de armas.

Un mes hacía ya que duraba aquella defensa asombrosa, inaudita, y en la cual menos de dos mil hombres, en una ciudad mal fortificada y peor artillada resistían á diez mil franceses, cuando desertaron en masa dos compañías enteras que guarnecían el Fortín más avanzado, con lo cual quedaban descubiertos los demás y la ciudad misma.

Porfirio mandó un refuerzo; pero comprendió que era imposible prolongar la defensa, y promovió un consejo de guerra para exponer á los Jefes y Comandantes que militaban á sus órdenes cuál era la verdadera situación de la plaza, que al primer asalto sería tomada.

Los Generales Salinas y Ballesteros, el Coronel Angulo, los Jefes de Brigada y los Comandantes de las líneas de defensa opinaron por la rendición, dejando al General en Jefe que la hiciera efectiva en los términos más decorosos.

Porfirio entonces envió al Coronel Angulo como parlamentario al campamento francés, para que solicitara de Bazaine una conferencia. Esto pasaba el 8 de Febrero de 1865.

Pasó todo el día sin que Angulo volviera á la plaza: y entonces el General Díaz marchó solo á presentarse al General francés, no pidiendo garantías para sí, sino sólo para sus subordinados y para los habitantes de la ciudad.

No tenemos que entrar aquí en considerando alguno para explicar este paso del Señor Díaz. Sólo diremos que en la ciudad, y aun entre los subordinados de Porfirio corrió el caluminoso rumor de que éste no quería rendirse, porque no tenía garantías personales, por haber sido uno de los prisioneros de Puebla.

Entonces Porfirio quiso demostrar que no temía la muerte, ni sacrificaba á sus tropas por su interés personal, y se presentó á Bazaine diciéndole que se rendía porque no tenía elementos para continuar la lucha: que sólo él era responsable de la guerra, y que pedía para sus soldados las garantías que el ejército francés dá á los valientes.

Oaxaca fué ocupada y el General Díaz enviado prisionero á Puebla.

Eran los días de luto de la República: los invasores ocupaban casi todo el territorio después de haber sucumbido los fragmentos del Ejército Nacional, que combatieron hasta quemar su último cartucho en defensa de la Patria.

Una sombra de imperio, entre tanto, pretendía ejercer una absoluta soberanía sobre el país, cuando el Jefe francés era quien realmente gobernaba, sobre todo en el ramo de Guerra, confiado exclusivamente al Mariscal Bazaine.

Maximiliano intentaba en vano constituir una monarquía liberal, cuando en torno suyo sólo había elementos reaccionarios.

El Príncipe austriaco, al rodearse del partido moderado, que es el único que se presta en su ductilidad á todas las defecciones, se hizo la ilusión de que tenía á su lado á los republicanos, cuando sólo llevaba á su gobierno sábios de gabinete; enteramente nulos en la práctica administrativa.

El Imperio, desde la llegada de Maximiliano á Veracruz, comenzó arrojando con desdén de los puestos públicos á los que tanto habían trabajado por su elevación, ya en los campos de batalla sosteniendo la causa reaccionaria, ya en la política de ostracismo,

solicitando la intervención europea en todas las Cortes, sin retroceder ni ante el anatema de traición que iba á quedar estampado para siempre sobre su frente y sobre su nombre.

Ya los franceses habían dado una lección severísima á los reaccionarios disolviendo el risible gobierno de Almonte establecido en Córdoba, y obligando más tarde á la regencia á dejar en pie las leyes de bienes nacionalizados, que tanto preocupaban al clero.

Maximiliano consumó la obra enviando á Márquez á Jerusalem, á Miramón á Berlín, y despidiendo de los puestos públicos á los conservadores, para colocar en su lugar á los liberales moderados y á los tránsfugas que, defeccionando á la República, se ligaban al imperio.

El partido nacional supo aprovechar esos errores cometidos por el usurpador, y comenzó á luchar de nuevo, sacudiendo el estupor que es natural en el vencido.

La guerra de guerrillas comenzó á acentuarse fatigando á las columnas francesas que recorrían el territorio, y derrotando frecuentemente á las tropas auxiliares y á los traidores.

Verdad es que Uruga en su defección dejó sin elementos á las tropas que ocupaban á Jalisco, las cuales tuvieron que abandonar éste Estado; pero el General Arteaga se situó con los restos de la división en Michoacán sosteniendo allí la campaña, justamente con Salazar, Riva Palacio y Régules.

Estos caudillos, sin embargo, sólo á fuerza de patriotismo podían mantener la lucha, rodeados por las tropas de Méndez que llenas de recursos y apoyadas por los franceses y los austriacos, perseguían con ventaja y fortuna á los republicanos.

Las noticias de aquella lucha llegaban alguna vez al General Porfirio Díaz, quien se estremecía de impaciencia en su prisión, ansiando tomar parte en los peligros y en la gloria de sus compañeros; pero ejercía entonces una vigilancia exagerada sobre el ilustre prisionero, y éste no podía evadirse.

Porfirio tenía la audacia suficiente para lograr escapar, á pesar de todo; pero temía comprometer gravemente á los demás prisioneros.

Por otra parte, el Jefe austriaco encargado de su custodia, Schismandia, lo trataba con tal caballerosidad ampliando hasta con exceso su prisión, que no quiso serle desleal fugándose.

Pero cambiaron en fin estas condiciones: casi todos sus compañeros recobraron su libertad y Schismandia fué releevado. El General Thum, que sustituyó á aquel, estrechó rigorosamente la prisión del General Díaz, rodeándolo de la más exagerada vigilancia y sometiéndolo á todo género de penalidades siguiendo las órdenes del Cuartel General francés, que se negó á canjear á Porfirio por los prisioneros

austriacos hechos por el Ejército republicano del Centro de Michoacán.

Entonces el General Díaz preparó su evasión para la noche del 20 al 21 de Septiembre de 1865.

Los que conocen la compañía de Puebla, donde estaba preso el caudillo republicano, se asombrarán de cómo éste intentó aquella fuga que parecía imposible, por la altura de los muros del antiguo convento de los Jesuitas, y por estar el edificio convertido en cuartel cubierto con centinelas por todas partes.

Los preparativos hechos por el prisionero consistían tan sólo en una cuerda larga y perfectamente enrollada, y un puñal que con mil dificultades pudo proporcionarse.

En las sombras de la noche salió de la celda que le servía de calabozo, llevando la cuerda que debía servirle para su evasión: y aprovechando el momento en que el centinela le daba la espalda en una de sus vueltas, se deslizó por la pared del claustro, llegó á una azotehuela y trepó después de esfuerzos supremos al techo de una pequeña cocina que allí había. Desde allí lanzó un extremo de la cuerda logrando al fin engancharla en una pilastra de la bóveda de la iglesia, y ascendió por ella sintiendo el vértigo del vacío pero llegó al fin á la altura.

Entonces comenzó á arrastrarse por las bóvedas para que no distinguieran su silueta los centinelas apostados en el techo del convento, que quedaba á sus pies. Al fin por uno de los ángulos de la iglesia que caía á una calle situada á la espalda del templo se descolgó en el vacío, y oscilando y jugando la vida, cayó al fin á una casa de donde pudo salir á la calle.

La evasión estaba realizada sin que el General Díaz hubiera perdido ni por un momento la tranquilidad de su espíritu: y prueba de ello es que, en la punta inferior de la cuerda por donde consumó su fuga dejó atadas dos cartas, una para el Conde Thun reprochándole su mal comportamiento, y otra para Schismandía dándole las gracias por las atenciones que le mereció.

Ese acto de valor y sangre fría que hemos contado en unas cuantas líneas, para no divagarnos de nuestro objeto, hubiera dado materia para escribir un tomo entero á un novelista.

Al amanecer el 21 de Septiembre el General Díaz, solo, marchaba rápidamente para Coyula donde lo aguardaba Bernardino García con una fuerza insignificante de catorce hombres, catorce bandidos como llamaba el imperio á los defensores de la Patria: al siguiente día con ese grupo sorprendió y desarmó la guarnición de Tehuizingo, reunió cuarenta hombres y marchó á Piaxtla donde derrotó á un escuadrón que de Acatlán marchaba á su encuentro, quitándole todas sus armas y sus caballos.

Bazaine entre tanto comprendió la importancia de la fuga de aquel prisionero y lanzó en su persecución á Visoso con ciento cincuenta caballos, y al Coronel Flon con doscientos, á fin de impedir, sobre todo que Díaz penetrara á Oaxaca.

Pero éste, comprendiendo que entonces no encontraría aún en su Estado los elementos suficientes para organizar fuerzas, se dirigió rápidamente á Guerrero, llegando á Tlapa donde los Coroneles Cano y Segura, con sesenta hombres que mandaban, se pusieron á sus órdenes.

Entonces retrocedió sobre los imperialistas que venían en su seguimiento, y habiendo sorprendido el 1º de Octubre á Visoso, lo derrotó completamente, haciéndole cuarenta muertos y muchos prisioneros, quitándole armas y una fuerte cantidad de dinero, con el cual se formó la Comisaría del Ejército de Oriente.

Estableció en Tlapa el centro de sus operaciones en un campamento fijo desde donde iba á organizar la campaña, y allí dejó las fuerzas que tan rápidamente había levantado, y marchó violentamente para la Providencia, casi solo; á hablar con el General Don Juan Alvarez, para ponerse de acuerdo con él y recabar algunos recursos para la guerra. El viejo patriota le proporcionó doscientos fusiles y unos cuantos soldados para conducir al armamento que, á pesar de ser antiguo y de chispa, podía servirle para las primeras empresas.

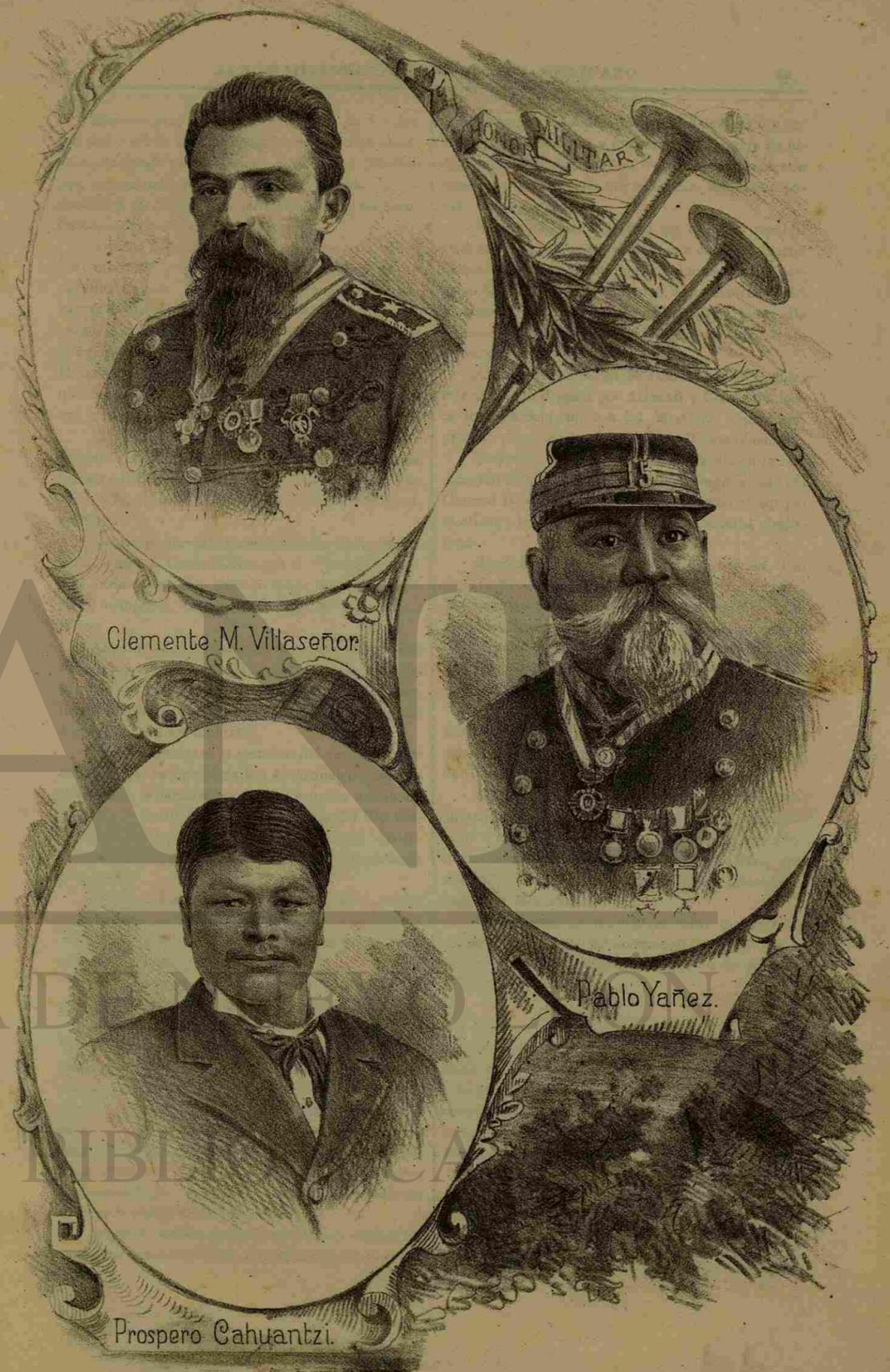
Algunos Jefes y Oficiales que se habían refugiado en las montañas del Sur quisieron marchar con él y servir á sus órdenes. Así acompañado regresaba á su campamento cuando supo, cerca de Tixtla, que una fuerte columna de austriacos y de traidores había ocupado á Tlapa y casi todo el distrito.

Recurrió entonces el General Díaz al patriotismo del General Jiménez el cual puso á sus órdenes el batallón de Chilapa y toda la indiada de la montaña desarmada, pero que presentando un aspecto imponente siguió al caudillo al asalto de Tlapa.

Aterrados los austriacos ante aquella multitud se plegaron á Matamoros Izúcar, y Díaz ocupó á Tlapa, haciendo volver á los pueblos y al batallón de Chilapa á sus hogares.

Entonces creyó Visoso que podía atacar á Tlapa, tanto más cuanto que el General Díaz estaba enfermo; y con doscientos hombres avanzó hasta Comitlipa donde fué hecho pedazos, dejando más de la mitad de su fuerza muerta en el campo, el resto prisionera, y todo el armamento en poder de los republicanos.

El General Díaz creyó que era tiempo de operar en Oaxaca donde tenía ya emprendidos algunos trabajos para levantar aquellos pueblos.



Clemente M. Villaseñor.

Pablo Yañez.

Prospero Cahyantzí.

Silacayoapam fué el primer Distrito de Oaxaca que pisó Porfirio Díaz levantando sus guardias nacionales, de donde pasó á Tlajiaco y de allí á Jamiltepec, aumentando y organizando los voluntarios que acudían á su llamado, y barriendo las fuerzas imperialistas que se replegaban á su paso.

Aquella campaña tan rápida como feliz, en la cual el audaz guerrillero iba convirtiéndose en un caudillo de todas las fuerzas republicanas que ocupaban ya distintas poblaciones del Estado, comenzó á preocupar seriamente á las autoridades imperialistas que reforzaron sus guarniciones, especialmente las de Matamoros, Acatlán, Huajuapam y Tlajiaco, á la vez que se envió al General Ortega con mil hombres sobre la retaguardia de Porfirio.

El Jefe imperialista logró sorprender en el punto llamado «Lo de Soto» el 25 de Enero de 1865 á las fuerzas nacionales, desbaratando la gran guardia de éstas, y lanzándose sobre el campamento del General Díaz.

Las tropas surianas se desbandaron en su mayor parte, y sólo el General Díaz con el Coronel Reguera y los soldados con quienes había hecho las anteriores campañas, detuvo el empuje de toda la columna.

Aquel puñado de valientes hizo retroceder hasta Pinotepa á los mil hombres de Ortega; pero la fuerza del General Díaz había quedado diezmada y el desaliento cundió entre los del Sur, lo que obligó al Jefe á enviar éstos á sus montañas.

Poco tiempo duró la inacción del caudillo, pues habiéndosele unido el batallón de Acapulco y algunos nacionales, se lanzó sobre Ortega á quien arrojó de Pinotepa y Jamiltepec hasta el otro lado del Río Verde, quedando en poder de los republicanos cuatrocientos fusiles de los traidores, todas sus municiones y vestuario.

Las fuerzas del Sur volvieron á su Estado, y Díaz comenzó á organizar las de Oaxaca con los Jefes y Oficiales del antiguo Ejército de Oriente que se le habían incorporado.

El 14 de Abril ya pudo asaltar á Putla, cuya guarnición sorprendió, haciéndola prisionera.

Después de haber asegurado su campamento de Tlapa con las infanterías, se puso al frente de la caballería, é hizo una rápida expedición por las Mixtecas para arbitrarse algunos recursos, volviendo rápidamente sobre Tlapa; pero esta población estaba ocupada por los austriacos, habiéndose retirado á la montaña los Jefes republicanos Leyva, Segura y Cano. Sin embargo, al acercarse el General Díaz huyeron los imperialistas y aquel Caudillo recobró la posición que era el centro de sus operaciones.

Rápidas, audaces y sobre todo felices fueron las campañas que en los meses siguientes hizo el General

Díaz, insurreccionando á los pueblos, levantando por todas partes guerrillas y fomentando la guerra de independencia en Puebla y en Veracruz, manteniendo relaciones con los Jefes que se habían levantado poniéndose á sus órdenes.

Pero la imponente actitud del caudillo republicano alarmó al imperio, y tanto éste como el cuartel general francés enviaron fuertes columnas en su persecución, que lo obligaron por la superioridad del número y de la organización de aquellas á hacer día y noche marchas forzadas, y los movimientos más audaces y estratégicos.

Alí recorrió varios pueblos del Estado de Puebla, retrocediendo después por Atexcatl y Charumba hasta llegar en Septiembre á las Mixtecas, donde sorprendió y capturó la guarnición de Teposcolula.

Entonces Oronoz salió de Oaxaca con lo más escogido de sus tropas, lanzándose en seguimiento del General Díaz, quien comenzó á retroceder al Sur para atraer á los imperialistas á quienes pensaba desbaratar.

Aguardó el Jefe republicano á Oronoz en Tlajiaco, y de allí marchó á Chalcatongo, y de nuevo á Tlajiaco, que por dos días ocupó el enemigo: así obligó á fraccionarse á las columnas imperialistas que se habían incorporado á Oronoz: y éste retrocedió hasta Oaxaca creyendo que los republicanos se dirigían á la capital.

El 23 de Septiembre la caballería del General Díaz derrotó cerca de Nochistlán á una columna de caballería húngara, muriendo el Jefe de ella conde de Gants.

Libre entonces de las columnas que lo ostigaban, emprendió su marcha sobre el valle de Oaxaca, pasó junto á esta ciudad, y en los momentos en que Oronoz salía sobre él violentamente, Porfirio Díaz, aparentando retirarse, siguió por el Valle, tomando el rumbo de Miahuatlán.

Es que atraía al enemigo al lugar donde había pensado acabar con él, comprendiendo que llegaba la hora suprema de retar al azar y poner fin á aquella campaña tan fatigante.

Hemos trazado rápidamente el prólogo de esa gloriosa campaña de Oriente, porque era preciso contemplar desde su origen aquella asombrosa insurrección iniciada por un prisionero fugitivo, secundada por un pueblo patriota y valiente, y terminada entre relámpagos de gloria por el esfuerzo de la Nación.

Hay algo de épico en aquella lucha. Un prisionero de guerra se fuga de una prisión monumental donde lo vigilaba hasta el exceso el terror del enemigo: sólo, se lanza á las montañas, levanta un grupo de indios desarmados, les habla de Patria y de indepen-

dencia, y con ellos lucha, combate y vence, tomando todo del enemigo, armas, municiones y recursos.

Y en aquella guerra terrible y sin cuartel no deja un rencor á su espalda, no extorsiona; no hace verter una lágrima, y los pueblos lo reciben con entusiasmo, lo ayudan y lo aplauden en sus victorias.

Sin embargo, los imperialistas estaban mucho más fuertes que el caudillo republicano que sólo llevaba seiscientos hombres desnudos, sin armas y sin municiones, mientras Oronoz contaba con una brigada perfectamente dotada y organizada, y provista de todo género de recursos.

La columna imperialista estaba compuesta del 9.º batallón de infantería, el terrible batallón de cazadores cuyos Jefes, Oficiales y sargentos eran franceses cumplidos, y enganchados por el imperio: aunque sólo llevaba dos obuses de montaña, en cambio su caballería era excelente, formada por una guerrilla que se había hecho célebre por su audacia, y los cuerpos de Trujeque y Acebal.

Era el aniversario de la expedición de la terrible ley que condenaba á muerte á todos los patriotas que combatieron por la libertad de México.

El 3 de Octubre tuvo lugar el encuentro en las lomas de Miahuatlán: Oronoz con sus mil cien hombres de las tres armas, avanzaba á paso veloz hasta ponerse á la vista del puñado de republicanos, á las tres y media de la tarde.

El General Díaz con sólo su escolta detuvo al enemigo hasta la llegada de la caballería, que al mando del General Ramos comenzó á batirse con las avanzadas de los imperialistas.

Entonces el General Díaz partió á colocar la infantería en las lomas de los Nogales que están al Poniente de Miahuatlán, dando su frente al Oriente. Pero ya encontró en la posición al Jefe de la Brigada de infantería Coronel Manuel González, y sólo tuvo que tender el resto de su línea de combate.

Esta línea se prolongaba de Sur á Norte, hallándose á la derecha el batallón Morelos, de Tlapa, con cien hombres de fuerza á las órdenes del Teniente Coronel Juan J. Cano; seguían los tiradores de la Montaña, que mandaba el Comandante Felipe Cruz, con doscientos treinta plazas, y á la izquierda terminaba la línea el batallón Patria con noventa y seis hombres, siendo su Jefe el Coronel José Segura y Guzmán.

Apoyaban la derecha ochenta hombres de la compañía de Chiautla, y la izquierda el batallón Fieles de la Patria, cuyo total era de ciento treinta hombres á las órdenes de Carbó.

Establecida la línea, el General Díaz ordenó al General Ramos se replegara con la caballería atrave-

sando la población: pero en una de las calles quedó un pelotón de vecinos armados que mandaba Apolinar García, y cuarenta hombres de los Tiradores, que se emboscaron en las milpas que formaban las primeras calles del pueblo. Esta fuerza tenía por objeto impedir que el enemigo estorbara la retirada de la caballería que venía casi mezclada con los traidores, los que se replegaron al verse atacados por los flancos. La caballería pudo entonces colocarse á retaguardia de la línea republicana.

Oronoz mandó entonces á su columna hacer un cambio sobre su de recha quedando al frente de la línea del General Díaz, y ocupó á paso veloz las lomas de «Yolveo» y el «Matadero.»

Los imperialistas se formaron en tres fuertes columnas, avanzando una nube de tiradores que abrieron el combate, á la vez que su artillería rompió sus fuegos.

La batalla comenzó espléndida: las columnas imperialistas marchaban amenazadoras, á la vez que los tiradores hacían un fuego vivísimo sobre los republicanos, que no podían contestarlo sino muy débilmente por lo escaso de su parque; pero éstos resistieron impasibles el empuje de los terribles cazadores que, dirigidos por oficiales franceses, tan heroicamente se batieron en las últimas horas del imperio.

El General Díaz tuvo que reforzar al fin los tiradores de su línea con los restos de la compañía de Chiautla, y veinte hombres del batallón Morelos, dando el mando de este refuerzo al Jefe de su Estado Mayor Juan Espinosa Gorostiza.

Pronto se hizo general el combate en toda la línea; pero los republicanos agotaban rápidamente sus municiones con lo que su derrota hubiera sido segura, si el General Díaz no hubiera tenido una de esas inspiraciones que dan la victoria á los pequeños ejércitos.

Resuelto á dar una carga sobre las posiciones enemigas, lanzó sus tiradores al otro lado del río que formaba la línea divisoria entre los combatientes, ordenó al General Ramos que con el escuadrón de Tepeji tomase la retaguardia de los imperialistas y avanzó á la vez el costado derecho y el centro para apoyar el movimiento de la caballería.

Mandó dar el caudillo republicano el toque de avance y poniéndose á la cabeza de una columna formada por el batallón Fieles y los lanceros de Puebla, cargó por el centro sobre la artillería enemiga, á la vez que el Coronel González atacaba por la derecha.

La columna central que llevaba el General Díaz tenía formada su vanguardia por la línea de tiradores que al mando del Coronel Espinosa se le unieron en la misma línea de batalla del enemigo.

La batalla llegó entonces á ese período de deli-

rio que toca á lo sublime, pero que es imposible describir.

Los republicanos casi desnudos, sin municiones, y mal armados, se precipitan arrollando todos los obstáculos, dejando el campo por donde marchan sembrado de cadáveres, suben hasta las posiciones del enemigo, lo arrollan, se apoderan de la artillería y luchando al arma blanca y brazo á brazo, lo ponen en completa dispersión.

La caballería republicana había hecho con tal precisión su movimiento al colocarse á la retaguardia del enemigo, que al ser éste destruido en su línea, cortó aquella las cargas y cargó sobre los dispersos, haciendo infinidad de prisioneros.

Esta victoria, que tan cara costó á los republicanos, fué el espléndido prólogo de esa épica campaña de Oriente que tanta gloria virtió sobre la bandera reivindicada de la Patria.

Esta registra hoy en sus anales la fecha del 3 de Octubre de 1866 en que tuvo lugar la batalla de Miahuatlán.

El 2 de Abril de 1867. A las tres y media de la mañana del día, una inmensa hoguera brotó en la cima del Cerro de San Juan, desgarrando con sus rayos las espesas sombras del horizonte.

Era la señal del asalto.

Al verla, los Jefes de las columnas lanzaron éstas terribles, indomables sobre los parapetos y los fortines. Las cien piezas de los sitiados los recibieron con un fuego tan continuo, que apenas se escuchaba la detonación incesante de seis mil fusiles.

La ciudad parecía alumbrada por un volcán, á la vez que sobre ella se levantaban la gritería de los combatientes, el sonido de los clarines y los lamentos de los heridos.

Las calles quedaron muy pronto regadas de cadáveres, sin que por eso se detuvieran las columnas que llegaban despedazadas y sangrando á las trincheras, pero que saltaban éstas, matando á sus defensores.

En Belén murió Rodríguez, Acuña en la calle de Iglesias, Vázquez en la brecha de Malpica, sin que por eso retrocedieran las columnas que mandaban.

Bonilla barrió con la bayoneta al enemigo que en número superior quiso detenerlo; Figueroa venció cuanto obstáculo le opusieron los imperiales, á la vez que Doroteo León llegaba casi á la plaza y Terán mandaba repicar á vuelo en la primera iglesia que ocupó.

En la calle de la Siempreviva la defensa fué casi insuperable, y sin el heroico valor de Carlos Pacheco los republicanos habrían tenido que retroceder. Pero el joven comandante, en medio de un ciclón de

balas y metralla, arrastró á sus soldados marchando al frente de ellos; fué herido, pero volvió á la carga; adelante recibe otra herida, y no quiso retirarse, hasta que vió á sus soldados victoriosos saltar el foso y ocupar la trinchera.

Tendido en una camilla saludó Pacheco á sus tropas, victoreó á la República y fué conducido al hospital, donde sufrió una doble amputación, en un brazo y una pierna.

Durante más de una hora tuvo lugar aquella horrible carnicería, y aún duraba el fuego en gran parte de la línea, especialmente en la Merced que á costa de mucha sangre tomó Alatorre, y en el Carmen que resistió más tiempo aún.

Pero la ciudad había sido ocupada por algunos puntos y los asaltantes que primero penetraron al recinto fortificado atacaron por la espalda á los traidores que se defendían, obligándolos á sucumbir.

Por fin, á las primeras luces de la mañana todas las columnas diezmadas por el cañón y la bayoneta, se agrupaban en la Plaza de Armas de Puebla en torno del General Díaz, que acababa de dar á la Patria, en el suelo donde brilló el 5 de Mayo de 1862, la gloriosa fecha del 2 de Abril de 1867.

El General Díaz, después de haber ocupado á Puebla el 2 de Abril de 1867 por el asalto más audaz y heroico que se registra en nuestra historia militar, comenzó sus operaciones sobre los fuertes de Guadalupe y Loreto con tal vigor, que en la noche del 3 al 4 se rindió el segundo, que ocupó personalmente el General Díaz, intimando desde allí rendición al de Guadalupe.

Mandaba ese punto el Jefe imperialista Francisco de P. Tamariz, el cual comprendiendo lo inútil de la defensa quiso capitular, obteniendo sólo algunas garantías, y salió á conferenciar á la orilla del foso con el caudillo republicano.

Pero éste exigió la rendición sin condición alguna: entonces Tamariz, aceptando la responsabilidad entera, presentó su espada al vencedor, quien lleno de nobleza le contestó que la conservara como una concesión á su valor.

El General en Jefe tornó á la ciudad llevando á su lado á sus dos prisioneros los Generales imperialistas, Tamariz y Noriega, y se dirigió al Obispado donde estaban encerrados los demás prisioneros.

La ciudad entera esperaba la ejecución sangrienta de los centenares de reos de infidencia, sobre los cuales pesaba la ley de 25 de Enero; pero el General Díaz «que no había nacido para carcelero ni para verdugo» según dijo á los Jefes de su séquito que lo rodeaban, mandó retirar la guardia y poner á los prisioneros en libertad. Estos, delirantes de júbilo, lanza-

ron un hurra inmenso vitoreando á la República que les otorgaba tan amplio perdón, y al Jefe que así interpretaba los sentimientos tan nobles y levantados del pueblo mexicano.

El General Díaz terminó su obra dando el 4 de Abril una circular á los Comandantes militares de los Estados de su mando, previniendo quedasen en libertad de residir en el lugar que eligieren los prisioneros hechos por el Ejército de Oriente en las batallas de Miahuatlán de la Carbonera y en la toma de Oaxaca y en el asalto de Puebla, quedando únicamente bajo la vigilancia de la autoridad y á disposición del Gobierno General.

Eran las ráfagas consoladoras del perdón, irradiando sobre los laureles de la victoria.

Pero en tanto el General Díaz reorganizaba violentamente la administración pública, y su Ejército diezmado en el asalto.

Reemplazaba sus numerosas bajas con los soldados del enemigo que voluntariamente querían servir en las filas republicanas, dando su baja á los que querían volver á sus hogares. Reponía su armamento y sus municiones con el numeroso parque encontrado en los almacenes de Puebla, se vistió y equipó la tropa y se organizó la artillería tomada á los imperialistas.

Y el mismo 3 de Abril el General Díaz hizo salir por la mañana la caballería en observación de Márquez y en seguida se puso en marcha para alcanzarla en Apizaco: al siguiente día marcharon la infantería y la artillería.

En la Hacienda de Guadalupe tuvo noticia Márquez de la toma de Puebla; pero sabiendo cuán inferiores en número eran á las suyas las tropas republicanas, y que aún resistían los fuertes de Loreto y Guadalupe, pensó avanzar hasta Apizaco.

Así al menos lo dijo en sus partes á la llamada regencia; pero la verdad es que buscaba el rumbo de Veracruz tomando por Huamantla: era una marcha estratégica preparatoria de la fuga, lo cual sí estaba conforme con las tradiciones militares del chacal del clero.

Pero los republicanos adivinaron el intento de aquel miserable, y con movimientos rápidos y hábiles, forzando las marchas y caminando sin cesar, lograron cortar el paso al asesino de Tacubaya.

Porfirio Díaz con su habilidad acostumbrada calculó que Lalanne era el que primero podía encontrarse con Márquez por estar más próximo: y aunque el valiente Coronel de la República sólo contaba con un puñado de hombres, el General en Jefe le ordenó que se dejara derrotar, pero que detuviera algunas horas al enemigo, á fin de que pudiera darle alcance el Ejército de Oriente.

Lalanne con un heroísmo sublime cumplió con la

orden recibida: y aunque apenas llevaba novecientos hombres, detuvo á los seis mil de Márquez, batiéndose con desesperación, hasta quedar hecho pedazos en la más gloriosa de las derrotas.

Vencido este obstáculo creyó Márquez poder continuar adelante, cuando en San Diego del Notario se le interpusieron las caballerías que expedicionaban en el Valle, y que iban á unirse al General Díaz.

Márquez supo también que las caballerías de Guadarrama, que el General Escobedo había enviado en observación desde Querétaro, venían á su espalda.

Entonces el Lugar-teniente del austriaco sintió el vértigo del pánico sacudir su alma, y comenzó á hacer marchas rápidas, buscando por donde escaparse.

Por fin llegó con toda su fuerza al caer la tarde del día 8 á la Hacienda de San Lorenzo, donde hizo alto, permaneciendo allí el día 9: es que ya había encontrado una salida por donde emprender la fuga, sacrificando á su ejército.

Porfirio Díaz que había venido cercándolo, dispuso seis columnas de ataque, avanzó su artillería y comenzó á cañonear el campo imperialista. Hubiera podido batir en el acto á Márquez, quien desmoralizado y esparciendo en sus tropas el miedo de que se hallaba poseído, no hubiera podido resistir el empuje de los soldados que acababan de asaltar á pecho descubierto los invencibles muros de Puebla.

Pero el General Díaz quería encerrar en un círculo de acero á aquel cobarde, y aguardaba la llegada de Guadarrama que debía contar la retirada de los traidores. Y continuó extendiendo su línea por los flancos, para circunvalar la Hacienda de San Lorenzo.

Situada esta finca al pie de la cordillera de la Sierra donde se levantan el Popocatepetl y el Iztatzihual, es un punto estratégico para una resistencia tenaz.

Las tropas republicanas ocupaban las lomas de los cerros inmediatos, y marchando por los flancos y aprestándose á descender al llano, iban cercando al Lugar-teniente.

Este pensó entonces que los magníficos cuerpos con que contaba, sobre todo los extranjeros, se batieran hasta el último extremo, mientras él tomaba una vereda para fugarse.

Los imperialistas y la legión extranjera se parapetaron en los magueyales, defendiéndose heroicamente de nuestras guerrillas y tiradores.

La acción iba empeñándose, y el General Díaz, viendo el entusiasmo de sus tropas, creyó que debía apresurar el desenlace, aún antes de que llegaran las caballerías de Guadarrama.

Las columnas republicanas bajaban rápidamente

de las lomas, y una corona de fuego brillaba en la circunferencia del Valle, envuelto ya en nubes de humo.

Pero también el cielo comenzaba á velarse por una de esas tempestades de nuestro clima: y cuando el General Díaz iba ya á lanzar sus columnas sobre el enemigo, seguro de destrozarlo sin el auxilio de las caballerías, la lluvia acompañada de una fuerte granizada se desató á torrentes.

El relámpago brillaba continuo y deslumbrador y el trueno retumbaba sin intermitencias, en tanto que el granizo enorme y abundantísimo lo cubría todo, azotando el rostro de los soldados y haciendo imposible la marcha.

La acción tuvo que suspenderse, á la vez que la noche cubría todo con sus impenetrables sombras, sin que cesara la lluvia.

Así terminó el día 9 de Abril, resuelto el General Díaz á arrojarle sobre Márquez en la madrugada del siguiente día.

Al amanecer el día 10 la Hacienda de San Lorenzo estaba sola: Márquez, aprovechando la noche, había hecho salir sus tropas por la montaña, y fraccionándolas, envió el grueso de ellas por un rumbo mientras que él, con algunos cuerpos escogidos que le cubrieran las espaldas para correr mejor, siguió por el camino de Calpulalpam. Además había hecho que marchara primero un escuadrón de húngaros escoltando un carro con dinero, para que fuera atacado y ocupar así á los republicanos.

En esos momentos aparecieron las avanzadas de Guadarrama frente al campo republicano.

En el acto el General Díaz se lanzó con las caballerías sobre Márquez, alcanzando á los fugitivos un poco antes de la Hacienda de San Cristóbal.

Es que el Lugar-teniente, para ir más ligero, había mandado incendiar el parque, y la humareda denunció el camino por donde se escapaban los traidores.

En San Cristóbal el Coronel republicano Martínez, con un cuerpo de rifles, logró detener al ejército imperialista que como una avalancha se precipitaba por allí: la resistencia de Martínez tuvo por objeto dar tiempo á que Guadarrama y Leyva entraran al combate con sus divisiones.

Pero Márquez, aterrorizado, sólo pensaba ya en salvarse: y desbarrancando su artillería pesada, que no pudo pasar por el puente de San Cristóbal destruido con anticipación, y abandonando el mando, huyó á uña de caballo.

Los imperialistas al fin eran mexicanos, y avergonzados con la cobardía de su Jefe se batieron con denuedo: sólo el 10^o de infantería flaqueó ante el es-

pantoso fuego de los rifles de Spencer de la caballería de Guadarrama, y el batallón, en trozos, se entregó prisionero.

Entonces los cuerpos de cazadores y húngaros que tenían sufrir la suerte de los soldados extranjeros derrotados en San Jacinto, continuaron batiéndose con desesperación y como unos héroes.

En esos momentos llegó el General Porfirio Díaz con el grueso de las tropas que lo victoreaban, y arrollándolo todo, pasó sobre los restos del puente haciendo retroceder á los cuerpos extranjeros. Estos disputaron palmo á palmo el terreno, y dejando este sembrado de cadáveres, abandonaron en el tránsito del puente su artillería gruesa é intentaron dar con la artillería de montaña una carga sobre los republicanos que los quemaban.

Pero se vieron de nuevo obligados los imperialistas á retroceder, llegando á Texcoco la división de Márquez, reducida á los cuerpos húngaros y austriacos: continuaban éstos sin embargo, disputando no la victoria, sino la derrota, hasta que fueron batidos por la caballería republicana que, lanceando al enemigo, quitó á éste el resto de su artillería y sus equipajes, haciéndole más de trescientos muertos y mil prisioneros.

Al penetrar los republicanos á Texcoco, Múcio Maldonado, el intrépido guerrillero que hacía cuatro años combatía por la independencia de su patria como un héroe, cayó muerto, atravesado por dos balazos en el corazón. Así vino á terminar su carrera de gloria en el suelo mismo que lo vio nacer.

El cadáver del guerrillero, que había caído en poder de los húngaros, fué disputado por sus soldados á lanzazos y rescatado al fin.

Pero los batallones y los regimientos húngaros estaban rendidos de cansancio, y los soldados se apoyaban en las cercas del camino, en las paredes de la ciudad, donde eran acuchillados sin misericordia.

Era la revancha de cinco años de carnicería ejecutada por los invasores y los traidores en los defensores de la patria.

Texcoco fué ocupado al fin y los restos mutilados de la brillante división de Márquez se retiraban en dispersión, huyendo unos en las embarcaciones de la laguna, perdiéndose otros en las escabrosidades de las montañas que rodean al Peñón.

De Márquez no quedaba ni huella: hacía muchas horas que había pasado a escape por las calles de Texcoco, llegando á esconderse á México durante las primeras horas de la noche.

Al penetrar como una tromba las fuerzas republicanas á Texcoco, tocando á degüello y dando gritos de triunfo, todavía fueron sacrificados los soldados extranjeros que allí y en los alrededores habían quedado diepersos.

Era la embriaguez de catorce horas de combate, en un trayecto de diez á doce leguas.

Al fin el General en Jefe, en la Plaza de la población, rodeado de su Estado Mayor, mandó recoger los cuerpos y sólo Leyva continuó persiguiendo á los dispersos hasta el Peñón Viejo: en tanto la capital temblaba aterrada por la vergonzosa y sangrienta derrota de Márquez en San Lorenzo, aguardando ser invadida por el vencedor.

Paso á paso hemos seguido esa estela de gloria que dejó el caudillo de Oriente en su brillantísima carrera militar, desde que comenzó á combatir, oscuro miliciano, en un remoto rincón del país por la libertad y la Reforma, hasta que, agobiado de laureles llegó á ocupar la capital de la República después de haber salvado la independencia y la autonomía de ésta.

Pero nunca fué más grande el General Porfirio Díaz que en medio de aquel triunfo. Imperando en todos los Estados de Oriente más que por los poderes omnimodos que le había otorgado el Gobierno General, por las necesidades imperiosísimas é indiscutibles de la guerra, árbitro de la suerte de millares de prisioneros, de todo el partido conservador, y de la clase acomodada que por sus ligas con el imperio, había llamado sobre sí el anatema que la ley lanzaba sobre la traición, y facultado para disponer de los tesoros públicos y de la fortuna de los ricos, heridos por la pena de la confiscación, el General Díaz no usó de su poder sino para crear y organizar la administración, para atenuar la desgracia de los vencidos, y para mejorar las condiciones de una sociedad arruinada por la guerra, y saqueada con las exacciones, las tropelías y los repugnantes abusos de los imperialistas que, en los últimos días de su dominación, se lanzaron al crimen, dementes por el despecho y ébrios de terror.

La capital de la República que temblaba al ver acercarse las huestes republicanas, porque se sentía en su conciencia cómplice del imperio ó culpable por lo menos de egoísta indiferencia, al no tomar parte en la lucha que sostuvo todo el país, la capital que tenía por sus intereses, creyendo que los vencedores llegarían ávidos de venganza y de rencor, sintió un placer inmenzo al ver que el caudillo de Oriente y su heroico Ejército fueron los mejores guardianes de las garantías individuales, el orden y la verdadera libertad.

Porfirio mandó hacer un inmenso acopio de víveres en la ciudad, que en los dos meses de sitio había sufrido los horrores del hambre.

Reprimió con mano enérgica el robo, y organizó la administración municipal y la de justicia, y ar-

bitró los recursos necesarios para su numeroso ejército, sin una exacción, sin un impuesto extraordinario, y empeñando sólo su crédito personal y usando los recursos naturales que había organizado previamente.

Todos estos actos los consumó el joven General sin la menor jactancia de poder, cuando podía, con pleno derecho, ejercer una perfecta dictadura militar.

Ni al Palacio Nacional quiso asistir el Señor Díaz, y el despacho de los asuntos públicos lo hacía en Minería, viviendo en una modesta casa, casi desamueblada, en un punto lejano del centro y sin tener en ella ni una guardia de honor.

El Gobierno general en tanto se acercaba á la capital de la República, donde fué espléndidamente recibido, gracias al empeño que tomó el General en Jefe en que solemnizara debidamente la restauración de la República en la capital.

Por orden del Señor General Díaz se entregaron al Ayuntamiento veinte mil pesos en la Tesorería para poder ministrar una quincena de la lista civil al personal del Ejecutivo y sus empleados.

Pero hay que consignar aquí un hecho que constituye el mejor timbre de gloria del General Díaz y es, no sólo su acatamiento al Gobierno legítimo, sino al apresuramiento con que se desprendió de las facultades extraordinarias de que se encontró investido durante la guerra, y aun del puesto que tenía en el Ejército.

Y este acto de abnegación tuvo lugar, no cuando con su admirable tacto político comprendió que su gloria podía hacer sombra al receloso principio de autoridad del Gobierno, sino desde el momento en que la guarnición imperialista de la capital se entregaba prisionera.

En efecto, con fecha 21 de Junio de 1867 Porfirio Díaz dirigió al Ministro de la Guerra una nota en la cual no sólo ponía á disposición del Gobierno la capital que acababa de rendirse á su espada victoriosa, sino que hacía formal dimisión del cargo de General en Jefe del Ejército y línea de Oriente, por no creer ya necesarias las omnimodas facultades de que estaba investido, ni útil su permanencia en aquel puesto.

En aquellos momentos el General Díaz demostraba que en su alma espartana no había el menor sentimiento de ambición, y que su honradez era intachable.

Al entregar el alto puesto que había conquistado dejaba al Gobierno Federal \$315,000 70 cs. que había recaudado, y que economizó después de haber mantenido un Ejército numeroso, y de haber cubierto las más imperiosas necesidades de la administración.

El General Díaz, después de haber ejercido un poder amplísimo en ocho Estados de la República, pudiendo disponer de sus rentas y aún de los bienes

de los particulares, hizo una campaña espléndida sin recaudar más que los impuestos legales, dando á los pueblos seguridad y garantía, y dejando en las arcas de la Nación un sobrante más que suficiente para que el Gobierno pudiera subvenir á sus primeras y más ineludibles erogaciones.

Y volvió el héroe á su hogar pobre y como siempre había vivido, sin acordarse de reclamar á la Nación el premio de sus servicios.

En esos momentos surgió una evolución sociológica, que ha pasado desapercibida por los escritores contemporáneos, pero que los historiadores que en el futuro se ocupen de este periodo recojerán cuidadosamente, para estudiar esa marcha inflexible de los pueblos que, para dar un avance en la senda del progreso, como si quisieran tomar aliento, retroceden un paso ó dos al campo de la reacción.

En efecto uno de los Ministros más ilustrados y enérgicos del Señor Juárez el mismo que más tarde había de promulgar la incrustación de las leyes de reforma en la Constitución de 1857 el Señor Lerdo de Tejada en suma, publicó el 14 de Agosto de 1867 la célebre convocatoria, que proponía á los comicios algunas reformas constitucionales y daba al clero derechos de ciudadanía.

Ni la naturaleza de esta obra ni nuestro carácter de simples narradores de hechos militares nos permiten juzgar aquel acto del Gobierno republicano, que reivindicaba á una corporación que acababa de consumir con toda deliberación el crimen de traición á la patria.

Tenemos pues que limitarnos á consignar que el partido radical y los republicanos se apresuraron á condenar la convocatoria, levantándose contra ella un grito unánime de reprobación en todo el país.

El General Díaz creyó de su deber obligado por una falsa aseveración de la prensa, hacer constar que, fuera de su carácter militar, no apoyaba la convocatoria por no creerla conforme con las prescripciones constitucionales.

Desde entonces el partido radical lo consideró como su Jefe legítimo, depositando su entera confianza en el soldado que desde su juventud luchaba con brío, constancia y fortuna por la Libertad, la Independencia y por la Reforma.

Pocos días después el Gobierno lo envió á Tehuacán como Jefe de la segunda División del Ejército, á la vez que quitaba al General Méndez del Gobierno de Puebla, al Coronel Catalán de Guerrero, y de otros puntos de igual importancia á los demás amigos y compañeros del héroe oaxaqueño.

Este vino entonces á conferenciar con Juárez, anunciándole que la política ministerial iba á suscitar una nueva guerra intestina, y que el que no había

esquivado sacrificio alguno combatiendo al extranjero no podía empuñar su espada contra los que le habían ayudado á salvar la independencia.

Pero el Señor Juárez se negó á cambiar de táctica, creyendo que el principio de autoridad se habla conquistado definitivamente.

El General Díaz hizo entonces dimisión del mando, y se retiró á una pequeña finca de campo que como muestra de gratitud le había donado el Estado de Oaxaca. Allí se consagró á cultivar sus mezquitas tierras; y allí era más grande el vencedor de Puebla y México que en el apoteosis de la victoria.

Tocamos aquí el fin de la vida del soldado de la República y de la independencia: consagremos ahora algunas líneas más al hombre de Estado, al Magistrado que preside la verdadera regeneración de México.

Sin fatiga ni cansancio hemos recorrido un largo periodo histórico de doce años, desde 1855 en que Porfirio Díaz, sin ningún carácter militar, tomó parte en la revolución de Ayutla proclamada en Oaxaca, hasta 1867 en que ocupaba el caudillo de Oriente la capital de la República, después de las legendarias campañas que hemos narrado.

Pero al llegar á la cima, á la cúpula de nuestra obra, tenemos que detenernos, porque la empresa es superior á nuestras fuerzas.

Es que debemos emplear un material candente: es que para delinear los grandiosos sucesos que constituyen la vida política de nuestro biografiado tendriamos que remover las pasiones políticas que por tantos años dividieron al partido republicano, que juzgar á las prominencias de los bandos contrarios, y que tomar un puesto en los debates agitadísimos que en la prensa y en el Parlamento sostuvieron los tres grupos en que se fraccionaron los demócratas, juaristas, lerdistas y porfiristas; debates que se tradujeron en una verdadera revolución, debates que buscaron sus últimos argumentos en los campos de batalla, y que se resolvieron en torrentes de sangre, que corrió de nuevo en los campos surcados por las ruedas del cañón.

Y no nos encontramos capaces de entrar en ese terreno con la imparcialidad y el rectísimo criterio que deben inspirar al historiador.

Aunque en una reducida esfera hemos sido de esos combatientes: aunque nuestros pretéritos sentimientos se han desvanecido ante la reconciliación presente de todos los partidos, desconfiamos, no de nuestra rectitud civil, sino de nuestra capacidad intelectual para afrontar las altas cuestiones sociales y económicas que tuvieron su solución en manos del héroe cuya vida militar intentamos reproducir.

Oscuro soldado de la Patria, no me es dado plan-

tear y resolver los problemas de nuestra última evolución política.

Sólo diré, pues, que el General Díaz logró consumar la obra en la cual se habían estrellado muchos caudillos antes, la formación del gran partido nacional, en el cual ingresaron sin distinción alguna los factores más heterogéneos, los hombres de todos los partidos que antes se creían irreconciliables, y que hoy están íntimamente ligados por una mira común, la conservación de la paz y el engrandecimiento de la Nación.

No puedo ni debo por tanto llevar el menor germen de división á ese concierto de patriotismo, y mucho menos en esta obra que al trazar la vida militar del Señor General Díaz sintetiza la gloria de un pueblo entero, la epopeya inmortal de la República.

Estas altísimas consideraciones me han obligado á no abarcar en mi cuadro histórico ni el exordio de la última evolución histórica, exordio que se llamó la revolución de la Noria, ni la de Tuxtepec que fué la consumación de la crisis que necesitaba el país para entrar á su regeneración.

Me limito, por lo tanto, á bosquejar la misión política del caudillo, que escogió el pueblo mexicano para que lo guiara en el nuevo sendero que iba audazmente á tomar.

El inmortal de América había consumado la obra: el ilustre Juárez había realizado lo que antes que él no había alcanzado héroe alguno, dar á su patria una vida nueva de libertad y progreso, salvarla de una invasión extranjera.

Concluida su misión, continuó sin embargo en el poder: su primera elección era forzosa; el pueblo tenía el deber de elevar á la primera Magistratura al que había mantenido muy alta la bandera nacional durante la lucha con el extranjero. Y el pueblo dió esa muestra de su amor y su respeto al Señor Juárez, colocándolo bajo el dosel de donde intentaron arrojarlo tres naciones, como el último reto á éstas, como la última protesta de la dignidad de México.

Pero vino la segunda reelección, y comenzó á sentirse el malestar público que precede á los procesos febriles de los pueblos.

Es que el Señor Juárez y el círculo que lo rodeaba, nutridos en la lucha, impregnados en las pasiones de su época, olvidaron que la sociedad no se satisface con discusiones, abstractas, sino que necesita también todo lo que desarrolle sus fuerzas y mejore su vida material.

Y en manera alguna culpamos á los hombres del pasado por su actitud de entonces: reconocemos, al contrario, que ellos sentaron las primeras bases del progreso; pero las generaciones del porvenir son las

que están lógicamente llamadas á continuar la evolución preparada; y la política del gabinete juarista era eminentemente inerte y retardataria.

Sin embargo el Gobierno del Señor Juárez logró sofocar casi la revolución de la Noria, porque el pensamiento radical de ésta no había madurado aún; pero quedaban vivos y llenos de vigor elementos poderosísimos de revolución, que ninguna fuerza material podía destruir. Porque no se trataba, como en los primeros días de nuestras revueltas políticas, después de hecha la primera independencia, de motines militares fraguados por la ambición personal ó por los mezquinos intereses de partido.

En esta vez germinaba latente en el seno de la República una verdadera revolución; que envolvía un problema económico. El país había llegado al inevitable período en que tras una dolorosa gestación se dá á luz el verdadero progreso, y nada podía impedir este cataclismo social.

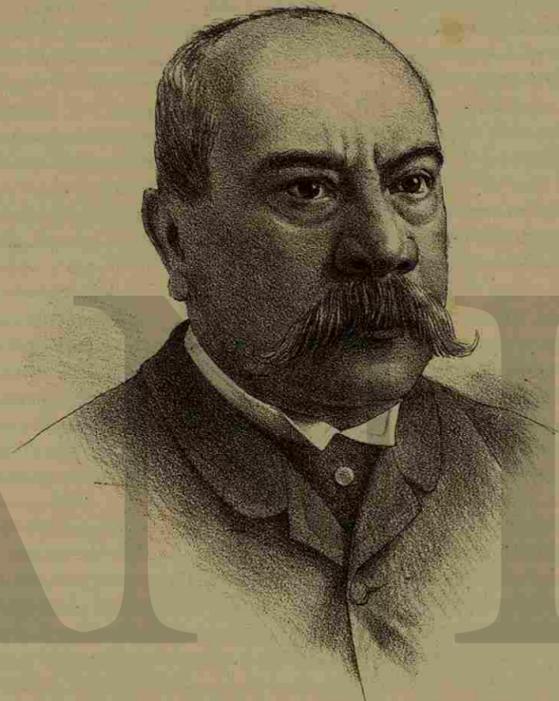
Todavía se escuchaban los últimos tiros que hacían los dispersos de la revolución de la Noria, cuando al amanecer el 18 de Julio de 1872 el estampido del cañón anunció al país, desde el Palacio Nacional, que había muerto el Señor Juárez. Y al entrar á ocupar el Señor Don Sebastián Lerdo de Tejada el Poder Ejecutivo por ministerio de la ley, depusieron las armas los porfiristas, porque había cesado la causa que los hizo lanzarse á los campos de batalla.

El Señor Lerdo, á pesar de su clarísima inteligencia, incidió en la misma falta política, que su ilustre antecesor, calificando al porfirismo como un partido personal, no sabiendo preveer que aquella agrupación era sólo la resultante de una crisis social, que preparaba la era nueva en que iba á entrar la Nación.

Se equivocan los que creen que los hombres hacen las revoluciones: éstas son las que levantan á aquellos, como en los grandes períodos geológicos el fuego interno abrió los abismos donde se depositaron los mares, y elevaron las altísimas montañas que esconden sus cimas coronadas de nieves eternas en el seno de las nubes.

En ese inmenso y poderoso factor que se llama el pueblo hierve la lava que determina esos terribles cataclismos. Allí se resuelven los grandes problemas económicos y sociales que no pueden manifestarse sino después de un desgarramiento en la vieja y endurecida costra del pasado. Y entonces se producen los caudillos que llevan al puesto á la lucha, los combatientes que remueven los obstáculos que opone un poder estacionario; y los apóstoles de la nueva idea de regeneración.

El Sr. Lerdo por una ceguedad inexplicable, en lugar de seguir el impulso que se adivinaba en las masas impacientes, al entrar al poder por haber sido electo Presidente de la República se ligó al partido



GRAL. SOSTENES ROCHA.



reinante que antes había combatido, adoptó la vieja política que como jefe de una oposición había reprobado, y se fundió en el círculo juarista cuya impotencia política había podido apreciar.

En vez de ponerse al frente de la evolución que tan vigorosa se anunciaba, antes que se convirtiera en revolución, se empeñó en contrariarla; y en lugar de atraerse á sus antiguos aliados en la oposición parlamentaria que se hizo al Sr. Juárez, siguió las tradiciones de éste, su programa, y hasta con su mismo gabinete.

Cuatro años aguardó resignado el país que Lerdo iniciara una época de progreso y mejoras materiales que reanimaran á una sociedad agotada por tanta lucha, y desarrollaran los inmensos elementos de nuestra riqueza territorial. La nueva administración continuó las viejas prácticas del pasado, ocupándose de cuestiones políticas inútiles y vanas, cayendo al fin cloroformado en la apatía y en la inacción.

Entonces se hizo la revolución de Tuxtepec, que tras de la fórmula convencional de su programa, ocultaba algo misterioso y desconocido, la vaga tendencia del pueblo mexicano á dar un paso más en la senda del progreso y la regeneración.

Los espíritus vulgares no comprendieron lo trascendental de aquella revolución que iba á imprimir al país una forma enteramente nueva, y á abrirle horizontes brillantes y desconocidos. El Gobierno mismo sólo vió en aquel movimiento insurreccional un motivo de pretorianos, que intentaban levantar á un caudillo nuevo sobre el pavés.

La banca de México, medrosa como son siempre los poseedores del caudal, no tuvo confianza en la evolución que se iniciaba, al mirar que la presidían las prominencias del partido democrático; y se ligó entonces con el partido moderado, engendrando el plan de Salamanca, que á pesar de contar con poderosos elementos de dinero y fuerza armada, no era viable, porque guardaba en su seno una contradicción monstruosa de principios que hacía imposible su consolidación. Al erigir Iglesias una legalidad revolucionaria, rompiendo sus propios títulos, estaba herido en su base fundamental.

En tanto el Sr. General Porfirio Díaz había acudido al llamamiento que le hacía la patria, y lanzándose á la lucha, apareció en la frontera, empuñó las armas, combatió con éxito vario, recorrió, levantando legiones, el Nordeste; prodigó su vida á los campos de batalla, y después de haber luchado con las olas para llegar á las playas de Veracruz; logró unirse á las huestes regeneradoras de Oriente.

Dió forma y organización al Ejército del pueblo y se presentó al fin en los campos de Tecuac donde lo aguardaban las fuerzas federales, poderosas por su organización, por sus elementos militares y por su reputación de valientes.

Allí había agotado el Gobierno sus últimos esfuerzos. El Sr. Lerdo se sentía en el vacío, sin popularidad y sin vigor. En vano se había desprendido á última hora del gabinete juarista, llamando á sus amigos que había alejado del poder: era ya muy tarde. Una derrota, la de Tecuac, bastó para derribarlo, obligándolo á marchar al extranjero.

Aquí termina nuestra misión, porque ni en el reducido espacio de esta obra podríamos hacer la historia de las administraciones emanadas del plan de Tuxtepec, ni nos lo permite el plan de nuestro libro.

El Señor General Díaz ha sido elevado al Poder Ejecutivo tres veces por el voto de la Nación entera, que ha visto en el caudillo de Oriente no solo el celoso guardián de las instituciones republicanas, sino el administrador honrado é inteligente que ha realizado el verdadero pensamiento de la revolución de Tuxtepec, la generación del país.

No necesitamos para demostrarlo más que hacer la síntesis de lo que se ha realizado en doce años; el nombre de México respetado y estimado en el extranjero, y su crédito tan alto que tiene abiertos todos los bancos y todos los mercados de Europa.

Y en el interior desarrolladas todas las industrias prosperando el comercio, progresando la riqueza material, aumentando la población, la agricultura fecundando los terrenos desiertos y baldíos, comunicadas todas las poblaciones, aún las más pequeñas, por el alambre telegráfico y cruzado el territorio por grandes vías férreas y numerosos ramales, que derraman por todas partes la riqueza y la prosperidad.

El Señor General Díaz en fin ha coronado su gloriosísima carrera militar con dos grandes obras que serán el mejor timbre de su historia, la sólida afirmación de las instituciones republicanas y la inapreciable consolidación de la paz.

La prosperidad colocará su nombre entre los de los héroes que han merecido bien de la Patria.

México, Septiembre 15 de 1889.

General

Ignacio M. Escudero.



EL C. GENERAL

DE DIVISIÓN

ROSENDO MARQUEZ

No sólo de las clases acariciadas por la fortuna brotan seres que, en el curso de su existencia, sirven para formar en las primeras filas de los que colaboran con su acción y su talento para la realización de las grandes ideas, sino también del seno de la clase pobre y laboriosa, de esa clase, que olvidada en el rincón de las penalidades sociales, vive trabajando asiduamente y llevando en su frente, como los ciclopes de la leyenda, la antorcha luminosa del adelanto y del progreso, encendida en los misteriosos arcanos de la idea.

Si por un momento abrimos la Historia de la humanidad, en sus elocuentes páginas encontramos siempre mil y mil ejemplos palpitantes de seres que tan solo en alas de su genio y ayudados por la poderosa palanca de la constancia han sabido arrojar el sudario de la nulidad para elevarse á las esferas de donde brotan la acción útil y los principios salvadores que dan al mundo ejemplos de abnegación y de naturalezas constantes y emprendedoras.

Sin detenernos á buscar modelos en otros países y fijándonos únicamente en los que resaltan en el nuestro, como la primera figura que encarna la reivindicación de una clase, encontramos al humilde hijo de Guelatao, al inmortal Benito Juárez, quien del oscuro rincón de una humilde cabaña subió á los primeros peldaños de la grandeza republicana, para ser el salvador de un pueblo y la genuina representación del derecho y de la democracia.

Del seno del pueblo, pues, han salido seres útiles para la sociedad, que han sabido impulsar á sus conciudadanos en la vía del adelanto social y del progreso positivo.

Entre estos seres encontramos al Sr. Gral. Rosendo Márquez, del cual vamos á dar algunos rasgos biográficos, como un tributo de respeto y de simpatía.

Nació el C. Gral. Rosendo Márquez en la Villa de Jalostotitlán (Estado de Jalisco,) el año de 1836, siendo sus padres el Señor Agrimensor Ignacio Márquez y la Sra. María del Refugio Hermosillo, quienes procuraron con toda asiduidad inculcarle principios rectos de honradez y amor al trabajo. De origen humilde y sin los recursos que puede prestar la fortuna para rodear á una familia de las comodidades indispensables y de los elementos para una vida desahogada, el niño Márquez fué educado en las faenas de los verdaderos hijos del trabajo, quienes, por mas que se

pretenda alegar en contrario, forman con su constancia y afán la grandeza de las naciones.

Esta educación vino al fin á dar los más óptimos resultados, cuando en el año de 1852 bajó á la tumba el padre de nuestro biografiado, pues que, contando en aquella fecha apenas 14 años, tuvo el imprescindible deber de ser el sostén de su familia, para lo cual se vió obligado á abandonar el lugar en que vió la luz primera y donde se mecía su cuna al arrullo del amor de una tierna y abnegada madre, para ir en pos de trabajo á otras localidades, sin más caudal que los conocimientos rudimentarios adquiridos en la escuela de primeras letras y el afán de ser útil á su apreciable familia. Posesionado de esta idea noble y levantada, al fin entró de operario en la fábrica de hilados y tejidos de Atemajac, inmediata á Guadalajara, en donde supo captarse el aprecio de sus principales durante poco más de un año que en ella permaneció entregado á las labores á que tuvo que dedicarse, en virtud de las circunstancias que rodearon su juventud.

De este lugar fué contratado, como un operario cumplido é inteligente, para pasar á la fábrica de Jauja. Cantón de Tepic, en la cual trabajó en el departamento de tejidos, poco menos de un año, trasladándose luego á la fábrica de Bella Vista, ubicada en la misma localidad mencionada. Ya en este punto, el joven Márquez, gracias á su actividad, honradez, jovial y franco carácter, supo conquistarse mejor sueldo que los que antes había disfrutado, el aprecio de los directores del plantel industrial y multitud de amigos que lo hicieron positivamente popular y apreciable, pues que jamás desmintió su lealtad y su proverbial franqueza, así como su liberalidad absoluta.

En esta época, en la que se agitaban en el seno de la República las ideas salvadoras del progreso y en la que el buen sentido representado por los liberales, luchaba con las preocupaciones, sofismas y privilegios del nefando partido conservador; en esta época en que la patria desgarrada por cerca de medio siglo de contiendas civiles, reclamaba la cooperación de sus buenos hijos para entrar firme y resuelta en la vía del adelanto, conquistando la libertad, el joven Márquez sintió palpar su corazón al impulso de las ideas democráticas, y en alas de su entusiasmo juvenil, voló á formar entre las filas de esa pléyade de gladiadores, que más tarde conquistaron para México las salvadoras leyes de Reforma y la implantación de los principios proclamados en el Plan memorable de Ayatla.

Filiado en el partido liberal por convicción íntima, en aquella luctuosa época en que el odio y rencores de un partido ambicioso perseguían á los partidarios de la República democrática, ingiriéndose por medio del anatema hasta en lo sagrado de la conciencia y sembrando la división en los hogares, comenzó su carrera militar en el año de 1855, llegando á ser

sargento 1.º de la Compañía de Bella Vista, con cuyo grado defendió los principios que sostenían los buenos hijos de México en muchos puntos del país.

El 1.º de Abril de 1857, año en que se promulgó nuestra Carta fundamental, ascendió á Teniente de Guardia Nacional, y del Ejército, el 14 de Abril de 1859.

Cuando algunos malos mexicanos, vencidos, tanto en el campo de las ideas como en el de la guerra, fueron al extranjero á poner á la patria en pública subasta, despertando las ambiciones del pequeño Napoleón y las tres potencias europeas pisaron las playas mexicanas en son de guerra, el Sr. Márquez, cuyo patriotismo nunca desmentido es ascendido y firme, fué ascendido al grado de Capitán, sirviendo en un Batallón de Sinaloa, en cuyas filas combatió á los invasores de la patria portándose siempre con pundonor y arrojo.

Este ascenso lo tuvo el 13 de Septiembre de... 1861, y por su manejo intachable llegó á ser comandante de Batallón el 1.º de Noviembre de 1863, precisamente en el año en que los mexicanos patentizaron ante el mundo su patriotismo y su valor, con la memorable defensa de la heroica ciudad de Zaragoza, sitiada por el Ejército francés.

En consecuencia, el Sr. Márquez, como liberal firme combatió al lado de las huestes reformistas contra la reacción, durante la época mas penosa y triste para México, como sin duda lo fué la de la guerra de tres años. Combatió al lado de los patriotas, militando en las filas republicanas contra la invasión francesa y el llamado Imperio, hasta que nuestro hermoso pabellón tricolor ondeó sobre el Palacio Nacional.

Esas dos épocas forman las páginas más brillantes de la vida del Sr. Márquez, pues en ellas supo cumplir como buen hijo de México, no siendo suficientes á hacerle desmayar, ni las privaciones y fatigas del campamento ni las leyes que el llamado Imperio fulminó contra los defensores de la patria, como la funesta y bárbara Ley de 3 de Octubre.

Desde que se filió á la causa de la Reforma, sirviendo en la Guardia Nacional de Tepic hasta la fecha, su carrera militar y política es limpia y llena de hechos honrosos. Cuando por la persecución de que fué objeto por parte de las autoridades reaccionarias, tuvo que abandonar su posesión, familia é intereses que poseía en la fábrica de Bella Vista, para incorporarse á las fuerzas reformistas, el Sr. Márquez no hizo mas que cumplir con lo que le dictaba la conciencia y con lo que le ordenaba el deber, como buen hijo de México y democrata de corazón.

Pero sigamos reseñando aunque sea á grandes rasgos los servicios que ha prestado al país el ciudadano que es objeto de las presentes líneas.

Siempre militando en el Ejército Nacional, en 26

de Noviembre de 1870 pasó á servir á la arma de Caballería en calidad de Comandante de escuadrón, ayudando al Gobierno legítimamente constituido, contribuyendo á la pacificación del país y al sostenimiento del orden constitucional.

Hasta aquí, siempre leal y firme en sus principios, como lo comprueban los honrosísimos certificados de los jefes á cuyas órdenes había militado, ya combatiendo á la reacción, ya defendiendo la Independencia Nacional contra la invasión francesa y el Imperio, el Sr. Márquez; lo repetimos, contaba con numerosas simpatías entre el Ejército y con numerosos amigos que sabían apreciar sus cualidades personales.

Por esa época, (1871), no estando conforme con la política que seguía el Presidente de la República, solicitó su baja en el ejército, la cual fué concedida el 5 de Noviembre del año indicado; y llevado de su amor á la Constitución y de sus simpatías al Sr. General Porfirio Díaz, corrió á ponerse bajo la bandera popular que este digno ciudadano había levantado contra la Administración imperante, siendo nombrado el 21 del mismo mes de Noviembre Coronel de Caballería, con cuyo carácter sirvió á la revolución de aquella época, mereciendo en todas las difíciles comisiones que se le encomendaron, la confianza del Sr. General Díaz.

En el año de 1872 obtuvo el grado de General de Brigada, y en el mismo concurrió á los siguientes hechos de armas: combate en el Puente del «Naranjal», acciones de San Felipe de los «Maderos» y dos de Cuanatic, ataques de San Juan de los Lagos y plaza de Huauchinango y Batalla de las Cumbres de Apulco, en los cuales se portó con bizarría y pundonor militar.

Poco después, abandonando el campo de guerra, en virtud de los acontecimientos políticos que se verificaron en la época, sirvió respectivamente las Jefaturas del 5.º, 7.º y 11.º Cantón de Jalisco. El 11 de Mayo de 1875 se separó del 5.º Cantón para encargarse del 11.º en Teocaltiche, en cuyo puesto se hizo verdaderamente popular y querido de los vecinos de la localidad.

Poco después, que la Administración del Sr. Lerdo se había hecho positivamente odiosa á la opinión pública, en virtud de ciertos hechos que no queremos mencionar, y en consecuencia, el pueblo tuvo que apelar á la revolución, acaudillada por el Sr. General Porfirio Díaz, quien empuñó la bandera de la Regeneración en Tuxtepec, y se lanzó á reconquistar los ultrajados derechos de los ciudadanos.

El Sr. Márquez, siempre constitucionalista, siempre democrata y leal amigo del Sr. General Díaz, se adhirió á dicho Plan, y el 5 de Febrero de 1876, aniversario glorioso para los buenos mexicanos, se pronunció con la pequeña guarnición que tenía la plaza

de Teocaltiche, la que se componía de 28 dragones y 20 infantes. En dos días y debido á su popularidad, actividad y valor, reunió una fuerza de 200 infantes y más de 100 caballos, emprendiendo desde luego su marcha sobre la plaza de San Juan de los Lagos, en donde, al avistarse, se le rindió la guarnición poniéndose á sus órdenes.

En este lugar permaneció tan sólo dos días, marchando á continuación sobre Jalos, San Miguel el Alto, Arandas y Atotonilco, con dirección á la ciudad de León, siendo de notarse la moralidad y el orden de la fuerza que mandaba.

En esta marcha, que podemos llamar triunfal, recibió orden del Benemérito General Donato Guerra, de grata memoria, de contramarchar, pues dicho General tenía inmediato al enemigo. Así lo verificó, permaneciendo con él hasta que, desgraciadamente derrotado en la ciudad de Tabasco, habiendo quedado poca fuerza al citado General Guerra que estaba ampliamente facultado, lo nombró Comandante militar de la línea de Oriente (Estado de Guanajuato y Zacatecas.)

Una vez nombrado organizó guerrillas que hostilizaron al enemigo, emprendiendo luego la peligrosa y difícil travesía desde Teocaltiche hasta el Estado de Michoacán, con el objeto de organizar de una manera conveniente las fuerzas revolucionarias en dicho Estado.

Marchaba con el objeto indicado, cuando en la jurisdicción de San Miguel de los Acales fue sorprendido por el enemigo fuerte en más de 500 hombres cuando él solo llevaba treinta ó treinta y cinco. Después de una resistencia tenaz y heroica, fué hecho prisionero y conducido á Lagos, donde por orden de la Secretaría de Guerra se le juzgó conforme á la ley de 2 de Mayo de 1870, como plagiario y salteador. Sin formación de causa y solo con la acta que por declaración de cuatro testigos que identificaron su persona, fué sentenciado á muerte.

El Comandante militar del Estado de Jalisco, sin conocer la causa y sin que el General Márquez lo haya solicitado, comunicó por la vía telegráfica al Jefe político de Lagos que se le denegara la gracia de indulto, que fuera pasado por las armas inmediatamente y que se le comunicara la ejecución.

Desde el momento en que fué conocida tan bárbara determinación, los habitantes de Teocaltiche, Jalos, San Juan de los Lagos y Villa de Unión, protestaron contra ella manifestando con sus firmas, que «el General Márquez era honrado; que cuantas veces había estado en dichas poblaciones, con fuerzas de su mando, habían disfrutado toda clase de garantías.»

Todas las familias de Lagos se aglomeraron á las puertas de la Jefatura pidiendo su indulto: ningún empeño fué bastante cerca del Gobierno del Sr. Lerdo;

sin embargo, el Juez de Distrito lo amparó y la sentencia de este fué confirmada por la Suprema Corte de Justicia.

Las manifestaciones de simpatía por parte del pueblo y la decisión del Juez de Distrito, influyeron para que el Gobierno determinara que bien custodiado el prisionero fuera conducido á la Penitenciaría de Guadalajara, á fin de que se le juzgara conforme á la ley de 16 de Septiembre de 1857. Entre tanto la afiligrada y digna esposa del Sr. General Márquez y sus numerosos amigos, trabajaban por conseguir la libertad de nuestro biografiado y al efecto, con toda actividad y sin que la respetable señora perdiera su proverbial energía ni su natural firmeza de carácter y abnegación, se prepararon los medios para conseguir la evasión del preso. Al fin se logró burlar la vigilancia de la escolta y el Sr. General Márquez pudo, libre ya, unirse á sus partidarios, que al mando del Sr. Coronel Buso y en número de 40 hombres se encontraban cerca de San Juan de los Lagos, dispuestos á salvarlo ó á perecer.

Al día siguiente con esta pequeña fuerza batió á los mismos que habían sido sus guardianes y que eran 300 hombres y los derrotó completamente, continuando desde ese día haciendo la campaña en los Estados de Guanajuato, Jalisco y otros puntos hasta que el triunfo coronó los esfuerzos del Ejército Regenerador.

Y es de notarse que todos los lugares por donde hizo la campaña el Sr. Márquez, disfrutaron, tanto los ciudadanos como la propiedad, de toda clase de garantías, pues en lo que más fijaba su atención, era en la moralidad y disciplina de sus subordinados, lo cual, á no dudarlo, así como sus eminentes servicios, le valió que desde el 28 de Febrero de 1876 fuera nombrado por el Sr. General Porfirio Díaz, con los requisitos constitucionales, General de Brigada efectivo.

En el año siguiente se le amplió el mando de General en Jefe del Estado de Jalisco, nombrándole Comandante militar de Colima, donde, como en todas partes, se hizo apreciar de todas las clases de la sociedad.

Por lo tanto, el Sr. General Márquez ha prestado buenos servicios á su patria, como soldado de la República, según lo patentiza su brillante hoja de servicios; pues que estuvo en activo servicio treinta y un años, un mes y diez y seis días, habiendo abonado el tiempo doble. Fué Teniente con grado de Capitán, seis años dos meses; Capitán, cinco meses; Comandante de Escuadrón, ocho años veinte días; Coronel de Caballería, ocho meses veintiseis días, y General de Brigada, á contar desde el 17 de Agosto de 1872 en que obtuvo el grado, á la fecha, diez y seis años. Ha concurrido á sesenta y seis campañas y acciones de guerra, siendo herido el 7 de Noviembre de 1859

en el sitio y pérdida de la Plaza de Tepic, y también fué hecho prisionero en la acción de «Cerro hueco,» contra los Belgas, el 16 de Junio de 1865, y el 28 de Marzo de 1876, entre Lagos y San Miguel el Alto.

Su conducta intachable, como soldado, actividad y pericia, lo justifican plenamente los honrosos certificados que le han expedido: el C. Bibiano Dávalos, como General de Brigada del Ejército Permanente; el C. Jesús Toledo, como General de Brigada del Ejército Nacional; el C. Hermenegildo Carrillo, como Comandante Militar del Distrito Federal; el C. Benigno Canto, como General de Brigada del Ejército Republicano y encargado accidentalmente del mando de la 4ª División; el C. General Juan N. Méndez, como General en Jefe del Ejército de Oriente; el C. Miguel Negrete, como General de División del Ejército Permanente y el C. General Porfirio Díaz, como Jefe de las fuerzas republicanas en 1876.

No sólo en el servicio de las armas ha prestado su cooperación el Sr. General Márquez para el bien de la colectividad, sino también desempeñando honrada y cumplidamente muchas comisiones y encargos que sus conciudadanos le han confiado, ya para la promoción de mejoras materiales, ya en Juntas de Beneficencia, ya en asociaciones de obreros y artesanos y, ya en fin, en todos aquellos trabajos que impulsan á la sociedad á su perfeccionamiento y progreso. Además, por el voto del pueblo, entre el cual ha tenido siempre gran prestigio, ha sido Diputado de la Unión en los Congresos 8º, 9º, 10º y 11º, y últimamente los hijos del Distrito de Pinos, (Estado de Zacatecas) ven en él á su representante propietario en la Cámara Federal.

El 5 de Junio de 1882, fué nombrado General en Jefe de la 9ª Zona Militar, que comprende los Estados de Puebla, Tlaxcala y Veracruz. En tal virtud, vino á esta ciudad poco después, en la cual supo captarse las simpatías de cuantas personas lo trataron, y á fé que estas fueron y son de lo más granado de la sociedad. Siempre conservando la armonía más perfectamente los Poderes, siempre benigno, á la vez que íntegro con sus subordinados, siempre caballeroso y leal; los ciudadanos supieron apreciarlo; y al fin, al llegar la lucha electoral de 1884 para la renovación de los Poderes, tanto Federales como locales, fué electo Presidente del Club «Sufragio Popular,» en cuya Convención política se distinguió por sus trabajos, hasta alcanzar el triunfo de la candidatura del Sr. General Porfirio Díaz para Presidente de la República.

Poco después fué electo entre las aclamaciones de simpatías populares y entre el entusiasmo más espontáneo de los hijos de Puebla, Gobernador Constitucional del Estado, en cuyo puesto supo levantar el crédito y el decoro del gobierno á una altura tal,

que dió á esta entidad federativa respetabilidad y orden administrativo.

Para concluir diremos: que al ocuparnos de la personalidad del C. General Márquez, no quisimos más que hacer justicia al pundonoroso militar, al leal amigo, al amante y cariñoso padre de familia y al honrado gobernante.

Esto sentado, que el pueblo juzgue de los servicios y méritos de uno de nuestros más distinguidos Generales.

El Sr. Gral. Rafael Cravioto.

Puebla

Biografiar, siquiera sea á grandes rasgos y dentro de un reducido marco, á un conciudadano nuestro, á un ilustre contemporáneo, cuyos actos, por acentuado relieve que hayan adquirido en la conciencia popular, están demasiado cerca y se entrelazan, por decirlo así, con pasiones actuales, es labor de difícil cumplimiento. Aun la biografía de los heroes de esta epopeya nacional que ha preparado el progreso de la República, duerme en la imaginación del publicista. Nos codeamos con esos hombres, los vislumbramos detrás de cada página gloriosa de nuestra historia; sus nombres se repercuten en el fondo de todos los corazones y los olvidamos! quizás porque los queremos con exceso, tal vez porque son demasiado íntimos, porque la proximidad contribuye á conocer menos á los hombres, como á los objetos. Es tiempo de proyectar un rayo de luz sobre estos conciudadanos á quienes la muerte ha perdonado la inmortalidad, sobre estos eternos vencedores de la medianía humana, alzados sobre el pedestal del patriotismo. Hay que descender el velo que los oculta y presentarlos á las miradas de las muchedumbres en toda su sencilla grandiosidad, con los rasgos típicos que los han elevado por encima del nivel común de sus conciudadanos. Vamos á biografiar en pocas líneas á uno de estos hombres: vamos á perfilar la figura histórica del Sr. General Rafael Cravioto.

Nació este ilustre ciudadano en Huauchinango, el 24 de Octubre de 1829. Hijo del honrado comerciante genovés Don Simón Cravioto y de la Sra. Doña María de la Luz Moreno, virtuosísima dama, compatriota nuestra, tuvo la fortuna nuestro biografiado de que la desahogada posición de su familia, le facilitase los medios de gozar de una infancia exenta de privaciones. Llegóse en breve la edad de los primeros cuidados intelectuales y se encargó de su educación el Lic. Atenógenes Castillero, varón de grandes

de Teocaltiche, la que se componía de 28 dragones y 20 infantes. En dos días y debido á su popularidad, actividad y valor, reunió una fuerza de 200 infantes y más de 100 caballos, emprendiendo desde luego su marcha sobre la plaza de San Juan de los Lagos, en donde, al avistarse, se le rindió la guarnición poniéndose á sus órdenes.

En este lugar permaneció tan sólo dos días, marchando á continuación sobre Jalos, San Miguel el Alto, Arandas y Atotonilco, con dirección á la ciudad de León, siendo de notarse la moralidad y el orden de la fuerza que mandaba.

En esta marcha, que podemos llamar triunfal, recibió orden del Benemérito General Donato Guerra, de grata memoria, de contramarchar, pues dicho General tenía inmediato al enemigo. Así lo verificó, permaneciendo con él hasta que, desgraciadamente derrotado en la ciudad de Tabasco, habiendo quedado poca fuerza al citado General Guerra que estaba ampliamente facultado, lo nombró Comandante militar de la línea de Oriente (Estado de Guanajuato y Zacatecas.)

Una vez nombrado organizó guerrillas que hostilizaron al enemigo, emprendiendo luego la peligrosa y difícil travesía desde Teocaltiche hasta el Estado de Michoacán, con el objeto de organizar de una manera conveniente las fuerzas revolucionarias en dicho Estado.

Marchaba con el objeto indicado, cuando en la jurisdicción de San Miguel de los Acales fue sorprendido por el enemigo fuerte en más de 500 hombres cuando él solo llevaba treinta ó treinta y cinco. Después de una resistencia tenaz y heroica, fué hecho prisionero y conducido á Lagos, donde por orden de la Secretaría de Guerra se le juzgó conforme á la ley de 2 de Mayo de 1870, como plagiario y salteador. Sin formación de causa y solo con la acta que por declaración de cuatro testigos que identificaron su persona, fué sentenciado á muerte.

El Comandante militar del Estado de Jalisco, sin conocer la causa y sin que el General Márquez lo haya solicitado, comunicó por la vía telegráfica al Jefe político de Lagos que se le denegara la gracia de indulto, que fuera pasado por las armas inmediatamente y que se le comunicara la ejecución.

Desde el momento en que fué conocida tan bárbara determinación, los habitantes de Teocaltiche, Jalos, San Juan de los Lagos y Villa de Unión, protestaron contra ella manifestando con sus firmas, que «el General Márquez era honrado; que cuantas veces había estado en dichas poblaciones, con fuerzas de su mando, habían disfrutado toda clase de garantías.»

Todas las familias de Lagos se aglomeraron á las puertas de la Jefatura pidiendo su indulto: ningún empeño fué bastante cerca del Gobierno del Sr. Lerdo;

sin embargo, el Juez de Distrito lo amparó y la sentencia de este fué confirmada por la Suprema Corte de Justicia.

Las manifestaciones de simpatía por parte del pueblo y la decisión del Juez de Distrito, influyeron para que el Gobierno determinara que bien custodiado el prisionero fuera conducido á la Penitenciaría de Guadalajara, á fin de que se le juzgara conforme á la ley de 16 de Septiembre de 1857. Entre tanto la afiligrada y digna esposa del Sr. General Márquez y sus numerosos amigos, trabajaban por conseguir la libertad de nuestro biografiado y al efecto, con toda actividad y sin que la respetable señora perdiera su proverbial energía ni su natural firmeza de carácter y abnegación, se prepararon los medios para conseguir la evasión del preso. Al fin se logró burlar la vigilancia de la escolta y el Sr. General Márquez pudo, libre ya, unirse á sus partidarios, que al mando del Sr. Coronel Buso y en número de 40 hombres se encontraban cerca de San Juan de los Lagos, dispuestos á salvarlo ó á perecer.

Al día siguiente con esta pequeña fuerza batió á los mismos que habían sido sus guardianes y que eran 300 hombres y los derrotó completamente, continuando desde ese día haciendo la campaña en los Estados de Guanajuato, Jalisco y otros puntos hasta que el triunfo coronó los esfuerzos del Ejército Regenerador.

Y es de notarse que todos los lugares por donde hizo la campaña el Sr. Márquez, disfrutaron, tanto los ciudadanos como la propiedad, de toda clase de garantías, pues en lo que más fijaba su atención, era en la moralidad y disciplina de sus subordinados, lo cual, á no dudarlo, así como sus eminentes servicios, le valió que desde el 28 de Febrero de 1876 fuera nombrado por el Sr. General Porfirio Díaz, con los requisitos constitucionales, General de Brigada efectivo.

En el año siguiente se le amplió el mando de General en Jefe del Estado de Jalisco, nombrándole Comandante militar de Colima, donde, como en todas partes, se hizo apreciar de todas las clases de la sociedad.

Por lo tanto, el Sr. General Márquez ha prestado buenos servicios á su patria, como soldado de la República, según lo patentiza su brillante hoja de servicios; pues que estuvo en activo servicio treinta y un años, un mes y diez y seis días, habiendo abonado el tiempo doble. Fué Teniente con grado de Capitán, seis años dos meses; Capitán, cinco meses; Comandante de Escuadrón, ocho años veinte días; Coronel de Caballería, ocho meses veintiseis días, y General de Brigada, á contar desde el 17 de Agosto de 1872 en que obtuvo el grado, á la fecha, diez y seis años. Ha concurrido á sesenta y seis campañas y acciones de guerra, siendo herido el 7 de Noviembre de 1859

en el sitio y pérdida de la Plaza de Tepic, y también fué hecho prisionero en la acción de «Cerro hueco,» contra los Belgas, el 16 de Junio de 1865, y el 28 de Marzo de 1876, entre Lagos y San Miguel el Alto.

Su conducta intachable, como soldado, actividad y pericia, lo justifican plenamente los honrosos certificados que le han expedido: el C. Bibiano Dávalos, como General de Brigada del Ejército Permanente; el C. Jesús Toledo, como General de Brigada del Ejército Nacional; el C. Hermenegildo Carrillo, como Comandante Militar del Distrito Federal; el C. Benigno Canto, como General de Brigada del Ejército Republicano y encargado accidentalmente del mando de la 4ª División; el C. General Juan N. Méndez, como General en Jefe del Ejército de Oriente; el C. Miguel Negrete, como General de División del Ejército Permanente y el C. General Porfirio Díaz, como Jefe de las fuerzas republicanas en 1876.

No sólo en el servicio de las armas ha prestado su cooperación el Sr. General Márquez para el bien de la colectividad, sino también desempeñando honrada y cumplidamente muchas comisiones y encargos que sus conciudadanos le han confiado, ya para la promoción de mejoras materiales, ya en Juntas de Beneficencia, ya en asociaciones de obreros y artesanos y, ya en fin, en todos aquellos trabajos que impulsan á la sociedad á su perfeccionamiento y progreso. Además, por el voto del pueblo, entre el cual ha tenido siempre gran prestigio, ha sido Diputado de la Unión en los Congresos 8º, 9º, 10º y 11º, y últimamente los hijos del Distrito de Pinos, (Estado de Zacatecas) ven en él á su representante propietario en la Cámara Federal.

El 5 de Junio de 1882, fué nombrado General en Jefe de la 9ª Zona Militar, que comprende los Estados de Puebla, Tlaxcala y Veracruz. En tal virtud, vino á esta ciudad poco después, en la cual supo captarse las simpatías de cuantas personas lo trataron, y á fé que estas fueron y son de lo más granado de la sociedad. Siempre conservando la armonía más perfectamente los Poderes, siempre benigno, á la vez que íntegro con sus subordinados, siempre caballeroso y leal; los ciudadanos supieron apreciarlo; y al fin, al llegar la lucha electoral de 1884 para la renovación de los Poderes, tanto Federales como locales, fué electo Presidente del Club «Sufragio Popular,» en cuya Convención política se distinguió por sus trabajos, hasta alcanzar el triunfo de la candidatura del Sr. General Porfirio Díaz para Presidente de la República.

Poco después fué electo entre las aclamaciones de simpatías populares y entre el entusiasmo más espontáneo de los hijos de Puebla, Gobernador Constitucional del Estado, en cuyo puesto supo levantar el crédito y el decoro del gobierno á una altura tal,

que dió á esta entidad federativa respetabilidad y orden administrativo.

Para concluir diremos: que al ocuparnos de la personalidad del C. General Márquez, no quisimos más que hacer justicia al pundonoroso militar, al leal amigo, al amante y cariñoso padre de familia y al honrado gobernante.

Esto sentado, que el pueblo juzgue de los servicios y méritos de uno de nuestros más distinguidos Generales.

El Sr. Gral. Rafael Cravioto.

Puebla

Biografiar, siquiera sea á grandes rasgos y dentro de un reducido marco, á un conciudadano nuestro, á un ilustre contemporáneo, cuyos actos, por acentuado relieve que hayan adquirido en la conciencia popular, están demasiado cerca y se entrelazan, por decirlo así, con pasiones actuales, es labor de difícil cumplimiento. Aun la biografía de los heroes de esta epopeya nacional que ha preparado el progreso de la República, duerme en la imaginación del publicista. Nos codeamos con esos hombres, los vislumbramos detrás de cada página gloriosa de nuestra historia; sus nombres se repercuten en el fondo de todos los corazones y los olvidamos! quizás porque los queremos con exceso, tal vez porque son demasiado íntimos, porque la proximidad contribuye á conocer menos á los hombres, como á los objetos. Es tiempo de proyectar un rayo de luz sobre estos conciudadanos á quienes la muerte ha perdonado la inmortalidad, sobre estos eternos vencedores de la medianía humana, alzados sobre el pedestal del patriotismo. Hay que descender el velo que los oculta y presentarlos á las miradas de las muchedumbres en toda su sencilla grandiosidad, con los rasgos típicos que los han elevado por encima del nivel común de sus conciudadanos. Vamos á biografiar en pocas líneas á uno de estos hombres: vamos á perfilar la figura histórica del Sr. General Rafael Cravioto.

Nació este ilustre ciudadano en Huauchinango, el 24 de Octubre de 1829. Hijo del honrado comerciante genovés Don Simón Cravioto y de la Sra. Doña María de la Luz Moreno, virtuosísima dama, compatriota nuestra, tuvo la fortuna nuestro biografiado de que la desahogada posición de su familia, le facilitase los medios de gozar de una infancia exenta de privaciones. Llegóse en breve la edad de los primeros cuidados intelectuales y se encargó de su educación el Lic. Atenógenes Castillero, varón de grandes

méritos, que, andando el tiempo lo llevaron á ocupar un lugar muy prominente en el gobierno eclesiástico de la Diócesis de Puebla. El maestro no tuvo que arrepentirse de la comisión que le fué confiada, y muy pequeño su discípulo trató más de una vez con el padre, de lo conveniente que sería dedicar al rapaz á una carrera literaria, para lo cual reunía el educando disposiciones del todo excepcionales.

El pequeño Rafael escuchaba casi con indiferencia las largas pláticas que se encaminaban á prepararle un porvenir muy distinto del que soñaba la energía y la virilidad de su carácter. Inclínabale sus aficiones al campo de las armas; sus primeros juegos varoniles, su cariño singular á la milicia, que en él se iba arraigando más y más conforme avanzaba su desarrollo, hicieron comprender á Don Simón á donde se dirigía la afición del niño, y comenzó á combatir aquellas ideas con toda la dulzura que un padre emplea en estos casos. Un suceso inesperado vino muy pronto á poner á prueba la inclinación del niño y su temple de alma.

Séanos permitido referir en pocas líneas aquel suceso, porque en los primeros hechos de la vida humana está de algún modo condensado el carácter de un hombre en el resto de su vida, como en la naturaleza el árbol está encerrado en la simiente.

Tendría apenas siete años nuestro biografiado cuando una fuerza de sublevados contra las autoridades atacaba un día la villa de Huauchinango. Aquel grupo de hombres procedía de la sierra de Puebla, y estaba capitaneado por Olarte, Díaz y Baquier.

Huauchinango era defendida por el valiente Coronel Don Pedro Ponce. La lucha fué tenaz y vigorosa por ambas partes. En ella tomó parte aquel niño, que con arrojo extraño á su edad, se mezclaba entre los defensores, repartiéndoles parque y municiones, ya que sus fuerzas no le permitían tomar el fusil. He aquí la primera página de una gloriosa historia marcialmente desarrollada en días de ruda prueba para el progreso y la libertad nacionales.

Insistía, sin embargo, Don Simón en apartar á su hijo de los azares de la milicia; y aprovechando sus buenas relaciones, quiso iniciarlo en las operaciones comerciales. El joven, acaso por un espíritu de disciplina de que en su historia lleva dados tan claros ejemplos, accedió á los deseos paternales y entró de lleno en una vida que no llenaba ni con mucho sus aspiraciones. Su imaginación viva y llena de otros ideales, apenas daba entrada á la teneduría de libros. Otros libros le ocupaban y eran los autores que trataban de grandes guerras y de ilustres conquistadores.

Así los acontecimientos, se presentó para México la triste época de la Invasión. El patriotismo improvisa batallones y cuerpos de guardia nacional que

se adelantan al encuentro del extranjero. En Huauchinango se organiza un batallón: el oncenno, que el Estado de Puebla ofrece en defensa de la Patria. Manda á aquel grupo de hombres esforzados el Coronel Don Miguel Andrade, y es nombrado Capitán de la compañía de cazadores el joven Don Rafael. Esta vez la suerte estaba decidida y no habría ya fuerza que separara voluntariamente al novel guerrero de la senda emprendida.

Se realizaban las ilusiones de aquel corazón fogoso: empuñaba las armas en defensa de la Patria. Y ¡en qué momentos! Una guerra invasora ofrecía hermosas perspectivas de gloria á un joven decidido y animoso. Y aquí debemos consagrar algunas líneas de admiración y respeto al Sr. Don Simón, padre de nuestro joven capitán.

Lejos ya de querer apartar á su hijo de los peligros de la campaña, lo exhorta á que cumpla con su deber; y aquel buen padre cuyo corazón tal vez se despedaza, oculta sus tristezas y se eleva por encima de sus dolores para mostrarse á la altura de un hombre superior. Lo hace salir del mostrador, donde el nombrado capitán ha arrastrado sus impacencias, y lo presenta ante sus paisanos que lo reclaman con las voces del cariño y del entusiasmo.

La fuerza abandona á Huauchinango con dirección á Puebla; recibe instrucciones de ponerse á las órdenes del Coronel Don Pedro Herrera y engrosando las filas del General Rea. Una parte de Puebla se encuentra ya ocupada por los invasores, y al llegar las fuerzas á la ciudad, se la designa en unión del segundo batallón, para batir á una columna de invasores que se repliega á la Iglesia de San Juan de Dios. El grupo en que iba el Capitán Cravioto, y en cuyo núcleo de armas le acompañaba el valiente sargento Don Miguel Negrete, cumple con su deber y recibe nuestro biografiado el primer bautizo de fuego. Aquella primera escaramuza fué seguida de algo más grave, que se presentó al día siguiente y que refiere de este modo un testigo presencial.

Organizado un ataque sobre el mismo punto de San Juan de Dios, con fuerzas del Batallón de Zacatlán y el primero activo de Puebla á las órdenes del Sr. Coronel Don Ramón Márquez, esta fuerza es rechazada; sale el enemigo de sus posiciones y se constituye en perseguidor. Entonces la casualidad ó el destino hace que el joven Cravioto se presente con su compañía en el lugar del peligro; reorganiza la fuerza desbandada, y restablecida la lucha ataca al enemigo haciéndole retroceder á sus posiciones.

Este rasgo de valor en un capitán joven y novel, valió á Cravioto mil calurosas felicitaciones de parte de sus superiores y aún de los viejos militares. En todas las acciones memorables de aquellos combates que en Puebla se sucedieron diariamente, disputándose

palmo á palmo el terreno los asaltantes y los defensores, nuestro capitán dejó bien puesto el nombre y el honor de la Patria.

En aquella época la suerte fué adversa para las armas nacionales; nuestros campos regados con la sangre de nuestros hermanos, fueron hollados por la planta del invasor. A los que entonces cumplieron con su deber, dediquémosles un recuerdo de respeto y admiración. A esos hombres, á esos héroes pertenece nuestro biografiado.

El Coronel Don Miguel Andrade, concluidos aquellos episodios, tornó con las fuerzas de Huauchinango al punto de su procedencia, y entonces Cravioto que gozaba ya de gran simpatía y prestigio entre sus subordinados y aun entre sus superiores, se ocupó en organizar sus soldados, disponiéndolos siempre para la lucha.

Habiendo tenido por término aquellos episodios las célebres tratadas de paz, llamados de Guadalupe Hidalgo, en que nuestra República perdió gran parte de su territorio, nuestro capitán con el subteniente Don Miguel Negrete se pronuncia contra esos tratados tan perjudiciales para la Nación; por desgracia aquel movimiento no pudo tener éxito; el espíritu de patriotismo se encontraba abatido por los rudos golpes y desengaños porque había atravesado México, y nuestro biografiado volvió á quedar en su hogar retirado á la vida privada.

Así las cosas, en 1852 estalla la revolución con el plan de Jalisco, y en el Estado de Puebla uno de los primeros hombres que la secundan es Don Rafael Cravioto, acompañado de D. Francisco Jáuregui y Negrete: pero como aquel plan es reformado en Arroyo Zarco, con objeto de que D. Antonio López de Santa Ana volviera á ocupar la presidencia de la República, los pronunciados de la Sierra de Puebla que entonces se hallaban en Coacuilco, prefirieron depositar las armas y volver á sus hogares. Cravioto se retiró de nuevo al suyo; pero sus convicciones no le podían permitir tolerar aquel estado de cosas, y cuando se declaró Santa Ana Dictador y Alteza Serenísima, hallándose de guarnición en Huauchinango un escuadrón que mandaba entonces el coronel Martínez logró sorprender esa fuerza haciendo que se pronunciara y secundando el plan de Ayutla que acababa de proclamarse contra el Gobierno Santanista. Triunfante la revolución que vino á derrocar el despotismo, D. Ignacio Comonfort Presidente de la República, premió los servicios de D. Rafael Cravioto confiriéndole el empleo de Comandante de Batallón, y como justa recompensa de su comportamiento en aquella lucha. Con ese honroso nombramiento que había merecido por sus servicios, sin buscar honores ni recompensas, vuelve á su hogar con la satisfacción de haber cumplido con su deber, y con la conciencia tranquila del

hombre honrado; pero estalla un movimiento contra el Gobierno de Comonfort, acaudillado por Osollo, Güitián y Gutiérrez, proclamando «Religión y Fueros» y Cravioto ocurre en el acto al Presidente de la República, solicitando armamento para sostener la legalidad en la Sierra de Puebla. Asiste á la memorable acción de Ocotlán en 1855, combatiendo siempre en favor de la libertad, y después á la toma de Puebla, donde cumple como patriota y buen liberal.

Y aquí vamos á narrar un hecho ocurrido el año de 1856 y que habla muy alto en favor de nuestro biografiado.

En la derrota que sufrió Cobos en Coscomatepec entre los prisioneros que llevaba se encontraban Don Rafael, D. Agustín y D. Francisco Cravioto. Los jefes D. Miguel Gutiérrez y D. Luis Osollo pertenecieron á las mismas fuerzas. Después de la derrota varias veces pretendió Cobos fusilar á los prisioneros, que recibían el peor trato. Habiéndose disgustado Cobos y Gutiérrez y ya para separarse, cada uno con las fuerzas que quisieron seguirlos; D. Rafael comprendió la suerte que se les esperaba con Cobos, que pretendía llevar á los prisioneros á la hacienda de Tepetitlán, y conociendo la indignación por el fusilamiento, así como que estaba dispuesto á las más sangrientas represalias, D. Rafael Cravioto aprovechando el primer momento que se le presentó, se dirigió al General Gutiérrez, hizo un llamamiento á su amor patrio, significándole que aceptarían con gusto la muerte si ésta se les daba por mexicanos, y que el que lo era no permitiría que se quedaran á merced de un español intruso que indebidamente tomaba cartas en las disensiones interiores de los hijos de México y á los que sólo correspondía decidir las. Gutiérrez se quedó por esto con los prisioneros mexicanos.

Este arranque fué debido á la convicción que tenía D. Rafael Cravioto de que continuando como prisioneros de Cobos, al fin los sacrificaría pues varias veces estuvo para hacerlo, habiendo designado y estando formados los pelotones que debían hacerles fuego, y tanto que una de las veces que esto sucedió el Presbítero D. Pablo Hidalgo que iba entre las fuerzas reaccionarias derramó copioso llanto al ver á los prisioneros cada uno con un pelotón enfrente esperando sólo la orden de hacer fuego.

En esa vez D. Rafael salvó su vida y la de sus hermanos, gracias á su resolución y arrojo.

Pasados estos acontecimientos en que triunfa la causa de la libertad y del progreso, proclama D. Ignacio Comonfort el gran golpe de Estado que vino á hundirlo en el mayor desprestigio.

En Puebla es apoyado aquel gran disparate, como entonces llamaron á este movimiento los hombres políticos por los Generales Echegaray y Negrete, más Cravioto que, como siempre que el partido liberal no

necesitaba de sus servicios, se hallaba retirado á la vida privada.

Una columna de las tres armas á las órdenes del General Escobar con los coroneles Daza, Argüelles y Ricoy, marcha entonces sobre los disidentes; pero Cravioto se retira á Necaxa con sólo doscientos hombres; y después de cuatro horas de un reñido combate tiene la fortuna de alcanzar la victoria derrotando por completo á sus perseguidores. El Sr. General Alariste, que se hallaba facultado ampliamente, premió los servicios del Comandante Cravioto confiriéndole el empleo de Teniente Coronel.

Por aquel tiempo ocurrió un acontecimiento que no debemos pasar inadvertido y que pone de relieve la conducta y firmeza de principios que siempre ha tenido nuestro biografiado. Al verificarse las elecciones de Gobernador en el Estado de Puebla, personas influyentes de la Sierra, trabajaban en favor de la candidatura del Sr. General Alariste; entre esas personas prominentes se contaba un ameritado General montañés (entonces Coronel,) y Cravioto ponía sus elementos al lado de su candidato para el gobierno de Puebla que lo era el Sr. Lic. D. Joaquín Ruiz. Una vez verificada la elección, obtuvo el triunfo en los comicios el Sr. General Alariste y quien en el campo electoral lo habla combatido con lealtad, le reconoce como legítima autoridad ofreciéndole desde luego su apoyo y obediencia. Es de notarse que, en cambio, los partidarios del Gobernador electo, pronto le comienzan á crear dificultades con sus ambiciones, que dan por resultado el nombramiento de Comandante Militar en favor del Jefe montañés á quien Cravioto se niega á reconocer, por considerar irregulares aquellos procedimientos. Entonces, suponiéndose que estos mismos procedimientos reconocían por origen, tal vez la ambición, se retira ese nombramiento á dicho Jefe y con el despacho de Coronel firmado en Veracruz por el Sr. Presidente D. Benito Juárez, se le confiere este cargo á D. Rafael Cravioto, que lo rehusa, dando por respuesta que, «no podía aceptar un puesto ocupado legalmente por un funcionario electo por la libre voluntad de sus conciudadanos.» Esta severa lección, vino á poner de manifiesto cuánto se equivocaron los que juzgaron ambicioso á nuestro biografiado.

Apuntes escritos á vuela pluma no nos permiten disponer de gran espacio para referir punto por punto los episodios que encierra la vida militar y política del Sr. General Cravioto: reseñaremos, pues, aquí á grandes rasgos sus campañas de la época á que venimos refiriéndonos.

Primero derrota en Ayotla al Coronel Zarabia que, unido á otra fuerza, viene de Tulancingo á Chignahuapam, á sorprenderlo; en seguida sostiene un comprometido combate contra el General Escobar y el

Coronel Paredes en el Real del Monte: vencedor en Huahuaxtla y en Apulco, toma la inexpugnable plaza de Zacapeaxtla, y concurre á la memorable jornada de las Cumbres de Acultzingo, contra las huestes acaudilladas por Miramón, donde con el General Alariste tiene la fortuna de rechazar al 2.º Batallón ligero de línea, que á las órdenes de su Jefe, D. Mariano Miramón, ataca la ala izquierda, mientras que por la derecha sufrían horrible descalabro las fuerzas del valiente y malogrado General la Llave y de Traconis. Después, derrota en Atlixco, las fuerzas reaccionarias que salen de Puebla en auxilio de sus compañeros que por esos rumbos se encontraban, y acompañado de los Generales Alariste y Carbajal, ataca á Tulancingo, que defendía el General Gutiérrez, penetrando hasta la céntrica calle de la Aleluya por medio de horadaciones, en cuya trinchera se apodera de una pieza de artillería.

Abandonado del General Carbajal, rechaza sólo con las fuerzas de su mando entre Terrenate y Xalpatlahua al General D. Luciano Prieto y Coronel Trujéque, cuyos Jefes con fuerzas disciplinadas y superiores perseguían á las de Alariste y Cravioto; derrotando por último al General Gutiérrez, cuando al frente de 1,500 hombres intenta salir de Tulancingo á atacar al Coronel Manuel Fernando Soto.

Concluidos estos episodios, que se refieren al contingente prestado por el Sr. Cravioto en la época de la Reforma triunfantes las huestes liberales en la memorable acción de Calpulapam, que vino á dar término á aquella guerra sangrienta y fratricida, en que, por una parte estaba el derecho y la opinión pública, y por otra la opresión y el obscurantismo, el Coronel D. Rafael Cravioto fué nombrado Jefe político y Comandante Militar de los Distritos de Zacatlán y Huauchinango, considerándosele la persona más á propósito para perseguir á los restos de fuerzas reaccionarias, que por aquellos puntos merodeaban, y para que con este nombramiento quedaran neutralizadas las aspiraciones de los Jefes de la Sierra, que eran fomentadas de una manera solapada, por el elemento clerical.

En esta comisión, el Coronel Cravioto cumplió con sus deberes de tal manera que puede considerarse que su tacto político y buen manejo superaron al objeto de su nombramiento. Hay que advertir como episodio interesante de estos acontecimientos, que en esa época de la Reforma los intereses del Coronel Cravioto, más de una vez fueron objeto de la rapiña por parte de los reaccionarios. Aquella era una guerra sin cuartel en la que se arriesgaba el todo por el todo, y el ciudadano afiliado entonces en el partido liberal excomulgado y perseguido, no tenía perdón entre los católicos reaccionarios, sin embargo, Cravioto nunca desmayó y supo dar pruebas de una constancia y patriotismo dignas de un buen ciudadano.



GRAL. FRANCISCO NARANJO.

U. N. O. N. O. M. A. D. E. N. U. E. V. O. L. E. O. N.
 E. R. A. L. D. E. B. I. B. L. I. O. T. E. C. A. S.

Empero, los hechos más gloriosos de nuestro biografiado vienen ligándose con los episodios nacionales de la intervención francesa, cuyos acontecimientos pasamos brevemente á referir.

Iniciada la guerra de la intervención, á fines de 1861, levantó una fuerza de 1,200 hombres, y con ella se presenta en Puebla dispuesto á la defensa de la Patria; recibe órdenes para marchar unido al malogrado General Alariste, y en el combate librado en Matamoros de Izúcar contra 3,500 enemigos, que acudían Márquez, Zuloaga, Cobos, Mejía, Montañó y otros cabecillas de la traidora falange, las armas nacionales tuvieron que sucumbir al poder del mayor número de los combatientes. En aquella desgraciada acción, cayó prisionero el valiente General Alariste, cuyos hechos gloriosos no borrará nunca la historia. En esta acción memorable Cravioto supo confirmar su fama de valiente: allí se demostró claramente que hay derrotas que equivalen á una victoria, y hay triunfos que son la ignominia del vencedor.

Después de esta triste jornada en que el General Alariste fué la víctima inmolada por la rabia de los traidores, habiendo regresado Cravioto á Puebla, se en cargó del mando de cuatro compañías del Batallón de Huachinango, que allí habían quedado disponibles y como se iniciara el ataque de las fuerzas invasoras á aquella Ciudad, en Mayo de 1862, se le nombró para cubrir con su fuerza la línea de San Agustín, cuyo centro de operaciones era la iglesia de su nombre.

Así las cosas, amaneció la radiosa aurora del 5 de Mayo de 1862, y como Cravioto comprendiera que la batalla de ese día, por los movimientos del enemigo, se efectuaría en los cerros de Guadalupe y Loreto, declina el mando del punto encomendado á su vigilancia en su Segundo, el Teniente Coronel Jáuregui, y se presenta en el lugar del combate, al lado de héroe inmortal de aquella jornada memorable el invicto General D. Miguel Negrete á quien sirve desde luego con el carácter de ayudante.

Nada nuevo podemos decir de aquel memorable hecho de armas; México ha escrito esa fecha con letras de oro en el libro de su historia; nuestros soldados desnudos y harapientos dieron una severa lección á las que en Magenta y Solferino, fueron la admiración del mundo entero.

Derrotadas las fuerzas invasoras en Puebla, y cuando regresaban á Orizaba perseguidas por las fuerzas Republicanas, después de la acción del 5 de Mayo, emprende Cravioto, la marcha nombrado comandante Militar de los Distritos de Huachinango, Zacatlán Tetela y Zacapoaxtla del Estado de Puebla, con objeto de perseguir á los enemigos de la patria que por allí hacían sus correrías con instrucciones de levantar y organizar las guardias nacionales de aquellos distritos. Inmediatamente, ataca á las fuerzas de Gutié-

rrez, haciendo prisionero á toda su oficialidad y obligando al citado Jefe á huir hasta Orizaba, en donde se unió á los traidores que en aquella ciudad trabajaban contra la integridad del territorio nacional.

Desgraciadamente la acción del Borrego, vino á determinar los acontecimientos de esa época. Cravioto fué llamado á concurrir al sitio de Puebla en 1863 habiendo organizado para este objeto una fuerza de 1,500 hombres; cumplió con las órdenes que se le comunicaron; se puso en marcha inmediatamente como se le prevenía; pero una grave enfermedad de que se vió atacado al llegar á Zacatlán, le impidió continuar en el camino por lo que siguió la fuerza al mando del señor su hermano Coronel D. Agustín Cravioto, quien se presentó en Puebla con aquel contingente, quedando entretanto D. Rafael gravemente enfermo.

La infausta fecha del 17 de Mayo de 1863, hizo que la invicta Zaragoza sucumbiera; faltó el ejército de viveres y municiones, sin esperanza alguna de recursos se entregaban al enemigo invasor los jefes y oficiales, sin pedir ni la garantía de la vida. Son tan conocidos los episodios de este triste acontecimiento que preferimos pasarlos en silencio por no tener relación directa con el ilustre ciudadano cuya vida venimos relatando.

Nombrado Gobernador y Comandante militar de los Estados de Puebla y Tlaxcala el General D. Miguel Negrete, después de aquél acontecimiento, se presenta en Huachinango, con una sección compuesta de fuerzas de Tlaxcala y de Quesadas y ayudado del prestigio de Cravioto logra en muy poco tiempo organizar una División compuesta de 4,000 hombres, cuya 1ª Brigada pone á las órdenes del mismo, confirándole el despacho de General de Brigada, en uso de las amplias facultades de que se hallaba investido.

En esa época luctuosa el ejército francés dilataba su acción por casi todas las poblaciones del país, y ya invadía las cerranías en que el patriotismo se había refugiado al resguardo de aquellos valientes indígenas. Pronto, pues, se presentan fuerzas invasoras en Huachinango; pero los republicanos, fuertes en Necaxa, las rechazan después de un ligero combate.

Así las cosas, el General D. Miguel Negrete, obligado por las circunstancias de la guerra: tiene que marchar á San Luis Potosí, llevándose la mayor parte de la fuerza organizada y dejó el Gobierno y Comandancia Militar de Puebla y Tlaxcala á cargo del General Cravioto, quedando éste comprometido á defender los distritos de Huachinango, Zacatlán, Tetela, Zacapoaxtla, Teuzitlán, que hasta entonces no habían logrado ocupar los invasores, y delegando en su persona al referido General Negrete las facultades de que se hallaba investido para todo lo concerniente á la defensa de aquellos pueblos.

La muerte del Sr. Coronel Agustín Cravioto,

hermano del Sr. General D. Rafael, asesinado villamente por los traidores en Zacatlán, á fines de 1863, llega de improviso á causar una herida profunda en el corazón de aquél que avezado á los peligros había dado pruebas de su valor y constancia; y sin embargo, este triste acontecimiento lejos de resfriar su ánimo, lo enardece y marcha violentamente sobre aquella plaza que recupera después de un reñido combate.

Pero entonces la situación de los republicanos era cada día más comprometida sin esperanza alguna de mejorarse; los hechos de armas son cotidianos, y sin embargo, aquéllos valientes no perdían un palmo del terreno que se les había confiado; llega un día en que los franceses ayudados por los traidores de Chignahuapám, Acaxochitlán y Tulancingo, logran apoderarse en Tezuitlán del General Lazaro Garza Ayala, que desempeñaba las funciones de 2º cabo de la Comandancia Militar, y consiguen penetrar hasta Huauchinango, á cuya plaza íntima rendición el jefe invasor Vizconde Latour, ocupándola después á viva fuerza. La población es saqueada y entregada al pillaje, sus indefensos habitantes perseguidos, y sus edificios entregados al furor de las llamas. Tales eran las depredaciones cometidas por aquella horda vandálica, que el Obispo de Tulancingo llegó á formular terribles anatemas contra los autores de tamaños crímenes: y á pesar de todo, los republicanos logran después recuperar aquella plaza, aunque venciendo grandes dificultades.

Veinte meses de lucha continua, en cuyo tiempo han tenido que librar veinticuatro combates las fuerzas republicanas contra las invasoras, saliendo siempre victoriosas las primeras, no obstante las dificultades y escasez de recursos, han podido probar que la justicia y la razón están de parte de los que defienden el suelo nacional, y no se desaniman para continuar la lucha; mas en esta época ocurre un acontecimiento que viene á cambiar por completo la situación de aquella comarca. Vamos á referirlo:

La falta de comunicaciones con el interior del país, hacía que el Sr. Juárez Presidente Constitucional de la República, ignorara por completo cuanto pasaba por aquella parte lejana del centro: y sin duda por estas circunstancias, se nombró al Sr. Coronel D. Fernando M. Ortega, Gobernador y Comandante militar de los Estados de Puebla y Tlaxcala, para sustituir en este delicado puesto al General Cravioto. Este último acató la orden en el acto que se presentó el Sr. Coronel Ortega, entregándole el Gobierno y Comandancia militar, y poniéndose á sus órdenes con todos sus subordinados; pero una mala estrella apareció entonces en el horizonte de aquellos pueblos; á la recepción del Señor Ortega, comenzaron los desastres en aquel puñado de hombres valientes que con tanta fe y constancia habían combatido por su patria,

los que á pesar de sus heroicos esfuerzos veían perder sus elementos con los lugares confiados á su patriotismo, sin poder remediar los descalabros continuos que sufrían. Sin embargo, en esos momentos sublimes fué cuando el General Cravioto dió á su patria la más grandiosa prueba de su valor y abnegación: rodeado en Huauchinango de un puñado de hombres, desesperados por su situación, pero firmes en sus convicciones, se decide á batir y lo verifica, á una columna de 1,500 franceses en su mayor parte zuavos á las órdenes de aguerridos jefes. El triunfo es completo, las armas nacionales se cubren de gloria; y sin embargo, aquel triunfo y aquella victoria, parecen los últimos fulgores del sol de la Patria. La desgracia se cernía sobre aquellos valientes. Falto el General Cravioto de municiones, encerrado en el Distrito de Huauchinango, sin poder comunicarse con el resto de las fuerzas republicanas, ocupados todos los demás distritos de la Sierra por los invasores y sin esperanza alguna, reúne para salvar su responsabilidad, una junta de guerra, y resuelve rendirse al enemigo, procurando ocultar el armamento que más tarde piensa utilizar convenientemente. Así se verifica y quedan aquellos patriotas en sus hogares devorando su amargura en espera del ansiado momento.

De este plan dió cuenta el Sr. Cravioto para que llegara á conocimiento del Sr. Presidente Juárez, su antiguo compañero y amigo el Sr. General D. Miguel Negrete, que entonces desempeñaba el cargo de Ministro de Guerra. (1)

Pasados tres meses de estos adontecimientos, (1866) el General Cravioto organiza una nueva campaña; pero como en estos casos nunca falta un traidor, sus planes son descubiertos, y comprometidos el señor su padre, sus hermanos y toda su familia, es conducido á Puebla prisionero con el respetable anciano autor de su existencia, donde ambos son tratados con un rigor inusitado.

En vano el Sr. General D. Porfirio Díaz, Jefe de la línea de Oriente, proponía para arrancarlo de la prisión distintos canjes: el imperio conocía su prestigio en la Sierra de Puebla, sabía cuanto podía hacer una vez que fuera puesto en libertad, porque no abandonaría la causa republicana y se tenía verdadero empeño en fusilarlo.

En tan crítica situación el General Cravioto no dejaba de trabajar por la causa de la patria desde su prisión, y con mil dificultades dirigía á sus hermanos los Coroneles D. Francisco y D. Simón para verificar un movimiento contra el imperio que, por fin se pudo llevar adelante en Huauchinango, acompañados del malogrado Coronel Juan Galindo, organizando una fuerza respetable con la que lograron re-

(1) Este hecho nos ha sido relatado por el mismo Señor General Negrete.

cobrar algunas plazas de las que antes ocupaban los invasores, y tan luego como el caudillo de aquellos valientes logra evadirse de su prisión, al presentarse en Huauchinango se pone á la cabeza de aquellas fuerzas que ya formaban el respetable número de 1,500 combatientes, equipados con los despojos de los traidores derrotados en Acaxochitlán y en la villa de Apam por los Coroneles Cravioto.

Inmediatamente marcha sobre Tulancingo, y allí se hace del armamento y demás pertrechos de guerra que en su precipitada fuga abandonan los belgas al salir de aquella plaza: de este punto con una Brigada organizada ya perfectamente, compuesta de dos Batallones de infantería y un cuerpo de caballería; se dirige á Puebla, para concurrir al sitio que puso á esa plaza el ejército de Oriente en Marzo de 1867, donde después de adelantarse por la garita de Tlaxcala tomando la Iglesia de Santa Anita y la de San Pablo, logra colocarse hasta la línea donde operaban las fuerzas del Sr. General Alatorre, situándose en la calle de las Ventanas, que queda á espaldas del antiguo convento de la Merced, cuyo punto ocupa, después de un reñido combate. Para llegar hasta aquí, el General Cravioto tuvo que ir desalojando al enemigo á viva fuerza, sosteniendo siempre combates parciales, cuyos hechos heroicos al frente de sus subordinados les daban ejemplo de valor y abnegación: en este sitio los patriotas de Huauchinango al mando de su querido jefe se cubrieron de gloria por sus hechos heroicos, y al toque memorable de la campana de la Merced, el 2 de Abril, toman la formidable posición de la Iglesia de San Luis, que estaba defendida por una fuerza respetable de imperialistas, y avanzan hasta el interior de la Ciudad, que es asaltada simultáneamente por distintos puntos.

Aquel acontecimiento que algunos historiadores han juzgado el hecho más audaz del intrépido General Porfirio Díaz, ha sido calificado como el término de la situación del Imperio; jamás Puebla había sido tomada por asalto, sus posiciones la hacen inexpugnable porque sus edificios son verdaderas formidables fortalezas. En este hecho de armas las fuerzas de Huauchinango, como todas las que concurren á tan gloriosa jornada, sufrieron pérdidas de consideración; pero supieron cumplir con su deber, cubriéndose de gloria al lado de su valiente general.

Ocupada la plaza de Puebla, sale al mando de su brigada con el Cuerpo de Ejército que lleva por caudillo al valiente General Porfirio Díaz, en persecución de las fuerzas con que D. Leonardo Márquez trataba de auxiliar á la plaza que ya había sido ocupada por los republicanos, y concurre á la derrota que sufrieron los imperialistas en su precipitada fuga de San Lorenzo hasta Texcoco, el 10 de Abril.

Siguiendo los movimientos del Ejército, concu-

rre al sitio que se pone inmediatamente á la Capital de la República, y que se formaliza ocupando la Ciudad de Guadalupe Hidalgo, el 13 á la madrugada; y continuando los movimientos militares deja á los imperialistas reducidos á las posiciones interiores de la ciudad. En aquel sitio no fueron menos importantes los servicios del General Cravioto, trabajando constantemente en formar parapetos y trincheras en los puntos que defendía, sin descuidar nunca de ponerlas á cubierto de toda sorpresa que pudiera dar el enemigo. Podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que por su valor, constancia y eficacia, fué entonces considerado como uno de los jefes predilectos del Sr. General Díaz.

Concluidos estos episodios con la ocupación de la capital de la República, rindiéndose las fuerzas imperialistas, el 21 de Junio del citado año el General Cravioto que no aspiraba á empleos ni puestos públicos de ninguna clase, se retira á la vida privada sin ambición ninguna y con la satisfacción del ciudadano que ha sabido cumplir con su deber; pero los acontecimientos lo ponen en el caso de volver á empuñar la espada, sosteniendo la legalidad del Gobierno del Presidente Constitucional D. Benito Juárez en la Sierra de Puebla; testigos de esta verdad son las Montañas de «La Cruz de Santo Tomás» Temextla, Moraxco, La Laja y Ocotal seco, en cuyos parajes con las tropas de su mando obtuvo triunfos que le baliaron el empleo de General efectivo de Brigada, cuyo despacho le entregó personalmente el Sr. General D. Ignacio Alatorre en Ixtactenango: testigos también de sus hechos de armas en esta campaña, son los puntos de Olococo, Ixtactenango, Zautla, Yiteno, Zacapoaxtla, Atexcal, Aquixtla, San Sebastián y Otlatlán, donde supo combatir como valiente y arrojado, habiendo en esta época dirigido todas sus operaciones en combinación con el citado General Alatorre mandaba en jefe.

La muerte inesperada del gran Juárez vino á cambiar por completo la faz de los acontecimientos, ocupando la presidencia de la República el Señor Lic. D. Sebastián Lerdo de Tejada por ministerio de la ley, que después es electo constitucional. El General Cravioto se retira entonces á la vida privada, pues con la muerte de aquel patriota se viene á romper el eslabón de la cadena con que tantos ciudadanos permanecían unidos por vínculos indisolubles; pero la opinión hace comprender á toda la República que el Señor Lerdo no podía ser el gobernante apetecido por el país, y el General Cravioto se alista para combatir aquel orden de cosas en favor de una causa que se manifestaba por la misma opinión nacional como la salvación de la patria.

Reune á sus compañeros de armas que tantas veces han compartido con él las glorias y los peligros

y poniéndolos luego en campaña marcha sobre Zacatlán, é inaugura su nueva época de peligros con un combate que se prolonga 30 horas y en el que alcanza por fin la victoria; pero con el pesar de ver herido en este hecho de armas á uno de sus queridos hijos, marcha para Chignahuapam, Aquixtla y otros puntos, hasta que en la memorable jornada de Teacoac, el 16 de Noviembre de 1876 llega á tiempo para contribuir al triunfo definitivo de aquella revolución regeneradora. Puede decirse que aquel grandioso hecho de armas vino á ser el desenlace de los últimos acontecimientos que hemos referido; con él parecen terminadas las cuestiones políticas que conmovieron al país por largo tiempo, paralizándolo su desarrollo comercial, y sus fuentes del trabajo y de riqueza.

En el acto se designa al General Cravioto General en Jefe de la 1.^a División y rendida la plaza de Puebla y la Capital de la República, marcha á encargarse del Gobierno y Comandancia Militar del Estado de Hidalgo, donde inmediatamente se ocupa en organizar la administración y la hacienda pública, que como era natural se encontraban en verdadero estado de nulidad.

Cumplidos estos deberes que le imponía su cargo, triunfante por completo la revolución regeneradora, el General Cravioto, como siempre que considera que el país no necesita de sus servicios, se retira á la vida privada entregando el Gobierno y la Comandancia Militar al Ciudadano Manuel Ayala, bajo cuya administración se verifican las elecciones de Gobernador Constitucional.

El voto unánime de sus comitentes en aquella elección, vino á probar al General Cravioto que en su pasajera administración anterior se había granjeado el cariño y simpatía de sus conciudadanos. Toma posesión del Gobierno del Estado, con fecha 1.^o de Abril de 1877 y procura continuar la obra de progreso y administración que había principiado, cuando desempeñó ese puesto interinamente.

Organizado el gobierno constitucional, y establecida la paz de la República, procura dar impulso á los ramos de la administración, dedicándose á consolidar de preferencia la hacienda pública, la instrucción de las masas y la seguridad y garantías individuales, reprimiendo con mano fuerte el vandalismo, que aunque triste es confesarlo, las circunstancias anormales habían hecho que se entronizara en el Estado. Con su administración en ese período, que terminó el día 1.^o de Abril de 1881, supo el General Cravioto probar, que no sólo era el soldado valiente y pundonoroso que sí en la trinchera y en el vivac cumplía con sus deberes, como defensor de la Patria, empuñando la espada, también como hombre político y como inteligente estadista, sabía hacer la felicidad de

los pueblos que le confiaban sus destinos y su administración.

Concluido este período en que dejó el General Cravioto, recuerdos de gratitud para sus gobernados, se retira á la vida privada: sus dotes administrativas le habían ya colocado entre los hombres políticos conocidos por su talento y don de gobernar; por eso el Estado de Puebla lo elige á las Cámaras federales para el período correspondiente al cuatrienio que comenzó en Septiembre de 1884.

Desempeñó este cargo con dignidad y acierto y concurrió á las sesiones en que se trataban las cuestiones más importantes de la política; pero su residencia familiar la tenía establecida en la ciudad de Pachuca, tanto porque en dicha localidad los habitantes le conservan verdadero cariño por su carácter republicano, como porque en él tiene establecidas sus propiedades y asuntos particulares.

Al llegar el período en que debían verificarse las elecciones de Gobernador el año de 1889, apareció la candidatura del General Cravioto sostenida por una inmensa mayoría de personas influyentes en la política del Estado; no era necesario este apoyo para que aquella candidatura triunfara, porque si después de su primer período no había vuelto á ocupar este puesto, fué debido á la resistencia que para ello había manifestado á sus amigos y personas respetables que trabajaron anteriormente para su elección; por tal circunstancia llegada la hora de los comicios obtuvo su candidatura un triunfo completo y empuñó las riendas del Gobierno con verdadero beneplácito de sus comitentes; la mejor prueba de ello puede decirse que fueron las manifestaciones de júbilo que causó su elección en el Estado, celebrándose este acontecimiento con verdaderas pruebas espontáneas de regocijo.

En este puesto ha procurado hacer cuanto está de su parte para levantar el espíritu de patriotismo, dando á sus conciudadanos todas las seguridades que se pueden disfrutar en un país civilizado y de adelanto, conquistándose el verdadero aprecio de los hombres ilustrados y progresistas.

Al dar término á los hechos históricos que encierra la vida del General Cravioto, nos parece de justicia tributarle también un elogio merecido por su acierto en el Gobierno del Estado que hoy dirige, siendo su principal desvelo el fomento de la instrucción del pueblo, pues á este ramo es al que de preferencia ha dedicado su mayor atención, porque como hombre ilustrado y de talento, ha comprendido que la instrucción de las masas da el mayor contingente de ciudadanos honrados y trabajadores, y el hombre instruido y con el conocimiento de sus derechos, tiene siempre que ser un miembro útil para la sociedad.

Testigo de esta verdad es el grandioso establecimiento del Instituto del Estado, cuyos métodos de

EL SR. GENERAL

JOSE VICENTE VILLADA

Desde su tierna infancia y no queriendo serle de ninguna manera gravoso á su señora madre, surgió en su mente la idea de abandonar la vida escolar y dedicarse á un trabajo que le fuera productivo. El primer paso que dió fué para servir como meritorio en las Oficinas de Contribuciones, pero como este trabajo no dejaba satisfechos sus deseos, pensó dedicarse á un arte que le produjera mejores resultados y desde luego hizo la elección de su oficio, habiéndose fijado en la Imprenta como uno de los que llamaban su atención y le inspiraba deseo por el trabajo.

No tardó mucho tiempo en conseguir un rápido adelanto, y obedeciendo á su carácter inquieto y precoz se decidió á abandonar sus Patrios Lares para emprender su marcha á la Habana, en cuya ciudad fué colocado como corrector en una de las mejores imprentas.

Después de algún corto tiempo, y con los fondos que con sus economías había ahorrado, dispuso volver á México, al lado de su querida madre, donde pensaba establecerse. Llevó á efecto su idea, pero al llegar á Veracruz encontro sitiado aquel Puerto, se dirigió á Tampico, y lo encontró lo mismo; pero por fin allí desembarcaron perdiendo Villada cuanto traía de la Habana, pues las tropas que atacaban aquel Puerto les quitaron á los pasajeros todo lo que poseían.

Pisó las Playas mexicanas sin un centavo, y sufriendo algunas penalidades llegó á San Luis Potosí, después de haber padecido en su camino una grave enfermedad que puso en peligro su vida.

Estando ya en San Luis volvió á ejercer su profesión como impresor, pero con poca fortuna, porque su trabajo era en aquella ciudad muy mal retribuido, y esto le hacía vivir descontento, y siempre dispuesto á afrontar alguna nueva empresa que le prometiera algunas ventajas en lo porvenir.

Como en ese tiempo, la paz y la tranquilidad pública estaban muy alteradas, no perdió oportunidad para tomar parte en las cuestiones políticas, pues Villada fué desde niño un hombre que nada encontró difícil, nada le amedrentaba, y siempre vivía ambicionando un porvenir que le proporcionara un buen nombre.

En esa época los pronunciados se acercaban á San Luis Potosí, y fué precisamente la oportunidad en que Villada empuñó las armas por primera vez, dando á conocer una verdadera vocación por la Carrera Militar, pues á su gran valor se unía la buena

enseñanza se asimilan en todo á los de la Capital de la República; así como las disposiciones sobre la enseñanza obligatoria decretada en esa entidad federativa años antes que en la capital de la República, y los muchos establecimientos de instrucción que se han inaugurado en su período administrativo sin perdonar en esto sacrificio de ninguna clase para tan asagrados fines.

De justicia nos parece también mencionar que en la época del General Cravioto se expidió un bien estudiado Código de Minería que rige en el Estado, el cual vino á ser la nave salvadora de los frecuentes litigios y tropiezos que antes se presentaban para desarrollar ese grandioso elemento de riqueza, que hoy se encuentra floreciente, y se considera como la primera de aquellos pueblos. Pero la verdad es que si fuéramos refiriendo los adelantos y mejoras que por iniciativa de su actual Gobernador se han hecho en el Estado de Hidalgo, sería necesario un libro separadamente, y nuestros apuntes biográficos no nos permiten extendernos aquí tanto como lo deseáramos.

Aquí es de oportunidad consagrar también unas cuantas palabras en honra de los Sres. Ramón F. Riveroll y Francisco Valenzuela que desempeñaban respectivamente las Secretarías de Hacienda y Gobernación, y que con su tacto y talento ayudan al Sr. General Cravioto en su delicado puesto: ambos funcionarios con un celo verdaderamente digno de todo elogio, cumpliendo con sus deberes y sin extramilitarse nunca en sus facultades, llenan su cometido de una manera tan satisfactoria que no hemos querido dejar pasar sus nombres desapercibidos en estos apuntes, tributándoles un elogio merecido.

El señor Riveroll es un hombre de la nueva generación: laborioso, inteligente, probo y de una energía y una viveza de espíritu poco comunes, el Sr. Cravioto ha encontrado en él un amigo leal y un cooperador activo y sagaz de la obra de progreso emprendida en el Estado de Hidalgo.

Nuestra biografía resulta incompleta: todavía queda mucho por hacer al ilustre ciudadano antes de haber realizado la noble tarea que se ha impuesto. Ojalá, en provecho del Estado que ahora administra y en el que la opinión unánime le designó para continuar la primera magistratura, que nuestra pluma no tenga jamás que ocuparse en hacer el balance de esta existencia consagrada al triunfo de la libertad y del progreso de la República.

Jacinto Anduiza.

y poniéndolos luego en campaña marcha sobre Zacatlán, é inaugura su nueva época de peligros con un combate que se prolonga 30 horas y en el que alcanza por fin la victoria; pero con el pesar de ver herido en este hecho de armas á uno de sus queridos hijos, marcha para Chignahuapam, Aquixtla y otros puntos, hasta que en la memorable jornada de Teacoac, el 16 de Noviembre de 1876 llega á tiempo para contribuir al triunfo definitivo de aquella revolución regeneradora. Puede decirse que aquel grandioso hecho de armas vino á ser el desenlace de los últimos acontecimientos que hemos referido; con él parecen terminadas las cuestiones políticas que conmovieron al país por largo tiempo, paralizando su desarrollo comercial, y sus fuentes del trabajo y de riqueza.

En el acto se designa al General Cravioto General en Jefe de la 1.^a División y rendida la plaza de Puebla y la Capital de la República, marcha á encargarse del Gobierno y Comandancia Militar del Estado de Hidalgo, donde inmediatamente se ocupa en organizar la administración y la hacienda pública, que como era natural se encontraban en verdadero estado de nulidad.

Cumplidos estos deberes que le imponía su cargo, triunfante por completo la revolución regeneradora, el General Cravioto, como siempre que considera que el país no necesita de sus servicios, se retira á la vida privada entregando el Gobierno y la Comandancia Militar al Ciudadano Manuel Ayala, bajo cuya administración se verifican las elecciones de Gobernador Constitucional.

El voto unánime de sus comitentes en aquella elección, vino á probar al General Cravioto que en su pasajera administración anterior se había granjeado el cariño y simpatía de sus conciudadanos. Toma posesión del Gobierno del Estado, con fecha 1.^o de Abril de 1877 y procura continuar la obra de progreso y administración que había principiado, cuando desempeñó ese puesto interinamente.

Organizado el gobierno constitucional, y establecida la paz de la República, procura dar impulso á los ramos de la administración, dedicándose á consolidar de preferencia la hacienda pública, la instrucción de las masas y la seguridad y garantías individuales, reprimiendo con mano fuerte el vandalismo, que aunque triste es confesarlo, las circunstancias anormales habían hecho que se entronizara en el Estado. Con su administración en ese período, que terminó el día 1.^o de Abril de 1881, supo el General Cravioto probar, que no sólo era el soldado valiente y pundonoroso que sí en la trinchera y en el vivac cumplía con sus deberes, como defensor de la Patria, empuñando la espada, también como hombre político y como inteligente estadista, sabía hacer la felicidad de

los pueblos que le confiaban sus destinos y su administración.

Concluido este período en que dejó el General Cravioto, recuerdos de gratitud para sus gobernados, se retira á la vida privada: sus dotes administrativas le habían ya colocado entre los hombres políticos conocidos por su talento y don de gobernar; por eso el Estado de Puebla lo elige á las Cámaras federales para el período correspondiente al cuatrienio que comenzó en Septiembre de 1884.

Desempeñó este cargo con dignidad y acierto y concurrió á las sesiones en que se trataban las cuestiones más importantes de la política; pero su residencia familiar la tenía establecida en la ciudad de Pachuca, tanto porque en dicha localidad los habitantes le conservan verdadero cariño por su carácter republicano, como porque en él tiene establecidas sus propiedades y asuntos particulares.

Al llegar el período en que debían verificarse las elecciones de Gobernador el año de 1889, apareció la candidatura del General Cravioto sostenida por una inmensa mayoría de personas influyentes en la política del Estado; no era necesario este apoyo para que aquella candidatura triunfara, porque si después de su primer período no había vuelto á ocupar este puesto, fué debido á la resistencia que para ello había manifestado á sus amigos y personas respetables que trabajaron anteriormente para su elección; por tal circunstancia llegada la hora de los comicios obtuvo su candidatura un triunfo completo y empuñó las riendas del Gobierno con verdadero beneplácito de sus comitentes; la mejor prueba de ello puede decirse que fueron las manifestaciones de júbilo que causó su elección en el Estado, celebrándose este acontecimiento con verdaderas pruebas espontáneas de regocijo.

En este puesto ha procurado hacer cuanto está de su parte para levantar el espíritu de patriotismo, dando á sus conciudadanos todas las seguridades que se pueden disfrutar en un país civilizado y de adelanto, conquistándose el verdadero aprecio de los hombres ilustrados y progresistas.

Al dar término á los hechos históricos que encierra la vida del General Cravioto, nos parece de justicia tributarle también un elogio merecido por su acierto en el Gobierno del Estado que hoy dirige, siendo su principal desvelo el fomento de la instrucción del pueblo, pues á este ramo es al que de preferencia ha dedicado su mayor atención, porque como hombre ilustrado y de talento, ha comprendido que la instrucción de las masas da el mayor contingente de ciudadanos honrados y trabajadores, y el hombre instruido y con el conocimiento de sus derechos, tiene siempre que ser un miembro útil para la sociedad.

Testigo de esta verdad es el grandioso establecimiento del Instituto del Estado, cuyos métodos de

EL SR. GENERAL

JOSE VICENTE VILLADA

Desde su tierna infancia y no queriendo serle de ninguna manera gravoso á su señora madre, surgió en su mente la idea de abandonar la vida escolar y dedicarse á un trabajo que le fuera productivo. El primer paso que dió fué para servir como meritorio en las Oficinas de Contribuciones, pero como este trabajo no dejaba satisfechos sus deseos, pensó dedicarse á un arte que le produjera mejores resultados y desde luego hizo la elección de su oficio, habiéndose fijado en la Imprenta como uno de los que llamaban su atención y le inspiraba deseo por el trabajo.

No tardó mucho tiempo en conseguir un rápido adelanto, y obedeciendo á su carácter inquieto y precoz se decidió á abandonar sus Patrios Lares para emprender su marcha á la Habana, en cuya ciudad fué colocado como corrector en una de las mejores imprentas.

Después de algún corto tiempo, y con los fondos que con sus economías había ahorrado, dispuso volver á México, al lado de su querida madre, donde pensaba establecerse. Llevó á efecto su idea, pero al llegar á Veracruz encontró sitiado aquel Puerto, se dirigió á Tampico, y lo encontró lo mismo; pero por fin allí desembarcaron perdiendo Villada cuanto traía de la Habana, pues las tropas que atacaban aquel Puerto les quitaron á los pasajeros todo lo que poseían.

Pisó las Playas mexicanas sin un centavo, y sufriendo algunas penalidades llegó á San Luis Potosí, después de haber padecido en su camino una grave enfermedad que puso en peligro su vida.

Estando ya en San Luis volvió á ejercer su profesión como impresor, pero con poca fortuna, porque su trabajo era en aquella ciudad muy mal retribuido, y esto le hacía vivir descontento, y siempre dispuesto á afrontar alguna nueva empresa que le prometiera algunas ventajas en lo porvenir.

Como en ese tiempo, la paz y la tranquilidad pública estaban muy alteradas, no perdió oportunidad para tomar parte en las cuestiones políticas, pues Villada fué desde niño un hombre que nada encontró difícil, nada le amedrentaba, y siempre vivía ambicionando un porvenir que le proporcionara un buen nombre.

En esa época los pronunciados se acercaban á San Luis Potosí, y fué precisamente la oportunidad en que Villada empuñó las armas por primera vez, dando á conocer una verdadera vocación por la Carrera Militar, pues á su gran valor se unía la buena

enseñanza se asimilan en todo á los de la Capital de la República; así como las disposiciones sobre la enseñanza obligatoria decretada en esa entidad federativa años antes que en la capital de la República, y los muchos establecimientos de instrucción que se han inaugurado en su período administrativo sin perdonar en esto sacrificio de ninguna clase para tan asagrados fines.

De justicia nos parece también mencionar que en la época del General Cravioto se expidió un bien estudiado Código de Minería que rige en el Estado, el cual vino á ser la nave salvadora de los frecuentes litigios y tropiezos que antes se presentaban para desarrollar ese grandioso elemento de riqueza, que hoy se encuentra floreciente, y se considera como la primera de aquellos pueblos. Pero la verdad es que si fuéramos refiriendo los adelantos y mejoras que por iniciativa de su actual Gobernador se han hecho en el Estado de Hidalgo, sería necesario un libro separadamente, y nuestros apuntes biográficos no nos permiten extendernos aquí tanto como lo deseáramos.

Aquí es de oportunidad consagrar también unas cuantas palabras en honra de los Sres. Ramón F. Riveroll y Francisco Valenzuela que desempeñaban respectivamente las Secretarías de Hacienda y Gobernación, y que con su tacto y talento ayudan al Sr. General Cravioto en su delicado puesto: ambos funcionarios con un celo verdaderamente digno de todo elogio, cumpliendo con sus deberes y sin extramilitarse nunca en sus facultades, llenan su cometido de una manera tan satisfactoria que no hemos querido dejar pasar sus nombres desapercibidos en estos apuntes, tributándoles un elogio merecido.

El señor Riveroll es un hombre de la nueva generación: laborioso, inteligente, probo y de una energía y una viveza de espíritu poco comunes, el Sr. Cravioto ha encontrado en él un amigo leal y un cooperador activo y sagaz de la obra de progreso emprendida en el Estado de Hidalgo.

Nuestra biografía resulta incompleta: todavía queda mucho por hacer al ilustre ciudadano antes de haber realizado la noble tarea que se ha impuesto. Ojalá, en provecho del Estado que ahora administra y en el que la opinión unánime le designó para continuar la primera magistratura, que nuestra pluma no tenga jamás que ocuparse en hacer el balance de esta existencia consagrada al triunfo de la libertad y del progreso de la República.

Jacinto Anduiza.

disposición que tenía para cumplir con la disciplina del Ejército.

Poco tiempo después ingresó al 3er. Batallón Ligero Permanente, que estaba al mando del Teniente Coronel Arteaga, y en el cual fue nombrado Subteniente, haciéndose acreedor por su especial comportamiento á que se le tratara con bastantes consideraciones, y á que se le diera el cargo de pagador habilitado, confiando en su poder los fondos del cuerpo que consistían en unos seis ó siete mil pesos, que con verdadera audacia supo salvar en la terrible batalla de Calamanda, en que se derramó mucha sangre y se derrotaron mutuamente los ejércitos que peleaban, el Liberal y el Reaccionario. El Subteniente Villada se manejó con valor en esta batalla, que por sus formalidades puede decirse que fué la primera en que se encontró. Mirando que el ejército á que él pertenecía comenzaba á desmoralizarse y á ser derrotado, huyó con los fondos, pudo con dificultad escapar del enemigo, y después de dos días en que anduvo extraviado y escondido, se presentó á sus jefes entregando íntegra la cantidad que se le había confiado. Está habla muy alto en favor de la honradez y caballerosidad del Sr. Villada, y existen aún varias personas que atestiguan pueden aquellos hechos, que pasaron á fines del año de 1859.

Después de esta acción se dirigió Villada á México, en donde fué dado de alta como Teniente en el Batallón que tenía por nombre «Cuerpo de Guardia Municipal», que mandaba el Coronel D. Francisco Heras.

En el sitio de 1860 fué la toma de México sin haber hecho resistencia el «Cuerpo de Guardia Municipal», pues bien por el contrario, su Jefe había resuelto entregarlo al enemigo, pero Villada, que desde joven fué un soldado pundonoroso y cumplido, prefirió darse de baja y retirarse á la vida privada antes que ser entregado con el resto de su batallón y lo verificó el 24 de Diciembre del mismo año.

Se dirigió á Pachuca, donde se estableció con una pequeña casa de comercio que con algún éxito iba manejando; pero como hemos dicho Villada era un joven inquieto que siempre vivía ambicionando un porvenir glorioso, prestando servicios á su patria, y no perdía oportunidad para informarse y estar al tanto de los asuntos políticos.

En el año de 1861 supo que la «Convención Tripartita» se encontraba en Veracruz, y procedió inmediatamente á realizar sus mercancías, para empuñar nuevamente las armas y de una manera resuelta para prestar su defensa á la Patria.

Llegó á México y se le presentó al Gral. Doblado, fué nombrado Capitán y perteneció á la Legión de Honor. Volvió á Pachuca con órdenes de formar un Batallón, que muy en breve quedó organizado; po-

co tiempo después lo mandó el Coronel Espinosa y en seguida pasó al mando del Coronel Kanffer.

Llegó á Pachuca el General Hinojosa y nombró á Villada Oficial instructor de las fuerzas de guardia nacional guardándole muchas consideraciones.

En cumplimiento á las órdenes superiores que recibieron, salió Kanffer de Pachuca con su Cuerpo, que debía prestar ayuda al Ejército del Centro y en principios de 1863 marcharon á Puebla.

El Capitán Villada manifestó desear pertenecer al Ejército de Oriente que tantas glorias conquistó el 5 de Mayo de 62, y por fin lo consiguió quedando como ayudante y secretario particular del Gral. Hinojosa, que mandaba la 3.^a Brigada de Jalisco.

Permaneció en Puebla todo el tiempo que duró el sitio y al fin cayó prisionero con todo el ejército en poder de los franceses.

Al ser conducidos los prisioneros de Puebla á Veracruz, y al pasar por la cañada de Ixtapa, Villada logró emprender la fuga, sufriendo muy grandes penalidades en tres días con sus noches, que duró perdido y extraviado, hasta llegar á Tehuacán, donde se encontró después con el General Hinojosa y algunos otros jefes que se habían fugado en Orizaba.

De Tehuacán marcharon á Oaxaca, y de esta ciudad se dirigieron á México atravesando el Estado de Guerrero; pero como todo estaba cubierto é invadido por fuerzas enemigas, no consiguieron su objeto y Villada resolvió dirigirse á San Luis Potosí á incorporarse con el Sr. Juárez.

En esa ciudad fué dado de alta en el 2.^o Batallón de Toluca, que mandaba el General Caamaño, y que pertenecía á la Brigada del General Berriozábal. Fué nombrado jefe del Detal.

A fines de 1863 emprendieron la marcha al Estado de Michoacán; llegaron á Zinapécuaro, en cuya población se sublevó el Batallón de Villada, quien haciendo heroicos y enérgicos esfuerzos logró restablecer el orden, no sin haber puesto su vida en peligro: esto dió por resultado que se le hubiera nombrado Jefe del Cuerpo en sustitución del que antes lo mandaba y que fué sumariado.

Salieron de aquella población con dirección á Morelia, cuya plaza iban á atacar, no obstante que se encontraba perfectamente fortificada.

El ataque á la plaza de Morelia se verificó el 18 de Diciembre de 1863. En esta famosa jornada, pudo el Capitán Villada dar á conocer un valor que rayó en temeridad, pues fué de los jefes más aguerridos, en él se vieron hechos de gran valor y heroísmo, como fué el de salvar la bandera de su Batallón que entregó al General Berriozábal hecha pedazos completamente por las balas y por cuya acción se le premió al Sr. Villada en presencia del ejército liberal, dándole á reconocer el Gral. Berriozábal con el grado inmediato.

Con algunos dispersos que por orden superior juntó el Sr. Villada, de la Brigada de Toluca, formó un Batallón que mandó en jefe.

Villada recibió orden de marchar á la tierra caliente de Michoacán en compañía del coronel Hernández: en esa expedición persiguió tenazmente al enemigo, hasta que por fin sufrió éste una derrota en el pueblo de Ahuejullo á fines de Julio de 64.

Todo el ejército había recibido orden de reconcentrarse en Uruápam y Villada tuvo que marchar al mismo punto. El General en Jefe del Ejército del Centro y Gobernador del Estado había sido el General Berriozábal, quien por tener que marchar á la frontera á recibir órdenes del Presidente Juárez, dejó en su lugar y con los mismos cargos al General Juan B. Caamaño.

Nadie sabía cuál era el objeto que se tenía al reunir las fuerzas en Uruápam, pero el Comandante, Villada, que desde sus primeros pasos en la vida militar estuvo llamado á desempeñar muy importantes papeles, fué el primero en descubrir una terrible trama que se fraguaba en contra de las armas liberales. Villada fué llamado bajo mucha reserva por el Sr. Lic. Florentino Mercado para comunicarle y descubrirle el procedimiento de que iban á ser víctimas los verdaderos liberales: pues se trataba nada menos que de pasarse al enemigo. Los Generales Caamaño y Uraga, de acuerdo con el jefe imperialista Márquez, que se encontraba en Pátzcuaro, habían resuelto entregar las fuerzas de su mundo, no teniendo ya esperanzas de conseguir el triunfo de las armas liberales y republicanas por más que lucharan; pero como no contaban más que con unos tres ó cuatro jefes y nunca con la anuencia de la mayoría ni de la tropa, se trataba de hacerlos sufrir un engaño y no descubrirles lo dispuestos hasta que estuvieran frente á frente con el enemigo. Villada no podía creer en lo que se le decía, y por lo mismo no se resolvía á tomar por el momento ninguna determinación, ni mucho menos seguir el consejo del Lic. Mercado, que según su opinión debía pasar por las armas á Caamaño y sus cómplices. Sin embargo poco á poco se fué persuadiendo Villada de la verdad, hasta que no le cupo la menor duda de que era positivo todo: que el ejército republicano estaba á punto de sufrir una vergonzosa deshonra; entonces ya no tuvo un momento de tranquilidad ni vaciló en tomar las determinaciones convenientes para oponerse á tan extraña determinación. Hizo partícipes de su proyecto á sus distinguidos y leales amigos los señores Espiridión y Justo Tréjo, y al comandante Pablo Jiménez, que tan importantes servicios prestaron á la causa liberal; contaba con ellos de una manera absoluta y se organizaba con grande empeño el plan que les serviría para desconocer á Caamaño, y evitar que se llevara á efecto su determinación, poco á poco

fué conquistando Villada el acuerdo de los demás Jefes y oficiales y aun de la misma tropa, que estaba dispuesta á secundar sus ideas.

Salieron de Uruápam, y estando ya en camino, el General Uraga con una escolta de cien hombres se dirigió á Pátzcuaro, donde se tenía noticia de que se encontraba el Gral. Márquez con su división.

El resto de la fuerza, al mando de Caamaño, se dirigió á Taretan, en cuyo punto pudo confirmar Villada, sin que le quedara duda alguna, que por desgracia todo era cierto.

Llegaron á la hacienda de Taretan, y en ella durmió el General en jefe con su escolta y demás jefes y oficiales que lo acompañaban; la tropa acampó en una loma inmediata. Villada no descansó un momento, y en el curso de la noche quedó resuelto que al amanecer el día siguiente se desconocería á Caamaño.

Tan pronto como amaneció la columna estaba ya lista para la marcha con dirección á Santa Clara de Portugal, lugar señalado para la entrega que iba á hacer Caamaño; pero estando ya en camino se desconoció á Caamaño de una manera enérgica. Villada fué el que llevó á efecto tan importante movimiento y entre los que lo ayudaron con decidido empeño, se encontraron los pundonorosos y valientes hermanos Tréjo, como antes hemos dicho. Caamaño pudo escapar, pues no se disparó sobre él ni un sólo tiro: la fuerza con todas sus municiones y artillería, toda quedó al mando en jefe de Villada, no siendo más que comandante de un batallón.

Honor muy merecido á su valor y energía en lance tan importante y trascendental.

Marchó la división á Ario de Rosales, en cuya población promovió el Sr. Villada una junta general á fin de que se nombrara á la persona en quien debía recaer el mando de la división; en todo esto se veía la caballerosidad de Villada y el celo que siempre tenía por el cumplimiento de la disciplina militar, dando á conocer una modestia que bien puede servir de ejemplo. El mando recayó en uno de los coroneles más antiguos, y más tarde en el general Pueblita.

Concurrieron al ataque de la plaza de Pátzcuaro que se encontraba bien fortificada por fuerzas imperialistas; pero desgraciadamente esta jornada les fué adversa; sufrieron una derrota y tuvieron que retirarse.

Villada formó entonces con los soldados que le quedaban y con los dispersos, un batallón, que tomó por nombre «Guías del Ejército», y volvió á Uruápam en cuya población se encontró con el General Carlos Salazar, que tenía orden del General en jefe General José María Arteaga, de encargarse del mando en el ejército.

Su primera disposición fué ascender á Villada á Teniente Coronel.

El General Salazar era un hombre activo, valiente y entendido, pues al anochecer asaltaba una plaza y al amanecer del día siguiente ya estaba atacando otra.

Se dirigen á Teocuatlán, población que encontraron abandonada completamente, en ella tuvieron apenas tiempo de descansar, pues por todos lados los amenazaba el poderoso enemigo: regresaron al Estado de Michoacán, atravesando por veredas la Sierra del Favor, caminando tres días con sus noches, y sufriendo de una manera extraordinaria.

El 19 de Febrero llegaron á la Villa de los Reyes, población que pertenece ya á Michoacán; descansaron esa noche: la tropa estaba desnuda, descalza y hambrienta. Al siguiente día ordenó Salazar que se lavara la tropa y se limpiaran las armas; se dirigieron al río y pusieron éstas en pabellones, y procedieron al aseo en general. La población inmemediata se encontraba guarnecida por tropas francesas é imperialistas, y el peligro que corrían era inmenso.

Como única precaución y mientras se estaba lavando la tropa y limpiando sus armas, se puso un vigilante en la torre que diera aviso de cualquiera novedad que se presentara.

Sería las 12 ó la 1 del día 20 de Febrero de 65, cuando el vigía anunciaba que se aproximaba una columna enemiga por el camino de Zamora.

La confusión fué terrible; el mismo General Salazar tomó un clarín y tocó generala; la tropa casi desnuda, se puso sobre las armas, y se dirigió á la plaza con la ropa escurriendo agua, pues como hemos dicho se estaba bañando. Tan pronto como iba llegando la colocaba el General Salazar dispuesta á resistir el ataque.

La columna enemiga, compuesta de 200 zuavos y 500 imperialistas, entraba ya á la población á paso de carga.

Por la calle principal donde debían entrar, se colocó un obús de montaña, único de que disponía la fuerza liberal; en esa misma calle y á la vanguardia fué colocado el Sr. Villada con su batallón al lado del General Salazar.

Villada tenía orden, así como todos, de no disparar un solo tiro, no obstante que en diversas direcciones el enemigo rompió sus fuegos, causando grave perjuicio.

Banderbak, que venía al mando de los 200 zuavos, avanzaba con suma rapidez, y cuando se encontraban á distancia de 200 metros, Salazar con voz de trueno ordenó el fuego, que todos contestaron con nutridas descargas de fusilería y cañón.

Banderbak cayó gravemente herido por las balas enemigas y su tropa se desmoralizó completamente; los imperialistas huyeron en todas direcciones; el campo estaba sembrado de cadáveres; acababa de sufrir una gran derrota el ejército imperialista, y de al-

canzár un espléndido triunfo el ejército republicano, al mando de Salazar.

Al día siguiente marcharon para el plan de Apatzingán, pues sabían que una columna enemiga venía ya sobre ellos.

A Villada se le dió la importante comisión de llevar el parte de tan brillante victoria al General en Jefe Arteaga, que se encontraba en Huetamo; lo acompañaban los Tenientes Coronales Espiridión Trejo y José Dolores Vargas.

Con este motivo se pensaba dar fin á los disgustos que existían entre Arteaga y Salazar.

Villada con sus compañeros fué á cumplir su importante comisión caminando de noche, pues todos los puntos que tenían que tocar, estaban ocupados por el enemigo.

Por fin cumplió satisfactoriamente con su encargo y algunos días después se incorporó con Salazar en Tacámbaro, que era el punto señalado para llevarle la contestación de Arteaga.

Un nuevo y fatal incidente ocasionó por segunda vez y casi por completo la desunión de Arteaga y Salazar, y después de muchas discusiones el General Riva Palacio recibió el mando de la Columna de Salazar, que resolvió retirarse á la vida privada. La División se fraccionó y el Coronel Villada formó parte de una Brigada que quedó á cargo del General Régules, mandando un Batallón que tenía por nombre «Primer Ligero», y comenzaron una penosa expedición por diversos puntos del Estado. Asaltando varias plazas, saliendo en unas veces derrotados y en otras victoriosos.

Durante estas expediciones el ejército liberal sufrió un grave acontecimiento en terrenos de Ario de Rosales. La tropa tenía ya ocho días de caminar, sin tener que comer en algunos lugares. Al pasar por un monte y cerca del rancho de Arapita, tomaron una fruta muy sabrosa que producía un árbol. Nadie se figuraba que aquello era un mortal veneno; pocas horas después la tropa se encontraba á punto de morir, si no es porque unos indios del terreno les aplicaron el contraveneno.

En Marzo de 1865, después de amenazar la plaza de Quiroga, fueron á caer sobre la de Cuitzeo de la Laguna, defendida por fuerzas imperialistas. En esta acción se vieron hechos de arrojo y de valor en el Coronel Villada, que le conquistaron nuevos laureles; la plaza fué tomada y el enemigo completamente derrotado.

El General Régules regaló á Villada el caballo que había pertenecido al Jefe imperialista, como un premio á su valor.

Después de esta Victoria se dirigieron á marchas forzadas á Tacámbaro de Codallos, cuya plaza estaba defendida por una fuerza Belga y una pequeña fuerza



Alberto Garcia.



José T. Limón.



José M. Corona.



Jesus Camargo.



Francisco Reynoso.



Gustavo F. Caso.



Juan A. Hernández.



Enrique Prado.

Imperialista, que se sorprendieron al ver sobre una loma inmediata, el enemigo al frente. Por el momento la desmoralización fué grande, pero una vez restablecido el orden se dispusieron al ataque muy especialmente en la iglesia. El Jefe imperialista, comprendiendo que la derrota era segura apeló á un medio, sumamente indigno; mandó sacar á la familia del General Régules que allí se encontraba, y colocó á la señora y sus pequeños niños sobre las trincheras que debía atacar el Ejército Republicano; Régules, desesperado por tan infame proceder, luchaba con sus más sagrados deberes; pero por fin se rompieron los fuegos y después de un rudo y terrible combate alcanzaron la victoria, derrotando completamente al enemigo y saliendo ilesa la familia del General Régules. El Coronel Villada se distinguió mucho en esta gloriosa jornada, pues como en varios casos se le dió el punto más difícil de vencer, la Calle Principal y después la Iglesia. Desgraciadamente una bala enemiga vino á herirlo en la cabeza, cayó sin sentido y sus soldados tuvieron que sacarlo de allí llevándolo á una loma inmediata; pero reconocida la herida resultó no ser de gravedad y algunas horas después, restablecido un poco de la fatiga y ya que su herida estaba bien curada y vendada, volvió al lugar del combate á prestar nuevos servicios al frente de su Batallón hasta lograr ver consumado el triunfo. Este ataque fué consumado el 11 de Abril del mismo año. El Ejército Liberal supo que de Morelia había salido una columna de franceses con rumbo á Tacámbaro, y como había quedado sin parque y sumamente desorganizada la fuerza, ordenó el General Régules la marcha para la Tierra Caliente.

La columna francesa llegó á Tacámbaro, recogió á sus heridos, y pocos días después regresó á Morelia.

Los prisioneros belgas fueron enviados con una escolta á Huetamo, por orden del General Arteaga.

La Brigada de Régules siguió sin cesar expedicionando, amenazando varias plazas y burlándose del enemigo. En una de estas jornadas le tocó á Villada sostener un combate sin consecuencias y en pleno camino con los cazadores de Africa. Poco tiempo después asaltaron un convoy, mediante un combate en que hubo varios muertos y heridos.

Después de largo tiempo de penosas expediciones volvió Régules con su Brigada á Tacámbaro, á fin de tomar algún descanso y organizar su fuerza.

Poco tiempo tenía de descansar la Brigada de Régules cuando llegó á Tacámbaro procedente de Huetamo el General Arteaga á ponerse al frente del Ejército; se reconcilió con el General Salazar nombrándolo Cuartel Maestre, uniéndose Arteaga, Salazar, Riva Palacio y Régules. Recorrieron varios puntos del Estado y el General Arteaga dispuso el ataque

de la plaza de Uruapan, que se encontraba bien fortificada, y estaba al mando del Coronel Lemus.

En este ataque se pudo ver de cuánta importancia fueron los servicios que el Coronel Villada y su Batallón prestaron, siendo los primeros que llegaron á vivo fuego hasta el reducto de defensa, en cuyo lugar hizo Villada prisioneros al Coronel Lemus con sus jefes, oficiales y tropas.

Esta acción fué tanto más meritoria para Villada cuanto que tratándose de fusilar á todos los jefes y oficiales prisioneros, logró con gravísimas dificultades salvar la vida de todos, excepto la del Coronel Lemus que le fué de todo punto imposible. Esta acción noble y generosa le conquistó á Villada cariño, prestigio y simpatías no sólo entre los suyos, sino hasta entre los imperialistas, que más tarde supieron corresponder á tan especial conducta.

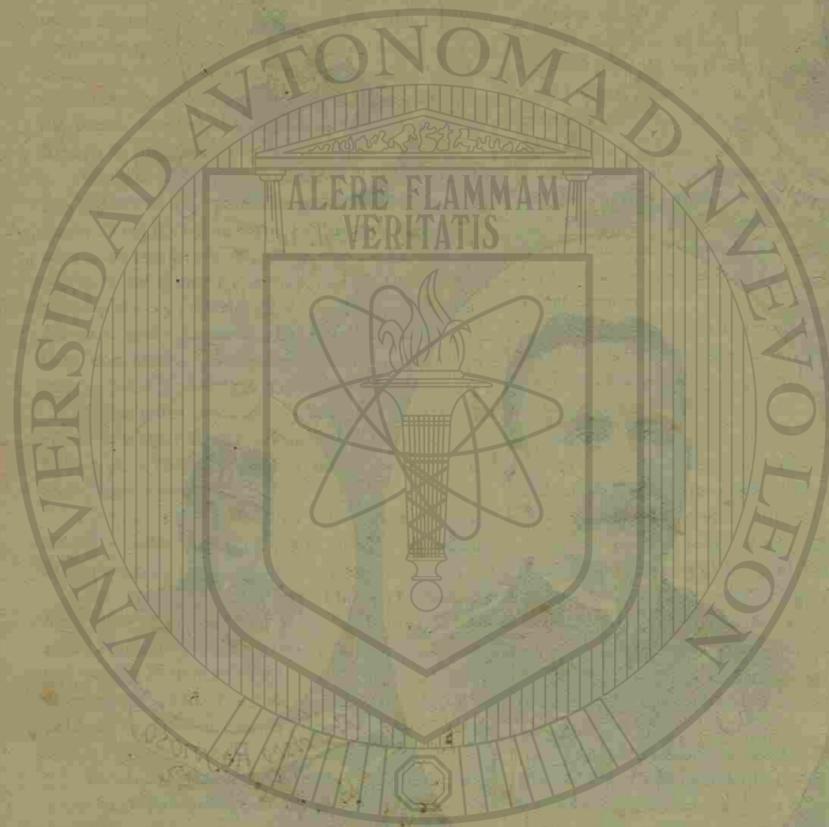
Después de terminada esta batalla el General en Jefe supo que De Potier con una columna francesa venía sobre Uruapan; inmediatamente tuvieron que salir para Tancitaro, pues carecían de toda clase de municiones. El enemigo llegó á Uruapan y siguió en persecución del ejército liberal, que tuvo que apresurar su marcha por terrenos extraviados para evitar el alcance del enemigo.

Esta expedición fué sumamente desastrosa; para poder llegar á Tacámbaro, que era el Cuartel General, tuvieron que atravesar gran parte de la tierra caliente y un inmenso desierto llamado Llano de Antúnez, donde murió mucha tropa de hambre, de sed y de insolación. El ejército liberal se había derrotado solo en esta expedición, quedando en el más completo desorden, pues casi acabó, después de tan espléndido triunfo que habían tenido en Uruapan.

Estando en Tacámbaro, el General en Jefe mandó distribuir su escasa tropa en las poblaciones pequeñas, haciendas y ranchos inmediatos. A Villada se le mandó al rancho de las Joyas, donde comenzó á formar nuevamente su Batallón.

Villada se distinguió siempre por su talento organizador, pues cuando acababa de sufrir el ejército liberal una derrota, era el primero en organizar su Batallón y prestar grandes servicios á toda la fuerza: ni un mes tenía de estar en las Joyas y ya su Batallón se componía de 400 plazas, que pasaron revista en Tacámbaro en presencia del General Arteaga, con el mayor orden, todos bien uniformados y con cuatro paradas de parque por plaza, dando con esto una verdadera sorpresa á los Generales Arteaga, Salazar, Régules y Riva Palacio.

No tardó mucho esta tranquilidad, pues supo Arteaga que venía ya sobre Tacámbaro una fuerte columna de Belgas é imperialistas, mandada por el valiente General Ramón Méndez. Los Belgas iban al mando de Bandersmisen, todos iban perfectamente



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

armados, pues habían escogido lo más florido del ejército belga é imperialista.

El General Arteaga con sus fuerzas se retiró á Loma Hueca, donde tomó posiciones para resistir al enemigo. El ejército liberal estaba en un escaso número, todo muy mal organizado, pues en su mayoría eran rancheros y gente que no sabía hacer uso de las armas, pues se les acababa de tomar de leva.

Después de algunas horas de combate, los reclutas liberales comenzaron á abandonar el campo, todos en desorden. El Batallón del Coronel Villada era el que hacía más resistencia, y entre sus soldados que más se lucieron fueron los prisioneros de Uruapan, entablaron una lucha cuerpo á cuerpo.

Villada siguió batiéndose en retirada con su Batallón, pero sobre el camino estaban ya las fuerzas enemigas, no quedando á su lado más que una profunda barranca, por donde se arrojaron Villada y sus soldados, salvándose unos milagrosamente y otros muriendo en aquel precipicio. Uno de sus más fieles Capitanes de Villada lo salvó con 15 ó 20 hombres, tomando después el camino de la Hacienda de Chupio, todo esto bajo los fuegos del enemigo.

El ejército de Arteaga había sido destruido completamente, todos los jefes habían sufrido graves trastornos.

Villada, después de penosísima expedición, llegó solo sin tropa ya ni asistentes, á la Hacienda de Tejamaniles, donde se encontraba Riva Palacio, á quien se incorporó para marchar á la Huacana, de cuyo punto volvieron de nuevo á su Cuartel General, que como hemos dicho estaba en Tacámbaro; pero no pudiendo permanecer allí por temor al enemigo, se les distribuyó en las haciendas y ranchos.

Al Coronel Villada en compañía del de su clase Francisco Espinosa, actual Tesorero General de la Nación, se les designó la Hacienda de Chupio. Villada comenzó con su proverbial actividad á organizar sus fuerzas; á los dos meses el Batallón de Villada tenía 300 y tantas plazas en regular estado de instrucción.

Todos los Jefes que por otros lados se repartieron habían organizado sus fuerzas.

A principios de Octubre de 65, dió orden Arteaga de que se reconcentraran las fuerzas en la ciudad de Uruapan, con el fin de atacar algunas plazas del enemigo para hacerse de recursos; pero había sonado la hora de la desgracia para el Ejército Liberal.

El General Méndez con su incansable actividad, organizaba en Morelia una columna muy fuerte con lo mejor de su ejército, resuelto á batir al enemigo hasta exterminarlo.

Arteaga con 500 hombres se dirigió á la Tierra Caliente, para llamar sobre sí la atención del enemigo, y así fué en efecto, pues lo persiguió con tenaz empeño.

La derrota había tenido efecto por la más ruin de las traiciones cometidas por los exploradores que Arteaga había dejado sobre el camino.

Este triste suceso tuvo lugar el 13 de Octubre, y el 16 del mismo salieron las fuerzas con los prisioneros de Santa Ana Amatlán. A Villada le fué entregado por orden de Méndez, un caballo de tropa, para que montara; éste lo cedió al General Arteaga, que era imposible obligarlo á caminar á pie, pues á su excesiva gordura se agregaban las heridas y grietas que tenía en las piernas.

Así caminaron sufriendo de una manera horrible los prisioneros hasta llegar á Apatzingán, donde descansaron un poco para llegar á Uruapan el día 20 como á las doce del día. La Ciudad en masa salió á recibir á los prisioneros, disputándose para darles alimentos y guardándoles todo género de atenciones.

Habían pasado ya siete días; nadie tenía por la suerte de los prisioneros; pero á última hora recibió Méndez un pliego que le venía de Morelia: era el infame y malhadado decreto del 3 de Octubre. Méndez lo leyó, é inmediatamente surgió en su pensamiento la funesta idea de satisfacer sus sangrientas pasiones, ya que con eso quedaba cubierta su responsabilidad. Esto fué infame y criminal.

El expedir decretos de tal naturaleza y llevarlos á efecto sin estar sancionados ni puestos en conocimiento del público, es incalificable.

Méndez contestó que en vista y en cumplimiento de ese decreto, iban á ser pasados por las armas los Generales Arteaga y Salazar y tres de los principales Coroneles.

En el acto los puso en capilla, tocándole esta suerte al mismo Coronel Villada, á quien el hipócrita Méndez pensaba considerar; pero al saber esto los jefes, oficiales y tropa de Méndez, unánimemente protestaron contra este acto tan inicuo en contra de una persona que salvó la vida á tantos infelices condenados á muerte. Villada fué sacado de la capilla y sustituido por el Capitán González, fraile exclaustro, puesto que en el parte ya se había avisado que tres jefes más iban á ser sacrificados.

Los encapillados se prepararon toda esa noche, escribiendo á sus familias, y no testando porque no tenían ni un centavo que dejar; murieron pobres, pero con honra, y defendiendo una santa causa.

El Coronel Villada lloraba de una manera desesperada, pues acababa de perder á sus más queridos jefes y compañeros.

Después de terminados tan tristes acontecimientos, el ejército, con los prisioneros, marchó con dirección á Pátzcuaro, donde permanecieron un mes. Villada fué objeto de mil consideraciones.

En Febrero de 1866 el General Riva Palacio, llegó á Uruapan con sus fuerzas. El objeto era recon-

centrar la guarnición para batir á Méndez y vengar los rencores que había sembrado en el ejército liberal.

Tan pronto como supo Méndez que el ejército republicano se había reconcentrado en Uruapan, salió de Morelia con una fuerte columna de las tres armas, dispuesto á batirlo.

Riva Palacio había tomado posiciones frente al llano de la Magdalena; y en una loma que tenía por defensa una cerca de piedra.

Se acercó Méndez con sus tropas, y al amanecer del día diez y seis rompió el fuego con su artillería y con el mejor éxito; fué ésta una sangrienta batalla en que se vieron esfuerzos supremos de parte de los liberales, en contra del poderoso Méndez; pero todo fué inútil, la derrota tenía que ser inevitable, la lucha era desigual.

Terminada esta batalla, el General Régules con los restos de su brigada, acompañado del Coronel Villada, se dirigieron á Tacámbaro; el General Riva Palacio con el mayor número de fuerzas á la Tierra Caliente.

El Coronel Villada seguía expedicionando, y tuvo algunos días de descanso en Apatzingán organizando sus fuerzas.

El ejército liberal estaba muy decaído; la persecución que Méndez con sus tropas le hacía, era sumamente hostil; todas las principales plazas estaban ocupadas por el enemigo, y no pudiendo Villada permanecer más tiempo en la Tierra Caliente, tuvo que pasar á Tierra Fria, con el fin de proporcionarse mayores recursos, y marchó para Tancitaro, á cuya población llegó con sus 280 hombres el 3 de Junio de 1866.

En dicha población, que es muy liberal, se le tenía gran cariño á Villada. Allí se le incorporó el Coronel Magaña con 30 hombres bien armados y montados.

Supo Villada que la Villa de los Reyes estaba bien guarnecida por las traidoras huestes al mando de un Coronel Granados, encontrándose también allí el valiente Coronel Espinosa que dejamos ya citado, y que era el caballo de batalla del imperio en aquellas comarcas. Villada siempre tenía á su tropa sobre las armas, para no ser sorprendido; tomaba todo género de precauciones, y en una palabra, el más intachable gladiador, uno de los más resueltos Jefes con que contaba el partido Republicano, pues todos se habían desengañado ya, de que no habría poder humano que venciera al colosal enemigo. Sin embargo, la fe de Villada era muy grande, el fuego sacro de un refinado patriotismo ardía en su corazón constantemente, la estrella de su esperanza siempre brillaba en el cielo de sus glorias, alumbrándolo por el penoso camino que seguía en los campos de la guerra; Villada se había sujetado

á este dilema ó *vencer ó morir*, tal era su más terminante resolución en defensa de una santa causa. *La libertad, la destrucción del yugo opresor que los traidores é invasores tenían puesto á nuestra cara Patria.* Para Villada no había nada imposible, era un hombre de hierro que no le amedrentaba la fatiga, el hambre ni el trabajo; todos sus sacrificios los sobrellevaba gustoso, su espíritu conservaba la misma conformidad y entereza después de una derrota como después de un triunfo, tal parecía que en los horizontes siempre veía escritas con caracteres de fuego, estas palabras: *Adelante.....no hay que retroceder, la Victoria será tuya, el triunfo de la República será la Corona de los Mártires que supieron con su sangre, sellar su consumación.*

Serían las 4 de la mañana del día 5 de Junio, hora en que el Coronel Villada, como de costumbre, estaba ya montado en su caballo, recorriendo personalmente sus puestos avanzados. Concluyó esta tarea como á las 7 de la mañana, no encontrando novedad ninguna.

A las 8 de la mañana, y sin que Villada ni sus jefes, oficiales y tropa hubieran tomado el desayuno, fueron sorprendidos por las alarmantes voces de uno de los exploradores, que en vertiginosa carrera cruzaba la plaza gritando *¡el enemigo!..... ¡el enemigo!.....* Casi simultáneas á estos gritos se escucharon las primeras detonaciones y los gritos de *¡viva el Imperio!* El enemigo, sin ser visto, y por caminos ocultos había llegado hasta la plaza de la población. El coronel Espinosa (á *el manco*, con 50 caballos montados por pintos de la tierra caliente, fué el primero en llegar hasta la plaza haciendo fuego.

No hubo tiempo más que para ensillar los caballos, todos tomaron distintos rumbos; uno de los más fieles asistentes de Villada, por querer seguirlo murió. Villada salió montado y en fuerza de carrera con su pistola en la mano atravesando la plaza, en medio de una lluvia de balas y la persecución del enemigo; tomó el camino de Apatzingán acompañado de los 30 hombres de Jalisco que se le incorporaron á la salida y con los cuales se batió en retirada. Tenía que descender por una larga y escabrosa cuesta y comprendió Villada ya que estaban en la cúspide de la montaña, que en el descenso no quedaría ninguno con vida, pues era seguro que el enemigo, que era numeroso, acabaría con ellos, pues venía Espinosa con 50 caballos y á la retaguardia y á paso veloz venían 300 infantes al mando de Granados, jefe de la expedición.

Hé aquí uno de los más grandes hechos de Villada, en que no dejó ya duda su temeraria valentía.

No habiendo camino que elegir y viéndose ya en brazos de su poderoso enemigo, no desertó ninguno por las sinuosidades del terreno, como bien pudieron hacerlo, sino que Villada resuelto á morir propu-

so á sus valientes compañeros dar media vuelta sobre el enemigo: todos lo secundaron, se escuchó un grito atronador de *viva la República!* con que el denotado Coronel Villada iniciada aquella sangrienta lucha; era el grito de la más honda desesperación; era la voz suprema que anunciaba el terror y el exterminio.

Se entabló la terrible lucha, los combates eran personales, á Villada le tocó verse frente á frente con el valiente Espinosa, lucharon ambos jefes como unos leones, dispararon sobre sí varias veces sus pistolas, al tercer tiro la bala de la pistola de Villada hirió en la sien izquierda á Espinosa, y éste cayó muerto en el acto. Horrorizados los imperialistas del temerario valor con que se defendían aquellos hombres, desmoralizados al ver muerto á su jefe, echaron á correr en el mayor desorden. El sol de una de las más espléndidas victorias para las armas liberales, iluminaba aquel campo de batalla.

Villada siguió tranquilo y paso á paso su retirada, pues tenía seguridad de que los 300 infantes no lo perseguirían ya.

Bajó la cuesta é hizo alto en el llano, allí supo que el enemigo estaba muy amedrentado, y sin esperar más Villada marchó rumbo á Tancitaro, subió la cuesta como á las tres de la tarde y arrastrando ramas por el camino por donde podía venir fuerza de Régules levantando polvo y gritando sin cesar *viva Régules! ¡muera los traidores!* Al llegar á Tancitaro comenzaron á tirotear á los 300 hombres que mandaba Granados; á poco tiempo penetraron á la plaza donde no había uno solo: todos corrieron en desorden dejando en el camino caballos, armas, etc., etc. Villada seguía tiroteándoles al salir de la plaza con sus mismos 30 hombres; la ovación que recibió en Tancitaro fué sumamente entusiasta. Granados había llegado á los Reyes con 15 hombres; aquel hombre se había derrotado solo por su cobardía.

El día 5 de Enero del mismo año cayeron sobre Pátzcuaro; la plaza estaba bien fortificada, y á Villada se le señaló para el ataque el lado de la Iglesia de San Francisco, que era una fortaleza de las mejores que tenía el enemigo.

Comenzó el ataque con poco éxito para los liberales, Villada hizo esfuerzos supremos y emprendió un trabajo de zapa horadando una caadra entera para llegar hasta el punto que debía tomar. En esta acción fué muerto un magnífico caballo que montaba Villada.

El enemigo estaba muy potente y al ejército liberal se le agotó el parque, hubo que apelar á un recurso supremo para derrotarlo: el General en Jefe mandó prender fuego á la Iglesia y casas adyacentes y sólo de este modo pudo conseguirse el triunfo. A Villada le tocó dar el segundo ataque, tomando á vivo fuego y perdiendo mucha gente, la trinchera ene-

miga, habiendo sido él y sus tropas los primeros que penetraron hasta la plaza.

Permanecieron en Pátzcuaro algunos días, y después emprendió Régules una larga expedición en la que se hizo de algunos elementos.

En Febrero siguiente se dirigieron rumbo á Zamora, con el objeto de asaltar esta plaza, que es verdaderamente militar y estaba muy bien guarnecida, pues el enemigo contaba allí con toda clase de elementos.

El 4 de Febrero de 67, el ejército liberal circumbalaba Zamora. Tropezaba con graves dificultades, entre otras la de estar abiertas las compuertas, que es uno de los mejores recursos con que cuenta esa población para cuando se ve atacada: no quedaban libres más que las Calzadas.

El Coronel Villada reconoció perfectamente el terreno en esa noche, y construyó una trinchera en el lugar que creyó oportuno para el ataque.

Era el 5 de Febrero, aniversario de nuestra Constitución, y el ejército Liberal quiso celebrar tan memorable fecha, rompiendo sus fuegos contra las huestes enemigas al rayar el día. El enemigo hizo un fuego cerrado de metralla y fusilería, causando una mortalidad espantosa en las filas Republicanas.

Villada pudo llegar hasta el foso, de donde fué enérgicamente rechazado.

El primer asalto fracasó.

A Villada se le persiguió; este se posesionó de su trinchera desde donde hizo mucho daño al enemigo con una pieza y fusilería; la Calzada quedó sembrada de cadáveres.

Se suspendió el fuego en ese día, y los liberales se preparaban para un nuevo ataque; algunos desmoralizados y sin esperanza de triunfo, se retiraban, pero Régules los reunió á todos para dar un nuevo asalto al amanecer el día 6. El General Carriedo, en Jefe de la Plaza, temeroso de una derrota, salió esa noche logrando burlar al enemigo, y abandonando la Plaza. El triunfo estaba consumado, la Plaza se rindió, y el ejército liberal se hizo de mucha gente y grandes elementos.

El Coronel Villada organizó perfectamente su Brigada, y en general las fuerzas liberales formaban ya el respetable número de cuatro ó cinco mil hombres, a cuya cabeza se puso Régules y se dirigió á la Capital del Estado, que desocupó Méndez poco tiempo antes.

El ejército liberal entró triunfante á Morelia, en cuya ciudad se le recibió con grande entusiasmo.

El General Corona con su División llegó á esta ciudad, poniéndose al frente de ambas fuerzas, para marchar á Querétaro pocos días después, y en cuya ciudad tenía que definirse la situación de ambos partidos por estar allí reconcentrados los mayores elementos del partido imperialista.

En Querétaro se encontraba Maximiliano, Mejía, Méndez y todo lo más granado del Ejército Imperialista.

El ejército Republicano, al mando del valiente General Escobedo, rodeó la ciudad y estableció un sitio riguroso.

La División del General Corona y la del General Régules acamparon en el Cimatarío, extendiendo su línea hasta la Casa Blanca. La Caballería de la Brigada y él quedó mandando solamente cuatro batallones de infantería: el 1º, 2º, 3º y 4º de Michoacán.

En los primeros días del sitio extendió sus fuerzas, cubriéndolas detrás de una cerca de piedra frente á la Alameda. Recibió orden de estar listo pues se iba á asaltar el día 14 el Templo de la Cruz. Se trataba simplemente de un reconocimiento, pero Villada y los demás jefes que formaban parte de la columna para dar este ataque lo ignoraban.

A la cabeza de la columna colocaron al Coronel Villada con los batallones de su mando, y á la retaguardia iban los Cuerpos de Sinaloa al mando de Leonides Torres y otros jefes.

A la derecha del Coronel Villada, atacaba una Brigada de Jalisco, y la reserva la formaban las fuerzas del Sr. General Rocha.

Villada llevaba un guía que lo condujo por uno de los costados de la Cruz, por la parte donde está el Jardín y cuyas paredes estaban todas aspilleradas; al penetrar por esta calle sufrió la fuerza de Villada pérdidas de consideración, pues por dichas aspilleras hacía el enemigo un fuego certero y constante, además estaba provisto de granadas de mano que arrojaba sin cesar sobre los Batallones Republicanos. Las fuerzas de Michoacán y Sinaloa después de sostener un sangriento ataque lograron pasar de este punto y llegaron hasta la cuadra siguiente, donde recibió Villada orden de hacer alto. Permanecieron allí las fuerzas por algún tiempo, recibiendo los fuegos del enemigo. En la tarde recibió orden Villada de retirarse y lo verificó no sin haber sufrido nuevas pérdidas.

El Coronel Villada, con esta suerte con que siempre caminaba en los supremos lances de la guerra, acababa de obtener un nuevo triunfo en Querétaro, el cual le valió mucha estimación del General Escobedo.

Los sitiados estaban ya vencidos y sus últimos esfuerzos fueron inútiles. El ejército Republicano había llegado á sus últimos días de Conquista.

Salió Villada de Querétaro con la División de Occidente, llevando á sus órdenes una Brigada de tres mil y tantos hombres.

En el camino supo Villada que se había encontrado ya al General Méndez, y que en el acto fué pasado por las armas, y que á Maximiliano, Miramón y Mejía se les seguía un proceso en el cual salieron sentenciados y pasados también por las armas en el Ce-

rrero de las Campanas, dando con esto el último golpe de muerte al Imperio.

La Brigada del Coronel Villada llegó á México con el General Corona y después de desfilar en columna de honor frente al General Porfirio Díaz se le destinó á cubrir una extensa línea apoyándose sobre el borde de una zanja desde la Calzada de México á Guadalupe hasta cerca de Atzacotalco, frente á la posición enemiga de Santiago Tlatelolco.

Con el refuerzo que acababa de recibir el Sr. General Díaz, estrechó más el sitio y dió mayor impulso á sus operaciones militares.

El General Díaz, estando ya seguro de que la plaza de México tenía que rendirse, no quiso dar otro asalto para evitar el derramamiento de sangre y desórdenes consiguientes.

La plaza se rindió, y el General Márquez después de algunos días que estuvo escondido consiguió fugarse al extranjero.

Tres días después de ocupada la Capital el General en Jefe ordenó que el General Corona con su División saliera para Guadalajara y de allí á la Sierra de Alica con objeto de abrir la campaña contra Lozada, que aun se sostenía en las escabrosidades de aquellos terrenos.

Salieron de México con dirección á Dolores Hidalgo en cuyo lugar debían encontrarse con el Presidente de la República que venía ya á encargarse del Gobierno General.

El General Corona ofreció al Coronel Villada que en la entrevista que tuviera con el Presidente Juárez le pediría su autorización para llevar las fuerzas de Michoacán al Estado de Jalisco así como también el ascenso del mismo Sr. Villada á General efectivo de Brigada.

Villada cumpliendo con su deber dió cuenta de todo esto á su General en Jefe Nicolás Régules, que se encontraba en Morelia. Tanto este Jefe como el Gobernador del Estado escribieron inmediatamente al Sr. Juárez suplicándole volviera la Brigada de Michoacán á su Estado.

Llegó el General Corona con su División al pueblo de Dolores, allí encontró ya al Señor Presidente de la República, y éste le dió orden de que la Brigada de Michoacán siguiera inmediatamente su marcha con dirección á Morelia. Por un olvido sin duda, ó quizá por no haber conseguido Corona el fin que se proponía, no pidió, como espontáneamente lo había ofrecido, el ascenso del Coronel Villada; éste llegó con su Brigada á Morelia, donde fué objeto de una entusiasta ovación; las calles estaban adornadas, y el General Régules, y el Gobernador del Estado y otras autoridades y personas respetables de la población salieron á encontrarlo al camino. Se había dispuesto para él y sus jefes y oficiales, una comida de doscien-

tos cubiertos en el edificio de la Compañía, y en la noche fué obsequiado con un espléndido baile. Como quince días duraron las manifestaciones de cariño y simpatía hacia el Coronel Villada, pues los banquetes los bailes, días de campo, etc. etc., no faltaron en ese tiempo.

El Sr. Juárez dió orden de que se disolviera el Ejército del Centro, y entonces el Coronel Villada entregó la caja de la Brigada con cerca de 900 pesos que tenía en su poder; siendo uno de los pocos jefes que rindieron cuentas.

El Gobernador Mendoza quiso aprovechar los servicios del Coronel Villada y le encargó eligiera la mejor tropa de la División Régules y organizara un batallón y un cuerpo de caballería para formar la fuerza de policía del Estado, la cual estaría á sus órdenes y así lo verificó.

El General Régules marchó á México donde se le nombró Comandante Militar del Distrito. Régules pidió entonces el ascenso de los coroneles Eguiluz, Garnica y Ronda, con quienes tenía una deuda de gratitud pues como se recordará, cuando Villada desconoció á Caamaño, estos jefes que no quisieron reconocer como jefes de la División ni á Villada ni á García, llamaron á Régules que se encontraba sin colocación en Tacámbaro y le nombraron su General en Jefe; tal vez por esta circunstancia ó no sabemos por qué otras causas, el General Régules tomó mucho empeño y consiguió por fin el ascenso de estos señores y olvidó al Coronel Villada que indiscutiblemente había prestado tan importantes servicios como los coroneles referidos, pues debe tenerse presente que si no hubiera sido por la constancia, la energía, la resignación y el valor del Coronel Villada en la época más difícil para el Ejército Republicano del Centro, éste hubiera tenido un fin desastroso, pues la mayor parte de los jefes se habían retirado ya á la vida privada, muchos de ellos sin fuerzas que mandar, sin armas y sin elementos, como le sucedió al mismo General Régules cuando se encontraba en Poturo y á cuyo punto ocurrió el Coronel Villada lleno de cariño y abnegación á ofrecerle el fruto de sus grandes esfuerzos, á poner á sus órdenes un Ejército victorioso, que consistía ya en un crecido número que á costa de grandes sacrificios y arrojando peligros de todo género en las terribles luchas que había sostenido contra el enemigo había logrado formar.

En la terrible lucha que se entabló en esa época entre Lerdistas y Juaristas, Villada desempeñó un papel importante pues fué uno de los miembros más activos y de mayor energía del partido Lerdistas.

Al concluir el período del 5º Congreso, fué comisionado por su partido y marchó al Estado de Michoacán á trabajar en favor de la elección del Sr. Lerdo; allí fué nombrado inspector de las milicias del Esta-

do. Con éste carácter recorrió muchos Distritos asegurando la elección del Sr. Lerdo.

Al saber el Sr. Juárez que estaba perdido todo el Estado de Michoacán, el Ministro de la Guerra General Mejía, dió orden al Coronel Gómez, Jefe de las fuerzas federales, de que en último caso impidiera la elección de Villada como Diputado al Congreso General.

El último Distrito que visitó el Coronel Villada fué el de Tancitaro, donde estaba propagada su candidatura para Diputado. Llegó dos días antes de la elección y se encontró con un batallón de infantería y un cuerpo de caballería. El Coronel Villada no llevaba más que una pequeña escolta de 15 hombres de fuerza de Estado, y como era consiguiente fué derrotado en la elección por una mayoría de tres votos, pero consiguiendo que en todos los Distritos fuera votado para Presidente el Sr. Lerdo, así como el Gobernador y Diputados á la Legislatura del Estado, de la candidatura Lerdistas que triunfó en todas partes.

Volvió Villada á México, y tuvo necesidad de presentarse al Ministro de Guerra, el cual ordenó pasara al depósito de Jefes y Oficiales.

En los momentos en que él se encontraba enfermo y postrado en el lecho del dolor tuvo lugar el pronunciamiento de la Ciudadela, en sentido Porfirista. Al día siguiente de este acontecimiento, después de ser derrotados los pronunciados, Villada recibió orden de presentarse preso en Santiago Tlalotelco, por no haber ofrecido sus servicios en los momentos del conflicto; se le sumarió y se vió su causa en jurado; sus defensores fueron el Sr. General Riva Palacio y el Sr. Lic. Joaquín Alcalde. Como aquello no fué más que una venganza política Villada salió absuelto por unanimidad y en el acto presentó una solicitud pidiendo su licencia absoluta, que le fué otorgada.

Triunfante la revolución de Tuxtepec, hasta el último día sostuvo en la «Revista Universal» con toda entereza sus opiniones. El Gobierno del Sr. Lerdo quedó adeudándole una cantidad considerable por impresiones oficiales, cuya suma jamás quiso reclamar.

Fundó varios periódicos de oposición, entre ellos el más caracterizado fué «El Republicano.» Esto le trajo, como era natural, algunas persecuciones.

Estuvo preso en un calabozo en San Juan de Ulúa, en Santiago Tlalotelco y en la Diputación, y siguió luchando constantemente hasta terminar los cuatro años que él creía era el período legal del Sr. Lerdo.

Al terminar este período, dejó de publicar en su imprenta todos los periódicos de oposición y se retiró á la vida privada.

Estando en el poder el Sr. General Manuel González, fué interpelado Villada alguna vez por el Sr.

Lic. Ezequiel Montes, que era Ministro de Justicia y con quien llevaba íntima amistad, sobre si tenía todavía algún compromiso con el Sr. Lerdo, habiendo contestado negativamente.

Al día siguiente recibió una tarjeta del Sr. General Treviño, Ministro de la Guerra, en la que le daba una cita en su secretaría. Dicho señor le ofreció á nombre del Señor Presidente de la República, volver á darle su empleo en el Ejército no obstante que Villada hizo presente su actitud hostil en contra de los caudillos de la revolución de Tuxtepec, llamando sobre esto muy seriamente la atención del Señor Ministro. Fué dado de alta en comisión de la Secretaría de guerra, pasando su revista en fuerzas excedentes.

En esta época, asociado con el Sr. Juan A. Mateos, fundó el periódico titulado «El Telégrafo.» Dos ó tres meses después se separó el Sr. Mateos, quedando solo Villada al frente del periódico; entonces queriendo darle una prueba de su gratitud al Sr. General González, continuó publicando dicho periódico defendiendo al Gobierno sin recibir ningún auxilio pecuniario de él; lo sostuvo todo un año y lo suspendió cuando ya se habían agotado sus recursos.

Hace algunos años fundó el diario político titulado «El Partido Liberal.» En esta importante publicación, como en todas las que ha dirigido y en las que ha tomado parte, ha sostenido con el mayor empeño los principios liberales.

Se verificaron las elecciones generales y salió electo Diputado por el Estado de Michoacán, habiendo sido reelecto al Congreso siguiente por el mismo Estado.

Después fué electo primer Senador por el Estado de México, habiendo figurado antes como candidato para Gobernador del Estado de Michoacán.

Por último, electo y reelecto después Gobernador del Estado de México, se ha captado las simpatías del Estado, donde ha introducido innumerables mejoras.

No dudamos ni por un momento que al hacerse cargo el Sr. Villada del Gobierno del Estado, lo ha hecho florecer, porque su administración es muy digna de imitarse, pues á todo lo anterior debemos agregar que ha sido un hombre progresista, de firmes principios, y que su mayor empeño ha sido implantar toda clase de mejoras donde quiera que ha estado.

Su idea más constante ha sido hacer el bien á todo el que ha podido, siendo absolutamente incapaz de hacer mal á nadie.

En su imprenta tiene á un joven llamado Antonio Gama, á quien desde niño recogió á fin de educarlo, y enseñarle la manera de ser útil á la sociedad y proporcionarse honradamente todo lo que le fuere necesario para cubrir sus necesidades y abrirse paso

para el porvenir, la madre del referido joven murió tal vez, pues no se volvió á saber de ella; en cambio, el Sr. Villada y su virtuosa señora le prodigaron toda clase de cuidados en su infancia y le dieron instrucción tan pronto como su edad lo requería.

Otro tanto han hecho con una niña que sacaron del Asilo de Mendigos, y á quien le han dado una regular educación, enseñándole toda clase de labores domésticas y obligaciones que debe conocer la mujer; hoy que ya es una jovencita, sabe hacer todo cuanto es necesario para el gobierno interior y doméstico del hogar. El deseo de impartir protección á quien más lo necesite, ha hecho que el Sr. Villada acabe de introducir al seno doméstico á otra niña á quien se le educa con la misma solicitud que á los jóvenes que dejamos ya citados.

Esto podrá dar una idea de los sentimientos del Sr. Villada como filántropo, teniendo otros muchos ejemplos que podremos citar.

En toda clase de festividades nacionales ya hemos visto que ha sido el primero en iniciar y llevar á efecto varias disposiciones que, en primer lugar son en honor de la Patria, y en segundo, llevan por mira especial proteger la beneficencia, pues las simpatías y el gran prestigio de que goza el Sr. Villada en todos los círculos sociales, hace que lo secunden obteniendo muy felices resultados cada vez que con este motivo trata de conseguir fondos, siendo así, que por parte de las juntas que tan dignamente ha presidido, se han celebrado con toda pompa y con el mayor brillo posible las fiestas nacionales, dedicando las fuertes cantidades que han sobrado para regalar á los pobres, á los presos de la Cárcel de Belén, á los niños y niñas del Hospicio, etc., etc., aquello que les ha sido más indispensable.

El General Villada ha observado como norma y fundamento de sus actos, una honradez acrisolada, pues en todo tiempo y muy especialmente cuando se le han confiado asuntos importantes tanto en el Ejército como en su vida civil, ha dado pruebas inequívocas de que su integridad en el manejo de intereses ha sido inmaculada, siendo reconocidas tan relevantes cualidades hasta por sus mismos enemigos.

Todo lo anterior nos hace creer fundadamente que el especial acierto que los habitantes del Estado de México han tenido al elegirlo como Gobernador del mismo Estado, será bien correspondido de parte del Sr. Villada, y que su administración vendrá á completar los triunfos que de su vida registrará en sus páginas la Historia.

L. Barba.

EL SR. GENERAL CARLOS DIEZ GUTIERREZ.

Frente a frente de esta arrogante é interesante figura, se lee desde luego su indómito valor, su bizarría y nobleza, leyéndose en su mirada también el buen fondo de alma que tiene.

Su presencia como General, infunde respeto, impone pero sin terror, atrae por la genialidad de su carácter y subyuga por la hidalguía y franqueza de su trato particular.

El pueblo potosino le estima y con justicia enaltece su nombre. ¿Quién es este gobernante modelo de probidad, de rectitud y afable?

¿Quién es el gobernante progresista que ha conducido á su país natal por el sendero del bienestar?

¿Quién es el Ciudadano popular que ha adquirido más simpatía como gobernante?

¿Quién es el virtuoso y patriota ciudadano que ha dejado en los puestos públicos que ha desempeñado la más grata é imperecedera remembranza de su nombre?

¿Quién es el patriota modelo de civismo y abnegación que ha luchado incesantemente por el sostenimiento de las instituciones que nos rigen?

¿Quién es el esclarecido patricio y colaborador más eficaz del progreso de su Estado?

¿Quién es el amigo más leal y fiel del actual Sr. Presidente Díaz?

Nuestro insigne biografiado, es decir, nuestro no, porque mezquina nuestra pluma, no podría ni pintar pálidamente las virtudes del Sr. General Carlos Diez Gutiérrez, y por esto es que, nuestros lectores permitirán que escuchemos al delicado escritor el Sr. Coronel Lázaro Pavía, quien en nuestro concepto ha interpretado mejor que ningún otro los rasgos que caracterizan la importantísima personalidad del Sr. Gobernador del Potosí.

Este delicado escritor en su obra titulada «Los Estados y sus Gobernantes», dice:

«San Luis Potosí es el Estado de la República que está llamado á figurar en primera línea entre los demás de la Confederación Mexicana, porque cuenta con poderosos elementos de riqueza, tanto mineral, como industrial y agrícola.

«Debido á los gobernantes que sucesivamente han dirigido los destinos de esta Entidad federativa y que cuentan con numerosas simpatías, San Luis avanza cada día más y más, siendo la actual administración la que con positivo acierto ha marchado por la senda del progreso y del adelanto.

«Nadie podrá poner en duda, que con motivo de las sabias disposiciones que ha desarrollado el Sr. Ge-

neral Carlos Diez Gutiérrez, San Luis Potosí ha progresado en pocos años, de tal manera, que ha llamado la atención de otros funcionarios públicos que acaso no poseen los medios para corresponder á la confianza que el pueblo les dispensara, creyendo éste, que irían á cumplir con los deberes de un gobernante.

«Los hijos del Estado, francos, nobles y sinceros, sabían muy bien, que al encomendar los destinos del Estado á un hombre tan probo y honrado, como lo es el Sr. Diez Gutiérrez, estarían perfectamente seguros de que gozarían toda clase de garantías.

«Así ha sido en efecto, y así es hasta la presente fecha.

«La capital del Estado se halla comunicada con todas las vías férreas que cruzan el país; y otro camino ferroviario le pone en comunicación rápida y directa con uno de los principales puertos de altura que tiene activo comercio con las naciones extranjeras que es Tampico.

«Puesto al servicio público este gran ferrocarril de San Luis á Tampico, la capital del Estado ha llegado á ser una de las plazas comerciales de la República de más importancia. A esta entidad están llamados á irse á radicar grandes capitales y será, sin duda alguna, el campo de operaciones de poderosas empresas industriales, agrícolas y comerciales.

«Las minas que se explotan en el territorio de San Luis Potosí rinden pingües productos, porque los propietarios de ellas son infatigables en el trabajo.

«Las hay de oro, plata, mercurio, plomo y fierro y la casa de Moneda que dispone de excelentes máquinas movidas por vapor, acuña diariamente miles de pesos fuertes que entran desde luego á la circulación.

«El Estado está dividido en once Distritos gobernados por un Jefe político que reasume en sí las facultades que corresponden á un dependiente del Poder Ejecutivo.

«Las personas que actualmente se encuentran mandando los diferentes Distritos, han cumplido con los deberes que les marca la Constitución local.

«Además de esta división política, existe otra de partidos judiciales convenientemente distribuidos en el territorio, que abarcan distintas jurisdicciones que dependen del Tribunal Superior, en quien reside el Poder Judicial, que está radicado en la capital.

«Hay varias cordilleras que atraviesan el Estado, en las cuales se encuentran filones preciosísimos de metales muy ricos.

«De Santa María del Peñón Blanco, que es un mineral inagotable, que contiene sal muy pura, se sacan abundantes cantidades, pues es muy estimada en todos los mercados.

«Charcas, Ramos, Guadalcázar, San Pedro, Ca-



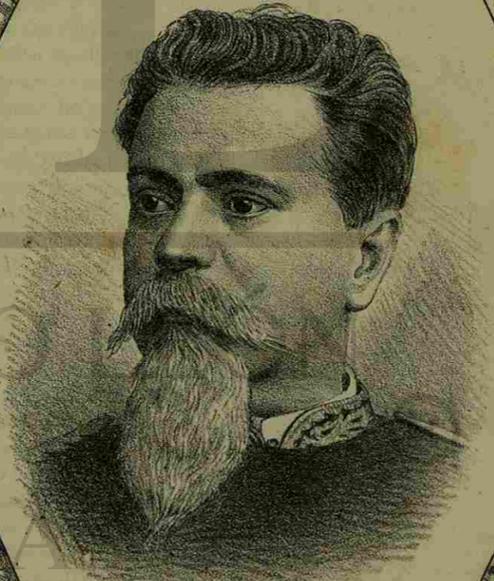
GRAL. MIGUEL NEGRETE.



GRAL. FRANCISCO TOLENTINO



GRAL. ROSENDO MARQUEZ.



GRAL. AGUSTIN PRADILLO.

torce y otros puntos, son minerales activamente explotados por compañías nacionales y extranjeras.

«La feracidad del suelo potosino, se presta al cultivo de toda clase de plantas, y el clima contribuye á que se recojan ópimas cosechas.

«Café, algodón, tabaco, caña de azúcar, maíz y otros cereales, se producen sin necesidad de gran cultivo.

«La estación de las lluvias, los ríos y manantiales, sirven para fecundizar los terrenos de labor.

«Las poblaciones de mayor importancia, son, después de la capital; Santa María del Río, San Pedro, San Juan de Guadalupe, San Miguel Mexquitú, Matetuala, San José, Las Palmas, Huehuetlan y otras varias.

«La capital se halla situada en la falda de la mesa central de Anahuac en un extenso valle y cuenta con una población de cerca de 40,000 habitantes.

«El aspecto físico de la ciudad es hermoso; las calles están bien alineadas y hay muy bellos edificios públicos, entre los cuales podríamos enumerar el Palacio de Gobierno, el Teatro, la Alhóndiga y la Plaza del Mercado, sin contar con algunas fincas de propiedad particular que son notables por su construcción.

«No nos perdonaríamos nunca, si no habláramos aquí de la Escuela Industrial Militar que es un establecimiento que está muy bien planteado y que cuenta con un distinguido Cuerpo de experimentados profesores en materias pedagógicas.

«El día onomástico del Sr. Lic. General Carlos Diez Gutiérrez, los alumnos de la Escuela á que nos referimos, dieron por vía de obsequio una magnífica serenata ejecutada por los discípulos de la clase de música que forman una banda militar.

«El obsequio no pudo ser mejor, porque así el Sr. Diez Gutiérrez tuvo oportunidad de apreciar personalmente el adelanto de los alumnos de la Escuela Industrial en las difíciles piezas de concierto de autores clásicos tocados en la noche de la serenata referida.

«Muy complacido quedó el Sr. Gobernador de aquel obsequio, y vió palpablemente demostrado, que no son estériles ni improductivos sus afanes, por el progreso de la instrucción pública en el Estado.

«Además de este establecimiento del cual hemos hecho especial mención, se encuentran, tanto en la capital, como en los lugares foráneos, otros planteles sostenidos por el Gobierno local, á los cuales concurren niños de uno y otro sexo.

«En la capital existen varias tranvías explotadas por cuenta de empresas particulares que han dado muy buenos resultados, pues se han obtenido grandes utilidades que han dejado satisfechos á los accionistas.

«El Cuerpo de gendarmería municipal está muy bien disciplinado; y para ingresar á él, se requiere po-

ser certificados de honradez, buena conducta y una fianza, para que en caso de ser dado de baja el genarme, y no pueda devolver el uniformo que recibe al ingresar, indemnice el efectivo el valor de las referidas prendas.

«No obstante que al Sr. Carlos Diez Gutierrez se debe que en pocos años el Estado de San Luis haya progresado de una manera prodigiosa, hay que observar, que los habitantes de aquella entidad federativa, han contribuido poderosamente con sus esfuerzos, tanto personales como pecuniarios, á la gran obra de regeneración política y social.

«Esto se debe á que el actual Gobernador es muy popular y sus conciudadanos le profesan grandes simpatías, por su conducta arreglada en un todo á la ley y sus finos comportamientos.

«Hagamos ahora un paréntesis para decir lo que es el Sr. Carlos Diez Gutiérrez, como funcionario público y como particular.

«Vió la luz primera el Sr. Lic. Carlos Diez Gutiérrez en el Valle del Matz, y desde edad muy temprana dio pruebas á su familia, de que su inteligencia no estaba condenada á permanecer oscura en una humilde población.

«De temperamento ardiente y de vivísima imaginación, quiso, y así lo consiguió, de su familia, trasladarse á la Capital del Estado para emprender formales estudios, en donde hizo una brillante carrera, hasta llegar al segundo curso de leyes que fué la profesión que adoptó.

«Por aquellos años, *los blusas rojas* luchaban valerosamente contra los reaccionarios, y el joven Diez Gutiérrez, no pudiendo contener sus ímpetus belicosos, se unió á las filas de los liberales.

«Su familia le ordenó que continuase su carrera literaria; habiendo sido preciso disposición tan sagrada, para que al fin obtuviera el título de abogado en el año de 1869.

«En la sangrienta cuestión del Imperio, el Sr. Carlos Diez Gutiérrez combatió victoriosamente al lado del ejército republicano, mereciendo por su noble manejo la Banda de General de División, que ganó palmo á palmo en los campos de batalla.

«Fué electo Diputado al Congreso de la Unión, y desempeñó satisfactoriamente la comisión que le estaba destinada.

«Amigo sincero y leal del Sr. General Porfirio Díaz, actual Presidente de la Nación, ha sido uno de sus partidarios más firmes y constantes.

«Así lo ha demostrado en épocas aciagas para el Sr. General Díaz, cuando escaso de elementos, huyendo de sus enemigos y casi sin recursos, el Sr. Diez Gutierrez se lanzó á la revolución ofreciendo á sus órdenes los que había podido reunir á costa de mil sacrificios.

«Triunfó el partido porfirista y llegó el tiempo de recompensar á los fieles servidores y á los adictos amigos.

«El Sr. Lic. Diez Gutiérrez fué nombrado Gobernador y Comandante Militar de San Luis Potosí con unánime aplauso de sus conciudadanos, que vieron al frente de los negocios públicos á un hombre que se hacía necesario por su talento y energía, en aquel período de transición.

«Después fué llamado por el Supremo Jefe de la Nación, para que formara parte del Gabinete, encomendándole la cartera de Gobernación.

«En tan elevado encargo, se condujo dignamente, despachando con acierto los asuntos del ramo que le pertenecía, por lo cual ha merecido la amistad particular y la confianza íntima del Sr. Presidente Díaz, que siempre ha considerado al Sr. Lic. General Carlos Diez Gutiérrez, no como un subalterno á quien se dictan órdenes, sino como un consejero, y, lo que es más todavía, un excelente amigo que da consejos útiles y sabios como que salen de los labios de un hombre que ha recibido las lecciones de la ciencia y la experiencia, que son los grandes maestros de la vida.

«Tan importantes servicios, le han valido, como era de esperarse, el ser llamado de nuevo por el voto popular de sus conciudadanos á ocupar la Primera Magistratura del Estado de San Luis Potosí.

«De carácter noble y franco, el Sr. Diez Gutiérrez, es como amigo, incomparable, y como partidario es un ejemplo de adhesión á los principios que sostiene y á las personas cuya causa sigue, capaz de derramar hasta la última gota de su sangre, cuando sea menester.

«Después de que hubo terminado su primer período gubernamental, ocupó una curul en el Senado, en donde como siempre, se condujo dignamente.

«En aquel alto Parlamento, su voz autorizada siempre estuvo de parte de la justicia y de la legalidad, siendo escuchadas sus fundadas opiniones por sus compañeros en la Cámara, con grande acatamiento.

«Los talentos del actual Gobernador de San Luis Potosí, su ascendido patriotismo, y lo que en nuestro concepto vale más todavía, es esa ciega sujeción á la ley que norman los actos de su vida pública que le han valido la estimación de los conciudadanos, el cariño de sus amigos y el aprecio particular del Sr. General Díaz.

«Ya nos hemos extendido algo hablando del Sr. Lic. Carlos Diez Gutiérrez como hombre público; pero cuando tratamos de tributar nuestros homenajes de respeto á ciudadanos ameritados, nuestra pluma corre sin que lo sintamos y el tiempo vuela sin apercibirnos de ello.»

EL SEÑOR GENERAL

JOSE MARIA MALDONADO.

Nació en Puebla el día 9 de Septiembre de 1821 fueron sus padres, el Sr. Capitán del noveno fijo de Veracruz Don José María Maldonado, y la Sra. D^a Antonia Espejo. A los diez años de edad perdió la madre, y el padre fué muerto en la batalla de Toluca el año de 1832.

El huérfano fué recogido por su tío el Sr. General Ciriaco Vázquez, quien lo remitió de Veracruz á Puebla, con la hermana de la madre D^a Bárbara Espejo, la que completó su educación primaria; mas queriendo la tía que aprendiera oficio y el huérfano estudiara, quedó abandonado, y consiguió un lugar de gracia en el Colegio del Seminario, donde solo duró un año por la falta absoluta de ropa libros y otras necesidades para seguir la carrera de las letras.

La necesidad lo obligó á aprender oficio; y en poco tiempo quedó perfecto artesano en el arte de javón, dedicándose en seguida al comercio de abarrotes, y después al campo, llegando en pocos meses á poder administrar una hacienda.

En el año de 1842 casó con la Sra. D^a Concepción Bolaños.

En el mismo año de 42, se filió en el partido liberal concurriendo al Club central organizado en Puebla, por el Sr. Lic. D. Domingo Ibarra, donde concurría la flor y nata de los hombres más distinguidos y notables por sus ideas liberales, llegando á ser Secretario del Club que trabajaba activamente por restablecer el sistema federal, contra el Gobierno arbitrario y despótico central, compuesto de los hombres más fanáticos del partido conservador unido con el clerical: la lucha fué tenaz y sangrienta, hasta que el día 6 de Agosto de 1846 triunfó en Puebla el bando liberal, con el pronunciamiento en que tomó Maldonado una parte activa asaltando la guarnición toda.

Por este triunfo, quedó de Gobernador el Sr. D. Domingo Ibarra, y de Comandante Militar el Sr. General Arteaga.

El Sr. Gobernador mandó levantar fuerzas nombrando Capitan con el grado de Comandante á Maldonado, quien levantó en pocos días un Escuadrón de Caballería que cooperó eficazmente en sofocar varios motines fomentados por el clero y los conservadores, en consonancia con el alzamiento de los polkos en México.

En el mes de Mayo de 1847, acabaron en Cerro Gordo todas las fuerzas levantadas por el Sr. Ibarra en el Estado de Puebla, quedando solo en pie el Escuadrón de Maldonado, que fué convertido en guerrilla, con patente expedida por el Sr. General D. Ni-

colás Bravo, quien al ser ocupada esta plaza por el ejército Americano, se retiró á México dejando nombrado de Comandante general de la línea al Sr. General Santiago Rodríguez, quien á poco tiempo marchó rumbo al Sur, dejando nombrado Comandante de la línea de Tepeaca á Atlixco, á Maldonado, autorizándolo para la formación de otras guerrillas; así lo hizo dando el mando al Capitán José de Jesús Machorro, y estableció su cuartel en el pueblo de Totimehuacán.

Habiendo marchado el ejército invasor sobre la Capital de la República, quedó guarnecida esta plaza (Puebla) por una fuerza al mando de Chails, quien se fortificó en el Cuartel de San José, convento de San Juan de Dios, convertido en Hospital Militar, y los cerros de Loreto y Guadalupe.

Las guerrillas de Maldonado invadieron en el acto toda la parte libre de la ciudad, tiroteando constantemente á los Americanos encerrados en sus fortificaciones.

El Sr. General D. Joaquín Rea llegó á Puebla con algunas fuerzas de infantería, caballería, y una pieza de batalla, Maldonado se puso á sus órdenes y quedaron los Americanos perfectamente sitiados.

El día 12 de Octubre llegó á Puebla el General Tejano, León, con cosa de dos mil hombres, por cuya razón se levantó el sitio retirándose las fuerzas para Atlixco, habiendo dejado unas calles del centro regadas de cadáveres de los invasores que fueron lanceados por varias guerrillas entre las que iban las de Maldonado.

El enemigo salió en persecución de Rea, librándose un sangriento combate en el puente de los Molinos y otro igual en la Galarza; en ambos se batió Maldonado.

Los invasores retrocedían de Matamoros, y allí fueron dispersos sin combatir la mayor parte de las fuerzas de Rea, más Maldonado con sus guerrillas y otras del rumbo de Tlaxcala se retiraron á dicha población, donde supieron una sorpresa, y acabaron de desolarse.

Maldonado se retiró á la vida privada, por falta absoluta de elementos para combatir.

El día 14 de Noviembre de 47 á media noche, fué hecho prisionero Maldonado, denunciado por el traidor Trinidad Calderón, formándosele causa como guerrillero y aprendiéndose algunas armas y municiones que era el depósito de sus guerrillas, fué juzgado y sentenciado á muerte por un consejo de oficiales americanos, más su defensor el Sr. Lic. D. Manuel Zamacona, que en aquel tiempo era el único abogado en Puebla que supiera el inglés, consiguió la suspensión de la ejecución hasta que el General en Jefe del Ejército revisara la causa. Intertanto vino la amnistía por la iniciación de los tratados de Guadalupe,

en cuya virtud acabó la guerra de invasión, y fueron puestos en libertad todos los prisioneros de los ejércitos beligerantes, saliendo libre Maldonado el 10 de Febrero de 1848. El Sr. Gobernador interino D. Baltazar Furlong, nombró inmediatamente á Maldonado inspector de los Rurales para la persecución del bandolerismo que por la falta de fuerza se había desarrollado considerablemente, encontrándose las personas y los intereses á merced de los bandidos. En corto tiempo volvió á imperar el orden y la seguridad hasta la venida del Sr. D. Juan Múgica nombrado Gobernador del Estado, y como sabía que Maldonado era partidario del Sr. Lic. Domingo Ibarra, fué depuesto del empleo y hasta perseguido por sus ideas. El Sr. Múgica se echó en brazos del partido clerical, empleo de diputado al célebre padre Miranda, el Doctor Díaz, cura de Catedral, el padre Martínez y estos eran los directores de la política del Gobierno.

Las elecciones comenzaron á falsificarse, y los más exaltados conservadores ocuparon todos los puestos públicos perseguiendo á los liberales.

El 28 de Octubre de 1852, se formó una conspiración con el objeto único, de quitar el Gobierno local y cambiar la política en sentido liberal.

Fracasó el movimiento, y Maldonado fué reducido á prisión por presunto conspirador.

Durante su prisión estalló la revolución de Jalisco, y Plancarte avanzó sobre México donde se desconoció al Sr. Arista, y proclamaron á Santa Ana Presidente de la República. A su paso por Puebla mandó poner en libertad á todos los presos políticos que tenía Múgica, y libre Maldonado fué nombrado Administrador de Rentas de Zacatlán donde permaneció hasta el 4 de Agosto de 1855 que se pronunció por el Plan de Ayutla, levantando fuerzas en la Sierra del Estado de Puebla, con las que persiguió con tezon las varias partidas que quedaron como restos del bando conservador, hasta que el golpe de Estado del Sr. Comonfort, puso en manos de los conservadores y clericales el Gobierno de México, y de casi todos los Estados, reconstruyéndose el sistema central; Maldonado se mantuvo en Puebla como agente del Gobierno del Sr. Juárez, recibiendo y mandando la correspondencia y las noticias ciertas del estado de la revolución.

El 24 de Diciembre de 1860 se recibió en Puebla la noticia de la derrota de Calpulalpam y en el acto Fernando M^a Ortega y Maldonado puesto á la cabeza del paisanaje armado, tuvieron una conferencia con el General Felipe Chacón, de la que resultó la entrega de la plaza con toda su guarnición, artillería, y todos los efectos de guerra, recibiendo del Gobierno hasta la llegada del Sr. General Ignacio Zaragoza, que estableció en su puesto de Gobernador

«Triunfó el partido porfirista y llegó el tiempo de recompensar á los fieles servidores y á los adictos amigos.

«El Sr. Lic. Diez Gutiérrez fué nombrado Gobernador y Comandante Militar de San Luis Potosí con unánime aplauso de sus conciudadanos, que vieron al frente de los negocios públicos á un hombre que se hacía necesario por su talento y energía, en aquel período de transición.

«Después fué llamado por el Supremo Jefe de la Nación, para que formara parte del Gabinete, encomendándole la cartera de Gobernación.

«En tan elevado encargo, se condujo dignamente, despachando con acierto los asuntos del ramo que le pertenecía, por lo cual ha merecido la amistad particular y la confianza íntima del Sr. Presidente Díaz, que siempre ha considerado al Sr. Lic. General Carlos Diez Gutiérrez, no como un subalterno á quien se dictan órdenes, sino como un consejero, y, lo que es más todavía, un excelente amigo que da consejos útiles y sabios como que salen de los labios de un hombre que ha recibido las lecciones de la ciencia y la experiencia, que son los grandes maestros de la vida.

«Tan importantes servicios, le han valido, como era de esperarse, el ser llamado de nuevo por el voto popular de sus conciudadanos á ocupar la Primera Magistratura del Estado de San Luis Potosí.

«De carácter noble y franco, el Sr. Diez Gutiérrez, es como amigo, incomparable, y como partidario es un ejemplo de adhesión á los principios que sostiene y á las personas cuya causa sigue, capaz de derramar hasta la última gota de su sangre, cuando sea menester.

«Después de que hubo terminado su primer período gubernamental, ocupó una curul en el Senado, en donde como siempre, se condujo dignamente.

«En aquel alto Parlamento, su voz autorizada siempre estuvo de parte de la justicia y de la legalidad, siendo escuchadas sus fundadas opiniones por sus compañeros en la Cámara, con grande acatamiento.

«Los talentos del actual Gobernador de San Luis Potosí, su ascendido patriotismo, y lo que en nuestro concepto vale más todavía, es esa ciega sujeción á la ley que norman los actos de su vida pública que le han valido la estimación de los conciudadanos, el cariño de sus amigos y el aprecio particular del Sr. General Díaz.

«Ya nos hemos extendido algo hablando del Sr. Lic. Carlos Diez Gutiérrez como hombre público; pero cuando tratamos de tributar nuestros homenajes de respeto á ciudadanos ameritados, nuestra pluma corre sin que lo sintamos y el tiempo vuela sin apercibirnos de ello.»

EL SEÑOR GENERAL

JOSE MARIA MALDONADO.

Nació en Puebla el día 9 de Septiembre de 1821 fueron sus padres, el Sr. Capitán del noveno fijo de Veracruz Don José María Maldonado, y la Sra. D^a Antonia Espejo. A los diez años de edad perdió la madre, y el padre fué muerto en la batalla de Toluca el año de 1832.

El huérfano fué recogido por su tío el Sr. General Ciriaco Vázquez, quien lo remitió de Veracruz á Puebla, con la hermana de la madre D^a Bárbara Espejo, la que completó su educación primaria; mas queriendo la tía que aprendiera oficio y el huérfano estudiara, quedó abandonado, y consiguió un lugar de gracia en el Colegio del Seminario, donde solo duró un año por la falta absoluta de ropa libros y otras necesidades para seguir la carrera de las letras.

La necesidad lo obligó á aprender oficio; y en poco tiempo quedó perfecto artesano en el arte de javón, dedicándose en seguida al comercio de abarrotes, y después al campo, llegando en pocos meses á poder administrar una hacienda.

En el año de 1842 casó con la Sra. D^a Concepción Bolaños.

En el mismo año de 42, se filió en el partido liberal concurriendo al Club central organizado en Puebla, por el Sr. Lic. D. Domingo Ibarra, donde concurría la flor y nata de los hombres más distinguidos y notables por sus ideas liberales, llegando á ser Secretario del Club que trabajaba activamente por restablecer el sistema federal, contra el Gobierno arbitrario y despótico central, compuesto de los hombres más fanáticos del partido conservador unido con el clerical: la lucha fué tenaz y sangrienta, hasta que el día 6 de Agosto de 1846 triunfó en Puebla el bando liberal, con el pronunciamiento en que tomó Maldonado una parte activa asaltando la guarnición toda.

Por este triunfo, quedó de Gobernador el Sr. D. Domingo Ibarra, y de Comandante Militar el Sr. General Arteaga.

El Sr. Gobernador mandó levantar fuerzas nombrando Capitan con el grado de Comandante á Maldonado, quien levantó en pocos días un Escuadrón de Caballería que cooperó eficazmente en sofocar varios motines fomentados por el clero y los conservadores, en consonancia con el alzamiento de los polcos en México.

En el mes de Mayo de 1847, acabaron en Cerro Gordo todas las fuerzas levantadas por el Sr. Ibarra en el Estado de Puebla, quedando solo en pie el Escuadrón de Maldonado, que fué convertido en guerrilla, con patente expedida por el Sr. General D. Ni-

colás Bravo, quien al ser ocupada esta plaza por el ejército Americano, se retiró á México dejando nombrado de Comandante general de la línea al Sr. General Santiago Rodríguez, quien á poco tiempo marchó rumbo al Sur, dejando nombrado Comandante de la línea de Tepeaca á Atlixco, á Maldonado, autorizándolo para la formación de otras guerrillas; así lo hizo dando el mando al Capitán José de Jesús Machorro, y estableció su cuartel en el pueblo de Totimehuacán.

Habiendo marchado el ejército invasor sobre la Capital de la República, quedó guarnecida esta plaza (Puebla) por una fuerza al mando de Chails, quien se fortificó en el Cuartel de San José, convento de San Juan de Dios, convertido en Hospital Militar, y los cerros de Loreto y Guadalupe.

Las guerrillas de Maldonado invadieron en el acto toda la parte libre de la ciudad, tiroteando constantemente á los Americanos encerrados en sus fortificaciones.

El Sr. General D. Joaquín Rea llegó á Puebla con algunas fuerzas de infantería, caballería, y una pieza de batalla, Maldonado se puso á sus órdenes y quedaron los Americanos perfectamente sitiados.

El día 12 de Octubre llegó á Puebla el General Tejano, León, con cosa de dos mil hombres, por cuya razón se levantó el sitio retirándose las fuerzas para Atlixco, habiendo dejado unas calles del centro regadas de cadáveres de los invasores que fueron lanceados por varias guerrillas entre las que iban las de Maldonado.

El enemigo salió en persecución de Rea, librándose un sangriento combate en el puente de los Molinos y otro igual en la Galarza; en ambos se batió Maldonado.

Los invasores retrocedían de Matamoros, y allí fueron dispersos sin combatir la mayor parte de las fuerzas de Rea, más Maldonado con sus guerrillas y otras del rumbo de Tlaxcala se retiraron á dicha población, donde supieron una sorpresa, y acabaron de desolarse.

Maldonado se retiró á la vida privada, por falta absoluta de elementos para combatir.

El día 14 de Noviembre de 47 á media noche, fué hecho prisionero Maldonado, denunciado por el traidor Trinidad Calderón, formándosele causa como guerrillero y aprendiéndose algunas armas y municiones que era el depósito de sus guerrillas, fué juzgado y sentenciado á muerte por un consejo de oficiales americanos, más su defensor el Sr. Lic. D. Manuel Zamacona, que en aquel tiempo era el único abogado en Puebla que supiera el inglés, consiguió la suspensión de la ejecución hasta que el General en Jefe del Ejército revisara la causa. Intertanto vino la amnistía por la iniciación de los tratados de Guadalupe,

en cuya virtud acabó la guerra de invasión, y fueron puestos en libertad todos los prisioneros de los ejércitos beligerantes, saliendo libre Maldonado el 10 de Febrero de 1848. El Sr. Gobernador interino D. Baltazar Furlong, nombró inmediatamente á Maldonado inspector de los Rurales para la persecución del bandolerismo que por la falta de fuerza se había desarrollado considerablemente, encontrándose las personas y los intereses á merced de los bandidos. En corto tiempo volvió á imperar el orden y la seguridad hasta la venida del Sr. D. Juan Múgica nombrado Gobernador del Estado, y como sabía que Maldonado era partidario del Sr. Lic. Domingo Ibarra, fué depuesto del empleo y hasta perseguido por sus ideas. El Sr. Múgica se echó en brazos del partido clerical, empleo de diputado al célebre padre Miranda, el Doctor Díaz, cura de Catedral, el padre Martínez y estos eran los directores de la política del Gobierno.

Las elecciones comenzaron á falsificarse, y los más exaltados conservadores ocuparon todos los puestos públicos perseguiendo á los liberales.

El 28 de Octubre de 1852, se formó una conspiración con el objeto único, de quitar el Gobierno local y cambiar la política en sentido liberal.

Fracasó el movimiento, y Maldonado fué reducido á prisión por presunto conspirador.

Durante su prisión estalló la revolución de Jalisco, y Plancarte avanzó sobre México donde se desconoció al Sr. Arista, y proclamaron á Santa Ana Presidente de la República. A su paso por Puebla mandó poner en libertad á todos los presos políticos que tenía Múgica, y libre Maldonado fué nombrado Administrador de Rentas de Zacatlán donde permaneció hasta el 4 de Agosto de 1855 que se pronunció por el Plan de Ayutla, levantando fuerzas en la Sierra del Estado de Puebla, con las que persiguió con tezon las varias partidas que quedaron como restos del bando conservador, hasta que el golpe de Estado del Sr. Comonfort, puso en manos de los conservadores y clericales el Gobierno de México, y de casi todos los Estados, reconstruyéndose el sistema central; Maldonado se mantuvo en Puebla como agente del Gobierno del Sr. Juárez, recibiendo y mandando la correspondencia y las noticias ciertas del estado de la revolución.

El 24 de Diciembre de 1860 se recibió en Puebla la noticia de la derrota de Calpulalpam y en el acto Fernando M^a Ortega y Maldonado puesto á la cabeza del paisanaje armado, tuvieron una conferencia con el General Felipe Chacón, de la que resultó la entrega de la plaza con toda su guarnición, artillería, y todos los efectos de guerra, recibiendo del Gobierno hasta la llegada del Sr. General Ignacio Zaragoza, que estableció en su puesto de Gobernador

al Sr. Lic. Miguel Alatríste. Las fuerzas de Chacón que eran dos mil hombres, enemigos de las leyes de Reforma, tuvieron que publicarlas y formaron la columna de honor.

En 1861 mandó el General José M^a González y Mendoza levantar diez cuerpos de Guardia Nacional para la defensa de la Patria, contra la invasión tripartita; á Maldonado tocó levantar el 7^o Batallón con el empleo militar de Teniente Coronel, con cuyo cuerpo defendió y fortificó el punto de Santa Catarina.

Llegó el 5 de Mayo de 1862 y no tocándole al 7^o lugar en las divisiones que defendían al Cerro de Guadalupe, pidió permiso al Señor Comandante General D. Santiago Tapia, para reunir un cuerpo de voluntarios de caballería, lo que alcanzó dándosele luego patente para esa guerrilla y hostilizar al enemigo, sin dejar por eso el mando de su cuerpo.

A las cinco de la mañana se presentó con 80 hombres montados y armados, á recibir órdenes del Sr. Tapia, éste las dió generales para patrullar los suburbios de la ciudad, y á la hora de romperse los fuegos sobre el enemigo incorporarse á las fuerzas del Sr. General Zaragoza. Así se verificó y esta fuerza se situó en el Rancho de la Trinidad cargando sobre el enemigo á tiempo para acabarlo de dispersar, y no dejarlo reorganizarse. Mereció esta caballería particular mención en el parte que se dió al Ministro de la Guerra el Sr. General Zaragoza. Por estos méritos ascendió Maldonado á Coronel efectivo del 7^o Batallón.

En Septiembre hubo un pronunciamiento en la Sierra, y el Sr. Comandante Militar D. Ignacio Mejía, mandó á Maldonado á contener aquel desorden logrando pacificar aquel á los Zacapoaxtlas y Tlatlauquí, que á las órdenes de Cenobio Cantero se alzaron en armas. Dada cuenta de su comisión, dispuso el Sr. Mejía, que se nombrara Comandante Militar de San Juan de los Llanos, á donde marchó en el acto entregando el 7^o al Coronel Eduardo Santín. A poco tiempo, se formó un descontento y se desconoció á Santín pidiendo que volviera Maldonado: el General en Jefe en vista de este síntoma de insubordinación, mando refundir el cuerpo y dar de baja á toda la oficialidad. Este cuerpo que recibió Ramírez fué el que se batió bizarramente en el punto de Santa Inés el 25 de Abril de 1863.

Maldonado fué nombrado sucesivamente, Comandante Militar de Tlatlauquí y Zacapoaxtla, donde comenzó á levantar fuerzas para la defensa de la sierra, organizando un Batallón mixto con el que mandó al Coronel Santín á la defensa de Puebla, cuyo cuerpo acabó en el punto de la Misericordia perdiéndose todo el armamento.

Al avanzar los invasores sobre Puebla amagaron á Tezuitlán con una columna como de tres mil hom-

bres, el Jefe político abandonó el Distrito y se escondió, sabido esto por Maldonado, salió de Zacapoaxtla con 500 infantes y cien caballos al encuentro de los invasores, fiado en el conocimiento del terreno, y sin resolución de presentarles batalla sino tirotearlos constantemente desde la cumbre de las montañas y guarecido por los desfiladeros, este plan de ataque le daba como segura la victoria.

Los invasores ocuparon Altotonga y Jalacingo, y Maldonado las barrancas intermediarias de estos caminos entre Tezuitlán. Diariamente y especialmente, de noche se cruzaban tiros sin resultado alguno, entre las avanzadas de ambas fuerzas; duró esto tres días y los Franceses retrocedieron á Perote. En el acto ocupó Maldonado Altotonga y Jalacingo, y allí supo que la ocupación de los invasores tuvo por objeto llevarse 500 caballos para sus caballerías, y una cantidad grande de arinas, jamón, café, tabaco y arroz, con tiempo puestos en aquellos pueblos para la proveduría del ejército; en este escandaloso asunto, estaba complicado el Jefe Político de Tezuitlán, un Don Abelle oriundo de Francia y D. Pablo Mariano Urrutia vecino de Tecapoaxtla. También se llevaron cien mulas de carga perfectamente aviadas para cargar los peltrechos de guerra; este negocio fué de un Martínez, hijo de un Cura de Teteles que vivía en Tlatlauquí, y que compró sus mulas á los vecinos de allí, que todos son arrieros; Maldonado no pudo aprehender á ninguno de éstos porque todos se pusieron en salvo, pero dió cuenta al Gobierno y este mandó al General Aureliano Rivera para que de acuerdo con Maldonado se persiguieran á los traidores y se organizara aquella parte de la Sierra de Puebla, que tantos disgustos producía y que era enteramente reaccionaria.

Aureliano y Maldonado marcharon á Tezuitlán y arreglaron lo mejor posible en aquellas circunstancias ese Distrito. El Gobernador nombró de Comandante Militar al Sr. Julio Hermenegildo González; que atendió al gobierno de su Distrito, y ra agente de los comerciantes que siguieron traficando con los proveedores de ejército invasor. Por fin se cerraron las comunicaciones con el Gobernador del Estado y el General sitiándose Puebla por el General Forey. Los conservadores traidores, arreglaron sus comunicaciones sirviéndoles de oficina de correo los curatos, que repartían á sus partidarios la correspondencia y daban órdenes á sus adictos. Muy pronto estallaron en toda la sierra sublevaciones acaudilladas por diversos cabecillas y Maldonado se vió precisado á desplegar energía para contener á los traidores; diariamente se libraban combates y tiroteos entre los defensores de la Patria, y los partidarios del invasor, por fortuna siempre resultaba triunfante hasta llegar á inspirar terror á los traidores, derrotados en cuantos encuentros tenían con los cuatecomacos que mandaba Maldonado.

Este, esperando el resultado del sitio de Puebla, fortificó Zacapoaxtla, y creyendo que las fuerzas del Estado en caso adverso se retirarían á la sierra, formó una extensa fortificación capaz para 5000 hombres vació las cárceles, que eran un elemento de fuerzas para los invasores que convertían en defensores de su causa; á los criminales les exigió para su libertad cierto número de fusiles y parque, y con este sistema armó 500 hombres y elaboró más de cien cajas de parque.

Como la mayor parte de los vecinos de Zacapoaxtla eran afrancesados, tuvo Maldonado para su seguridad, y la reserva de sus marchas, que en su ausencia del cuartel general, la Sra. su esposa D^a Concepción Bolaños se encargara de la seguridad de aquella plaza, dejando la guarnición á personas de su entera confianza.

Perdida la capital de Puebla, quedaron en acefalia casi todas las poblaciones, sin autoridades y en el desorden de la ambición, cada Jefe quería ser el Gobernador, y hubo algunos que hasta se permitieron librar órdenes á otros Distritos.

La guerra civil asomaba en toda la sierra: la llegada á Zacapoaxtla del General Jesús González Ortega y otros Generales que se habían fugado á los invasores, dió término á aquellas inspiraciones nombrando á Maldonado Gobernador interino del Estado de Puebla, recomendándole la defensa de la línea de la sierra con facultades omnímodas en todos los ramos de la administración pública.

El mes de Agosto de 1863 llegó á Zacapoaxtla el General Negrete, nombrado Comandante General y Gobernador de Puebla, Veracruz y Tlaxcala, y encontrando que la parte de la sierra que gobernaba Maldonado, era la mejor arreglada, y sus tropas las mejores disciplinadas y en mayor número, le confirió el grado de General de Brigada el 12 de Agosto y en Jefe de la línea, marchando á Huachinango de donde se internó á unirse con el Sr. Juárez que había establecido la Presidencia de la República en San Luis Potosí, dejando nombrado Gobernador interino del Estado de Puebla, y Comandante Militar al Sr. General, Don Rafael Cravioto ascendido también por Negrete, recomendándole que al General Maldonado lo nombrara 2^o Cabo de la Comandancia General del Estado, para que en su falta, fuera el que tomara el mando para evitar disputas con los ambiciosos. Así se verificó, Cravioto nombró á Maldonado y quedaron por común acuerdo, con el mando absoluto de tres Distritos cada uno, y Tezuitlán quedó á las órdenes del General Lázaro Garza Ayala auxiliándose mutuamente.

Los invasores ocuparon el Distrito de San Juan de los Llanos amagando al cuartel general de Maldonado; los traidores fueron en el acto á Puebla á solicitar de Brincourt fuerzas suficientes para ocupar militarmen-

te la línea que ocupaba Maldonado, que era el Jefe de mayor nombramiento en aquellos rumbos.

El 11 de Septiembre de 1863 se presentó el enemigo á las tres de la tarde, al frente de Zacapoaxtla con el número de dos mil hombres: el tercer Regimiento de Zuavos, 500 caballos al mando del Coronel Antonio Rodríguez (alias el colgador) otros 500 infantes al mando de Cenobio Cantero, y otros piquetes de menos significación.

Las tropas que Maldonado tenía en esos momentos no llegaban á 300 hombres, sin embargo dispuso ocupar el fortín, y artillar lo con dos piezas de fierro que había compuesto no obstante que eran inservibles, al extremo de necesitarse lo menos cinco minutos para poder disparar un tiro con ellas, pero tenía que aprovechar cosa de 200 tiros de parque para aquellas piezas.

Se rompió el fuego de artillería sobre el enemigo que hizo alto en el cerro de Pastepec, intertanto la Sra. Bolaños disponía salvar algún armamento, parque y los archivos de las oficinas públicas, cuyo apresto duró hasta comenzada la noche, saliendo de Zacapoaxtla en medio de un fuerte aguacero, escoltada por 50 infantes que al llegar al puente de Apulco tuvieron que batirse con una fuerza de traidores que lo habían ocupado, yendo á pernoctar esa noche al Pueblo de Huahuastla.

Intertanto Maldonado tiroteó toda la noche á los invasores, sirviéndole de blanco para la artillería las fogatas del campamento.

Amaneció el día 12 y al despertar el alba, formaron los Zuavos sus columnas de ataque y comenzaron á obrar; pero como los soldados de Maldonado eran los mismos que rompieron el fuego y derrotaron á los franceses el cinco de Mayo, resistieron con brío este primer ataque, retirándose los invasores para ordenarse y dejando el campo regado de muertos entre los cuales había dos oficiales matados por el sargento 1^o Cástulo, que era un magnífico tirador, á quien encargó Maldonado se ocupara solo en cazar oficiales.

El segundo ataque fué á las ocho de la mañana, y ya no venían los oficiales á caballo sino á pié, confundidos con los soldados; fueron igualmente rechazados; habiéndose acabado el parque de artillería, se mandaron embalar y clavar las piezas, romper los mástiles y llevarse las ruedas, emprendiéndose la retirada de los defensores de la patria á los cerros del gran poder de Dios y Comaltepec, en virtud de que los traidores de Zacapoaxtla se habían pronunciado por los franceses y el imperio á las once de la mañana.

Los invasores no persiguieron á los defensores de Zacapoaxtla, que desde la cima de la montaña descansaban de las fatigas del combate, y presenciaban que la población se engalanaba como por encanto, de cor-

tinias y enramadas, repicándose á vuelo las campanas de todos los templos, recibiendo en triunfo á los franceses y sus aliados que ocuparon la población á las 12 del día 12. Las fuerzas de Maldonado pernoctaron en Hochiapulco, y al siguiente día mandó una gran guardia sobre Zacapoaxtla, compuesta de cien hombres para sitiar la plaza en pequeñas guerrillas, tiroteando de día y noche al enemigo, favorecidos por lo quebrado del terreno.

Los invasores ocuparon todas las poblaciones de la línea de Maldonado, que no recibió auxilio ninguno ni de Garza Ayala ni de Cravioto, que solo le mandó una caja de parque.

El sitio de Zacapoaxtla dió por resultado: que salieron los invasores y sus aliados á atacar el cuartel general de Maldonado que estableció en Huahuaxtla, pretendiendo darle una sorpresa á las cuatro de la mañana del día cuatro de Octubre, logrando cortas las avanzadas del puente de Apulco; pero como tenía el Jefe Republicano tomadas sus disposiciones para un caso semejante, estaban guarnecidos todos los puntos y dispuestos á la defensa. Se rompieron los fuegos haciéndose formal la batalla á las seis. Todas las fuerzas invasoras atacaron al Cuartel general, pero á las diez fueron enteramente derrotados y perseguidos hasta sus trincheras de Zacapoaxtla, dejando en poder de Maldonado 400 prisioneros, la mayor parte traidores, dos piezas de montaña y cincuenta cajas de parque de fusil, y todo el armamento de los prisioneros y heridos ó muertos. No tenía el General ni un pliego de papel para mandar el parte y lo hizo en una cubierta de oficio al Sr. Cravioto por conducto del Jefe Político de Tetela del oro.

El día 7 de Octubre pidió auxilio el Sr. Zamitis al General, por estar invadida la plaza de Tetela por los traidores de Chignahuapan; inmediatamente levantó el Cuartel general y dejando fuerza suficiente para seguir el sitio de Zacapoaxtla, marchó con todas las restantes á proteger Tetela, sin recursos ningunos, pues la tropa no tenía haberes y se sostenía con los recursos propios de cada soldado y de los oficiales y Jefe de los cuautecomacos que era el hoy General Don Juan Francisco Lucas.

Rechazados los traidores de Chignahuapan, permaneció Maldonado en Tetela hasta el día 15 de Octubre, en que recibió un parte de la Sra. su esposa, avisándole que el enemigo desocupaba Zacapoaxtla llevándose sus municiones de boca y guerra, en cuyo parte le pedía órdenes.

Se mandó solo tirotear los atajos que sacaban los recursos del invasor.

El día 16 llegó Maldonado á Hochiapulco con toda su fuerza y recibió á una comisión de vecinos de Zacapoaxtla pidiendo garantías y poniendo la plaza á

disposición del General Republicano pues los invasores la habían desocupado.

Concedidas esas garantías con solo la condición de que, los más comprometidos no se le presentaran pues serían fusilados como traidores.

El 17 ocupó la plaza Maldonado encontrando cerrado el comercio, y casi desierta la población, mandó abrir el comercio y desterrar en el acto, á diez personas, que sin embargo de su orden tuvieron la avilantez de quedarse, cuando la mayor parte de los traidores se fueron á San Juan de los Llanos con los invasores. Todos los Curas abandonaron los curatos y dejaron á los feligreses sin los auxilios religiosos. Maldonado ordenó que no se recibiera á ningún cura, sin su orden expresa como se observó en adelante, arreglando que no predicaran nada en favor de la intervención, bajo pena de la vida. Los traidores volvieron á levantarse en Cuezala, hasta llegar al número de 500 hombres.

El General Garza Ayala estimulado por los triunfos de Maldonado, salió de Teuzitlán y atacó á Tlatlauquí ocupado por los traidores, estos lo dejaron entrar sin combatirlo, cortándole la retirada y ocupando las barrancas de Actopan; batiéndose con ellos se pudo salvar, abandonando la plaza de Tlatlauquí y auxiliado por Maldonado que sin aviso ninguno, salió en su auxilio hasta que llegó á Zacapoaxtla con su fuerza diezmada. En el acto dispuso Maldonado atacar á los traidores que se fortificaban en Cuezala, y el 24 de Noviembre á las 4 de la tarde fueron completamente derrotados y ocupada la plaza de Cuezala. Regresó Garza Ayala pero no podía pasar á Teuzitlán porque Tlatlauquí estaba ocupado por los enemigos aumentados con los dispersos de Cuezala.

Maldonado dispuso acompañar á Garza Ayala con toda su fuerza para Teuzitlán, que estaba expuesto á perderse por falta de fuerzas que la defendieran.

Así pudo pasar Garza Ayala y guarnecer á Teuzitlán. Al regreso entró Maldonado á Tlatlauquí en son de guerra, ocupó las alturas, y en guerrillas catearon sus fuerzas toda la población, recogiendo armamento, caballos y parque, de las fuerzas de Cenobio Cantero, y concluida esta requisición marchó á su Cuartel general; á los dos días vino una comisión de vecinos de Tlatlauquí pidiendo garantías y disculpándose de su depravada conducta, poniéndose á las órdenes del invicto Jefe.

Marchó luego á Tlatlauquí y organizó la administración pública, nombrando autoridades, con este golpe, quedó en paz la sierra todo el año de 1864 no obstante que diariamente se tiroteaban las avanzadas del Colgador Rodríguez, las de Carrillo y las de los Melgarejos, con las de Maldonado.

Rodríguez Bocado con toda la caballería y 400 infantes, todos traidores, dió una sorpresa á Garza

Ayala, Ramirez y Manuel Andrade Párraga, desbandándose todas las fuerzas que guarnecían Teuzitlán, en el mes de Enero de 1864 cogiendo prisionero á Garza Ayala y á Ignacio Romero Vargas, salvándose los demás como pudieron. Al tener Maldonado noticia de ese desastre salió violentamente en auxilio de aquella plaza; pero en Tlatlauquí supo que Bocado con los prisioneros y el armamento quitado había abandonado la población, y que ese día llegó á San Juan de los Llanos con su botín.

En el acto los que se habían salvado del desastre formaron junta y los de más graduación se disputaron acaloradamente el mando; inter esto pasaba en la ciudad, se pronunció en la Tierra Caliente el Coronel Perdomo y un Sr. Pérez, desconociendo á estos intrusos, que sin fuerzas ni ningún elemento de guerra ambicionaban el poder.

Perdomo y Pérez, mandaron una comisión al Gobernador Cravioto, quien dispuso que recibiera Maldonado el mando del Distrito de Teuzitlán, agregándole á los otros Distritos que mandaba; la misma comisión se presentó á Maldonado en Zacapoaxtla, en los momentos en que marchaba sobre Teuzitlán que había sido ocupada por Perdomo y Pérez, al grito de muera "el treinta al millar" y los que se disputaban el mando salieron huyendo por diversos puntos, tomando los más el camino para San Juan de los Llanos, donde se juramentaron y se fueron á Puebla.

Maldonado tomó el mando, nombró autoridades y empleados, dejando de Comandante Militar y Jefe Político al Sr. Benito Marín; en menos de un mes levantaron una fuerza de 600 plazas, bien armada y municionada, quedando restablecido el orden. El Sr. Gobernador de Veracruz Hernández, pidió permiso á Maldonado para establecer el Gobierno de su Estado en Teuzitlán, por ser limitrofe y dar más garantías de seguridad. Le fué concedido, pero á poco tiempo, entraron en disputa porque el Sr. Hernández pretendía disponer de las pocas rentas que producía Teuzitlán; intervino en este negocio el Sr. General D. José María Mata, quien al oír las razones del Jefe poblano, persuadió al Gobernador Hernández que desistió de sus pretensiones, siguiendo estos Jefes en buena paz, prestándose mutuos auxilios para la defensa de ambos Estados, por lo que en breve quedó en seguridad, Papantla y otros pueblos de Veracruz invadidos con frecuencia por los traidores.

El 18 de Febrero de 1864 recibió Maldonado una comunicación suscrita por el Prefecto Político imperial Don Antonio Osio, mandándole un indulto y ofreciéndole el mando de Veracruz y de toda la sierra de Puebla, el empleo de General de División y 60 mil pesos como precio de toda la línea que gobernaba; la respuesta á esa invitación, consta al lado de la del Sr. Juárez, en los documentos históricos publicados por

el Sr. General Santibáñez, en la reseña del Ejército de Oriente, página 6 de fecha 22 de Febrero de 1864 firmada en Zacapoaxtla.

El resto del año lo empleó en aumentar y armar sus fuerzas, y en la maestranza para la elaboración de parque, que se gastaba mucho en los diarios tiroteos de las avanzadas.

Contando en Diciembre con 700 hombres al mando de Benito Marín, una compañía de franceses de los pasados, y cien caballos mandados por Gabino Ortega, y era la guarnición de Teuzitlán. En Zacapoaxtla, el cuerpo de los Cuautecomacos con 800 plazas á las órdenes del Coronel Juan Francisco Lucas, el de tiradores de 600 plazas á las órdenes del Teniente Coronel Huidobro, y 50 caballos al mando del Comandante Pedro Real; en Tlamanca Contla y San Francisco Iztacamastitlán 500 plazas, en compañías sueltas, al mando de varios Capitanes indígenas; en Tulictique y Coahuitique 300 hombres mandados por el Comandante Leal.

En Tetela del Oro, 800 plazas mandadas por el Coronel Francisco Zamitis.

Zacatlán, á consecuencia de la muerte del Coronel Agustín Cravioto, asesinado por los traidores de Chignahuapan, se había puesto voluntariamente á las órdenes de Maldonado, quien nombró Comandante Militar al Coronel Dimas López, que tenía de guarnición 700 hombres.

En la Sierra del Distrito de Chalchicomula, era obedecido por las Municipalidades de Chilchotla y Quimistlán, con 200 hombres que defendían aquellos pueblos, al mando del Capitán Basilio Rodríguez y Doroteo, ambos indígenas.

Componiendo por todo 4,650 infantes y 150 caballos que defendían los Distritos de Teuzitlán, Tlatlauquí, Zacapoaxtla, Tetela del Oro y Zacatlán, dos municipalidades de Chalchicomula y otras dos de San Juan de los Llanos, en espera del triunfo de la República que Maldonado presentía muy cercano.

Todo el armamento fué quitado al enemigo, ya en el campo de batalla, ya por la libertad de los prisioneros que se les juramentaba y se les exigía cierto número de fusiles, plomo, pólvora ó sus ingredientes para fabricarla. Llegó el año de 1865 y en principio de Enero se presentó al Cuartel General de Maldonado en Zacapoaxtla, el Sr. Don Fernando María Ortega, con el carácter de Gobernador y Comandante Militar del Estado nombrado por el Sr. Presidente de la República, Don Benito Juárez.

En el acto le entregó el General el mando de Gobernador, que estaba ejerciendo por ministerio de la ley, y la Comandancia militar, quedando ya sólo de General en Jefe de la División que había formado, é informo al Sr. Ortega del estado que guardaba la línea de su mando, entregándole estados de fuerza, ar-

mamento y municiones; el estado de la hacienda pública que no era próspero porque los rendimientos distaban mucho de poder cubrir las diversas guarniciones, pero le dió el secreto consistente en una contribución mensual de totopo, carne, arroz, café, panela, maíz, cebada, sal y chipotle, que no era grabosa á los productores de estos efectos, y se daban á cada soldado su ración diaria y un real en mano, y nadie, incluso el General en Jefe, recibía más que dos pesos, doce reales los Coroneles, un peso los otros Jefes y cuatro reales los subalternos.

Ortega ya recibido del mando y dado á reconocer, marchó á Tetela donde tuvo una larguísima conferencia con el Sr. General Juan N. Méndez, que estaba retraído y con el pretexto de su herida, no quiso recibir empleo ni del Sr. General Negrete que se lo ofreció ascendiendo á General, ni de Maldonado que se lo propuso varias veces.

No se supo lo que en aquella conferencia se trató, pero las consecuencias se hicieron sentir desde luego, pues el Sr. Ortega destituyó al Comandante Militar de Tetela, Don Francisco Zamitz, y lo llevó en calidad de preso á Zacapoaxtla, poniendo en su lugar á un sobrino del Sr. Méndez.

Al siguiente día publicó un decreto por el cual se mandaba que cada Jefe Político y Comandante Militar de los Distritos y municipalidades que obedecían al General Maldonado, reasumieran el mando con entera independencia, ni de Jefe Superior; de este decreto resultó desbaratarse la División y dejar sin defensa y á disposición del invasor toda la Sierra.

Establecido su Gobierno en Teuzitlán, donde comenzó á imponer préstamos y á exigir ropa y otros efectos para multitud de parásitos que andaba trayendo, y que de nada servían en aquellas circunstancias. Los comerciantes comenzaron á trabajar con el Imperio, para que fuera ocupada la Sierra, y los traidores por su lado hacían la misma diligencia.

Maldonado descendió del mando de General en Jefe de su División al de Comandante Militar de Zacapoaxtla, con la fuerza militar, pero los Cuatecomacos los mandó Don Juan Bonilla, ascendido á Coronel y á General Juan Francisco Lucas, á cuyas órdenes quedaba Maldonado.

No obstante, estos dos Jefes, siguieron obedeciendo á su antiguo General que era el que realmente mandaba, no así en los demás puntos que entró el desorden y la más completa anarquía.

A fines de Enero de 65 llegó á la Sierra el Sr. Coronel Gerónimo Treviño con 500 caballos y una pieza de montaña, esta fuerza era la legión del Norte que se abrió paso entre las fuerzas invasoras al ser ocupada Oaxaca por los franceses y hecho prisionero el Sr. General Porfirio Díaz; como se introdujo á la Sierra sin previo aviso, las fuerzas de Tlamanca, primer

punto que invadió, creyendo que era fuerza enemiga, le cuapechó los caminos y le rompió el fuego ocasionándole algunas desgracias, pero reconocida, fué bien recibida y en Zacapoaxtla tuvo muestras de simpatía y júbilo, pronunciando Maldonado un sentido discurso de bienvenida, vitoreando á la República y á los esclarecidos Jefes del Ejército Republicano.

El Sr. Treviño permaneció pocos días dando descanso á la fuerza, y como ya Maldonado era el Gobernador y Comandante Militar, no se encontraba autorizado para arreglar la extensión de la zona ocupando el Distrito de San Juan de los Llanos, y en tal virtud, marchó Treviño á Teusitlán, á concertar este plan con el Sr. Gobernador Ortega, quien no hizo mayor aprecio de esta fuerza que era inmejorable, pues servía las tres armas y era casi invencible; allí se estacionó y el día 5 de Febrero de 1865 fué sorprendido Ortega por las fuerzas austriacas al mando del Teniente Coronel Kodolist, disuelta toda la guarnición y cortada la legión del Norte, quedando la mitad de la fuerza casi perdida; Maldonado que supo el descalabro, salió con 500 hombres en auxilio y logró reunir á los dispersos de la legión y otros de las fuerzas del Estado.

Los invasores y los traidores de Tlatlauquí, ocuparon las barrancas cortando la retirada; mas Maldonado cogió el camino de Macuilquila, pasando el río por donde no había fuerza invasora y llegó á Zacapoaxtla el día 8; mandó en el acto á los de la legión con buenos gulas hasta unirse al Sr. Treviño que llevaba el camino de Tuxpam.

Ortega llegó enteramente derrotado el día 9 y en lugar de ordenar la defensa de la plaza, la mandó desocupar. El enemigo no dió lugar, pues á otro día se presentó á las goteras de la Ciudad; Ortega se salió casi huyendo, y Maldonado con Juan Francisco y Juan Bonilla, se retiraron en orden para Xochiapulco, librando un combate con los austriacos y traidores en el pueblo de las Lomas, para abrirse franco el paso. Zacapoaxtla fué ocupada por los austriacos y Tlatlauquí se pronunció por el Imperio y fué guarnecido por Cenobio Cantero; se habían perdido en diez días tres Distritos y casi la mitad de la fuerza que un mes antes entregó Maldonado al Sr. Ortega.

El día 15 de Febrero salió Ortega de Xochiapulco con toda la fuerza, acompañándolo y mandándola el General Juan Francisco, para Zacatlán, quedando Maldonado con una pequeña fuerza, y su señora con toda su familia y la proveeduría á su cargo: el 17 fué sorprendido Ortega por los de Chignahuapam, y derrotado completamente en Zacatlán, donde perdió hasta su equipaje; pero los valientes Cuatecomacos que llevaba Juan Francisco, fueron dispersados mas no desarmados, reuniéndose todos el 18 en Tetela del Oro; el 19 fué atacada aquella plaza por los austriacos.



cos y los traidores de Chignahuapan, dispersando las fuerzas liberales y matando en la plaza al Jefe de la Caballería Gabino Ortega, abriéndose paso con lanza en mano, su mujer Altagracia Calderón (alias la charra).

Cayó Tetela definitivamente en poder de los imperialistas, con todo su armamento y una pieza de montaña; el Sr. General Méndez se salvó internándose al monte y el Sr. Ortega huyendo al centro de la Sierra con unos cuantos dispersos: en los Ometepeque supo Maldonado ese desastre, y con la pequeña fuerza de que disponía ocupó el paso de la Laja, y contuvo al enemigo que perseguía á Ortega.

En menos de un mes perdió el Gobernador todas las plazas de la Sierra y quedaron destruidos los 4,650 hombres de la División levantada por Maldonado en tres años de asiduas y continuas luchas.

Ortega marchó á Istepec y allí declaró palacio de Gobierno y comenzó á gobernar sin tener gobernados y sin recursos para subsistir. La señora de Maldonado no quiso ponerse en seguro, prefiriendo las penalidades de la guerra, durmiendo á la intemperie y sin alimentos en medio de los bosques, hasta llegar á faltarle ropa y zapatos, acompañando siempre á su esposo hasta en los pequeños combates que se libraban; la situación era precaria y penosísima.

Entre tanto, el General invasor, Conde de Tum, ocupó Zacapoaxtla en compañía del Comisario Imperial, Lic. José María Galicia, quienes abrieron negociaciones con Ortega y el General Méndez, ya declarado General en Jefe de las fuerzas de la Sierra que habían quedado con las armas en la mano.

Por estas conferencias se trató una suspensión de hostilidades por cuatro meses, mientras que el General Ortega pasaba á México á conferenciar con Maximiliano: pudiendo las fuerzas beligerantes transitar por los puntos ocupados por los contrarios.

Acompañaron á Ortega á Puebla y México varios Jefes, entre ellos el General Ramírez y Manuel Andrade Párraga. Maldonado, aprovechando esta oportunidad, sacó á su familia de la Sierra, y la trasladó á Puebla para dejarla en su Rancho de Hilotzínco; pero al pasar por Huamantla, fué aprehendido por el Prefecto imperial, mas Rodríguez Bocardo que llegó ese día de regreso de escoltar á Ortega, puso en conocimiento de ese funcionario la suspensión concertada, en virtud de la cual puso en libertad al General y éste temiendo una celada, se salió á media noche, extraviando camino hasta llegar á Puebla, y la familia que salió de Huamantla en la diligencia, fué asaltada en el Pinal por una gavilla de traidores que buscaban á Maldonado.

Al regresar Ortega de México se volvió con él, y ya libre de su familia, se internó al Estado de Veracruz con las fuerzas de Chilchotla y Quimistlán, y

las de Márcos Heredia que cuando fué Gobernador había armado y sostenido.

La inicua ley de 3 de Octubre les fué aplicada á varios prisioneros de Chilchotla por el General Liceaga que mandaba una brigada á que llamó franco-mexicana, y por fin fueron ocupadas aquellas municipalidades por los imperiales Liceaga y Juan Calderón, que era Comandante Militar de Jalapa; un Sr. Nochebuena de Tlatlauqui fué el que recibió el mando y se convirtió en un guerrillero imperial de primera fuerza.

Quedó reducido Maldonado á la fuerza de Heredia y la de Honorato Domínguez, que se le agregó, haciendo correrías por los pueblos insignificantes de Veracruz y la Huasteca.

En la sierra de Puebla siguió el armisticio dando por resultado que invasores é invadidos se hicieron amigos y casi compañeros; rotas las hostilidades, porque se cumplió el término, ya la guerra fué floja y débil.

El 10 de Enero de 1866 se libró entre las fuerzas unidas del Estado de Puebla y Veracruz, mandadas las unas por el General Andrade Párraga y otras por el General Alatorre, y las austriacas invasoras un serio combate en Aguadulce, declarándose la victoria por los invasores que ocuparon el 12 la plaza de Papantla, entregándola Don Lázaro Muñoz con todo el material de guerra, según la capitulación allí celebrada y firmada el 15 de Enero. La mayor parte de los soldados dispersos, se llevaron su armamento; los jefes pidieron pasaportes para varios puntos.

Las fuerzas de caballería que mandaba entonces Maldonado, residiendo en Tlapacoya, tomaron el rumbo de la Huasteca unas veces perseguidas y otras persiguiendo al Coronel Dupin, hasta fines del año, sin cosa notable más que la falta de municiones de boca y guerra.

Al regresar de esas correrías la mayor parte de la gente se retiró á su rancherías, y Maldonado emprendió la marcha con catorce hombres á incorporarse al Ejército de Oaxaca, mandado por el ilustre General Porfirio Díaz que se había escapado de su prisión, en cuyo ejército sitió y saltó la plaza de Puebla el glorioso 2 de Abril de 1867.

El Sr. Presidente de la República, Don Benito Juárez, le rivalizó su despacho de General de Brigada graduado, con la antigüedad de doce de Agosto de 1863, por lo que en la actualidad lleva de ser General treinta y un años y está considerado con haber de tarifa, en el Depósito de Jefes y Oficiales del Ejército, á la edad de setenta y tres años.

Todo lo anteriormente expuesto, nos consta por haberlo visto legítimamente comprobado, en la brillante hoja de servicios del ameritado General Maldonado, á quien pálidamente hemos bosquejado, y

cuya documentación existe en el archivo de la Secretaría de Guerra.

El Sr. General Maldonado es un immaculado liberal que ha merecido el bien de la Patria.

Es un virtuoso ciudadano, héroe mil veces en defensa del territorio nacional, y un general digno por mil títulos de la estimación de sus conciudadanos.

Agustín Martínez,

EL SEÑOR GENERAL CORONEL GARLOS E. MARGAIN.

Este distinguido y pundonoroso jefe del Ejército republicano, sentó plaza de Alférez el 18 de Mayo de 1858, cuando el partido conservador pretendía mantener el centralismo y ya el sol de la reforma alumbraba resplandeciente á los hijos de la libertad.

Joven aún, empezó con brío á poner su pecho á las balas de los traidores; ambicionaba una carrera gloriosa y para su patria una era de bienestar. En efecto, desde el referido año de 1858 y 1859 combatió contra las fuerzas reaccionarias, encontrándose en la batalla de Ahualulco donde debido á su valor y pericia en la guerra, obtuvo el grado de teniente.

De acción en acción, de grado en grado, su comportamiento digno, le hace ser acreedor al ascenso y por esto con orgullo leemos en su hoja de servicios que en 63 fué capitán, comandante el mismo año, en 64 teniente coronel y coronel desde 77 á 93, en cuyo empleo á dado á conocer sus dotes militares.

Su fidelidad al Gobierno del Sr. Díaz, obligó á éste á poner á prueba su valor y constancia y recibió órdenes para sofocar la sublevación de los fascinosos del Estado de Guerrero á donde marchó nuestro insigne biografiado á sufrir todas las penalidades consiguientes á tan terrible persecución en un terreno tan accidentado, tan penoso y dificultoso.

El General Coronel Margain rindió buenas cuentas de su cometido regresando á esta Capital donde se le otorgó despacho de General Coronel hasta la fecha, y en cuyo empleo ha dado á conocer sus dotes militares.

El Sr. General Coronel Margain hizo toda la campaña contra la intervención francesa y se encontró en las batallas de «Majoma», «La Pasión», «Tepoqui», «San Jacinto» y el sitio de Querétaro.

Hizo la campaña contra los sublevados de San Luis Potosí, concurrió á la pacificación de Durango, á la del territorio militar de Tepic y en Mayo, Junio y Julio de 1885 en perpetua campaña en el Estado de

Sonora contra las tribus Yaqui y Mayo encontrándose en la acción de «Aulemé.»

Desde Abril de 1886 hasta Noviembre de 89 estuvo en campaña con las mismas tribus, encontrándose en la toma de «Añil» y en el asalto y toma de Boatuchibe, siendo jefe de una de las columnas de ataque.

Como se ve por las anteriores notas, el Sr. General Coronel Margain ha sido infatigable guerrero, ora en defensa de la libertad y la patria, ora en la pacificación de las tribus salvajes, cuya pacificación ha costado tanta sangre mexicana.

Dos honrosísimas condecoraciones ostenta en su pecho el Sr. Margain, la decretada en 5 de Agosto por los servicios prestados á la República contra la Intervención Francesa, y la decretada por la Legislatura de Sonora en Diciembre de 1887.

El Sr. General Coronel Margain es hijo de Monterrey, que tantos valientes ha dado á la patria: como militar, está reputado como uno de nuestros Coroneles más prácticos y más inteligentes en el arte de la guerra.

El Sr. General Margain como lo hemos dicho en otro lugar, es un liberal immaculado, émulo de la lealtad, militar, recto, concienzudo y prudente, que así como en las campañas ha sabido alcanzar sus grados, socialmente tiene conquistados muchos triunfos de estimación.

Hoy sigue prestando sus servicios al mando del 25º Batallón de infantería, uno de los mejores de la guarnición por su disciplina. Compónese dicho batallón de una oficialidad enteramente moralizada, estudiosa y decente y en la cual el Sr. General Coronel Margain es el ídolo de sus compañeros.

En la paz como en la guerra, ha sabido conquistarse el cariño de sus superiores y subalternos, y sin temor de equivocarnos podríamos asegurar que las simpatías de que disfruta sobrepasan los límites de lo común.

Es un hombre enteramente popular, un excelente amigo, un hijo ilustre de Nuevo León, á quien sin duda veremos figurar después en los puestos más prominentes donde lo reclaman el bien de la Patria que ha merecido, sus dotes militares y su acendrado patriotismo.

A. Ramos.



EL SEÑOR GENERAL

TOMAS BORREGO

Desde la edad de 15 años tomó las armas en defensa de su patria, adquiriendo con heróicos sacrificios su ascenso inmediato al de Subteniente, con el cual ingresó á las fuerzas de la República en el año de... 1858.

Honrosas heridas le postraron en el lecho del dolor y hasta que pudo restablecerse continuó su carrera militar, siempre del lado de la patria y en defensa de la libertad!

Los servicios prestados por el General Borrego, durante la época de la intervención, fueron de gran valía, ya en el ejército de operaciones en los Estados de Nuevo León, Tamaulipas y Coahuila, ya en el de Durango en defensa de esta plaza importantísima contra las fuerzas reaccionarias.

El 11 de Septiembre de 1859 con una fuerza de 80 infantes y 20 caballos recuperó la plaza de Durango, que había sido ocupada por los defensores del partido conservador derrotando completamente al C. Gobernador Juan José Subizar.

En esta nueva acción librada con toda bizarría, salió nuevamente herido aunque ligeramente; pero su amor á la libertad, su sangre derramada en los campos de batalla, pedían venganza y nuestro biografiado volvió á tomar las armas en defensa del ejército republicano durante todos los años de 58 59 y 60, haciéndose digno de estimación por su comportamiento, valor y pericia militares y alcanzando una mención honorífica por la acción de Santa Bárbara en Febrero de 1860.

Posteriormente, la situación se hizo más difícil y comprometida, y nuestro campeón tuvo necesidad de combatir al enemigo, que estaba al mando de Máximo González, el cual fué derrotado en el cerro de San Diego, á inmediaciones de Durango, mandando en Jefe el ya citado Gobernador Patoni.

En la época á que nos referimos, el clero cooperaba eficazmente al triunfo de los conservadores y, éstos se habían hecho dueños de casi todo el territorio mexicano.

El Estado de Durango tiene un terreno enteramente accidentado y sus montañas son las que forman la prolongación de la sierra Madre que atraviesa el E., de Sur á Norte, sirviéndole de límites con Sinaloa y además existen otras cordilleras pero todas escabrosas y difíciles para librarse una campaña, pero conocedor del terreno el General Borrego, nunca vaciló para increpar con denuedo dichas montañas y en todas ellas, del Norte al Sur, del Estado se repercutió

el nombre de gloria alcanzado por las fuerzas mandadas por nuestro insigne General.

Lo prueba la derrota que hizo á los defensores de la religión en la Garita Norte de Durango, en la famosa batalla de la *Estanzuela* con los franceses, mandando en jefe el General Conzález Ortega; la derrota que hizo al General Valdés en la labor de Guadalupe, mandando en Jefe el General Patoni; en la derrota de los traidores en Chihuahua, mandando en Jefe el General Terrazas.

Todas esas acciones comprobadas como lo están legítimamente en el archivo de la Secretaría de Guerra, serían tema más que suficiente para hacer el panegirico del virtuoso General, quien por su habitual modestia no había permitido á los escritores de nuestro país engalanar con su pluma el laurel que merecidamente ha conquistado para su frente.

Cuando los editores de esta obra tuvimos la honra de pisar aquel suelo fértil y hermoso, y de inquirir algunos datos sobre la vida pública y privada del General Borrego el E. de Durango entero, el pueblo ilustrado y liberal, nos dió á conocer las grandes dotes de este modesto ciudadano á quien de buena gana habrían elevado mil veces á la categoría de Gobernador; las personas prominentes de la política actual, también le han ofrecido tan elevado encargo pero el General Borrego ha preferido renunciar este puesto como otros muchos, en los que no habiese una armonía perfecta y completo orden para desempeñarlos.

El partido dominante de Durango, ha sido por desgracia el partido conservador y el clero, enemigos poderosos del General Borrego, y esta es la causa por la que ante la paz y las dificultades que traería consigo la antítesis de ideas entre el Gobernante y gobernados, no ha aceptado tan delicado encargo.

Por lo demás, el pueblo Duranguense le ama y le conserva profunda veneración y respeto, se inclina ante el veterano de la república y del Estado, y aun tiene la dicha de tenerlo entre los suyos como el ídolo de sus aspiraciones; como modelo de patriotismo y de valor para las generaciones futuras; como el oráculo de sus instituciones republicanas y como la fe y la esperanza para un caso y no remoto de disturbio ó desolación.

Nosotros, haciéndonos eco de aquel pueblo noble y levantado, oyendo el latir de aquellos corazones preñados de patriotismo é hidalguía, y para biografiar al General Borrego podemos decir que es: un immaculado liberal, progresista, próbo y honrado.

Un pundonoroso militar del ejército republicano, un héroe que ha sabido derramar su sangre en defensa de la Independencia Nacional, y un ciudadano ilustre que ha merecido el bien de la patria.

E. Codecasa.

cuya documentación existe en el archivo de la Secretaría de Guerra.

El Sr. General Maldonado es un inmaculado liberal que ha merecido el bien de la Patria.

Es un virtuoso ciudadano, héroe mil veces en defensa del territorio nacional, y un general digno por mil títulos de la estimación de sus conciudadanos.

Agustín Martínez,

EL SEÑOR GENERAL CORONEL GARLOS E. MARGAIN.

Este distinguido y pundonoroso jefe del Ejército republicano, sentó plaza de Alférez el 18 de Mayo de 1858, cuando el partido conservador pretendía mantener el centralismo y ya el sol de la reforma alumbraba resplandeciente á los hijos de la libertad.

Joven aún, empezó con brío á poner su pecho á las balas de los traidores; ambicionaba una carrera gloriosa y para su patria una era de bienestar. En efecto, desde el referido año de 1858 y 1859 combatió contra las fuerzas reaccionarias, encontrándose en la batalla de Ahualulco donde debido á su valor y pericia en la guerra, obtuvo el grado de teniente.

De acción en acción, de grado en grado, su comportamiento digno, le hace ser acreedor al ascenso y por esto con orgullo leemos en su hoja de servicios que en 63 fué capitán, comandante el mismo año, en 64 teniente coronel y coronel desde 77 á 93, en cuyo empleo á dado á conocer sus dotes militares.

Su fidelidad al Gobierno del Sr. Díaz, obligó á éste á poner á prueba su valor y constancia y recibió órdenes para sofocar la sublevación de los fascinosos del Estado de Guerrero á donde marchó nuestro insigne biografiado á sufrir todas las penalidades consiguientes á tan terrible persecución en un terreno tan accidentado, tan penoso y dificultoso.

El General Coronel Margain rindió buenas cuentas de su cometido regresando á esta Capital donde se le otorgó despacho de General Coronel hasta la fecha, y en cuyo empleo ha dado á conocer sus dotes militares.

El Sr. General Coronel Margain hizo toda la campaña contra la intervención francesa y se encontró en las batallas de «Majoma», «La Pasión», «Tepoqui», «San Jacinto» y el sitio de Querétaro.

Hizo la campaña contra los sublevados de San Luis Potosí, concurrió á la pacificación de Durango, á la del territorio militar de Tepic y en Mayo, Junio y Julio de 1885 en perpetua campaña en el Estado de

Sonora contra las tribus Yaqui y Mayo encontrándose en la acción de «Aulemé.»

Desde Abril de 1886 hasta Noviembre de 89 estuvo en campaña con las mismas tribus, encontrándose en la toma de «Añil» y en el asalto y toma de Boatuchibe, siendo jefe de una de las columnas de ataque.

Como se ve por las anteriores notas, el Sr. General Coronel Margain ha sido infatigable guerrero, ora en defensa de la libertad y la patria, ora en la pacificación de las tribus salvajes, cuya pacificación ha costado tanta sangre mexicana.

Dos honrosísimas condecoraciones ostenta en su pecho el Sr. Margain, la decretada en 5 de Agosto por los servicios prestados á la República contra la Intervención Francesa, y la decretada por la Legislatura de Sonora en Diciembre de 1887.

El Sr. General Coronel Margain es hijo de Monterrey, que tantos valientes ha dado á la patria: como militar, está reputado como uno de nuestros Coroneles más prácticos y más inteligentes en el arte de la guerra.

El Sr. General Margain como lo hemos dicho en otro lugar, es un liberal inmaculado, émulo de la lealtad, militar, recto, concienzudo y prudente, que así como en las campañas ha sabido alcanzar sus grados, socialmente tiene conquistados muchos triunfos de estimación.

Hoy sigue prestando sus servicios al mando del 25º Batallón de infantería, uno de los mejores de la guarnición por su disciplina. Compónese dicho batallón de una oficialidad enteramente moralizada, estudiosa y decente y en la cual el Sr. General Coronel Margain es el ídolo de sus compañeros.

En la paz como en la guerra, ha sabido conquistarse el cariño de sus superiores y subalternos, y sin temor de equivocarnos podríamos asegurar que las simpatías de que disfruta sobrepasan los límites de lo común.

Es un hombre enteramente popular, un excelente amigo, un hijo ilustre de Nuevo León, á quien sin duda veremos figurar después en los puestos más prominentes donde lo reclaman el bien de la Patria que ha merecido, sus dotes militares y su acendrado patriotismo.

A. Ramos.



EL SEÑOR GENERAL

TOMAS BORREGO

Desde la edad de 15 años tomó las armas en defensa de su patria, adquiriendo con heróicos sacrificios su ascenso inmediato al de Subteniente, con el cual ingresó á las fuerzas de la República en el año de... 1858.

Honrosas heridas le postraron en el lecho del dolor y hasta que pudo restablecerse continuó su carrera militar, siempre del lado de la patria y en defensa de la libertad!

Los servicios prestados por el General Borrego, durante la época de la intervención, fueron de gran valía, ya en el ejército de operaciones en los Estados de Nuevo León, Tamaulipas y Coahuila, ya en el de Durango en defensa de esta plaza importantísima contra las fuerzas reaccionarias.

El 11 de Septiembre de 1859 con una fuerza de 80 infantes y 20 caballos recuperó la plaza de Durango, que había sido ocupada por los defensores del partido conservador derrotando completamente al C. Gobernador Juan José Subizar.

En esta nueva acción librada con toda bizarría, salió nuevamente herido aunque ligeramente; pero su amor á la libertad, su sangre derramada en los campos de batalla, pedían venganza y nuestro biografiado volvió á tomar las armas en defensa del ejército republicano durante todos los años de 58 59 y 60, haciéndose digno de estimación por su comportamiento, valor y pericia militares y alcanzando una mención honorífica por la acción de Santa Bárbara en Febrero de 1860.

Posteriormente, la situación se hizo más difícil y comprometida, y nuestro campeón tuvo necesidad de combatir al enemigo, que estaba al mando de Máximo González, el cual fué derrotado en el cerro de San Diego, á inmediaciones de Durango, mandando en Jefe el ya citado Gobernador Patoni.

En la época á que nos referimos, el clero cooperaba eficazmente al triunfo de los conservadores y, éstos se habían hecho dueños de casi todo el territorio mexicano.

El Estado de Durango tiene un terreno enteramente accidentado y sus montañas son las que forman la prolongación de la sierra Madre que atraviesa el E., de Sur á Norte, sirviéndole de límites con Sinaloa y además existen otras cordilleras pero todas escabrosas y difíciles para librarse una campaña, pero conocedor del terreno el General Borrego, nunca vaciló para increpar con denuedo dichas montañas y en todas ellas, del Norte al Sur, del Estado se repercutió

el nombre de gloria alcanzado por las fuerzas mandadas por nuestro insigne General.

Lo prueba la derrota que hizo á los defensores de la religión en la Garita Norte de Durango, en la famosa batalla de la *Estanzuela* con los franceses, mandando en jefe el General Conzález Ortega; la derrota que hizo al General Valdés en la labor de Guadalupe, mandando en Jefe el General Patoni; en la derrota de los traidores en Chihuahua, mandando en Jefe el General Terrazas.

Todas esas acciones comprobadas como lo están legítimamente en el archivo de la Secretaría de Guerra, serían tema más que suficiente para hacer el panegírico del virtuoso General, quien por su habitual modestia no había permitido á los escritores de nuestro país engalanar con su pluma el laurel que merecidamente ha conquistado para su frente.

Cuando los editores de esta obra tuvimos la honra de pisar aquel suelo fértil y hermoso, y de inquirir algunos datos sobre la vida pública y privada del General Borrego el E. de Durango entero, el pueblo ilustrado y liberal, nos dió á conocer las grandes dotes de este modesto ciudadano á quien de buena gana habrían elevado mil veces á la categoría de Gobernador; las personas prominentes de la política actual, también le han ofrecido tan elevado encargo pero el General Borrego ha preferido renunciar este puesto como otros muchos, en los que no habiese una armonía perfecta y completo orden para desempeñarlos.

El partido dominante de Durango, ha sido por desgracia el partido conservador y el clero, enemigos poderosos del General Borrego, y esta es la causa por la que ante la paz y las dificultades que traería consigo la antítesis de ideas entre el Gobernante y gobernados, no ha aceptado tan delicado encargo.

Por lo demás, el pueblo Duranguense le ama y le conserva profunda veneración y respeto, se inclina ante el veterano de la república y del Estado, y aun tiene la dicha de tenerlo entre los suyos como el ídolo de sus aspiraciones; como modelo de patriotismo y de valor para las generaciones futuras; como el oráculo de sus instituciones republicanas y como la fe y la esperanza para un caso y no remoto de disturbio ó desolación.

Nosotros, haciéndonos eco de aquel pueblo noble y levantado, oyendo el latir de aquellos corazones preñados de patriotismo é hidalguía, y para biografiar al General Borrego podemos decir que es: un inmaculado liberal, progresista, próbo y honrado.

Un pundonoroso militar del ejército republicano, un héroe que ha sabido derramar su sangre en defensa de la Independencia Nacional, y un ciudadano ilustre que ha merecido el bien de la patria.

E. Codecasa.

El Sr. Gral. Tomas Borrego.

NOTICIA DE LOS COMBATES A QUE CONCURRIÓ.

- 1º Toma de Durango por el Coronel Esteban Coronado, como ayudante de la persona y en calidad de Subteniente.
- 2º El 11 de Septiembre con una fuerza de 80 infantes y 20 caballos recuperó la plaza de Durango, que fué ocupada por los defensores del partido conservador derrotando al Gobernador Juan José Subizar.
- 3º La acción de Santa Bárbara mandando en Jefe el General José María Patoni en Febrero de 1870.
- 4º Derrota de Máximo González en el cerro de Fray Diego á inmediaciones de Durango mandando en Jefe el Gobernador José María Patoni.
- 5º Derrota de los defensores de la Religión en la garita del Norte, Durango.
- 6º La estanzuela con los franceses mandando en Jefe el General Jesús González Ortega.
- 7º Derrotó al Coronel Valdés, traidor, en la La-Labor de Guadalupe, mandando en Jefe el Gobernador Patoni.
- 8º Derrota de los traidores en Chihuahua, mandó en Jefe el General Luis Terrazas.
- 9º Derrota de Tolentino en Avilés, Sufragio Libre, mandando en Jefe el General Donato Guerra.

EL GENERAL

JUAN MANUEL FLORES

Este respetable y pundonoroso militar, nació en el pueblo de Indé, del Estado de Durango, el 31 de Mayo de 1831. Se dedicó desde muy niño á los estudios de Minería y Agricultura, los que cursó con notable aprovechamiento.

Las continuas excursiones de los bárbaros que infestaron todo el Estado, lo hicieron tomar las armas y con una pequeña fuerza, de la cual él era el jefe, les hacía una guerra sin cuartel, hasta asegurar la tranquilidad á las poblaciones, haciendas y rancherías del mismo Estado.

Por los años de 1861 y 62, fué Jefe Político del pueblo de su nacimiento, donde permaneció organizando fuerzas y pertrechos de guerra, que empleaba siempre en defensa del territorio nacional.

El modesto coronel, entonces, fué comisionado para secundar el Plan de la Noria, y revolucionó en

favor del Sr. General Díaz con buen éxito, en Sinaloa y Durango, bajo las órdenes de los Generales Manuel Márquez y Donato Guerra, inolvidable caudillo.

Terminada esta revolución, depuso sus armas en favor del gobierno, retirándose á la vida privada tranquila y pacíficamente.

La revolución de Tuxtepec, iniciada por el caudillo de la Reforma y de la paz, el inclito C. General Porfirio Díaz, hizo de nuevo abandonar á nuestro biografiado su reposo; y secundó el movimiento con la misma decisión que cuando el plan de la Noria, con el nombramiento ya de Gobernador y Comandante Militar de Durango.

Grandes fueron los servicios que prestó el General Flores á Tuxtepec, tanto en el sitio de la plaza de Santiago, como en las diferentes acciones de guerra que celebraron después, ya incorporado á los Generales Naranjo y Treviño, cuyas fuerzas unidas formaban el brazo fuerte en el Norte, de esta gloriosa revolución.

En 1877 fué electo popularmente Gobernador de Durango, y tan buena fué su administración, que vamos á insertar, aunque no es de este lugar, algunos apuntamientos referentes á aquel Estado privilegiado por el Hacedor, para que pueda juzgarse no sólo al aguerrido militar del Ejército, sino al digno gobernante que ha conducido la nave del Estado por el sendero del progreso material y moral, seguimos copiando al ilustrado escritor Sr. Pavía, quien en su obra ya citada, se expresa del Estado en los siguientes términos:

“ESTADO DE DURANGO.

“Reino de la Nueva España se llamó en la época colonial, el que hoy llamamos Estado de Durango, uno de los más importantes de la confederación mexicana.

“El Estado para su gobierno interior, se divide en trece Distritos, cuyas cabeceras son las poblaciones del mismo nombre; Durango, Tamazula, Nombre de Dios, San Juan del Río, Cuencamé, Papasquiario, El Oro, Mapimí, Nazas, Mesquital, Indé, San Juan de Guadalupe y San Dimas, todos ellos con una población de cerca de 180,000 habitantes.

“Sus fértiles llanuras están regadas por el caudaloso río Nazas, de arrebataadoras corrientes, que van á desembocar al lago de Tlahualila en los límites del Estado con los de Coahuila. Este río es una de tantas riquezas con que cuenta Durango y quizá por esto ha dado margen á serias cuestiones con su vecino Estado de Coahuila.

“Después de éste, posee el río Palomas, el de Mezquital y el río del Tunal.

“Sus montañas son las que forman la prolongación de la Sierra Madre, que atraviesa el Estado, de

Sur á Norte, sirviéndole de límite con Sinaloa, y además existen otras cordilleras en los partidos de Cuencamé, Cerro Gordo y Mapimí, en donde se halla el célebre Bolson del mismo nombre, vasta llanura, árida y monótona, antes asilo de bárbaros, que al rugir de la locomotora abandonaron sus adueños para remontarse á sus escabrosas montañas.

“La configuración del terreno hace que el clima sea muy variable, frío en las alturas de la Sierra Madre, caliente en el declive occidental, y templado en todos los demás puntos.

“Las producciones naturales son todas las que se refieren á la minería y á la agricultura, vastos elementos de riqueza que hubieran desde hace muchos años, engrandecido más al Estado de Durango, si no fuera porque los bárbaros con sus depredaciones, han entorpecido su desarrollo.

“El terreno en su mayor extensión es mineral, siendo argentífero en sus dos terceras partes, en nuestro concepto.

“Produce toda clase de metales y semimetales, betunes y sales. El oro se extrae con abundancia en la villa de Santa María del Oro.

“Los minerales más importantes son: Cuencamé, Nombre de Dios, Mezquital, San Dimas, Guanaceví, el Oro, Indé, Tamazula y Durango.

“Se encuentra en sus cercanías el célebre cerro del Mercado, donde se vé un inagotable criadero de fierro y que él, por sí solo, contiene una mina de riqueza para el Estado.

“Referente á la Agricultura, Durango, es uno de los más productores.

“En los terrenos que gozan de clima templado, se produce algodón de una calidad excelente, caña de azúcar, plantas y frutas propias de la tierra caliente.

“Se dan la papa y el lino en estado silvestre en las montañas que forman la vasta cordillera de la Sierra Madre.

“La principal industria de sus habitantes, es, como lo indican sus producciones, la minería y la agricultura.

“Se dedican también á la manufactura de hilados y tejidos de lana, como sarapes, alfombras y pañetes, con cuyas industrias y productos naturales, hacen un comercio muy activo con los Estados vecinos.

“La capital del Estado es Durango, bella ciudad situada en un terreno llano, algo levantado en sus extremidades de Oriente y Sur, precisamente en la falda de la Sierra Madre.

“Su población asciende á 40,000 habitantes; pero dadas las dificultades que presenta la formación del censo en todos los pueblos de la República, es de presumirse que este número sea mayor del que le dan las estadísticas.

“Posee un Instituto de Jurisprudencia, y otro de ciencias, física, matemáticas é idiomas.

“Tiene también una gran biblioteca con un considerable número de obras escogidas.

“Durango no ha quedado rezagado en el movimiento progresista y regenerador en que ha entrado el país, y debido á la buena marcha de la Administración, se puede asegurar, que es uno de los más adelantados de la Frontera del Norte.

“La obra iniciada por el Sr. General Flores tropezó con muchas dificultades en un principio; pero la constancia, adunada al patriotismo, han hecho que marche de una manera lenta, á la par que segura.

“Para llegar á este brillante resultado, el Gobernador actual se rodeó de un círculo de amigos leales é inteligentes, que son sus mejores consejeros en las tareas administrativas y que le han ayudado á salvar las situaciones críticas porque este Estado ha atravesado.

“Sinaloa, Chihuahua, Coahuila y Zacatecas, han tenido siempre que ver por cuestiones de límites con el de Durango.

“Dificultades son éstas, que tienen todas las otras entidades federativas con sus vecinos y que se originan de la defectuosa demarcación de las antiguas provincias de Nueva España.

“Chihuahua sostiene ciertos derechos jurisdiccionales sobre terrenos, cuya propiedad reclama el Estado de Coahuila; pero éste sin faltar á su dignidad, ha procurado evitar la más pequeña discordia en sus mutuas relaciones.

“No ha sucedido así con la cuestión de límites con Zacatecas, pues ella ha dado lugar á serias y desagradables discusiones en correspondencias recíprocas, y al mismo tiempo, con una prudencia tal, que ha evitado la complicación de dificultades y trastornos que serían consiguientes, á no haber estado ambos gobiernos dispuestos de buen grado á marchar rectamente por el sendero de la más estricta justicia.

“La célebre cuestión del Tlahualila, ha sido causa de algo desagradable que ocurrió en estado de Coahuila, y aunque hasta la fecha no se ha terminado, es de creerse que la prudente y acertada intervención del Sr. General Díaz, dé término á esas diferencias, siempre dentro de los límites de la equidad y la justicia.

“La tranquilidad pública no ha sido turbada como en tiempos aciagos para Durango, debido á que las fuerzas de la gendarmería están muy bien organizadas, sus soldados voluntarios y sus Jefes y Oficiales del Ejército Nacional, que aprendieron el arte de la guerra en los campos de batalla.

“Hoy los bandoleros han sido puestos á raya y no se animan á cometer los horribles crímenes con que antes tenían aterrorizados á los habitantes de las co-

marcas que necesitaban del auxilio de un destacamento.

«Cúpole al Sr. General Juan Manuel Flores, la justa gloria de asegurar la tranquilidad pública en su Estado, dando fin á las gavillas de bandidos que por largos años habían sembrado el terror y el exterminio en los pequeños pueblos y en las haciendas, al mando del terrible y feroz asesino Eraclio Bernal.

«La instrucción pública, cuenta además de los establecimientos de que ya hablamos, con numerosas escuelas de primeras letras, tanto en la capital, como en los lugares que el número de sus habitantes requiera la existencia de un plantel.

«A esas escuelas de primeras letras concurren con asiduidad más de 10,000 alumnos de ambos sexos, y esto se debe á que las autoridades políticas de cada localidad, tienen el deber de cuidar la asistencia de los niños.

«Los inspectores de escuelas que constantemente recorren el Estado, son de gran utilidad, porque los Directores temen que el resultado de sus visitas sean un mal informe, que trae como consecuencia la distitución del empleo, según el Reglamento respectivo vigente.

«La instrucción primaria está hoy bajo la vigilancia inmediata del Gobierno y de las autoridades políticas en los Partidos. Obedeciendo á las exigencias del progreso en la enseñanza, se cambió en las escuelas el antiguo sistema por el que hoy rige en las naciones más civilizadas, á cuyo efecto se estableció y se atiende debidamente la Escuela Normal para Profesores, cuyo plantel es uno de los primeros en su género que se han establecido en la República.

«La educación secundaria y profesional, se hace en el Instituto «Juárez» para varones y otro especial para niñas.

«El Gobierno pensiona en uno y otro, á varios alumnos, con los fondos del Erario.

«La Administración de Justicia se halla en manos de un Tribunal Superior que reside en la capital y de Jueces letrados y legos en Durango y los puntos de importancia. En lo federal hay un Juzgado de Distrito, sujeto al Tribunal de Circuito de Chihuahua.

«El Tribunal Superior está compuesto de cinco Magistrados, en lugar de cuatro de que ántes se componía, y se aumentó un segundo Fiscal para que conociera de las causas de segunda instancia.

«Se ventilan frecuentemente negocios de trascendencia, principalmente en lo relativo á minería, y en los fallos brilla siempre la justicia y la discreción.

«Las mejoras materiales han encontrado especial protección en el Gobierno del Sr. General Flores, que es entusiasta por este ramo y emplea con tino é inteligencia la cantidad que el Erario tiene señalada para esto.

«Desde el establecimiento del Ferrocarril Central el Sr. Gobernador de Durango ha procurado con todo empeño unir la capital del Estado con la vía troncal cuya mejora verificada ya, ha proporcionado al Estado inmensas ventajas para la agricultura y comercio y al movimiento en general.

«Desde los primeros años del Gobierno actual, se desaholvó la Acequia Grande, que siendo un pantano insalubre, era causa de frecuentes epidemias. Fué desaholvado haciéndose al mismo tiempo un tajo en su mismo lecho, para dar fácil salida á sus aguas.

«Se han establecido también lavaderos públicos, á donde concurren más de trecientas personas.

«El Ayuntamiento de la capital no ha descuidado el ornato público y á su celo se debe que la ciudad de Durango posea hermosos y artísticos jardines en la plaza de la Constitución y en la plazuela frente al Palacio del Gobierno, lo mismo que la reposición del empedrado y embanquetado de las calles.

«Los ayuntamientos también designan cantidades especiales para este mismo objeto, y así se ha logrado establecer nuevos paseos, muy hermosos, introducir el agua á las poblaciones que carecían de dicho líquido, y procurando en fin, la comodidad, higiene y ornato en cada localidad.

«La hacienda pública se halla bien administrada y los empleados de este ramo, son probos é inteligentes.

«No hay desfalco que lamentar por torpeza ó mal manejo, siendo puntualmente pagadas al vencimiento las quincenas de los servidores de esta Entidad federativa.

«Como en casi todos los demás Estados, la supresión de las alcabalas, no dejó de causar algunos trastornos en las rentas públicas, toda vez que aquella contribución daba regulares rendimientos por el derecho adicional que se había creado en favor de los intereses locales, más las prudentes medidas dictadas por el Sr. Gobernador, la cooperación de la Cámara de Comercio que allí existe y la de la Legislatura; pudieron salvar la crisis hacendaria, é hicieron volver á su marcha ordenada la hacienda pública en el Estado.

«El presupuesto de esta Entidad es muy económico y los ciudadanos que tienen que prestar sus servicios en la Administración, gozan de emolumentos muy bajos, conformándose con ellos para no gravar al tesoro, con cuyo desprendimiento acreditan mejor su patriotismo y se hacen dignos de la gratitud de sus hermanos.

«La Higiene pública está bien atendida y debido á las medidas tomadas por los encargados de este delicado ramo, las epidemias que en otros Estados se han desarrollado, allí no han hecho estrago alguno.

«Los padres de familia que tienen hijos recién na-

EL SEÑOR CORONEL

DIONISIO QUIÑONES

Este caballero amigo nuestro, es uno de los más antiguos y ameritados Jefes del Ejército á quien como justo tributo vamos á reseñar y pálidamente.

El Sr. Quiñones ingresó al Ejército mexicano á las órdenes del inolvidable General Degollado en clase de Subteniente el 13 de Marzo de 1858.

La República en aquel entonces estaba plagada de innumerables guerrillas que sostenían tal ó cual ambición personal que ansiaba el poder de la República. Todo el país estaba revuelto por decirlo así, y las instituciones democráticas y reformistas peligraban por el continuo batallar de los traidores. Nuestro joven biografiado dando pruebas inequívocas de amor á su patria tuvo necesidad de asistir á varios combates en donde aunque joven pudo pesplegar sus grandes dotes militares. El 30 de Diciembre del mismo año ascendió á Teniente; grado que mereció por su conducta y subordinación ejemplar en las filas republicanas.

En la guerra de intervención y del imperio siguió luchando con indómito valor al lado de los caudillos más caracterizados de aquella titánica defensa de nuestra patria.

El 30 de Diciembre de 61 ya era Capitán 1.º de Caballería permanente el Sr. Quiñones, por haber combatido al frente de su escuadrón en diversas escaramuzas, habiendo probado instrucción militar, valor y denuedo al enemigo de la patria á quien se cansó de humillar repetidas veces. En varios cuerpos y al lado de Generales distinguidísimos que así lo certifican anduvo el Capitán Quiñones peleando siempre por la libertad y por la patria, hasta que, el 2 de Diciembre de 64 obtuvo del immaculado Benito Juárez y por su intachable conducta, el grado de Comandante de Escuadrón. Muy á menudo eran recibidos por el Sr. Juárez diferentes informes de los superiores del Comandante Quiñones, que pedían al Supremo Jefe del Estado se sirviera otorgarle el mando de algún cuerpo, y, penetrado Juárez de la lealtad y excelente comportamiento de nuestro biografiado, de su adhesión y civismo por la libertad; como justo premio á sus virtudes cívicas, en 31 de Mayo de 71 el Supremo Gobierno lo ascendió á Teniente Coronel en cuyo puesto llenó fielmente su cometido; y en 12 de Enero de 72 el Sr. General Díaz le expidió la patente de Coronel que fué rivalizada por el Supremo Gobierno en 12 de Marzo de 1881.

Amigo íntimo del Sr. General Porfirio Díaz abrazó desde un principio la causa que amparaba con su sombra la bandera de Tuxtepec, en la cual ayudó de una manera notable y eficaz en diversas comisiones

cidos, están obligados á llevarlos para que los vacunen en el lugar designado en cada localidad, siendo gratuita para el público la inoculación del pus vacuno que se costea con los fondos de los municipios.

«La crasa ignorancia de la clase indígena, que por infundados temores se niega siempre á llevar al Registro Civil á sus hijos y á proporcionar los datos necesarios para el censo, dificultan la formación exacta de la estadística, ramo que el Sr. General Flores no desconoce que debe ser uno de los cuidados de su buen gobierno, máxime en esta época de adelanto en que vivimos. No obstante estas dificultades, en cuanto ha sido posible se le ha dedicado especial atención para la cual, han servido de mucho los informes y datos que han proporcionado á instancias del Gobierno, los Sres. Jefes Políticos.

«Como se vé, por la rápida ojeada que hemos dado sobre la Administración del Sr. General Juan M. Flores, el Estado de Durango, inspirándose en el espíritu de progreso que parece presidir al desenvolvimiento general de la República, no se ha quedado atrás, sino que ha correspondido decididamente al llamamiento al adelanto, á la paz y al bienestar que ha hecho el Sr. General Díaz á todos los buenos mexicanos, desde que con tanto acierto, prudencia y energía se ha dedicado á dirigir los destinos de la patria por la espontánea y decidida voluntad de sus conciudadanos.

«El carácter de los habitantes de Durango, es generoso, franco y hospitalario.

«El Sr. General Flores no ha encontrado tropiezo para gobernar á su Estado, y el pueblo para premiar sus acertados manejos, lo ha reelecto por tercera vez, porque comprende, que nadie mejor que él, que reúne á su inteligencia, el patriotismo más acendrado, puede seguir hasta su conclusión, la noble misión que se ha impuesto de hacer la felicidad del pueblo que le ha encomendado sus destinos.»

Quien como el Sr. General Flores tiene por galardón haber servido á su patria, haber conquistado la paz y extirpado el bandidaje en el Estado que gobierna; quien como él con todo acierto ha podido rendir cuenta exacta de su cometido como mandatario de un pueblo noble como es el de Durango, debe estar tranquilo y satisfecho y dejar que la historia le haga sus honores póstumos, recogiendo su nombre para inscribirlo con caracteres indelebles en el cielo de nuestra patria.

Nosotros nos conformamos con reseñarle pálidamente escribiendo con caracteres de oro en este nuestro pequeño Album el nombre del ameritado militar y probó gobernante Juan M. Flores.

Rizquel Soriano.

de confianza y delicadas. Vino al poder el Sr. General Díaz con el aplauso general de sus conciudadanos, y como era natural, quiso tener á su lado á personas enteramente leales y sinceras de su partido entre los cuales contaba siempre con el ameritado Coronel Sr. Quiñones.

Las agitaciones políticas en el Estado de Tlaxcala no hace mucho tiempo que iban á ser motivo de graves disturbios que hubieran ocasionado el derramamiento de sangre de nuestros hermanos. El pueblo Tlaxcalteca había recogido con santa veneración del eco de sus montañas, el nombre del apreciable Coronel Quiñones, humilde patricio pero lleno de virtudes, laurado de gloria, instruido, probo y capaz para conducir con acierto las riendas del Gobierno. Aquel pueblo noble y levantado vino en masa hasta los dinteles del hogar del Sr. Quiñones á ofrecerle todo su apoyo y contingente si aceptaba la candidatura para Gobernador, hecho que, aunque llenaba de júbilo á nuestro biografiado tuvo necesidad de renunciar, porque no quería ser origen de disturbios políticos y tenía que cumplir con alguna otra misión sagrada y de confianza que le había concedido el Sr. Presidente de la República.

Este rasgo de modestia revela el carácter humilde, sincero y leal del Sr. Coronel Quiñones quien en su hoja de servicios no tiene el más leve extrañamiento y si algunos premios alcanzados durante el tiempo de la intervención y del imperio.

El Sr. General Díaz tuvo una prueba de popularidad de este ameritado Jefe cuando en la capital de la República tratándose de su reelección, el Sr. Quiñones inauguró innumerables círculos y clubs políticos; y estableció varias publicaciones para sostener dicha candidatura.

Fuimos entonces testigos presenciales de que á la sola voz de este estimable y fino Coronel fueran más de 20,000 corazones á estrechar la mano del immaculado y progresista liberal Porfirio Díaz.

¿Para que más detalles del Sr. Quiñones, si por sí solo ha demostrado siempre lo que es: expansivo, franco, valiente, generoso y pródigo en cierta clase de sentimientos que solo poseen los hombres de bien.

Para terminar solo diremos que le basta el timbre glorioso de haber pertenecido á esa brillante constelación de celebridades nacionales que se destacan en el cielo de nuestra Patria en la época memorable de tres años y la Intervención francesa.

A. Ramos,



EL TENIENTE CORONEL

JULIAN MILAN

Imposible que á juzgar por el porte y la simpática atracción que se revela en la cara de este viejo soldado de la República, pudiera uno juzgar que saliera de las filas del pueblo y llegara á encumbrar á la altura en que se encuentra.

En efecto, el Teniente Coronel Julián Milán, sentó plaza de soldado raso el 17 de Abril de 1857; al siguiente día tuvo que encontrarse inmediatamente en un combate de armas reñidísimo que se verificó con la toma de la plaza de Zacatecas, y por cuyo comportamiento digno y valeroso, mereció el ascenso de Cabo, que obtuvo el 1º de Junio del mismo año. En este empleo duró sólo tres meses, pues haciéndose digno del aprecio de sus superiores, mereció el grado de Sargento segundo, que adquirió el 1º de Septiembre del referido año, después de haberse encontrado en la toma de la plaza de San Juan de los Lagos.

Cada día era más notable el comportamiento de nuestro biografiado, el cual, al año justo de haber tomado las armas en defensa de la patria, obtenía el primero de Abril de 1858 el grado de Sargento primero del 1er. cuerpo de caballería «Libres de Potosí» en donde militaba.

A los dos años, cuatro meses y nueve días de desempeñar exactamente este delicado empleo, mereció del Supremo Gobierno el grado de Subteniente de infantería auxiliares, puesto á que se había hecho acreedor sin duda por haberse manejado con toda bizarría en el sitio de la plaza de Guadalajara. En la defensa de las Barrancas de Atenquique en el ataque de la plaza de Zamora y otras mil escaramuzas en donde nuestro biografiado probó su disciplina, su valor y su pericia.

Ya el Sr. Julián Milán pertenecía á graduación superior y el mismo afán por progresar; el amor á su patria y el deseo yehemente de mejorar sus condiciones militares hicieron bien pronto que el entonces Subteniente, después de tres años 11 meses y 6 días de servicio perpetuo, mereciera el grado de Teniente que alcanzó el 16 de Septiembre de 1863 aniversario glorioso de nuestra Independencia.

El Teniente Milán ya se había encontrado en las batallas siguientes en donde se portó como un valiente:

En el ataque á la plaza de México (1858).

En la defensa del puente de Toluotlan.

En el ataque y toma de la plaza de Irapuato.

En 1859, en la batalla de Rincón de Romos contra las fuerzas reaccionarias de Miramón.



Gral. Mariano Ruiz.

Corl. Tomas Borrego

de confianza y delicadas. Vino al poder el Sr. General Díaz con el aplauso general de sus conciudadanos, y como era natural, quiso tener á su lado á personas enteramente leales y sinceras de su partido entre los cuales contaba siempre con el ameritado Coronel Sr. Quiñones.

Las agitaciones políticas en el Estado de Tlaxcala no hace mucho tiempo que iban á ser motivo de graves disturbios que hubieran ocasionado el derramamiento de sangre de nuestros hermanos. El pueblo Tlaxcalteca había recogido con santa veneración del eco de sus montañas, el nombre del apreciable Coronel Quiñones, humilde patricio pero lleno de virtudes, laurado de gloria, instruido, probo y capaz para conducir con acierto las riendas del Gobierno. Aquel pueblo noble y levantado vino en masa hasta los dinteles del hogar del Sr. Quiñones á ofrecerle todo su apoyo y contingente si aceptaba la candidatura para Gobernador, hecho que, aunque llenaba de júbilo á nuestro biografiado tuvo necesidad de renunciar, porque no quería ser origen de disturbios políticos y tenía que cumplir con alguna otra misión sagrada y de confianza que le había concedido el Sr. Presidente de la República.

Este rasgo de modestia revela el carácter humilde, sincero y leal del Sr. Coronel Quiñones quien en su hoja de servicios no tiene el más leve extrañamiento y si algunos premios alcanzados durante el tiempo de la intervención y del imperio.

El Sr. General Díaz tuvo una prueba de popularidad de este ameritado Jefe cuando en la capital de la República tratándose de su reelección, el Sr. Quiñones inauguró innumerables círculos y clubs políticos; y estableció varias publicaciones para sostener dicha candidatura.

Fuimos entonces testigos presenciales de que á la sola voz de este estimable y fino Coronel fueran más de 20,000 corazones á estrechar la mano del immaculado y progresista liberal Porfirio Díaz.

¿Para que más detalles del Sr. Quiñones, si por sí solo ha demostrado siempre lo que es: expansivo, franco, valiente, generoso y pródigo en cierta clase de sentimientos que solo poseen los hombres de bien.

Para terminar solo diremos que le basta el timbre glorioso de haber pertenecido á esa brillante constelación de celebridades nacionales que se destacan en el cielo de nuestra Patria en la época memorable de tres años y la Intervención francesa.

A. Ramos,



EL TENIENTE CORONEL

JULIAN MILAN

Imposible que á juzgar por el porte y la simpática atracción que se revela en la cara de este viejo soldado de la República, pudiera uno juzgar que saliera de las filas del pueblo y llegara á encumbrar á la altura en que se encuentra.

En efecto, el Teniente Coronel Julián Milán, sentó plaza de soldado raso el 17 de Abril de 1857; al siguiente día tuvo que encontrarse inmediatamente en un combate de armas reñidísimo que se verificó con la toma de la plaza de Zacatecas, y por cuyo comportamiento digno y valeroso, mereció el ascenso de Cabo, que obtuvo el 1º de Junio del mismo año. En este empleo duró sólo tres meses, pues haciéndose digno del aprecio de sus superiores, mereció el grado de Sargento segundo, que adquirió el 1º de Septiembre del referido año, después de haberse encontrado en la toma de la plaza de San Juan de los Lagos.

Cada día era más notable el comportamiento de nuestro biografiado, el cual, al año justo de haber tomado las armas en defensa de la patria, obtenía el primero de Abril de 1858 el grado de Sargento primero del 1er. cuerpo de caballería «Libres de Potosí» en donde militaba.

A los dos años, cuatro meses y nueve días de desempeñar exactamente este delicado empleo, mereció del Supremo Gobierno el grado de Subteniente de infantería auxiliares, puesto á que se había hecho acreedor sin duda por haberse manejado con toda bizarría en el sitio de la plaza de Guadalajara. En la defensa de las Barrancas de Atenquique en el ataque de la plaza de Zamora y otras mil escaramuzas en donde nuestro biografiado probó su disciplina, su valor y su pericia.

Ya el Sr. Julián Milán pertenecía á graduación superior y el mismo afán por progresar; el amor á su patria y el deseo yehemente de mejorar sus condiciones militares hicieron bien pronto que el entonces Subteniente, después de tres años 11 meses y 6 días de servicio perpetuo, mereciera el grado de Teniente que alcanzó el 16 de Septiembre de 1863 aniversario glorioso de nuestra Independencia.

El Teniente Milán ya se había encontrado en las batallas siguientes en donde se portó como un valiente:

En el ataque á la plaza de México (1858).

En la defensa del puente de Toluotlan.

En el ataque y toma de la plaza de Irapuato.

En 1859, en la batalla de Rincón de Romos contra las fuerzas reaccionarias de Miramón.



Gral. Mariano Ruiz.

Corl. Tomas Borrego

En la toma de la plaza de Guanajuato.

En la batalla de Calamanda.

En la batalla de Tacubaya el 11 de Abril de 1859.

En la batalla de la Estancia de las Vacas.

En la batalla de Loma-Alta contra las fuerzas conservadoras y en el asalto famoso á la plaza de Guadalajara el 24 de Marzo de 1860.

En la batalla de Silao.

En el sitio de Guadalajara y para mayor honra del que pálidamente venimos biografiando tuvo la dicha de asistir á la batalla del 5 de Mayo de 1862, en Puebla, librada contra los franceses.

En todas estas acciones se manejó con toda bizarría haciendose acreedor á la recomendación de sus superiores, por lo que bien pronto mereció el ascenso de Capitán, cuyo despacho se le extendió con fecha 3 de Septiembre de 1867.

La patria demandaba en aquellos años de luto y exterminio la defensa de sus heroicos hijos, y Milán el primero como patriota y deseoso de derramar su sangre en defensa de la autonomía nacional, siguió prestando sus servicios y concurriendo como buen valiente al ataque de la plaza de Orizaba; al sitio de Puebla en 1863 en donde fué hecho prisionero y deportado á Francia, en cuyo destierro supo saborear con resignación el pan del infortunio pero sin humillarse jamás ante los enemigos de la patria.

Allí vivió casi olvidado de sus hermanos y después de una larga peregrinación en la que sería difícil detallar todas y cada una de las vicisitudes que sufriera el aguerrido Capitán Milán, al fin pudo tornar á la patria que le vió nacer y en donde al pisar sus playas ingresó de nuevo al ejército y empuñó las armas en defensa de la libertad y de su nación.

En efecto, el 12 de Febrero de 1867, ya se hallaba nuevamente nuestro héroe combatiendo contra los traidores en la batalla de la hacienda de la Quemada.

Parece como predestinación del cielo que sólo á los verdaderamente hidalgos y nobles de corazón; á los verdaderamente patriotas que lo son pero sin hacer alarde de ello, cupiera en suerte..... devolver al ambicioso Napoleón III, el cadáver del Archiduque Maximiliano que fué ejecutado en el Cerro de las Campanas, monumento imperedero de nuestra gloria nacional. Pues bien, uno de esos hidalgos verdaderamente patriotas, fué el Capitán Milán que se mantuvo firme en las filas de ataque al sitio de Querétaro hasta la toma de la plaza.

Asistió á la batalla de las cumbres de Costahuacan.

El diligente y pundonoroso Sr. Milán fué llamado á prestar sus servicios en la mayoría de órdenes de la 1ª brigada de la primera división, captán-

dose las simpatías de una manera extraordinaria por su digno comportamiento y cuyo empleo desempeñó con notable acierto durante 7 años, dos meses y 15 días.

El Supremo Gobierno necesitaba tener en el cuerpo de ejército personas de notoria moralidad, de confianza y disciplina y entonces mandó que ingresara al Batallón núm. 24 el Capitán Milán, en cuyo batallón permaneció desde el 6 de Enero de 1870, hasta el 26 de Febrero de 1876.

Su conducta intachable en diversas comisiones que recibió del Gobierno, le hicieron merecedor al grado de comandante de Batallón, que recibió el 20 de Septiembre de 1876. A los tres años ya era primer ayudante de infantería permanente y había prestado sus servicios en el 16 Batallón, en donde se captó las simpatías de sus compañeros de armas.

¡Catorce años y días! de una conducta intachable en el servicio de este empleo, le hicieron acreedor, y muy merecidamente por cierto, al grado de Mayor que obtuvo el 17 de Diciembre de 1887.

Aquí fué donde desplegó nuestro insigne patriota, todos sus conocimientos militares, colocando el batallón 16 en que servía á un grado de moralidad y disciplina dignos del mayor encomio. Sus afanes por la patria; su sangre derramada en los campos de batalla, su invariable rectitud y su fe y amor por los principios liberales que profesa, hicieron comprender al Señor General Porfirio Díaz, uno de sus mejores amigos, que el Mayor Milán era como lo es uno de los más leales servidores de la patria, por lo cual mereció del Supremo Gobierno, el nombramiento de Teniente Coronel del 9º Batallón de línea, uno de los más disciplinados del Ejército Mexicano.

(Empleo obtenido el 27 de Marzo de 1883.)

En su intachable hoja de servicios que tenemos en nuestras manos, aparece también que el Teniente Coronel Milán se batió contra las fuerzas del General Vicente Jiménez en 1871. Que sostuvo la plaza de San Luis Potosí en 1872. Que en 1875 hizo la campaña del Estado de Michoacán, encontrándose en varios combates. Que estuvo en 1876 en la campaña en el Estado de Tamaulipas. Que asistió al asalto de la plaza del mismo Estado. Que estuvo en las batallas de rancho del Mexo y de las Antonias y por último, en 1877 hizo la campaña de los Estados de Guanajuato, Jalisco y Michoacán, concurriendo al combate de Villa-Unión.

Tales son en sinópsis, los servicios prestados á la patria por este viejo republicano que después de haber encanecido entre el fragor de las batallas, ostenta sobre su pecho palpitante los premios y medallas con que la nación ha sabido distinguir á sus más leales servidores.

Durante 38 años de servicios de su carrera mi-

litar, no ha solicitado jamás una licencia; no ha merecido el arresto más pequeño y lejos de cualquiera nota que pudiera avergonzarle; vemos con satisfacción que ha sido un hombre que como se ve ha conquistado paso á paso los grados de una carrera, poseyendo todos los conocimientos, en ordenanza, maniobra, ejercicios é instrucción, que ya le hacen acreedor al despacho de Coronel que el Ejecutivo de la Unión esperamos que le otorgue al Ciudadano modelo, al pundonoroso caballero, al patriota y liberal defensor de nuestras instituciones republicanas: al dignísimo Teniente Coronel Julián Milán.

R. Zамасова.

EL TENIENTE CORONEL

TEOFILO Z. MARTINEZ.

Hay biografías que pueden contenerse en cuatro palabras porque lo expresan todo y por ellas podría venirse en conocimiento de las personas á quien hemos tratado de dar á conocer.

La carrera militar de un hombre que como el Sr. Martínez se ha mantenido firme en los principios que profesa, que ha cumplido con su deber defendiendo á la Patria y que ha derramado su sangre en aras de la democracia y de la libertad, no necesita de extensos artículos ni comentarios, puesto que, hay hechos tan gloriosos y tan dignos que al referirlos, solo traen consigo una epopeya sin igual.

Nuestro deber sería enaltecer debidamente al héroe é inmaculado liberal á quien nos referimos, pero nuestra pluma palidece y se considera incapaz de ir detallando pormenorizadamente el civismo sin límites, el patriotismo sin igual de uno de los republicanos más ilustres y denodados campeones de la libertad con quien México ha contado y contará sin duda para la defensa de su autonomía.

Con razón dijimos al principio de nuestra obra que los dignos militares del ejército debían aceptar nuestra palabras como el testimonio más elocuente de admiración y respeto.

Con ello nos conformamos, y una de las figuras ante quien nos inclinamos con respetuoso silencio que en el presente caso significa mucho, es la de nuestro modesto biografiado, á quien en estas cuatro palabras trataremos de dar á conocer.

De la documentación oficial que tenemos á la vista, quedan justificados los ascensos que merecidamente ha obtenido el Sr. Martínez y los que publicamos en seguida para probar nuestros acertos.

«El Teniente Coronel Teófilo Martínez sirvió

á las órdenes del Sr. General Santiago Vidaurri desde la clase de soldado hasta sargento primero, habiendo estado en las Batallas de Lagos y Agualulco como Alférez, á las órdenes del Sr. Coronel Antonio Santiago, y por desgracia salió en la primera herido gravemente de arma blanca.

Del 58 al 62 estuvo á las órdenes del Sr. General Zaragoza, habiendo asistido á la Batalla en el Estado de San Luis en las Pilas, peleando contra los conservadores. En el sitio de Guadalajara, en la estancia de las Vacas y derrota de Miramón en San Miguel Calpulalpan; en la toma de México, campaña en el Estado de Guerrero contra los reaccionarios á las órdenes del General Ortega, contra el General Tomás Mejía, Cobos y General Márquez, siguiendo la persecución de ellos hasta Jalatlaco, donde fueron completamente derrotados.

En seguida en la Batalla verificada entre Pachuca y Real del Monte, en la cual obtuvieron una victoria espléndida sobre las fuerzas triples en número de los facciosos anti-progresistas, habiendo merecido un Diploma y una medalla de oro. Después entró en la batalla de las cumbres de Acultzingo al mando del C. General en Jefe, Ignacio Zaragoza, donde con honor y gloria defendieron á la Patria contra el Ejército invasor de Francia, en 28 de Abril de 1862.

En 5 de Mayo del mismo año, concurrió á la Batalla librada en el Cerro de Guadalupe contra el Ejército invasor de Francia, mereciendo una condecoración de plata y un diploma. En seguida estuvo en el sitio de Orizaba contra el General Laurences del ejército francés y después á las órdenes del C. General Ortega en el sitio de Puebla; sirvió también á las órdenes del General Pedro Méndez, en las batallas de Tantajuquita y Santa Bárbara, contra el General Dupin siendo herido en la última por sable.

Habiéndose restablecido, se incorporó á las fuerzas del C. General de División, Mariano Escobedo, concurriendo á sus órdenes á las batallas contra el General Tomás Mejía en el Puerto de Matamoros, en la Ciudad de Monterrey contra el Ejército francés y los Generales mexicanos Tinajero y Quiroga. También estuvo en la Batalla de Santa Gertrudis, donde las armas nacionales tuvieron un triunfo completo derrotando á los Generales Olvera y otros que combatían contra el Gobierno establecido, y estuvo con el mismo General Escobedo en las batallas de San Jacinto, derrotando completamente al General Miramón y sus fuerzas, donde las armas mexicanas tuvieron un triunfo completo, habiendo fusilado más de ciento y tantos franceses. Asistió también al sitio de Querétaro, estando siempre filiado en las filas republicanas y al lado del Benemérito de las Américas C. Benito Juárez.

Concluyó esta campaña con la gloria de haber

vuelto á regir los destinos el grande hombre y Benemérito Benito Juárez.

En recompensa de todos estos servicios la Nación que sabe premiar á sus buenos hijos, le ha concedido y conserva con orgullo los siguientes Diplomas:

Diploma del C. Benito Juárez, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, que le da derecho para usar una medalla de oro por haber estado en la Batalla del 20 de Octubre de 1861 entre Pachuca y el Mineral del Monte.

Otro del mismo Presidente por haber concurrido á la batalla verificada el día 28 de Abril de 1862, en las cumbres de Acultzingo, donde las armas mexicanas tuvieron la honra de defender á la Patria y que le da derecho á usar una medalla de plata.

Otro del mismo C. Presidente por haber concurrido á la gloriosa batalla del 5 de Mayo, á las órdenes del C. General Ignacio Zaragoza, Jefe del Ejército de Oriente, y donde cumplió con gloria y honor el santo deber de defender á la Patria, y que le da derecho á usar una medalla de plata.

Otro que como justo tributo le concedió el C. Presidente Benito Juárez á nombre de la República, por haber combatido contra el Ejército Francés y sus aliados, habiendo tenido la gloria de haber salvado la Independencia Nacional, luchando contra la intervención extranjera, y este diploma le hace acreedor á la condecoración de primera clase, cruz de oro.

Documentos que conserva.

Uno de la Secretaría de Guerra y Marina, certificando que sirvió en toda la campaña contra la intervención y el llamado Imperio y que le da derecho á que se le abonen cinco años, seis meses y trece días de tiempo doble de servicios que le corresponden por los que prestó á la República.

Del C. General Lázaro Garza Ayala en que prueba que el C. Teniente Coronel Teófilo Z. Martínez, sirvió con el General Vidaurri desde soldado hasta la clase de Alférez.

Del General Juan N. Cortina en que certifica que el Comandante de Escuadrón Teófilo Z. Martínez se halló en la guerra de Intervención desde el 62 hasta el 67.

Del General F. A. Aguirre en que certifica que el Comandante de Escuadrón Teófilo Z. Martínez prestó sus servicios en la guerra de la Intervención.

Del Coronel José Hipólito Sierra, certificando que el Comandante Teófilo Z. Martínez sirvió á la Brigada de Tamaulipas y tuvo encuentro con el guerrillero Dupin, saliendo herido.

Del Coronel Juan C. Doria, certificando que sirvió en tiempo de la Intervención.

Del Gobernador del Estado de San Luis Potosí,

Juan Bustamante, certificando que sirvió á las fuerzas del Estado.

Del C. Coronel Agustín Alcérreca que certifica que el Comandante Teófilo Martínez combatió á Vidaurri y concurrió á las Batallas de Calpulalpan, Jalatlaco, Pachuca y Real del Monte, que como Ayudante del General Zaragoza marchó á las Batallas de Acultzingo, Cinco de Mayo y Orizaba.

Del Mayor de Ordenes Lorenzo Vega, certificando que combatió en San Miguel Calpulalpan, Jalatlaco, Pachuca y Real del Monte. Con el General Zaragoza á las Batallas de Acultzingo, Cinco de Mayo y Orizaba y combatió en la Frontera distinguiéndose en todos los hechos de armas, donde recibió varias heridas y á la vez fué ascendido á Comandante de Escuadrón y recibió varias condecoraciones.

Del C. Juan E. Guerra, General de Brigada, que certifica que prestó sus servicios en el Plan de la Noria y Batallas de Matapulgas y Zacatecas.

Del General Carlos Díez Gutiérrez, certificando que sirvió en la época del Plan de la Noria y concurrió á las Batallas de Matapulgas y Zacatecas.

Del C. Viviano Hernández, General de Brigada, certificando que el Teniente Coronel Teófilo Z. Martínez se encontró en las Batallas de Matapulgas y Zacatecas.

Del General de División Gerónimo Treviño, certificando que comenzó su carrera en la Guardia Nacional del Estado de Nuevo León, que después tomó parte en la guerra de Reforma y luego en la Intervención francesa hasta la caída del Imperio, y que ha comenzado por rigurosa escala su carrera hasta el grado de Teniente Coronel de Caballería y que en las batallas que ha estado ha recibido varias heridas, así como diplomas y condecoraciones, y su conducta civil y militar ha sido siempre intachable.»

Documentación tan honrosa sirve á nuestro biografiado para acreditar que por rigurosa escala, ha alcanzado hasta el grado de Teniente Coronel que disfruta; que no es el favoritismo quien le hace acreedor para ostentar con orgullo sobre su pecho el merecido galardón y que con razón disfruta tanto en el Ejército como en la opinión particular del Supremo Jefe de la Nación, de la predilección y afecto que alcanzan los hombres de bien.

El Teniente Coronel Martínez es un pundonoroso militar digno de aprecio.

Ha derramado su sangre en defensa de la Independencia de la Patria.

Siempre firme en los principios liberales, ha merecido bien de sus conciudadanos.

La historia de México ha recogido ya su nombre para inscribirlo con letras de diamante en la lista de sus ilustres hijos.

Hé aquí, en cuatro palabras, como lo ofrecimos,

litar, no ha solicitado jamás una licencia; no ha merecido el arresto más pequeño y lejos de cualquiera nota que pudiera avergonzarle; vemos con satisfacción que ha sido un hombre que como se ve ha conquistado paso á paso los grados de una carrera, poseyendo todos los conocimientos, en ordenanza, maniobra, ejercicios é instrucción, que ya le hacen acreedor al despacho de Coronel que el Ejecutivo de la Unión esperamos que le otorgue al Ciudadano modelo, al pundonoroso caballero, al patriota y liberal defensor de nuestras instituciones republicanas: al dignísimo Teniente Coronel Julián Milán.

R. Zамачона.

EL TENIENTE CORONEL
TEOFILO Z. MARTINEZ.

Hay biografías que pueden contenerse en cuatro palabras porque lo expresan todo y por ellas podría venirse en conocimiento de las personas á quien hemos tratado de dar á conocer.

La carrera militar de un hombre que como el Sr. Martínez se ha mantenido firme en los principios que profesa, que ha cumplido con su deber defendiendo á la Patria y que ha derramado su sangre en aras de la democracia y de la libertad, no necesita de extensos artículos ni comentarios, puesto que, hay hechos tan gloriosos y tan dignos que al referirlos, solo traen consigo una epopeya sin igual.

Nuestro deber sería enaltecer debidamente al héroe é inmaculado liberal á quien nos referimos, pero nuestra pluma palidece y se considera incapaz de ir detallando pormenorizadamente el civismo sin límites, el patriotismo sin igual de uno de los republicanos más ilustres y denodados campeones de la libertad con quien México ha contado y contará sin duda para la defensa de su autonomía.

Con razón dijimos al principio de nuestra obra que los dignos militares del ejército debían aceptar nuestra palabras como el testimonio más elocuente de admiración y respeto.

Con ello nos conformamos, y una de las figuras ante quien nos inclinamos con respetuoso silencio que en el presente caso significa mucho, es la de nuestro modesto biografiado, á quien en estas cuatro palabras trataremos de dar á conocer.

De la documentación oficial que tenemos á la vista, quedan justificados los ascensos que merecidamente ha obtenido el Sr. Martínez y los que publicamos en seguida para probar nuestros acertos.

«El Teniente Coronel Teófilo Martínez sirvió

á las órdenes del Sr. General Santiago Vidaurri desde la clase de soldado hasta sargento primero, habiendo estado en las Batallas de Lagos y Agualulco como Alferez, á las órdenes del Sr. Coronel Antonio Santiago, y por desgracia salió en la primera herido gravemente de arma blanca.

Del 58 al 62 estuvo á las órdenes del Sr. General Zaragoza, habiendo asistido á la Batalla en el Estado de San Luis en las Pilas, peleando contra los conservadores. En el sitio de Guadalajara, en la estancia de las Vacas y derrota de Miramón en San Miguel Calpulalpam; en la toma de México, campaña en el Estado de Guerrero contra los reaccionarios á las órdenes del General Ortega, contra el General Tomás Mejía, Cobos y General Márquez, siguiendo la persecución de ellos hasta Jalatlaco, donde fueron completamente derrotados.

En seguida en la Batalla verificada entre Pachuca y Real del Monte, en la cual obtuvieron una victoria espléndida sobre las fuerzas triples en número de los facciosos anti-progresistas, habiendo merecido un Diploma y una medalla de oro. Después entró en la batalla de las cumbres de Acultzingo al mando del C. General en Jefe, Ignacio Zaragoza, donde con honor y gloria defendieron á la Patria contra el Ejército invasor de Francia, en 28 de Abril de 1862.

En 5 de Mayo del mismo año, concurrió á la Batalla librada en el Cerro de Guadalupe contra el Ejército invasor de Francia, mereciendo una condecoración de plata y un diploma. En seguida estuvo en el sitio de Orizaba contra el General Laurences del ejército francés y después á las órdenes del C. General Ortega en el sitio de Puebla; sirvió también á las órdenes del General Pedro Méndez, en las batallas de Tantajuquita y Santa Bárbara, contra el General Dupin siendo herido en la última por sable.

Habiéndose restablecido, se incorporó á las fuerzas del C. General de División, Mariano Escobedo, concurriendo á sus órdenes á las batallas contra el General Tomás Mejía en el Puerto de Matamoros, en la Ciudad de Monterrey contra el Ejército francés y los Generales mexicanos Tinajero y Quiroga. También estuvo en la Batalla de Santa Gertrudis, donde las armas nacionales tuvieron un triunfo completo derrotando á los Generales Olvera y otros que combatían contra el Gobierno establecido, y estuvo con el mismo General Escobedo en las batallas de San Jacinto, derrotando completamente al General Miramón y sus fuerzas, donde las armas mexicanas tuvieron un triunfo completo, habiendo fusilado más de ciento y tantos franceses. Asistió también al sitio de Querétaro, estando siempre filiado en las filas republicanas y al lado del Benemérito de las Américas C. Benito Juárez.

Concluyó esta campaña con la gloria de haber

vuelto á regir los destinos el grande hombre y Benemérito Benito Juárez.

En recompensa de todos estos servicios la Nación que sabe premiar á sus buenos hijos, le ha concedido y conserva con orgullo los siguientes Diplomas:

Diploma del C. Benito Juárez, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, que le da derecho para usar una medalla de oro por haber estado en la Batalla del 20 de Octubre de 1861 entre Pachuca y el Mineral del Monte.

Otro del mismo Presidente por haber concurrido á la batalla verificada el día 28 de Abril de 1862, en las cumbres de Acultzingo, donde las armas mexicanas tuvieron la honra de defender á la Patria y que le da derecho á usar una medalla de plata.

Otro del mismo C. Presidente por haber concurrido á la gloriosa batalla del 5 de Mayo, á las órdenes del C. General Ignacio Zaragoza, Jefe del Ejército de Oriente, y donde cumplió con gloria y honor el santo deber de defender á la Patria, y que le da derecho á usar una medalla de plata.

Otro que como justo tributo le concedió el C. Presidente Benito Juárez á nombre de la República, por haber combatido contra el Ejército Francés y sus aliados, habiendo tenido la gloria de haber salvado la Independencia Nacional, luchando contra la intervención extranjera, y este diploma le hace acreedor á la condecoración de primera clase, cruz de oro.

Documentos que conserva.

Uno de la Secretaría de Guerra y Marina, certificando que sirvió en toda la campaña contra la intervención y el llamado Imperio y que le da derecho á que se le abonen cinco años, seis meses y trece días de tiempo doble de servicios que le corresponden por los que prestó á la República.

Del C. General Lázaro Garza Ayala en que prueba que el C. Teniente Coronel Teófilo Z. Martínez, sirvió con el General Vidaurri desde soldado hasta la clase de Alferez.

Del General Juan N. Cortina en que certifica que el Comandante de Escuadrón Teófilo Z. Martínez se halló en la guerra de Intervención desde el 62 hasta el 67.

Del General F. A. Aguirre en que certifica que el Comandante de Escuadrón Teófilo Z. Martínez prestó sus servicios en la guerra de la Intervención.

Del Coronel José Hipólito Sierra, certificando que el Comandante Teófilo Z. Martínez sirvió á la Brigada de Tamaulipas y tuvo encuentro con el guerrillero Dupin, saliendo herido.

Del Coronel Juan C. Doria, certificando que sirvió en tiempo de la Intervención.

Del Gobernador del Estado de San Luis Potosí,

Juan Bustamante, certificando que sirvió á las fuerzas del Estado.

Del C. Coronel Agustín Alcérreca que certifica que el Comandante Teófilo Martínez combatió á Vidaurri y concurrió á las Batallas de Calpulalpam, Jalatlaco, Pachuca y Real del Monte, que como Ayudante del General Zaragoza marchó á las Batallas de Acultzingo, Cinco de Mayo y Orizaba.

Del Mayor de Ordenes Lorenzo Vega, certificando que combatió en San Miguel Calpulalpam, Jalatlaco, Pachuca y Real del Monte. Con el General Zaragoza á las Batallas de Acultzingo, Cinco de Mayo y Orizaba y combatió en la Frontera distinguiéndose en todos los hechos de armas, donde recibió varias heridas y á la vez fué ascendido á Comandante de Escuadrón y recibió varias condecoraciones.

Del C. Juan E. Guerra, General de Brigada, que certifica que prestó sus servicios en el Plan de la Noria y Batallas de Matapulgas y Zacatecas.

Del General Carlos Díez Gutiérrez, certificando que sirvió en la época del Plan de la Noria y concurrió á las Batallas de Matapulgas y Zacatecas.

Del C. Viviano Hernández, General de Brigada, certificando que el Teniente Coronel Teófilo Z. Martínez se encontró en las Batallas de Matapulgas y Zacatecas.

Del General de División Gerónimo Treviño, certificando que comenzó su carrera en la Guardia Nacional del Estado de Nuevo León, que después tomó parte en la guerra de Reforma y luego en la Intervención francesa hasta la caída del Imperio, y que ha comenzado por rigurosa escala su carrera hasta el grado de Teniente Coronel de Caballería y que en las batallas que ha estado ha recibido varias heridas, así como diplomas y condecoraciones, y su conducta civil y militar ha sido siempre intachable.»

Documentación tan honrosa sirve á nuestro biografiado para acreditar que por rigurosa escala, ha alcanzado hasta el grado de Teniente Coronel que disfruta; que no es el favoritismo quien le hace acreedor para ostentar con orgullo sobre su pecho el merecido galardón y que con razón disfruta tanto en el Ejército como en la opinión particular del Supremo Jefe de la Nación, de la predilección y afecto que alcanzan los hombres de bien.

El Teniente Coronel Martínez es un pundonoroso militar digno de aprecio.

Ha derramado su sangre en defensa de la Independencia de la Patria.

Siempre firme en los principios liberales, ha merecido bien de sus conciudadanos.

La historia de México ha recogido ya su nombre para inscribirlo con letras de diamante en la lista de sus ilustres hijos.

Hé aquí, en cuatro palabras, como lo ofrecimos,

la pálida reseña de un humilde soldado de la República, que está llamado á figurar donde lo tienen su patriotismo y las virtudes cívicas que posee.

Felicitemos al Sr. Teniente Coronel Teófilo Z. Martínez.

Félix Pedruza,

EL SR. CAPITAN

JUAN ESCARZAGA

¿En dijimos al comienzo de esta obra, que nuestro deseo era llenar un vacío imperdonable en nuestra Historia Nacional, porque ¿cuántos habría que en su calidad de subalternos prestarían importantes servicios que no estaban reconocidos ni apreciados suficientemente?

El Sr. Capitán Escarzaga es nada menos una de las personas á quien precisamente nos referimos, pues merece por los servicios que ha prestado á su patria, inmarcesible corona de gloria y ostentar sobre su pecho merecido galardón.

El Capitán 1.º de caballería, en receso, C. Juan Escarzaga, concurrió á la defensa de la plaza de Durango contra las fuerzas reaccionarias el 11 de Septiembre de 1859.

Derrotó á dichas fuerzas el 12 del mismo mes y año, militando á las órdenes del inmaculado General Borrego y fué digno su comportamiento por su temerario valor, en la batalla de San Ignacio, Durango, á las órdenes del Comandante Francisco Esparza. Salido de las filas de soldado, ya en la clase de Subteniente, del batallón «Libres de Chihuahua» concurrió al sitio de Guadalajara dado por el bizarro General D. Santos Degollado.

Nuestro biografiado se encontró también en la batalla del Puente de Colotlán, en Jalisco por el mismo General Degollado, contra Miramón y Márquez; en el asalto y toma de Irapuato y como su conducta era intachable, su valor temerario, y su actividad, incomparable fué nombrado 2.º ayudante del Regimiento «Lanceros de Durango», con cuyo empleo ó encargo concurrió á la batalla de Santa Bárbara en Nazas en Febrero de 1860.

Estuvo en las batallas del Pasaje y la Flor, los días 3, 4 y 5 de Mayo de 1860, á las órdenes del amantísimo General D. Pedro Hinojosa uno de los veteranos más grandes de la República. En Julio de 1862 marchó en la Brigada de Durango á incorporarse al ejército de Oriente que se organizaba en Puebla, para repeler la invasión francesa, concurriendo á las funciones de armas libradas por el General Alatorre contra los franceses en Tehuacán de las granadas, los Re-

yes y Quecholac, en cuyos lugares se conquistó Escarzaga la estimación de sus superiores y una recomendación muy particular que se hizo de su comportamiento al Gobierno del Sr. Juárez.

Con dicha recomendación obtuvo el grado de Capitán, con el que asistió á la defensa de la Plaza de Puebla, los primeros 29 días del sitio puesto por el ejército francés, saliendo después de ese tiempo á las órdenes del General O'Horán á la batalla de San Lorenzo y en la que libró solo su Cuerpo en San Pablo del Monte contra el ejército francés.

En 1864 marchó sobre la plaza de Monterrey á someter la sublevación de Don Santiago Vidaurri. En Septiembre del mismo año, concurrió á la batalla en el Cerro de Majoma, y habíamos olvidado que, en Agosto de 1863, asistió al combate y derrota en la hacienda de la Labor (Estado de Durango) de algún jefe imperialista de altísima graduación.

La sola enumeración de estas campañas ¿no prueban los buenos servicios que el Capitán Escarzaga ha prestado á la patria en defensa de la libertad?

¿No ameritan con demasía, todos estos hechos gloriosos, lo suficiente para que Escarzaga tuviese en el ejército una alta graduación?

Indudablemente que sí; pero la modestia de nuestro pundonoroso biografiado ha hecho que, permanezcan ignorados por su omisión en el corazón de sus compatriotas tan dignos servicios.

Como lo decimos en el prospecto de nuestra obra, «venimos á reivindicar los derechos de nuestros héroes, cualquiera que sea su graduación» y el Capitán 1.º de caballería Juan Escarzaga es un héroe; es un buen liberal, es un lejítimo patriota digno de alabanza y estimación. Jamás ha defecionado á su partido y desde 1858 á la presente fecha, como leal servidor de gobierno de la República, aun tiene su espada al cinto como la ha tenido dispuesta siempre, para defender, como ha defendido la paz, la autonomía y la libertad de su patria.

Bien haya el humilde hijo de la República á quien lijeramente bosquejamos.

Felicitemos sinceramente y con todo respeto al que después de tantos servicios es tan solo Capitán 1.º de caballería en receso: al caballero amigo nuestro D. Juan Escarzaga.

F. Lazúrtegui.

EL SEÑOR CORONEL

IGNACIO LODOZA

En 1892 en la interesante publicación titulada «Revista Militar Mexicana» leemos lo siguiente que publicó el delicado escritor Sr. Lic. Octavio Mancera:

«Nos falta desgraciadamente de Lodoza, su hoja de servicios.

Lo que de él digamos por tanto, faltará de tono, de colorido y de expresión, pues que desconocemos sus hechos de armas, que son muchos, sabemos, y heroicos algunos de ellos. Cuando con fin de hacer de él un boceto ó una semblanza, pedímosle en atenta circular, su retrato más reciente y con traje militar, y copia simple de su hoja de servicios; el primero, no con uniforme, ni para ser publicado, dedícoló como muestra de estimación á nuestro director; pero por ningún estilo consintió, no obstante las reiteradas y posteriores instancias nuestras, en enviarnos aquel documento; porque, decía en su carta: «por un error propio de la edad y de la ignorancia consiguiente, protesté en Francia hallándome prisionero, no hacer armas contra el Gobierno establecido en México; y lo hice, como único medio de volver á mi patria á continuar, como continué inmediatamente, la guerra contra la Intervención y el llamado Imperio. Esa protesta me arrebató mi servicios por la libertad por la Patria que son mi mejor timbre de orgullo; y mi hoja; como queda ya no vale la pena de que vd. se ocupe de ella..... Respecto á mi retrato, no siendo tampoco necesario, no va, pues á completar la magnífica idea de vd., sino que va á demostrar al caballero amigo, que soy ajeno á todo egoísmo, dedicándoselo como una demostración de simpatía y del afecto que me inspira.»

Se juramentaron muchos, con el mismo noble fin de volver á la defensa de su patria.

Aquel rasgo; y las frases de su carta, que obedecen á convicción formada bastan solas para pintar á un hombre; y es él su mejor apología. Las circunstancias particulares que lo determinaron á prestar esa protesta, lo rehabilitan.

En las breves palabras que nos dirigió se adivina el temple de alma del soldado pundonoroso y de convicciones; abnegado y leal al mismo tiempo, hasta para creerse manchado para con los suyos; pero que, aunque así fuera, despreció el estigma que se echara encima á trueque de luchar por redimir su Patria de las garras del codicioso invasor. Creó una mancha en su honra de soldado la que precisamente y juzgándolo bien y por pechos de agradecidos mexicanos, viene á dar realce á su patriotismo. Júzguelo mal el invasor si le parece; llámele como le plazca, que nosotros, y todo el que sienta arder y circular sangre mexicana en sus venas, tendrá en los labios, para Lodoza, frases de disimulo y de elogio, y en el corazón un sentimiento de simpatía y deseos de darle franco apretón de manos.

No quiso su libertad, para gozar de ella, sino que ansiola no más que para emplearla, como la había empleado antes, como la sigue empleando, en defen-

der á su patria en peligro; por su carácter aguerrido, por su patriotismo quiso ser liberal para arrojar del suelo de sus padres y suyo propio al ejército extranjero, que hacía guerra, mandado por el torpe soberano usurpador de coronas, Napoleón III, conocido mejor por «El Pequeño»; pequeño moralmente, pequeño por sus errores á diferencia de su augusto tío «Napoleón», grande por cualquier lado que se le examine; Augusto, prominente, célebre, rayano, puede decirse en lo sublime.

¿Podrá tacharse á Lodoza de que engañara al extranjero, que nos estaba asediando? De que rompiera sus cadenas, para batir sus alas rumbo á América, y presentarse á derramar su sangre ofreciéndola en holocausto, si preciso hubiese sido, por el porvenir de la patria y por su libertad amenazada? ¿Estuvo mal que se hubiese juramentado? Creemos, más, aún, estamos seguros de que nó. Su juramento fué dictado por la conciencia de su deber. Lo que en su preocupación es una mancha, se desvanece si se atiende, como de atenderse es, á la causa determinante, á lo que hizo por los suyos. Ese acto lo pone muy por encima de necias preocupaciones y le vale tanto más para su prestigio militar, que el humo de cien batallas.

Y por eso es que, no prescindiremos, aunque nos falte su hoja de servicios, falta que mucho lamentamos, de dar siquiera sea no más que su fotografía, pero en sitio preferente y formando parte de la Galería de jefes ameritados que ya hemos empezado; con algunas mal escritas líneas que tiendan á justificar que no erramos en la elección del retrato de jefe del ejército, que hoy por hoy va á decorar las columnas de la ILUSTRACIÓN.

Sin ese referido documento, uno que otro de sus datos biográficos nos son conocidos, pero uno de ellos el que menos vale para el interesado, el ya tratado es, en sana filosofía, el ó de los más salientes que el ilustre soldado en larga y fatigosa lucha por su patria y prolongado tiempo de servicios, cuenta.

Es soldado viejo; se encontró en las más importantes acciones de guerra de la Intervención y estuvo también prodigando su persona y su valor en la guerra de Reforma.

Ha servido en distintos cuerpos, sintiéndolo al cambiar de empleo, sus compañeros y sus subordinados; pues que al valor, denuedo y bizarría del militar reúne la dulzura, la abierta franqueza y la lealtad sin tacha del caballero.

Es hoy un jefe que presta sus servicios en la 7.ª zona.

Ama las letras; cuando sus atenciones de cuartel lo dejan un tanto, lo veréis en su escritorio, sobre un libro, militar y generalmente, si no científico, acopiando conocimientos y enriqueciendo su saber.

No es por ende, un hombre vulgar; al contrario,

de mucha ilustración, de grandes aptitudes y de recto juicio."

Octavio Mancera.

A lo anteriormente dicho por el Lic. Mancera, poco tendríamos que agregar, puesto que la conducta inmaculada de nuestro biografiado, se revela en lo anteriormente escrito.

Nosotros, que sí tenemos la brillante hoja de servicios del caballeroso Coronel Lodoza, podemos asegurar á nuestros lectores que tiene conquistada inmarcesible palma de inmortalidad por las siguientes acciones de guerra:

«Azogueros.»

Loma Alta.

Peñuelas.

Silao.

Calpulalpam.

Sitio de Guadalajara.

Campaña de la Sierra de Querétaro que concluyó con la derrota de Taboada en Cadereyta.

En San Cosme y al lado del General Ignacio Mejía, resistió el ataque de 800 caballos.

Batalla de Jalatlaco.

Combate frente á Orizaba contra los franceses.

Defensa de la Plaza de Puebla contra los mismos.

Escaramuza en la Laguna de Tlahualilo contra los traidores.

Defensa de Zacatecas contra Miramón, encontrándose en el pequeño grupo que defendía al Sr. Juárez y su gabinete.

Sitio y ocupación de Querétaro.

Batalla de Atexcal.

Defensa de San Luis Potosí contra el Imperio.

Defensa de la Plaza de Zacatecas contra el General García de la Cadena.

Escaramuza en «Unión de Adobes.»

Tales son en sinópsis los hechos de armas más notables de nuestro insigne biografiado á quien ligeramente hemos bosquejado.

Amigo leal y sincero se ha captado la estimación del Supremo Gobierno en diferentes épocas, desempeñando la Mayoría de Plaza, cargo delicado y de confianza. Jefe del E. M., Jefe interino de Armas y multitud de comisiones de la Mayor confianza. En su destierro en París hacía circular entre sus camaradas un periódico manuscrito, con caricaturas, procurando sostener y conservar la dignidad de México.

Volvió después de su protesta á que nos hemos anteriormente referido; pero con la aclaración que faltó hacer al Sr. Mancera de que Lodoza la había hecho siempre que Europa entera reconociese el llamado Imperio.

¡Pero para qué extendernos en más detalles acer-

ca de la carrera militar del Coronel Lodoza, si lo dicho basta para comprender que ha sido un leal servidor del Gobierno, un pundonoroso militar, un liberal que ha sostenido la integridad de su territorio y un ciudadano que ha merecido el bien de la Patria?

El Sr. General Díaz que tiene conocimiento del valer de tan ameritado militar, creemos que muy prontamente utilizará sus servicios en bien de la nación, recompensándolos en puestos más elevados del que actualmente desempeña.

Abelardo Quintana.

GENERAL DE DIVISION SOSTENES ROCHA

BOCETO

«Es difícil que haya no sólo en el país, sino en el mundo entero, en la actualidad, un hombre de armas que cuente tantos combates.» Dice un biógrafo de Rocha.

Quien sabe si sea cierto; pero lo que si no hay que dudar, es que, pocos hombres de la generación actual han sido tan valientes, tan atraviarios y que, como el General Sostenes Rocha, corrieran tantas aventuras.

Le gusta al General la empresa no sólo porque por su profesión debe afrontarla, ni porque en su alto puesto deba acometerla, sino porque cuando joven siendo Subteniente, gusta hoy aún, de provocarla.

Tenía yo pocos años y era Alumno (Cadete del Colegio) cuando una bala que no debió tirarse, partió de entre las filas y atravesó la tabla del pescuezo del caballo que montaba el General. Mandaba éste las tropas de la guarnición de México, que hacían un simulacro.

Parecióle al General cosa corriente, lo ocurrido, ó, como á César, al desembarcar y dar por tierra, en Africa, le pareció prudente conjurar cualquier agüero con un dicho: «Me parece, dijo, que el simulacro es digno de mí: corre la sangre.»

César dijo: «Africa, te tengo asida.»

No volvió á hacerse allí mención de aquel suceso; pero, como fuera que algún impertinente de aquellos que en los simulacros, los banquetes, y en plena paz están dispuestos para dar la vida por sus corifeos, dijese al General, á voz en cuello: «que lo de la bala fué traición que se le había hecho, (al General), y que su tropa había querido asesinarle por orden superior;» el General, gritando, dijo: «Eso es mentira! Mis soldados no tiran contra mí: y ustedes todos van á verlo.»

Mandó distribuir á toda la tropa munición de

guerra; número desigual de cartuchos á cada uno; indiferente el número, como que no pudiera averiguarse quien quemaba algunos cartuchos; mandó distribuirles más parque de ejercicio, cargar con este y hacer un fuego por hileras, y luego á discreción en una línea de tres mil y tantos infantes. Recorrióla el General del uno al otro costado, á distancia de veinte á treinta pasos y frente á ella, repitiendo sus paseos, hasta que se agotó el último tiro.

Mandó entonces tocar alto, y entre la aclamación y vivas de la tropa, se retiró seguido de su escolta de caballería á ocupar su puesto de batalla y mando.

Como para el más grande Capitán del mundo, no se había fundido hasta ese entonces, el proyectil que hubiera de matarle.

Sucedió también aquella tarde un incidente que si bien pequeño, era de aquellos, que, como toda una batalla, ofrecen peligro eminentísimo, y que, sin embargo, y por innecesarios son oscuros, y conducen á las veces á un fin tragico y á un olvido el más completo.

Para reemplazar el caballo que le habían matado al General, trajéronle un hermoso colorado, inquieto, brioso, asustadizo. Los amigos del General en Jefe creyeron que debían probarlo á ver si el caballo estaba en condiciones de ser montado. Ninguno allí lo conocía,

El General Cosío Pontones es jinete; es campirano; de los más cumplidos jefes de caballería. Trepó de un salto al lomo del corcel; pero este arqueando el cuerpo, plegándose á las ancas, arrojando espuma y caído á los jarretes, dió un salto furibundo, azotándose en las rocas, para atrás, de espaldas sobre su jinete.....

Fué milagro que nadie se explicó; pero el jinete y el caballo, levantaron vivos de esa caída.

Cien caballos buenos, hermosos, mansos, le ofrecieron al punto al General, que con estoica calma había seguido aquella escena; pero él con voz de mando, imperiosamente dijo: «Montaré el que tiró á Pepe.» (llamaba así á Cosío Pontones.)

Hizolo como lo dijo y concluyó en él la fatiga.

De Alejandro el Magno se cuenta cosa igual, hecha por él, cuando aún no era el aquilón, azote de la Persia; y con su inmortal guerra del Oriente, y como por aquellos países á galope, y á través de muchos siglos, ha llegado hasta nosotros el «Bucéfalo.»

Bucefalia es monumento histórico del hípico recuerdo.

No había en aquellos días popularidad, ni reputación más grande que las del General, en el ejército. Los políticos, le velan con miedo y con admiración. Su figura, su nombre, su presencia marcial, iban unidas á otros nombres: Lo de Oveja, La Bufa, (Za-

catetas) Ciudadela, Tampico, San Loreuzo, formábanle cortejo y una aureola.

Su figura militar era figura legendaria.

La idea de su individualidad y la de la guerra, por asociación indisoluble, estaban tan unidas, que no podía pensarse en la una, sin imaginarse la otra.

Su voz de trueno era cañón, que como los del consulado hacía «reclamo» y era como la señal de cita y orden de acudir, de los guerreros.

Montado en su caballo; mandando á sus soldados no hallareis, después de Molke, soldado tan cumplido, tan cabal, tan hermoso y tan completo.

Su corpulencia, como la de Mirabeau, es también macisa y es cuadrada; sus mejillas son altas, abultadas en los pómulos los cuales con la ceja huesosa y bien poblada y prominente forman una cuenca ancha y profunda en cuyo fondo, como centelleo de hoja de sable herida por el sol, como fulgor eléctrico de tempestad, rebullense dos ojos—pequeños más que grandes,—algo oscuros; pero con un fondo opalino, como el de esas piedras que producen visos, y á las que, por su semejanza con los irrisados ojos de los tigres, dan tal nombre: los del General, sus ojos son de león! Sus facciones son abultadísimas, gruesas, son muy grandes. Parecen propias, como para modelarse en bronce y elevarse sobre pedestal.

Sobre el caballo, el General, frente á su tropa, le creis en una altura; crece á vuestros ojos. Su voz tiene algo de rugido. Sus ojos no ven solo á sus soldados; persistentemente los vereis clavados en el horizonte, como si á los dilatados negros poros de la nariz, quisieran ayudarle á encontrar la luz de una fogata, el humo de un disparo ó polvo de las avanzadas. Frente á la tropa, al General, le falta sólo el enemigo! Nació para pelear.

«Los Generales, no los hago yo; los hace la victoria» decía Napoleón á un cortesano, que quería calzarse espuelas en la alfombra. Qué pocos Capitanes son, los que, como Napoleón decía, los hace la victoria! Pero nuestro Rocha es de estos.

No siendo más que Coronel, toma á Chihuahua; distinguese en Santa Gertrudis, y, por su lado, cada cual, y sus dos jefes piden su Despacho, Terrazas por lo de Chihuahua; el vencedor de Reyes, Escobedo, por Santa Gertrudis; y uno y otro, distantes entre sí, como de común acuerdo. Recibió entonces el Grado.

Por lo del «Cimatario», el 27 de Abril del año de 67, cubriéndose de gloria, y dándola á su patria, sobre el propio campo recibió el Empleo.

Montesinos, Doria, Cázares y Yepes con 2,000 escasos hombres, batiendo, acribillando; materialmente empujando, sepultando, corriendo y arrojando á 7,000 imperialistas en Querétaro, compartiendo con su General los honores de aquel triunfo. La Nación les vive agradecida.

de mucha ilustración, de grandes aptitudes y de recto juicio."

Octavio Mancera.

A lo anteriormente dicho por el Lic. Mancera, poco tendríamos que agregar, puesto que la conducta inmaculada de nuestro biografiado, se revela en lo anteriormente escrito.

Nosotros, que sí tenemos la brillante hoja de servicios del caballeroso Coronel Lodoza, podemos asegurar á nuestros lectores que tiene conquistada inmarcesible palma de inmortalidad por las siguientes acciones de guerra:

«Azogueros.»

Loma Alta.

Peñuelas.

Silao.

Calpulalpam.

Sitio de Guadalajara.

Campaña de la Sierra de Querétaro que concluyó con la derrota de Taboada en Cadereyta.

En San Cosme y al lado del General Ignacio Mejía, resistió el ataque de 800 caballos.

Batalla de Jalatlaco.

Combate frente á Orizaba contra los franceses.

Defensa de la Plaza de Puebla contra los mismos.

Escaramuza en la Laguna de Tlahualilo contra los traidores.

Defensa de Zacatecas contra Miramón, encontrándose en el pequeño grupo que defendía al Sr. Juárez y su gabinete.

Sitio y ocupación de Querétaro.

Batalla de Atexcal.

Defensa de San Luis Potosí contra el Imperio.

Defensa de la Plaza de Zacatecas contra el General García de la Cadena.

Escaramuza en «Unión de Adobes.»

Tales son en sinópsis los hechos de armas más notables de nuestro insigne biografiado á quien ligeramente hemos bosquejado.

Amigo leal y sincero se ha captado la estimación del Supremo Gobierno en diferentes épocas, desempeñando la Mayoría de Plaza, cargo delicado y de confianza. Jefe del E. M., Jefe interino de Armas y multitud de comisiones de la Mayor confianza. En su destierro en París hacía circular entre sus camaradas un periódico manuscrito, con caricaturas, procurando sostener y conservar la dignidad de México.

Volvió después de su protesta á que nos hemos anteriormente referido; pero con la aclaración que faltó hacer al Sr. Mancera de que Lodoza la había hecho siempre que Europa entera reconociese el llamado Imperio.

¡Pero para qué extendernos en más detalles acer-

ca de la carrera militar del Coronel Lodoza, si lo dicho basta para comprender que ha sido un leal servidor del Gobierno, un pundonoroso militar, un liberal que ha sostenido la integridad de su territorio y un ciudadano que ha merecido el bien de la Patria?

El Sr. General Díaz que tiene conocimiento del valer de tan ameritado militar, creemos que muy prontamente utilizará sus servicios en bien de la nación, recompensándolos en puestos más elevados del que actualmente desempeña.

Abelardo Quintana.

GENERAL DE DIVISION SOSTENES ROCHA

BOCETO

«Es difícil que haya no sólo en el país, sino en el mundo entero, en la actualidad, un hombre de armas que cuente tantos combates.» Dice un biógrafo de Rocha.

Quien sabe si sea cierto; pero lo que si no hay que dudar, es que, pocos hombres de la generación actual han sido tan valientes, tan atraviarios y que, como el General Sostenes Rocha, corrieran tantas aventuras.

Le gusta al General la empresa no sólo porque por su profesión debe afrontarla, ni porque en su alto puesto deba acometerla, sino porque cuando joven siendo Subteniente, gusta hoy aún, de provocarla.

Tenía yo pocos años y era Alumno (Cadete del Colegio) cuando una bala que no debió tirarse, partió de entre las filas y atravesó la tabla del pescuezo del caballo que montaba el General. Mandaba éste las tropas de la guarnición de México, que hacían un simulacro.

Pareció al General cosa corriente, lo ocurrido, ó, como á César, al desembarcar y dar por tierra, en Africa, le pareció prudente conjurar cualquier agüero con un dicho: «Me parece, dijo, que el simulacro es digno de mí: corre la sangre.»

César dijo: «Africa, te tengo asida.»

No volvió á hacerse allí mención de aquel suceso; pero, como fuera que algún impertinente de aquellos que en los simulacros, los banquetes, y en plena paz están dispuestos para dar la vida por sus corifeos, dijese al General, á voz en cuello: «que lo de la bala fué traición que se le había hecho, (al General), y que su tropa había querido asesinarle por orden superior;» el General, gritando, dijo: «Eso es mentira! Mis soldados no tiran contra mí: y ustedes todos van á verlo.»

Mandó distribuir á toda la tropa munición de

guerra; número desigual de cartuchos á cada uno; indiferente el número, como que no pudiera averiguarse quien quemaba algunos cartuchos; mandó distribuirles más parque de ejercicio, cargar con este y hacer un fuego por hileras, y luego á discreción en una línea de tres mil y tantos infantes. Recorrióla el General del uno al otro costado, á distancia de veinte á treinta pasos y frente á ella, repitiendo sus paseos, hasta que se agotó el último tiro.

Mandó entonces tocar alto, y entre la aclamación y vivas de la tropa, se retiró seguido de su escolta de caballería á ocupar su puesto de batalla y mando.

Como para el más grande Capitán del mundo, no se había fundido hasta ese entonces, el proyectil que hubiera de matarle.

Sucedió también aquella tarde un incidente que si bien pequeño, era de aquellos, que, como toda una batalla, ofrecen peligro eminentísimo, y que, sin embargo, y por innecesarios son oscuros, y conducen á las veces á un fin tragico y á un olvido el más completo.

Para reemplazar el caballo que le habían matado al General, trajéronle un hermoso colorado, inquieto, brioso, asustadizo. Los amigos del General en Jefe creyeron que debían probarlo á ver si el caballo estaba en condiciones de ser montado. Ninguno allí lo conocía,

El General Cosío Pontones es jinete; es campirano; de los más cumplidos jefes de caballería. Trepó de un salto al lomo del corcel; pero este arqueando el cuerpo, plegándose á las ancas, arrojando espuma y caído á los jarretes, dió un salto furibundo, azotándose en las rocas, para atrás, de espaldas sobre su jinete.....

Fué milagro que nadie se explicó; pero el jinete y el caballo, levantaron vivos de esa caída.

Cien caballos buenos, hermosos, mansos, le ofrecieron al punto al General, que con estoica calma había seguido aquella escena; pero él con voz de mando, imperiosamente dijo: «Montaré el que tiró á Pepe.» (llamaba así á Cosío Pontones.)

Hizolo como lo dijo y concluyó en él la fatiga.

De Alejandro el Magno se cuenta cosa igual, hecha por él, cuando aún no era el aquilón, azote de la Persia; y con su inmortal guerra del Oriente, y como por aquellos países á galope, y á través de muchos siglos, ha llegado hasta nosotros el «Bucéfalo.»

Bucefalia es monumento histórico del hípico recuerdo.

No había en aquellos días popularidad, ni reputación más grande que las del General, en el ejército. Los políticos, le velan con miedo y con admiración. Su figura, su nombre, su presencia marcial, iban unidas á otros nombres: Lo de Oveja, La Bufa, (Za-

catetas) Ciudadela, Tampico, San Lorezo, formábanle cortejo y una aureola.

Su figura militar era figura legendaria.

La idea de su individualidad y la de la guerra, por asociación indisoluble, estaban tan unidas, que no podía pensarse en la una, sin imaginarse la otra.

Su voz de trueno era cañón, que como los del consulado hacía «reclamo» y era como la señal de cita y orden de acudir, de los guerreros.

Montado en su caballo; mandando á sus soldados no hallareis, después de Molke, soldado tan cumplido, tan cabal, tan hermoso y tan completo.

Su corpulencia, como la de Mirabeau, es también macisa y es cuadrada; sus mejillas son altas, abultadas en los pómulos los cuales con la ceja huesosa y bien poblada y prominente forman una cuenca ancha y profunda en cuyo fondo, como centelleo de hoja de sable herida por el sol, como fulgor eléctrico de tempestad, rebullense dos ojos—pequeños más que grandes,—algo oscuros; pero con un fondo opalino, como el de esas piedras que producen visos, y á las que, por su semejanza con los irrisados ojos de los tigres, dan tal nombre: los del General, sus ojos son de león! Sus facciones son abultadísimas, gruesas, son muy grandes. Parecen propias, como para modelarse en bronce y elevarse sobre pedestal.

Sobre el caballo, el General, frente á su tropa, le creis en una altura; crece á vuestros ojos. Su voz tiene algo de rugido. Sus ojos no ven solo á sus soldados; persistentemente los vereis clavados en el horizonte, como si á los dilatados negros poros de la nariz, quisieran ayudarle á encontrar la luz de una fogata, el humo de un disparo ó polvo de las avanzadas. Frente á la tropa, al General, le falta sólo el enemigo! Nació para pelear.

«Los Generales, no los hago yo; los hace la victoria» decía Napoleón á un cortesano, que quería calzarse espuelas en la alfombra. Qué pocos Capitanes son, los que, como Napoleón decía, los hace la victoria! Pero nuestro Rocha es de estos.

No siendo más que Coronel, toma á Chihuahua; distinguese en Santa Gertrudis, y, por su lado, cada cual, y sus dos jefes piden su Despacho, Terrazas por lo de Chihuahua; el vencedor de Reyes, Escobedo, por Santa Gertrudis; y uno y otro, distantes entre sí, como de común acuerdo. Recibió entonces el Grado.

Por lo del «Cimatarío», el 27 de Abril del año de 67, cubriéndose de gloria, y dándola á su patria, sobre el propio campo recibió el Empleo.

Montesinos, Doria, Cázares y Yepes con 2,000 escasos hombres, batiendo, acribillando; materialmente empujando, sepultando, corriendo y arrojando á 7,000 imperialistas en Querétaro, compartiendo con su General los honores de aquel triunfo. La Nación les vive agradecida.

Sobre el «Campo de Tampico;» ya en la Plaza por el asalto, dueños de ella, recibió el invicto Rocha, este mensaje:

«Dése vd. a reconocer por sus heroicos soldados como General de División.

B. JUÁREZ.

Sobre el campo de batalla, recibió el último ascenso.

La primera gerarquía militar de México, ha sido ha mucho tiempo, violada por su gloria, y, el General se encuentra como ociosa y sin material ni objeto digno de la actividad de su alma.

El General es escritor.

En su juventud hallaba lides, encuentros y amores que le arrebatában tiempo á sus estudios y eran, objetivo, aplicación y válvula de seguridad y escape de su poderoso genio.

Su indomable voluntad hallóse á prueba de la voluntad indomabilísima de Miramón.

Riñeron un combate: Subteniente era el grande hombre y Rocha era soldado; alumno solamente: lu charon hasta desfallecer: su escudo y su arma eran los puños y el origen de la riña fué un *bolazo* (pequeño y blando proyectil de migajón, miga de pan usado en los colegios.)

Miramón llamó á Rocha más tarde, y conociendo su infantil fiereza le invitó á cuidar su espalda en amorosa cita. Recibió Rocha la parte respectiva en la paliza propinada á Miramón aquella noche y la leyenda dice, que de tal modo lucharon los futuros héroes, que quedaron dueños de la *dulcinea* y del campo.

Miramón entonces con la formalidad que da el bozo incipiente y estrechándole le dijo: «Cuande tenga vd. algo que pedirme, me lo pide, Rocha.»

Miramón había ganado en lance de armas, fiero y muy formal su charretera.

Los alumnos todos ascendieron, y su cargo era honorífico.

Miramón era muy niño y habría tardado en recibir ascensos; tanto, que el Director de la Escuela Militar al depositar en sus manos su Despacho, cariñosamente le decía: «Vaya, hasta Presidente de la República, ahora, *perdido!*»

Miramón era muy niño; de añadidura muy travieso.

Su Director sin presumirlo, anunciábale á aquel joven, lo que después de pocos años iba á ser: el jefe del país.

Lo era casi: vencedor en veinte combates, pasaba por Querétaro, y llegábase á la casa del Gobernador de aquel Estado, cuando su camarada Rocha le gritó.

Nuestro Rocha hallábase en capilla: se le iba á fusilar.

Recórdole el ofrecimiento aquel de aquella noche, y Miramón le libtó.

No falta casi nunca algún carácter que se oponga frente á un genio.

Bonaparte y Filipeau se educaron juntos en una Escuela Militar de Francia: salieron ingenieros; Bonaparte murió de Emperador y el otro oscurecido; pero en el fuerte de «San Juan de Acre,»— en la ciudad maldita,— defendiendo Filipe u, y batiendo á Bonaparte, privó por entonces de tomar aquella plaza y de haberse hecho Emperador de Oriente.

Si la conciencia popular de México y el Siglo, no fueron vencedores en Querétaro de un Rey, lo fuera Rocha. Miramón en entrevista militar le dijo: «Rocha, usted es el que nos está perdiendo.»

«General, díjole Rocha: la causa que usted sigue no es buena: La Patria antes que todo, y luego, soy republicano; cumplo mi deber.»

Se separaron.

En el Cimatario, Rocha mató las ilusiones del Imperio y la esperanza de su salvación.

Miramón en otro tiempo, á pesar de su Maximiliano, se hubiera hecho Emperador, como sobre Zuluaga se hizo Presidente.

Batióse Rocha en el Colegio, no sólo con ese hombre y á cerrado puño.

Con el joven Villaverde, compañero suyo, y á pistola, batióse en otra vez.

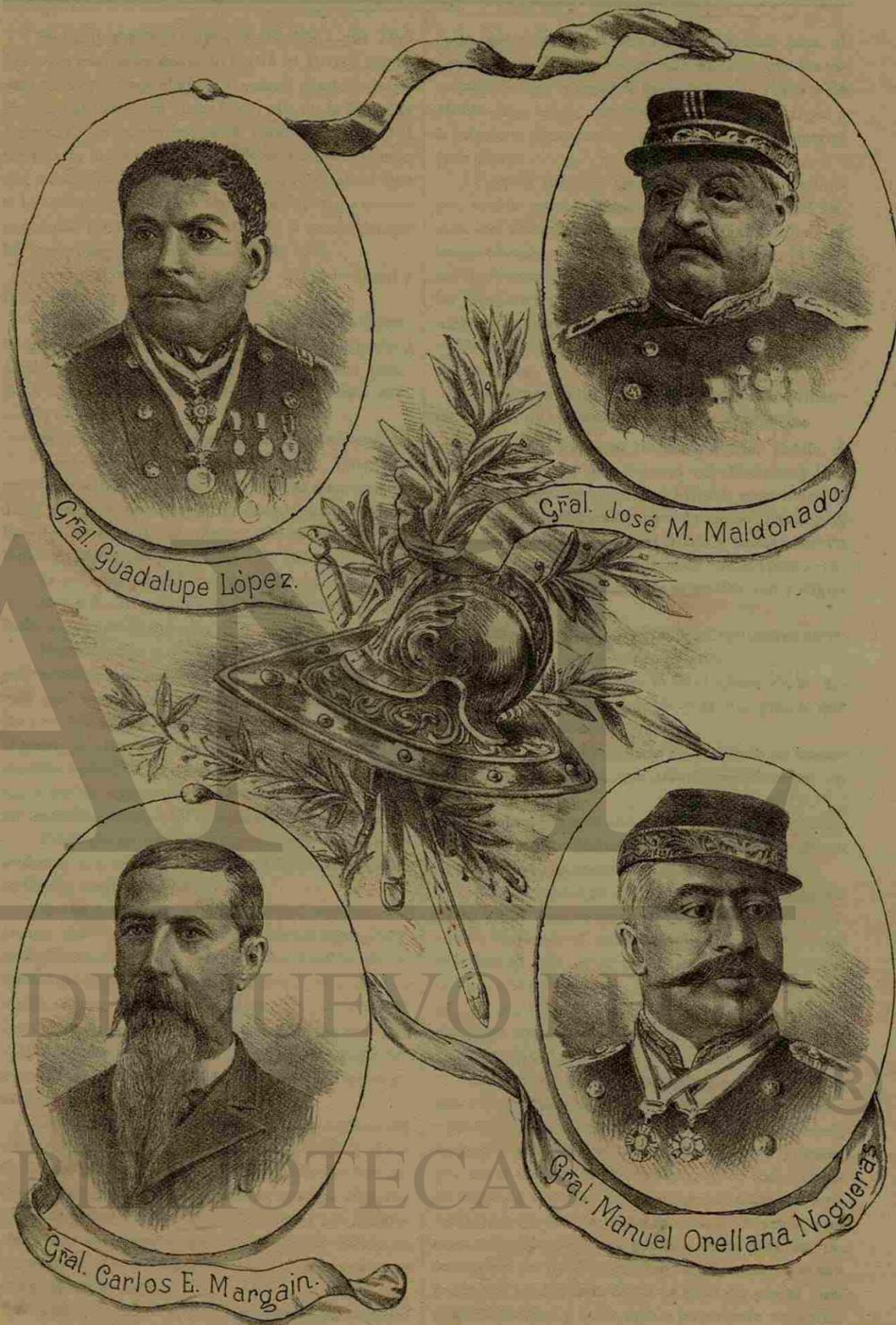
Se ha batido el General en duelo serio, personal, diversas ocasiones.

Batióse en una, con otro desalmado y sin más testigos que hombres de su especie pues el duelo se verificó con un revólver por toda arma. Le tocó tirar primero á su adversario, un Sr. Corella tío de D.odoro, el bizarro jefe, compañero luego de gloria de Don Sóstenes, muerto en Epatlán. Le supultó una bala en el costado. Pidió á gritos la pistola Rocha para disparar él á su turno; y, con la mano izquierda puesta sobre la sangrante herida, como para impedir con esto la hemorragia, y con la diestra firme y ojo certero derribó por tierra á su adversario.

No ha mucho estuvo á punto de dejar sin vida al General Gayón, brillante y digno contendiente suyo, en otro lance.

Batiéndose á la espada Rocha, es un jaguar. Su fuerte en armas blancas es el sable. Diestrísimo es en la pistola. El, así como Rafael David y Carlos de Borbón, ganáronse en París, en los mejores tiros, la medalla de oro.

Su carácter es, lo he dicho, atraviliario. Proponedle si queréis alguna empresa; cualquiera que ella sea; nada le importa. Os dirá en seguida que está prestó y lo estará. Pero teneos, aseguraos bien en la silla y apretad firmes las piernas, porque hay que hacer también y que aceptar lo que él proponga.



Su compadre Don Carlos de Borbón—que Don Carlos es compadre suyo—lo invitó en París á acompañarle en viaje por el aire. Tomaron pasaje á bordo de la canastilla de un globo libre, allá en la Plaza de Greve, y, sin encomendarse á Dios ni al Diablo, á merced de todos los vientos y sin dirección ni rumbo fijo, hiciéronse á la vela. ¡Pero á qué vela, señor! Que si la mala estrella de Don Carlos les conduce entonces rumbo á España, ya yo entiendo la recepción que las buenas gentes de esa tierra me les hace.

Pero no: la fortuna es hembra en todo tiempo y se enamora del valiente y del audaz.

Llegaron no sé dónde; ellos mismos, entónces, lo ignoraban; frontera de Alemania. Preguntando á algunos campesinos,—cuando el globo estaba próximo á caer—«¿En dónde estamos?» Contestaron ellos—«En el aire.»

Sus cualidades militares son incomparables.

Hablando de él ha dicho el General Troncoso, que: «Es valiente hasta la temeridad: se mete mucho, dice; pero con inteligencia, y, cuando así conviene hacerlo. Es fecundo en planes; diestro en sus combinaciones y dotado de grande «ojo militar.»

Su principal virtud consiste en no vacilar nunca.

Debió á esta prenda genial de su carácter, el glorioso triunfo de Querétaro.

Mandado con dos cuerpos por el General en Jefe á restablecer la línea de circunvalación deshecha, rota por una gruesa columna imperialista que por inexplicable falta militar contramarchó volviéndose á la plaza, se encontró el General con que, advertida probablemente, de su error, volvía á la carga, en la seguridad de aprovechar la brecha que dejara abierta un momento antes, ó de romper el sitio nuevamente.

Tiroteaba en retirada á esa columna de siete mil soldados, el Coronel Juan Doria, célebre después por su famosa carga de ese día.

Rocha que de por sí acostumbra á reconocer el campo, final presunto de batalla, posesionóse al punto de la situación: siete mil hombres al menos en columnas paralelas; la elevación de una colina de por medio, esto es entre los dos pequeños batallones de Infantería que estaban á sus órdenes, y los siete mil soldados enemigos; Doria en retirada, señalando con disparos más que ineficaces, la dirección del enemigo esto era todo.

Comprende Rocha al punto que enmascarados entre sí los dos ejércitos, por la colina, sería el triunfo, del que de los dos primeros, desplegaráse en batalla; conoce él bien la situación, y es su ventaja. Repite á Doria al punto la orden de batir; vuelve á sus infanterías y sin vacilación les grita: «al orden de Batalla, á desplegar al frente. Marchen.» Y sin detenerse gana el vértice de la colina.

Sobreviene el choque inesperado por los imperia-

listas, que en el orden de columna disparan para el cielo y se revuelven y hacen bola, en tanto que los intrépidos y bien mandados Batallones de Yépes y de Montesinos, faltos, además, de municiones, cargan á la bayoneta eficazmente, secundados por el inmortal Juan Doria.

Cuando vuelta el alma al cuerpo de los enemigos, se dan cuenta de sus reiteradas faltas y del número del adversario, emprenden la ofensiva; pero es tarde: Cázares con otro Batallón, con el que el General Rocha contaba, llega al campo y un diestro y hábil «Paso de las líneas», mandado por el General, resuelve el éxito de la jornada. Cimatarío, Querétaro; 27 de Abril son sinónimos, del hecho aquel glorioso de las armas.

La carrera militar de Rocha es sarta de brillantes hechos; no escasean en ella actos heroicos.

Contra los franceses en San Lorenzo, pierde el tercio de su gente; ve caer junto á él al heroico y bravo Rivera, segundo suyo en el mando, envuelto en la bandera, y con el corazón partido de un balazo; y, cercado, preso, envuelto, encerrado y flanqueado en todas direcciones no se rinde, sino cuando para recoger su espada, llega un jefe de su graduación y digno de empuñarla.

Rocha, como los más grandes Capitanes es escritor, es orador, y apasionado del arte.

Pensamiento suyo escrito en el *album* de la Alhambra, es fama, que es mejor y el más grande que inspirara el monumento arábigo.

«La riqueza, el oro, todo se convierte en humo: dichosa mansión esta, que transforma el humo en oro.»

Celebradísimo es aún en la Habana el anterior concepto de Don Sóstenes, puesto por él en el *album* de la más antigua casa elaboradora de tabacos.

«Bajo el *schacó* de militar de Rocha, existe un poeta,» dice Peza, y es verdad. Dejemos que él describa,—tomando el cuadro de su Esquiridión,—las impresiones que en su ánimo produjo la ensangrentada enseña de su Patria, nuestra bandera prisionera en Francia; blandón de gloria, ardiendo triste, como vacilante lámpara, en el sepulcro del gran César, en la cúpula de los Inválidos.

«A mediados de 1878 llegué á Europa y me dirigí á París, lugar que había escogido como mi principal residencia. Instalado en esa hermosa ciudad, mi primer proyecto fué visitar los famosos museos, que son el encanto de los turistas, sobre todo, cuando éstos son artistas. Comencé por el museo de artillería, que me ofrecía la doble ventaja de ver la preciosa colección de armas que hay en él, pues sin interrupción se pueden estudiar aquellas de que han hecho uso los hombres desde la edad de piedra hasta nuestros días; y la no menos importante de visitar

la tumba del más famoso capitán de ios tiempos modernos, de Napoleón I, puesto que dicha tumba está en el cuartel de Inválidos, lugar en donde se estableció desde la época de aquel guerrero el museo de Artillería. Un día, pues que admiraba yo aquel monumento de riquísimos mármoles en donde se hallan depositadas las cenizas del genio de la guerra, y después de detenerme un poco ante cada una de las tumbas que encierran los restos de sus más famosos tenientes, me dirigí á una especie de camarín que hay en la parte posterior del sarcófago, en un salón semi-circular en donde se encuentran artísticamente colocadas banderas de diferentes naciones y que la Francia ha adquirido como inmortales prendas de sus victorias.

No pensaba en aquellos momentos en mi patria, mi pensamiento sólo se ocupaba de lo que veía y mi imaginación se entretenía en recordar las campañas de aquel soldado audaz que con su espada había conmovido todos los tronos de la vieja Europa; pero repentinamente sentí que el corazón me saltaba en el pecho, que las lágrimas se agolpaban en mis ojos y una profunda impresión se apoderaba de mi alma. Acababa de reconocer entre aquellas banderas la de mi batallón, la que perdimos en San Lorenzo, todavía manchada con la sangre de Rivera y ostentando en su centro el glorioso escudo de nuestras armas nacionales. Imposible me es explicar lo que sentí; sólo puedo asegurar que hasta ese instante vine á conocer el amor de la patria y el amor de la bandera. Impulsos irresistibles me asaltarón de coger aquel glorioso lienzo, besarlo mil veces y correr hasta mi alojamiento llevándomelo. »

Difícilísima es en sus detalles la fisonomía política, militar y pública de Rocha; ni bosquejada á grandes rasgos puede conseguirse señalarlos todos.

Paso por alto sus batallas: la de la Buía es digna de los más ilustres generales. No desdenarían de agregarla á su hoja de servicios, y en ninguno de los tiempos, los de Europa.

Prisioneros, muertos, heridos y dispersos; todo en grande. Tren de guerra, parque, cañones y bagajes, cojido al enemigo, sería materia digna de la enumeración. Pero he querido pintar sólo el aventurero y jovial tipo de soldado de *pur sang* que, sin perder de vista su carácter, su misión y su deber; su responsabilidad ante la historia; conserva pura su jovialidad, su travesura y genio de cuando era Alumno.

¡Carácter peculiar á aquellos, que ejercieron en la guerra, fascinadora magia sobre sus soldados!

Napoleón, ya Cónsul, se divertía en apagar al poeta Lemercie la luz con que éste velaba.

Quería pintar al hombre que, después del glo-

riosísimo y sangriento asalto y toma de Tampico, cantaba en público en un teatro y para cosechar dinero para los heridos en unión del General Ceballos, joven General entonces,—el Benjamín de todos,—el *Duo* de Puritanos.

Si ni esto he conseguido, quedará no obstante, su marcial figura viva en nuestra historia; y el recuerdo vivo del patriota que ante la gloriosa tumba de otro soldado, derramó una lágrima por su bandera.

EL SEÑOR CORONEL

CLEMENTE M. VILLASEÑOR

No atreviéndonos á delinear la personalidad interesantísima de este distinguido Jefe del Ejército Republicano, copiamos en seguida, previa autorización del autor, la biografía que publicó la *Revista Militar Mexicana* y la que nos parece la más exacta y el testimonio más elocuente de las virtudes cívicas del dignísimo Coronel Clemente Villaseñor.

«Era el año de 1861,

Se resentía aún el país, agitado como de geológicos estremecimientos, por la devastadora guerra de tres años, durante la cual doscientos mil hombres, hincaron en él sus garras destrozándolo á girones, incendiando y asolando todo aquello que no pudieron llevarse, cuando sentaba plaza de Alférez de Guardia Nacional, en Jalisco, un mozalvete de apenas diez y seis años, oriundo de ese Estado.

Era entonces el mes de Agosto de 1861, y un año después, concurría á la defensa de Guadalajara contra el reaccionario Lozada.

En esa época fecunda de campañas, surgió mi biografiado. Su fusil no va á enmohecerse, ni su vida va á estar á cubierto de peligros. Tratábase entonces de sacudir el ominoso yugo imperial que nos mandara el pequeño Napoleón, como si México, nación, patria de libres y de valientes, pudiese consentir una tutela extraña!

Entonces, en la segunda guerra de Independencia, y luego en la campaña de Tuxtepec, fué en donde el afiliado nuevo desplegó sus bríos, y cuando obtuvo la mayoría de sus ascensos.

Presentaré desnudos los méritos del soldado, sin tratar de abrillantarlos con un ropaje de púrpura, ya que no lo necesitan, pues que se recomiendan por sí mismos, y para no ruborizar la modestia de mi biografiado, que la tiene, y grande. Vaciaré, no más que vaciaré su hoja de servicios en estas pálidas líneas. No será otra mi tarea, ni es otra mi intención. Con eso tengo bastante porque la hoja es bien nutrida; y no

sé si aún deba omitir algo á fin de no traspasar los límites en que me propongo ceñir este artículo.

En 1864, Alférez todavía, combatió contra los franceses en la campaña del Sur de Jalisco.

En 1866, llegaba á Teniente, hecho por el General de División Nicolás Régules, y en 67 á Capitán de Caballería Auxiliares, por el Supremo Gobierno. Con esos grados combatió á los franceses. Y durante ese periodo de 1861 á 1867, además de las dos acciones de guerra ya apuntadas, se halló en la que contra el partido enemigo se librara en Agosto de 64, en el Chifón, y en la cual llevó el mando el General Isidoro G. Ortiz; tres meses después en el combate de Tingüindin contra franceses y aliados; días más tarde en el ataque de la Plaza de Toluca que diera el General Riva Palacio; en 1865, el 6 de Enero, en el ataque y toma del Real del Oro, en Junio del mismo año en el sitio y toma de la Plaza de Uruapan, en Julio en el combate en la «Alberca» frente á Tacámbaro, contra belgas y traidores.

En los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre del año mismo estuvo sucesivamente, en la ocupación de Tamazula, en el ataque que sufrió la Brigada del General Zepeda por el traidor Carriedo; en el ataque de la Plaza de Maravatío, en el ataque y toma de Angangué dado por el General Régules y en el ataque y toma del valle de Temascaltepec llevado á buen resultado por aquel mismo General.

Como se vé, no fueron hasta entonces pocas las ocasiones en que como bravo combatiera el Coronel hoy, Villaseñor, ni fueron por ende pocas las veces en que con desprecio de su vida expusiera esa misma vida en los campos de batalla, frente á la boca de los fusiles y á las metrallas del cañón. Bastaban ya esos encuentros para darle reputación de patriota y buen soldado, de soldado valiente, y para justificar la gerarquía militar en que hoy está encumbrado, pero el País necesitaba todavía mayor derramamiento de sangre para ungrir con ella sus derechos, y para afianzar por modo estable su paz y su libertad, dando al traste con el dominio invasor que corroía las entrañas de la República extendiéndose por todos sus horizontes; y así fué que, después de aquellos combates, tuvieron aún las armas nacionales que aprestarse á nuevas y sangrientas luchas, en tanto el Sol fulguraba en el zenit de la Libertad.

Fueron muchos todavía los encuentros, y en diversos de ellos tocó estar á Villaseñor; y Villaseñor, siguiendo el general impulso de los buenos, á moción de patriotismo, combate y sigue combatiendo, y pelea en el Cerro de la Palma contra el traidor Méndez; en Marzo en la acción de Tenguécho, y en el mes anterior en la que se diera en el llano de «Magdalena,» á inmediaciones de Uruapan.

Con menos ya se ostentan, con justicia, galardos

nes, y timbres y laureles; pero el Coronel Villaseñor, repito, entró á las filas, en época de lutos y conflictos para la Patria, y le fué útil, y le debe el país, que no es ingrato.

Si batiéndose aguerrido en cien combates; si luchando cuerpo á cuerpo en defensa de los derechos y de las instituciones de la Patria; si prodigando la existencia en el peligro, y exponiendo en fin el pecho á las balas enemigas, tras haber abandonado el caliente hogar, y con desprecio de los lazos de la sangre, no es escalar los peldaños que conducen á la gloria, entonces esa palabra es irrisión y es letra muerta; pero si no, si el guerrero que se bate con fuego y con pujanza y obtiene, como Villaseñor, menciones honoríficas á raíz de un valiente guerrear, y obtiene triunfos, se le enzalsa y llega hasta la gloria, entonces mi biografiado,—y no es lisonja, sino acatamiento á la justicia,—lleva harto camino andado en la escala de la gloria.

Había pasado algo más que un mes del combate de Santa Isabel, en que el General Escobedo aniquiló por completo las fuerzas de Brian que fracasaron en el asalto intentado, quedando en manos nuestras, prisioneros los pocos que sobrevivieron, cuando el 18 de Abril concurría el Capitán de Caballería entonces, Villaseñor, á la acción que tomó el nombre de Acción de Cohaguayana; y el 18 de Diciembre de ese año, —de 1866—el mismo día en que en número de 28,000 hombres salieron de México las tropas francesas, cuando Maximiliano, ya listo á partir se resolvió en fin á quedarse en México y luchar hasta el último trance, y cuando el Sol aún oreaba con su lumbre la sangre derramada en «Miahuatlán», batalla, timbre de gloria de Porfirio Díaz en la que á la cabeza de 2,000 hombres atacó con ellos el 3 de Octubre la columna que había partido de Oaxaca y que mandaba el General Oronoz, aniquilándola completamente, y en la que murieron doscientos cincuenta cazadores y su jefe, un oficial francés, y todos los oficiales franceses y mexicanos de su destacamento quedando el resto hecho prisionero; y la sangre derramada en la «Carbonera», combate no menos importante que el anterior, librado también por aquel héroe, dos días después de la última fecha mencionada, y como el de «Miahuatlán», también contra el General Oronoz, quien escapado el 3 de Octubre volvió á Oaxaca, con algunos ginetes que se reunieron á la guarnición que en ese punto había y que en su mayor parte estaba compuesta de austriacos; volvía á verse Villaseñor en el peligro y en el reflejo de las bayonetas dirigidas siempre al pecho, en la acción de «Coronilla» contra franceses y traidores.

Tocó á mi biografiado, á lo que creo por lo que me enseña su hoja de servicios, agitarse y revolverse en territorio de límites; dentro de su mismo Estado,

la tumba del más famoso capitán de los tiempos modernos, de Napoleón I, puesto que dicha tumba está en el cuartel de Inválidos, lugar en donde se estableció desde la época de aquel guerrero el museo de Artillería. Un día, pues que admiraba yo aquel monumento de riquísimos mármoles en donde se hallan depositadas las cenizas del genio de la guerra, y después de detenerme un poco ante cada una de las tumbas que encierran los restos de sus más famosos tenientes, me dirigí á una especie de camarín que hay en la parte posterior del sarcófago, en un salón semi-circular en donde se encuentran artísticamente colocadas banderas de diferentes naciones y que la Francia ha adquirido como inmortales prendas de sus victorias.

No pensaba en aquellos momentos en mi patria, mi pensamiento sólo se ocupaba de lo que veía y mi imaginación se entretenía en recordar las campañas de aquel soldado audaz que con su espada había conmovido todos los tronos de la vieja Europa; pero repentinamente sentí que el corazón me saltaba en el pecho, que las lágrimas se agolpaban en mis ojos y una profunda impresión se apoderaba de mi alma. Acababa de reconocer entre aquellas banderas la de mi batallón, la que perdimos en San Lorenzo, todavía manchada con la sangre de Rivera y ostentando en su centro el glorioso escudo de nuestras armas nacionales. Imposible me es explicar lo que sentí; sólo puedo asegurar que hasta ese instante vine á conocer el amor de la patria y el amor de la bandera. Impulsos irresistibles me asaltarán de coger aquel glorioso lienzo, besarlo mil veces y correr hasta mi alojamiento llevándomelo.

Difícilísima es en sus detalles la fisonomía política, militar y pública de Rocha; ni bosquejada á grandes rasgos puede conseguirse señalarlos todos.

Paso por alto sus batallas: la de la Bufa es digna de los más ilustres generales. No desdenarían de agregarla á su hoja de servicios, y en ninguno de los tiempos, los de Europa.

Prisioneros, muertos, heridos y dispersos; todo en grande. Tren de guerra, parque, cañones y bagajes, cojido al enemigo, sería materia digna de la enumeración. Pero he querido pintar sólo el aventurero y jovial tipo de soldado de *pur sang* que, sin perder de vista su carácter, su misión y su deber; su responsabilidad ante la historia; conserva pura su jovialidad, su travesura y genio de cuando era Alumno.

¡Carácter peculiar á aquellos, que ejercieron en la guerra, fascinadora magia sobre sus soldados!

Napoleón, ya Cónsul, se divertía en apagar al poeta Lemercie la luz con que éste velaba.

Quería pintar al hombre que, después del glo-

riosísimo y sangriento asalto y toma de Tampico, cantaba en público en un teatro y para cosechar dinero para los heridos en unión del General Ceballos, joven General entonces,—el Benjamín de todos,— el *Duo* de Puritanos.

Si ni esto he conseguido, quedará no obstante, su marcial figura viva en nuestra historia; y el recuerdo vivo del patriota que ante la gloriosa tumba de otro soldado, derramó una lágrima por su bandera.

EL SEÑOR CORONEL

CLEMENTE M. VILLASEÑOR

No atreviéndonos á delinear la personalidad interesantísima de este distinguido Jefe del Ejército Republicano, copiamos en seguida, previa autorización del autor, la biografía que publicó la *Revista Militar Mexicana* y la que nos parece la más exacta y el testimonio más elocuente de las virtudes cívicas del dignísimo Coronel Clemente Villaseñor.

«Era el año de 1861,

Se resentía aún el país, agitado como de geológicos estremecimientos, por la devastadora guerra de tres años, durante la cual doscientos mil hombres, hincaron en él sus garras destrozándolo á girones, incendiando y asolando todo aquello que no pudieron llevarse, cuando sentaba plaza de Alférez de Guardia Nacional, en Jalisco, un mozalvete de apenas diez y seis años, oriundo de ese Estado.

Era entonces el mes de Agosto de 1861, y un año después, concurría á la defensa de Guadalajara contra el reaccionario Lozada.

En esa época fecunda de campañas, surgió mi biografiado. Su fusil no va á enmohecerse, ni su vida va á estar á cubierto de peligros. Tratábase entonces de sacudir el ominoso yugo imperial que nos mandara el pequeño Napoleón, como si México, nación, patria de libres y de valientes, pudiese consentir una tutela extraña!

Entonces, en la segunda guerra de Independencia, y luego en la campaña de Tuxtepec, fué en donde el afiliado nuevo desplegó sus bríos, y cuando obtuvo la mayoría de sus ascensos.

Presentaré desnudos los méritos del soldado, sin tratar de abrillantarlos con un ropaje de púrpura, ya que no lo necesitan, pues que se recomiendan por sí mismos, y para no ruborizar la modestia de mi biografiado, que la tiene, y grande. Vaciaré, no más que vaciaré su hoja de servicios en estas pálidas líneas. No será otra mi tarea, ni es otra mi intención. Con eso tengo bastante porque la hoja es bien nutrida; y no

sé si aún deba omitir algo á fin de no traspasar los límites en que me propongo ceñir este artículo.

En 1864, Alférez todavía, combatió contra los franceses en la campaña del Sur de Jalisco.

En 1866, llegaba á Teniente, hecho por el General de División Nicolás Régules, y en 67 á Capitán de Caballería Auxiliares, por el Supremo Gobierno. Con esos grados combatió á los franceses. Y durante ese periodo de 1861 á 1867, además de las dos acciones de guerra ya apuntadas, se halló en la que contra el partido enemigo se librara en Agosto de 64, en el Chifón, y en la cual llevó el mando el General Isidoro G. Ortiz; tres meses después en el combate de Tingüindin contra franceses y aliados; días más tarde en el ataque de la Plaza de Toluca que diera el General Riva Palacio; en 1865, el 6 de Enero, en el ataque y toma del Real del Oro, en Junio del mismo año en el sitio y toma de la Plaza de Uruapan, en Julio en el combate en la «Alberca» frente á Tacámbaro, contra belgas y traidores.

En los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre del año mismo estuvo sucesivamente, en la ocupación de Tamazula, en el ataque que sufrió la Brigada del General Zepeda por el traidor Carriedo; en el ataque de la Plaza de Maravatío, en el ataque y toma de Angangué dado por el General Régules y en el ataque y toma del valle de Temascaltepec llevado á buen resultado por aquel mismo General.

Como se vé, no fueron hasta entonces pocas las ocasiones en que como bravo combatiera el Coronel hoy, Villaseñor, ni fueron por ende pocas las veces en que con desprecio de su vida expusiera esa misma vida en los campos de batalla, frente á la boca de los fusiles y á las metrallas del cañón. Bastaban ya esos encuentros para darle reputación de patriota y buen soldado, de soldado valiente, y para justificar la gerarquía militar en que hoy está encumbrado, pero el País necesitaba todavía mayor derramamiento de sangre para ungir con ella sus derechos, y para afianzar por modo estable su paz y su libertad, dando al traste con el dominio invasor que corroía las entrañas de la República extendiéndose por todos sus horizontes; y así fué que, después de aquellos combates, tuvieron aún las armas nacionales que aprestarse á nuevas y sangrientas luchas, en tanto el Sol fulguraba en el zenit de la Libertad.

Fueron muchos todavía los encuentros, y en diversos de ellos tocó estar á Villaseñor; y Villaseñor, siguiendo el general impulso de los buenos, á moción de patriotismo, combate y sigue combatiendo, y pelea en el Cerro de la Palma contra el traidor Méndez; en Marzo en la acción de Tengucho, y en el mes anterior en la que se diera en el llano de «Magdalena,» á inmediaciones de Uruapan.

Con menos ya se ostentan, con justicia, galardos

nes, y timbres y laureles; pero el Coronel Villaseñor, repito, entró á las filas, en época de lutos y conflictos para la Patria, y le fué útil, y le debe el país, que no es ingrato.

Si batiéndose aguerrido en cien combates; si luchando cuerpo á cuerpo en defensa de los derechos y de las instituciones de la Patria; si prodigando la existencia en el peligro, y exponiendo en fin el pecho á las balas enemigas, tras haber abandonado el caliente hogar, y con desprecio de los lazos de la sangre, no es escalar los peldaños que conducen á la gloria, entonces esa palabra es irrisión y es letra muerta; pero si no, si el guerrero que se bate con fuego y con pujanza y obtiene, como Villaseñor, menciones honoríficas á raíz de un valiente guerrear, y obtiene triunfos, se le enzalsa y llega hasta la gloria, entonces mi biografiado,—y no es lisonja, sino acatamiento á la justicia,—lleva harto camino andado en la escala de la gloria.

Había pasado algo más que un mes del combate de Santa Isabel, en que el General Escobedo aniquiló por completo las fuerzas de Brian que fracasaron en el asalto intentado, quedando en manos nuestras, prisioneros los pocos que sobrevivieron, cuando el 18 de Abril concurría el Capitán de Caballería entonces, Villaseñor, á la acción que tomó el nombre de Acción de Cohaguayana; y el 18 de Diciembre de ese año, —de 1866—el mismo día en que en número de 28,000 hombres salieron de México las tropas francesas, cuando Maximiliano, ya listo á partir se resolvió en fin á quedarse en México y luchar hasta el último trance, y cuando el Sol aún oreaba con su lumbre la sangre derramada en «Miahuatlán», batalla, timbre de gloria de Porfirio Díaz en la que á la cabeza de 2,000 hombres atacó con ellos el 3 de Octubre la columna que había partido de Oaxaca y que mandaba el General Oronoz, aniquilándola completamente, y en la que murieron doscientos cincuenta cazadores y su jefe, un oficial francés, y todos los oficiales franceses y mexicanos de su destacamento quedando el resto hecho prisionero; y la sangre derramada en la «Carbonera», combate no menos importante que el anterior, librado también por aquel héroe, dos días después de la última fecha mencionada, y como el de «Miahuatlán», también contra el General Oronoz, quien escapado el 3 de Octubre volvió á Oaxaca, con algunos ginetes que se reunieron á la guarnición que en ese punto había y que en su mayor parte estaba compuesta de austriacos; volvía á verse Villaseñor en el peligro y en el reflejo de las bayonetas dirigidas siempre al pecho, en la acción de «Coronilla» contra franceses y traidores.

Tocó á mi biografiado, á lo que creo por lo que me enseña su hoja de servicios, agitarse y revolverse en territorio de límites; dentro de su mismo Estado,

de Jalisco, pues que en diversos Cuerpos de este sirvió el 23 de Agosto de 61, fecha en que, se recordará, sentó plaza de Alférez, á 30 de Septiembre de 66; de allí que, por lo estrecho de su acción no se haya encontrado en los combates últimos que se dieron entre los dos partidos, y que fueron previos para llegar al definitivo triunfo nuestro, en el Cerro de las Campanas; en ese cerro donde repercutiera con eco formidable y de tristeza la descarga de fusilería que hizo rodar por tierra los atravesados cuerpos de tres valientes: Maximiliano, Miramón y Mejía, conspicuas figuras del partido adverso; pero así y con todo, no obstante la estrechez de límites en que accionara aquel guerrero, para aquilatar sus servicios prestados al País en esa funesta época de tantas lágrimas, de tanto luto y de matanza tanta, que se llamó de Intervención, le bastan y le sobran, para inclinar con su peso el platillo de los méritos, *las diez y ocho* acciones de guerra que atrás señalo, en las que peleara defendiéndonos del invasor.

Se alzó de nuevo la República entre nimbos de luces y de gloria, y se limpiaron los campos que fueron teatro de la cruda guerra; capitulaban Veracruz y México después del sitio y toma de Querétaro y de la muerte del Archiduque; izaban los Austriacos pabellón de parlamento, y entraba Porfirio Díaz, alma de la Intervención en el partido mexicano, á la cabeza de las tropas liberales que ocuparon la Capital, el 22 de Junio de 1867; moría Vidaurri fusilado en la plaza de Santo Domingo; escapaba y el Lic. Benito Juárez, el invicto Juárez, de templadas energías y no tremante para la lucha sin cuartel, restablecía en México su gobierno el 15 de Julio, cuya autoridad fué reconocida por el país entero; acabábase de cerrar la tumba que guardaba el cadáver del infortunado Maximiliano de Hapsburgo, quien tuvo al morir frases de perdón y altamente nobles para México, y cuya muerte pudo haberse ahorrado si no se hubiese justamente querido significar con ella, que tendrán la misma suerte en el porvenir todos los que osados, incurran en la tentación de pretender implantar un tronco en la patria de Anahuac representada por el Aguila caudal; si como el fundador de la ciudad del Monte Palatino, que el creado de una loba ligera al matar á su hermano Remo por haber salvado los muros de la ciudad hoy de las catacumbas; estas simbólicas palabras: «Perezca así todo aquel que traspase estas murallas» Juárez no hubiese pensado para hacer fusilar á Maximiliano: «Así ha de morir el extranjero que quiera dominar á México porque México es eternamente inviolable!»..... Sucedia todo eso, digo, y sofocados los trastornos á que diera margen la contra posición de los círculos de Juárez y de Lerdo, se restituyó la calma por algún tiempo en todo el país. Oportuno era ya, que tras ese fatigoso período de luchas, de de-

solación y penalidades; de hambres y de pasar las noches, el fusil al hombro y el ojo alerta, al rededor del vivac, volvieran á sus hogares las huestes mexicanas á indemnizarse de sus fatigas, de su abnegación y sacrificios; y entre aquellas, satisfecho de su contingente prestado á la Nación por su salud, y condecorado con medalla de primera clase conforme al Decreto de 5 de Agosto de 1867 y honrado con Diploma que le diera el Estado de Michoacán por servicios prestados durante la Intervención francesa, volvía á descansar Clemente Villaseñor, para de nuevo empuñar las armas pocos años más tarde, en la campaña que emanara del plan de *La Noria*.

Y consecuente á aquel principio, á que el soldado activo ni dispone de su tiempo para aquello que no sea de su servicio, ni de su persona, limpiaba Villaseñor el uniforme, otra vez iniciado á la vida del guerrero y del combate, y las armas y galones y blindajes, para capturar el 26 de Enero de 70 el armamento, á los rebeldes de Fresnillo, y para asistir el 6 de Febrero al ataque y toma de Jeréz; y tras esas refriegas otra y otras más; tornó la época del insomnio, del cansancio y privaciones y peligros, y había de durar mucho tiempo en alternativas, en tanto triunfara la revolución de Tuxtepec, luego iniciada. Habíase el país vuelto á conmover por las guerras intestinas; se apartaban los partidos, queriendo cada uno de ellos que para ocupar el puesto presidencial, triunfara su candidato ya escogido, y en la natural desavenencia surgía la guerra civil. Tres eran los candidatos á la Presidencia: Lerdo, Juárez y Porfirio Díaz. Salió reelecto Juárez, fungiendo el 6.º Congreso, pero los partidos contrarios, que eran más fuertes que el de Juárez, no se conformaron, como no habían de conformarse, y se determinó el levantamiento de la «Ciudadela» en la que se fusilaron con crueldad diversos prisioneros, y que fué sofocado con actos asombrosos de valor y con exacta aplicación de la estrategia por el general Sóstenes Rocha, quien ya había destrozado el año anterior en el punto llamado «Lo de Ovejo», después de sangrientísimo combate, á las fuerzas reunidas de Aguirre en San Luis y García de la Cadena en Zacatecas.

Villaseñor, por su parte, respondiendo al general movimiento, asistía á la campaña contra los sublevados del Sur de Jalisco; en 73 á la defensa de Guadalajara y á la campaña de Tepic contra las fuerzas del indio Lozada, en que obtuvo mención honorífica que debió al parte rendido por la acción de Apozalco el 22 de Junio de aquel año, pues que se batió con denuedo contribuyendo por manera bien eficaz al triunfo.

Debo no detenerme más tiempo, para concluir, en obvio de difusión, con la enunciación de las campañas y acciones de guerra en que se ha encontrado y

de sus servicios prestados. En 1875 estuvo en la campaña de Michoacán y en 76 en la de Oriente, concurrendo en Mayo de ese año á la acción del Cerro de Cacaloco (San Juan de los Llanos) por lo cual recibió también mención honorífica. Este fué su último combate. Triunfó Tuxtepec en la brillante batalla de Teacoac, y se restableció la paz, inalterable hasta ahora.

No quiero pasar por alto un detalle que favorece al militar de que me he ocupado, y el cual, pienso, constituye uno de sus timbres de orgullo; y para no quitarle nada de su exactitud, cópio íntegro el fragmento relativo de un precioso artículo que «El Cantor del Hogar», el naturalista poeta Juan de Dios Peza, dedicara hace dos años al Coronel Francisco Romero, Director de la «Revista Militar»: «Hé oído á militares fidedignos que el joven artillero—Francisco Romero, teniente de artillería en esa fecha, en la campaña de Oriente—se distinguió por su valor tanto como por su pericia. Sus granadas á tres mil metros «metidas» merecieron frecuentemente dianas y aplausos de jefes y compañeros, sobre todo en una vez en que, como Romero lo había anunciado, derribó en pedazos el asta-bandera del reducto del cerro de Cacaloco. Los generales Prisciliano Flores, Villagrán Roldán y el Coronel Gregorio Méndez, cada uno en su caso encomiaron la serenidad y el tino del joven Romero, y si no miente mi memoria, el General Flores, lo recomendó al gobierno, especialmente, haciendo mención igual de Clemente Villaseñor, que es hoy Coronel del 8.º Regimiento y que tanto se distingue por su pundonor y su modestia.»

Pregunto yo ahora: Es el referido Villaseñor un militar común, sin méritos adquiridos, ó tiene, al contrario, incontrovertibles derechos á la estimación y respeto de sus compañeros de armas y de sus conciudadanos?

Hasta entonces, desde 1867 sirvió en el Estado Mayor de la 4.ª División, y de Noviembre de 76 á Febrero de 77, esto es, por espacio de tres meses, estuvo en el 3er. Cuerpo Auxiliares, y un mes y días en el Estado Mayor del Gobernador de Palacio, y en el 13º Cuerpo de Caballería que más tarde pasó á ser 3º, de Mayo á Julio de 1877. En este último mes de ese año fué ascendido á Teniente Coronel de Caballería Permanente por el Supremo Gobierno, durando en ese grado, siete años, dos meses, diez y siete días. De mediados de Julio de 72 á mediados del año siguiente sirvió en el 1er. Cuerpo del Distrito que fué después 4º de Caballería y en el 7º Cuerpo de Caballería, de Mayo de 78 á Agosto de 79.

Estuvo de Teniente Coronel desde la fecha en que alcanzó el ascenso y que he indicado, hasta Septiembre de 1884 que fué ascendido á Coronel de Infantería Permanente por el Supremo Gobierno. De fines del año de 79 á Agosto de 84 y siendo aún Te-

niente Coronel, estuvo en el 4º Regimiento, en el 7º de 10 de Agosto á 23 de Septiembre de 1884; en el Batallón Auxiliares de Oaxaca de Septiembre de 84 á Enero de 85, y por último; el 14 de Enero de 85 se hizo cargo del Escuadrón de Gendarmes del Ejército, hoy Regimiento, continuando en Febrero de 1894 que fué nombrado Coronel del 8º Regimiento. Al entregarle ese Cuerpo se le dió el grado de Coronel de Caballería Permanente.

Entró niño á las filas y se ha hecho en ellas hombre maduro; con el abono de tiempo doble conforme al Decreto de 2 de Diciembre de 1878, tiene hoy 37 años de servicios.

Su pecho está condecorado; forzosamente debe estarlo si los méritos se premian; tiene condecoración de primera clase conforme al Decreto de 5 de Agosto de 1867; medalla de honor concedida por la Legislatura del Estado de Jalisco por la defensa de Guadalajara en 1873; condecoración de 2ª clase conforme al artículo 1720 de la Ordenanza General del Ejército. Además, obtuvo diploma por el Estado de Michoacán en virtud de haber combatido á la Intervención francesa; mención honorífica por la acción de Apozalco en Junio de 1873, mención honorífica por la acción del Cerro de Cacaloco, en Mayo de 1876 y certificado de tiempo doble de servicios.

Es Clemente Villaseñor de alta estatura y cuerpo bien derecho, alto como los ceibes de su tierra, y delgado, pero nervudo y fuerte como el guayacán; usa la piocha, larga, de color negro, y en la que se ven pocos hilos blancos todavía, pues que no es un hombre viejo, sino un hombre maduro y resistente; tiene los ojos chicos sombreados por espesas cejas negras, pero profundos y escudriñadores; la frente ancha y completo el pelo, que peina para atrás. Su conformación es especialmente militar: miradla en su retrato.

Es hombre metódico en sus costumbres, y de costumbres duraderas; cuando ha tomado una, no la deja en muchos años: me lo decía él mismo; tiene abierto y franco el carácter y al propio tiempo, son indeclinables sus energías; es sincero y buen amigo; Jefe estricto y blando al mismo tiempo, é individuo de bien amplia ilustración. Desempeña á conciencia sus deberes. Preguntad por él á cualquiera de sus subordinados, que están bajo el estandarte del Regimiento, y os hablará más merecida y favorablemente de él, que lo que yo haya podido hacerlo en estas líneas, ya que escribo por referencias y á moción solo de la simpatía que me ha inspirado el hombre de quien he cido tanto bien, y la lectura de su hoja de servicios tan brillante.

La posteridad se abrirá para él y habrá de registrar su nombre en la historia de los valientes de las guerras patrias!

Octavio Mancera.

GENERAL MARIANO RUIZ

La *Ilustración Mexicana*, periódico que se publicaba en esta capital con magníficos grabados y bien escritos artículos, dió en sus columnas uno que dedicó con justicia al General Mariano Ruiz, Jefe actual del 13 Batallón. En él señaló algunas de las campañas en que se encontró dicho General y de los servicios prestados.

En el mes de Julio de 1875, se alistaba un rapazuelo de catorce años en las filas, al Mando del general Rafael Cuellar. Era Mariano Ruiz. A poco, entusiasta, valiente y decidido, recibía su bautismo de sangre, peleando en la guerra de tres años, en los combates de Contreras, Texcoco, Chalco, Tlalmanalco y otros. Antes que verlo, ennegrecidas sus manos por la pólvora, y oyendo el silbido de las balas en los campos de batalla, más corriente habría sido verlo reclinado en el regazo materno.

Mariano Ruiz es oriundo de Texcoco, y como ya apuntamos, muy joven tomó las armas en defensa de su patria.

Sus grados los ha obtenido, escrupulosamente por escalafón. Es, hace catorce años, general de Brigada; y en el intermedio transcurrido, de soldado á general, ha estado en gloriosas campañas; en Río Frío combatiendo contra las fuerzas reaccionarias; contra los invasores y traidores en los Estados de Puebla, Tlaxcala é Hidalgo; concurrió en 1867 al sitio de Querétaro, y el 2 de Abril al asalto de la plaza de Puebla, bajo las órdenes de General Guadalupe, por haber marchado como extraordinario del mismo General para el del mismo grado C. Porfirio Díaz; el 12 de Abril en el sitio de México hasta su conclusión que fué el 21 de Julio, siendo General en Jefe del Ejército, nuestro actual Presidente; asistió también á la campaña de Sierra Gorda de Querétaro bajo las órdenes del Coronel Julio M. Cervantes en 1868; era entonces Capitán 1º de Infantería de la Guardia Nacional; bajo las órdenes del General Rocha estuvo en la batalla «Lo de Oveja», en la Ciudadela, en la campaña de Puebla, en la de Oaxaca; en el Cerro de la Bufa de Zacatecas; en la campaña de Durango, Sinaloa, Coahuila y Nuevo León..... pero qué más diremos sino que, para ser verdaderamente exactos, nos fuera necesario transcribir en este artículo su hoja de servicios? Es ella altamente honrosa contiene profusión de servicios y profusión de acciones meritorias; necesitaríamos copiarla para, para así no omitir, como omitiremos en los estrechos límites de pequeño artículo, muchas de sus gloriosas campañas ó de sus eucuentros. Fuera de justicia, tratándose de tan aventajado y bravo general. Las condeco-

raciones que lucen y brillan en su pecho, las ha conquistado legítimamente; recibió la cruz de plata de 2ª clase, por la guerra de intervención; medalla de plata por la campaña en Puebla contra los franceses, medalla, de plata también, por el asalto de la plaza de Puebla, el 2 de Abril de 1867 y otras más.

La carrera militar de Mariano Ruiz no es una carrera improvisada; su grado de general lo ha obtenido en los campos de batalla, envuelto en nubes de humo; entre estampidos de cañón y gritos de combate.

Cuenta la honra de haber combatido en diversas ocasiones bajo las órdenes de nuestro Presidente, el pacificador de la República C. General Porfirio Díaz. Con éste estuvo en varios ataques y derrotas que sufrieron los traidores; estuvo en la batalla de la Carbonera y en la de Miahuatlán; en la del Cerro de la Bufa á las órdenes del General Sóstenes Rocha; estuvo en el sitio de Puebla y en el de la Capital de la República en los meses de Abril, Mayo y Junio de 1867.

Otras ciento han sido las campañas y acciones de guerra en que se ha hallado; diversos también los premios obtenidos; pero á mejor pluma que la nuestra tocará escribir sobre estas glorias. Bástenos lo dicho para dar idea de la personalidad del General Mariano Ruiz, comprobando que estamos en lo justo al asegurar que es él uno de los jefes más distinguidos, por su bizarría, patriotismo y alientos militares, de nuestro ejército.

Nuestra publicación se honra al saludarlo en estas líneas.

Jerónimo Castillo.

EL GENERAL

MARTIN GONZALEZ

BOCETO

No escribo estos renglones en momentos de *Te Deum*; con ó sin justicia, se levanta en la capital una oposición que tiende á organizarse, y la que discute todos los actos del gobierno, y que censura lo que en un elogio de él se dice: Ahora bien, no me sieato con tamaños para sustentar el punto de si el Presidente actual, es como lo creo, el más grande gobernante que México ha tenido; pero sostengo y sostendré que es como Morelos, ya antes, el más grande Capitán. Sostengo yo, que «su modesta gloria militar» como él la llama—llegará brillante al porvenir; tanto mayor, cuanto que mayor y más extenso sea el conocimiento de la ciencia de la guerra en todo el mundo.

Sentada esta afirmación y el anterior concepto que de las cosas y de los hombres de la guerra tengo; para bosquejar la fisonomía moral del General Martín González, á quien alguno de sus biógrafos (véase el libro de *Hombres Prominentes*) lo llama Gran Capitán, y que no lo es, me bastará decir que es el amigo, inseparable amigo, de un raro Capitán.

Cuando se tiene una hoja de servicios como González tiene, redactada por el caudillo de una guerra extranjera, cuando se posee el cariño y la confianza absoluta del que manda, y se podría llegar á grandes puestos, mando y honores, y se podría, con quererlo, muchas cosas; pero se prefiere á todo, seguir siendo, sólo amigo, se es digno de este nombre.

La amistad con un grande hombre, es tan difícil de poder improvisarse, como improvisar al hombre grande mismo.

De Napoleón sólo recuerdo leer que, en solemnisima ocasión, diera ese título. Al Mariscal Lannes, herido por la muerte, le decía:

«Lannes! me reconoces? soy Bonaparte! soy tu amigo!»

Pocos, muy pocos fueron también los que, como Bertrand y el Conde Las Casas, con su cautiverio voluntario de seis años en Africa, lograron la fortuna de recoger en Santa Elena, con el último aliento del grande hombre, la incomparable gloria y el derecho, de poder llamarle su amigo!

Nada más diremos de González. El General Ignacio Mejía, Alatorre, Benavides, Carbó y otros, en documentos que suscriben, recomiendan en González *la honradez, el valor, la disciplina, la lealtad y el patriotismo.*

El General Porfirio Díaz, de su subalterno dice, y esto sobra, lo que sigue:

«PORFIRIO DIAZ, General de División del Ejército de la Nación.—Certifico: que el Coronel Martín González ha prestado sus servicios militares, en los términos siguientes: Comenzó de soldado voluntario en el Batallón Independencia, Guardia Nacional de Oaxaca, el día 12 de Agosto de 1856. Ascendió á cabo del primer Batallón del mismo Estado en 15 de Octubre del referido año, y concurrió á la defensa de Oaxaca, en el sitio que pusieron Cobos y Moreno en Diciembre de 1857, que concluyó con la acción de 16 de Enero de 1858. Fué sargento 1º del Batallón Morelos, en 10 de Octubre de 1859 á 30 de Diciembre del propio año. Sirvió de Subteniente en el Estado Mayor de la Brigada Mixta del Istmo de Tehuantepec, del 1º de Enero de 1860 al 15 de Febrero del propio año, en que pasó de Teniente al Batallón Bravos, perteneciente á la División que mandaba Rosas Landa, en donde permaneció hasta el 15 de Mayo del referido año. De esta fecha, y con el mismo empleo, fué alta en mi Estado Mayor en Ix-

tlán, en donde me encontraba investido con el carácter de Mayor General de la División de la Sierra, que combatía á las fuerzas reaccionarias de Cobos, terminando esta campaña con la toma de la plaza de Oaxaca el 5 de Agosto de 1860, á cuya ocupación concurrió el expresado González, como ayudante mío. En 10 de Octubre de 1862, fué nombrado Capitán pagador del Batallón Guerrero, de Oaxaca, que se encontraba al servicio de la Federación en Huamantla, combatiendo contra los franceses. Se encontró en el sitio de Puebla, puesto por las fuerzas que mandaba Forey. Se evadió de Puebla y se fue á incorporar á las fuerzas que se organizaban en Oaxaca, en defensa de la Nación, en donde fué dado á reconocer como Capitán de los dispersos de Puebla; y en 10 de Agosto del mismo año, fué nombrado Capitán pagador del Batallón Morelos, sirviendo este empleo hasta el 9 de Febrero de 1865, que fué tomada la plaza de Oaxaca por el General Bazaine, quedando prisionero de guerra. En 10 de Agosto de 1866: salió de Puebla para incorporarse á las fuerzas que organizaba yo en Jamiltepec, y fué hecho nuevamente prisionero en el río de Tecomatlán por las fuerzas imperialistas, y conducido á Acatlán, en donde permaneció prisionero por los austriacos, que ocupaban aquella plaza, hasta el 16 de Octubre del expresado año, que quedó en libertad á consecuencia de la acción de la Carbonera; presentándose en seguida en Oaxaca el 10 de Noviembre del referido año. El 12 de Febrero de 1867, ascendió á Comandante de Batallón Guardia Nacional de Oaxaca. En 28 de Febrero de 1867 ascendió á Teniente Coronel, haciendo la campaña en las Mixtecas con el General Fidencio Hernández, cuyos hechos de armas, terminaron con la acción de Tecoaac, en donde formaba parte de mi Estado Mayor como Ayudante, emprendiendo después de época la expedición hasta Guadalajara. Concluidos los hechos de armas, é investido el que suscribe del mando Supremo de la Nación, el mencionado Coronel permaneció á mi lado como Jefe de mi Estado Mayor, en donde por su comportamiento, ascendió á Coronel Auxiliares del Ejército, el 30 de Junio de 1877, con antigüedad de 1876. Así mismo me consta que se ha en contrado en los hechos de armas siguientes: En Oaxaca, 12 de Diciembre de 1855.—En Oaxaca, 2 de Enero de 1856.—En Oaxaca, 16 de Enero de 1858.—En Mitla, 22 de Enero de 1860.—En Oaxaca, 5 de Agosto de 1860.—En Puebla, sitio por los franceses, 1833.—En Oaxaca, sitio por los franceses, 1864 á 1865.—En la Mixteca. Cerro del Jazmin, Febrero 1876.—En San Cristobal Suchixtlahuac 27 de Febrero de 1876.—En Tecoaac, 18 de Noviembre de 1876.—Por último certifico: que la conducta que ha observado el Coronel González ha sido irreprochable, portándose con valor, subordinación y ascendido patriotismo.

—Y para los efectos á que haya lugar y convenga al interesado, expido el presente en México, á 15 de Septiembre de 1881.—PORFIRIO DIAZ.—Rúbrica»

Dos estampillas.—Documentos.—Cincuenta centavos.—México, 15 de Septiembre de 1881.—PORFIRIO DIAZ.—Rúbrica.

EL SR. GENERAL DE DIVISION
MIGUEL NEGRETE

Por un acuerdo especial del señor Presidente de la República, acaba de ser llamado al servicio activo de la Nación, el ameritado General con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

El ejército mexicano está de enhorabuena, al saber que se incorpora á sus banderas el antiguo y valeroso caudillo, que tantos días de gloria supo conquistarle en otros tiempos. Por eso se cuadra ante su Jefe y con la diestra mano á la altura de la visera, lo saluda rindiéndole el homenaje de respeto que la ordenanza le previene.

La tropa no ha olvidado al héroe del 5 de Mayo, por eso lo aclaman y victorean, y su nombre legendario, así como las hazañas de valor que lo han hecho inmortal, se pronuncian y repiten por los antiguos veteranos de nuestro ejército orgullosos no más de referirlas á los bisoños.

La presencia del General Negrete, en cualquiera parte de México, es motivo de regocijo; su nombre está unido á los de Zaragoza, Berriozábal, Díaz y Méndez, así como á los de cuantos jefes formaron el arco de triunfo por cuyo claro luminoso pasó un día nuestra patria cargada de laureles.

Por eso donde el General Negrete se presenta, las voluntades se levantan á recibirlo, las miradas lo cubren formándole un pabellón de cariñoso afecto, y es un himno armonioso de alabanzas cuanto de él dicen los mexicanos de corazón por donde quiera que el General Negrete se presenta.

Cuanto tuvo que dar lo dió á la patria, y retirado al fin de la política, se puede decir que asiste a la apoteosis de su gran nombre. Es el Kléber de nuestro ejército por su valor de león; por sus vehemencias en el combate; por la pasión con que se entrega á sus amigos; por sus generosos arranques en la victoria; por sus errores mismos, (quien no los tuvo alguna vez?) pero en la manera de borrarlos también se parece á aquel gran soldado.

Verdad es que hoy ya no lo sigue el cortejo de aduladores que en otro tiempo le formaban su cauda de cometa; nada tiene que dar..... pero todos esos cuerpos opacos que han despejado al rededor en la

desgracia, no le hacen falta ni á su gloria ni á su bienestar.

Amado del ejército, vuelve al lado de los que lo estiman, de los suyos, de sus hijos; entre ellos encontrará una nueva generación, cuyos nombres desconocidos en la epopeya donde brilló tanto, tienden á elevarse y comienzan á distinguirse. Su aplicación y saber les da un título de mando, pero al ver que se les incorpora un veterano de la talla del General Negrete, se abren en dos líneas y en valla de honor reciben con respeto al antiguo soldado de la República al ilustre vencedor de los franceses.

F. O.

EL SEÑOR GENERAL
CORONEL PABLO YAÑEZ.

La Revista Militar, importante periódico, es periódico, órgano del ejército, y nos parece haber visto ahí comenzada una galería de distinguidos soldados de alta graduación.

La circunstancia de publicarse en sus columnas los bocetos literarios de militares, considerados ilustres, nos libraría de la tarea que asumimos, si no fuera que la referida ilustrada publicación, como para el ejército, circula sólo en ambiente militar, sólo entre soldados, y como quiera que á todo el que ame á su país impórtale saber á quiénes está obligado por la defensa que de él han hecho, bosquejarémos nosotros con torpe pluma, biografías militares de nuestros grandes soldados, para hacerles justicia, y para tratar de ofrecer al porvenir, ejemplos dignos de imitarse, en tanto lo hacen otras plumas que broten de sus puntos la elocuencia y la verdad histórica.

Hoy tenemos el gusto de dar á conocer al Sr. General Coronel Pablo Yañez, que como otros muchos militares, se ha hecho acreedor, por sus importantes servicios, á formar parte de este libro.

Abrió los ojos á la primera luz en San Miguel de Allende, población importante del Estado de Guanajuato; y solo fué cuando en 1852, muy joven todavía, apenas adolescente, se alistaba de soldado raso en el Batallón 2º móvil de Infantería, de Guanajuato, de donde pasó en seguida al Batallón ligero de la misma Capital.

Había llegado entretanto á Cabo de Granaderos. Como se vé,—llamamos sobre ello la atención, porque es dato de importancia;—comenzó su carrera por el inferior grado de simple soldado; á diferencia de muchos, ha trabajado para llegar á lo que es; no se ha hecho Capitán ni Coronel en un día; sino que desde



Manuel Blasquez.



Victor Piña.



Juan Durán.



Vicente Rojas

—Y para los efectos á que haya lugar y convenga al interesado, expido el presente en México, á 15 de Septiembre de 1881.—PORFIRIO DIAZ.—Rúbrica»

Dos estampillas.—Documentos.—Cincuenta centavos.—México, 15 de Septiembre de 1881.—PORFIRIO DIAZ.—Rúbrica.

EL SR. GENERAL DE DIVISION
MIGUEL NEGRETE

Por un acuerdo especial del señor Presidente de la República, acaba de ser llamado al servicio activo de la Nación, el ameritado General con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

El ejército mexicano está de enhorabuena, al saber que se incorpora á sus banderas el antiguo y valeroso caudillo, que tantos días de gloria supo conquistarle en otros tiempos. Por eso se cuadra ante su Jefe y con la diestra mano á la altura de la visera, lo saluda rindiéndole el homenaje de respeto que la ordenanza le previene.

La tropa no ha olvidado al héroe del 5 de Mayo, por eso lo aclaman y victorean, y su nombre legendario, así como las hazañas de valor que lo han hecho inmortal, se pronuncian y repiten por los antiguos veteranos de nuestro ejército orgullosos no más de referirlas á los bisoños.

La presencia del General Negrete, en cualquiera parte de México, es motivo de regocijo; su nombre está unido á los de Zaragoza, Berriozábal, Díaz y Méndez, así como á los de cuantos jefes formaron el arco de triunfo por cuyo claro luminoso pasó un día nuestra patria cargada de laureles.

Por eso donde el General Negrete se presenta, las voluntades se levantan á recibirlo, las miradas lo cubren formándole un pabellón de cariñoso afecto, y es un himno armonioso de alabanzas cuanto de él dicen los mexicanos de corazón por donde quiera que el General Negrete se presenta.

Cuanto tuvo que dar lo dió á la patria, y retirado al fin de la política, se puede decir que asiste a la apoteosis de su gran nombre. Es el Kléber de nuestro ejército por su valor de león; por sus vehemencias en el combate; por la pasión con que se entrega á sus amigos; por sus generosos arranques en la victoria; por sus errores mismos, (quien no los tuvo alguna vez?) pero en la manera de borrarlos también se parece á aquel gran soldado.

Verdad es que hoy ya no lo sigue el cortejo de aduladores que en otro tiempo le formaban su cauda de cometa; nada tiene que dar..... pero todos esos cuerpos opacos que han despejado al rededor en la

desgracia, no le hacen falta ni á su gloria ni á su bienestar.

Amado del ejército, vuelve al lado de los que lo estiman, de los suyos, de sus hijos; entre ellos encontrará una nueva generación, cuyos nombres desconocidos en la epopeya donde brilló tanto, tienden á elevarse y comienzan á distinguirse. Su aplicación y saber les da un título de mando, pero al ver que se les incorpora un veterano de la talla del General Negrete, se abren en dos líneas y en valla de honor reciben con respeto al antiguo soldado de la República al ilustre vencedor de los franceses.

F. O.

EL SEÑOR GENERAL
CORONEL PABLO YAÑEZ.

La Revista Militar, importante periódico, es periódico, órgano del ejército, y nos parece haber visto ahí comenzada una galería de distinguidos soldados de alta graduación.

La circunstancia de publicarse en sus columnas los bocetos literarios de militares, considerados ilustres, nos libraría de la tarea que asumimos, si no fuera que la referida ilustrada publicación, como para el ejército, circula sólo en ambiente militar, sólo entre soldados, y como quiera que á todo el que ame á su país impórtale saber á quiénes está obligado por la defensa que de él han hecho, bosquejarémos nosotros con torpe pluma, biografías militares de nuestros grandes soldados, para hacerles justicia, y para tratar de ofrecer al porvenir, ejemplos dignos de imitarse, en tanto lo hacen otras plumas que broten de sus puntos la elocuencia y la verdad histórica.

Hoy tenemos el gusto de dar á conocer al Sr. General Coronel Pablo Yañez, que como otros muchos militares, se ha hecho acreedor, por sus importantes servicios, á formar parte de este libro.

**

Abrió los ojos á la primera luz en San Miguel de Allende, población importante del Estado de Guanajuato; y solo fué cuando en 1852, muy joven todavía, apenas adolescente, se alistaba de soldado raso en el Batallón 2º móvil de Infantería, de Guanajuato, de donde pasó en seguida al Batallón ligero de la misma Capital.

Había llegado entretanto á Cabo de Granaderos. Como se vé,—llamamos sobre ello la atención, porque es dato de importancia;—comenzó su carrera por el inferior grado de simple soldado; á diferencia de muchos, ha trabajado para llegar á lo que es; no se ha hecho Capitán ni Coronel en un día; sino que desde



Manuel Blasquez.



Victor Piña.



Juan Durán.



Vicente Rojas

niño, por pausas, y á fuerza de trabajo, conquistó el grado que hoy le enaltece.

Ha sabido reñir en el combate cuerpo á cuerpo y con denuedo; cuando el General Pueblita, en 24 de Junio de 58 atacaba la plaza de Guanajuato, en la guerra de tres años, Yáñez quedaba herido de un brazo y del estómago; si Napoleón pudo decir en alguna ocasión cuando una bomba prusiana estallaba á sus pies y le recomendaran los que lo rodeaban se apartase de allí: «Aun no se ha fundido el proyectil que me ha de herir;» la figura de que nos ocupamos, Pablo Yáñez, lejos estuvo de poder decir otro tanto, pues que los proyectiles enemigos sí que mucho le tocaron; sí que se fundieron proyectiles para herirlo; á diferencia de Aquiles, que solo fué vulnerable por un talón, Yáñez lo fué por varios puntos; ni como Plutón tuvo nunca casco que lo hiciera invisible á sus enemigos. Esto lo honra; señal es de que de lleno se ha metido á la pelea; caía herido, primero, en la toma de la plaza de Guanajuato; luego, poco después, en la batalla de Almalulco, el 28 de Septiembre, sentíase herido de un pie. Allí como Aquiles. En 1864, y esta era su vigésima cuarta campaña, en la del Borrego, que se cita como importante en la historia de la Intervención, que es aquella en la cual, el Capitán Detrie, Conde hoy del «Borrego» tanto se espantó y tanto ruido metió para fugarse al fin con todo y sus soldados, después de rodar algunos metros, y dejar que los mexicanos se matasen unos á otros, sufría Yáñez, heridas de suma gravedad y machetazos que le abrieron la cabeza.

Curó con dificultad de esas heridas, y firme, impertérrito, siguió combatiendo, sin que un punto flaquearan sus bríos; pero era por las balas perseguido; cumplía de buena fe con su profesión de soldado mexicano: aún faltaba que nueva candente bala lo hiriera de gravedad también, en el sitio de Querétaro, cuando ya había concurrido á sus defensas más notables hasta el 27 de Abril de 1867. A esta fecha, y á treinta años de edad, había tenido ya veintiocho acciones. Corrió peligro en todas.

Si quien esto lee, leyése también su hoja de servicios que nos sirve para saber quién es, que ha hecho Pablo Yáñez, vería consignadas con nutridos caracteres, porción de batallas empeñadas en las que como bueno ha concurrido; y por consiguiente, porción de servicios prestados. La patria le debe algo; ha sido útil á su patria. Y aquel cuadro de esa misma hoja de servicios en que se anotan los castigos sufridos, circunscrito por cuatro líneas negras, es un cuadro blanco, en el que sola, aislada, se lee esta única palabra: «Ningunos.» Son perfiles gloriosos los que delineamos, de nuestro buen amigo el Sr. Yáñez. Y en ese documento hay marcadas cuarenta y cuatro batallas ó acciones; y esa serie la cierra Yáñez con broche

de oro, combatiendo en el ataque de la Ciudadela en 1871.

Y entre tanto pasaba lo que hemos relatado, él había ascendido; lo dejamos en la Ciudadela, y partimos del asalto de la plaza de Guanajuato, omitiendo acciones y campañas que luego hemos de mencionar. Coronel efectivo de Batallón permanente, era, atacando la Ciudadela; cuando el General Pueblita tomaba la plaza de Guanajuato, era Sargento 1º de la Compañía de Zapadores del primer Ligero. Siempre ascendió por escalafón, y debiendo sus ascensos no á la política de los salones, sino á sus triunfos en encuentros, acciones ó batallas.

En la toma de la Plaza de Acámbaro, el año de 1858, fué hecho prisionero.

Para concluir, pasaremos ligeramente por las principales y más importantes acciones de guerra en que encontrárase nuestro biografiado.

Concurrió en 1861 á la acción en el monte de las cruces, por el General Santos Degollado: á la derrota del 5º Escuadrón de Miramón en Salamanca, por el General Pedro Hinojosa, actual ministro de la Guerra; á la Batalla del 5 de Mayo de 1862 contra los franceses, por el General Ignacio Zaragoza; al sitio de Puebla, y ataque del Fuerte de San Javier el 27 y 29 de Marzo, en el que fué herido; á la defensa de la plaza de Chilpancingo—Campaña del Sur—en 21 de Noviembre de 1870. Era entonces Comandante de Batallón Permanente. Peleó también con bizarría, con entusiasmo de patriota, en la batalla dada á los franceses en el Valle de Purísima; en la toma de Zatecas,—Campaña del interior—el 2 de Marzo de 1872. Hizo la campaña en los Estados de Nuevo León y Coahuila, concurriendo al combate de Icamole el 20 de Mayo de 1876.

Cuarenta y cuatro ocasiones—lo indicamos en líneas atrás—se ha encontrado en campos de batalla, en medio de balas enemigas que más de una vez desgarraron sus carnes, bajo celajes manchados por el humo denso de la pólvora. Tiene cicatrices que le honran. Es, pues, el General Coronel Pablo Yáñez, jefe actual del 15º Batallón, un militar ilustre y distinguido del ejército.

Varias, y todas honrosas, son las condecoraciones con que se le ha premiado; tiene medalla por la batalla del cinco de Mayo: cruz del Sitio de Puebla; medalla por la acción de Pachuca, y otras muchas más.

Reciba el buen amigo y bravo General Coronel con estas líneas, un homenaje á su valor, á sus triunfos y á su patriotismo.

Octavio Mancera.

EL MAYOR ISMAEL RAMOS

Este ameritado Jefe, es el patriota, es el aguerrido, es de los que dan su sangre sin vacilar cuando de la patria se trata, y es también modesto.

Ha merecido siempre el aprecio de sus superiores según está expresado en sus estados de servicios, desde que sentara plaza de soldado, en calidad de Subteniente.

Amigo incondicional de la administración actual, ha prestado sus servicios y derramado su sangre por el plan de Tuxtepec, desempeñando con acierto difíciles y reservadas comisiones del mismo Sr. General Presidente, C. PORFIRIO DIAZ.

Debido á su leal comportamiento, mereció del Gobierno del Estado de Coahuila diversas comisiones también y en este lugar (Saltillo) donde ha residido muchos años, se ha captado la estimación del público en particular, de los compañeros de armas, empleados en la Zona y de todo mundo en general. El Sr. Mayor Ismael Ramos ha sido un hombre que ha conquistado sus ascensos de grado en grado y por eminentes servicios que le han hecho acreedor á ellos. En su hoja limpia de servicios no se encuentra ni una mala nota, ni un extrañamiento, ni el menor arresto, nada que pueda opacar el brillo de su conducta inmaculada, como buen liberal y servidor acérrimo del Gobierno constituido.

Lo dicho hasta aquí, por lo que el soldado hace; si examinamos ahora al hombre, hallaremos también que son relevantes sus prendas de carácter: modesto, leal amigo, bondadoso y lleno del pundonor de un completo caballero.

Tiene marcial figura de militar. Sin ser todavía un joven, aún sirve y servirá á su Patria que venera, por la que tiene culto. No es un viejo, ni se han apagado en él los bríos del valiente y del patriota. El País le debe gratitud! Nosotros reconocimiento.

T. DE LA FUENTE.

EL SEÑOR CORONEL FRUCTUOSO GARCIA

Por su arrojo, por su lealtad y por los servicios prestados, este Coronel merecía bien ser un General. Fructuoso García es un valiente, un cumplido militar y muy modesto.

Esta cualidad, su modestia, me daña, por cuanto á que por ella no ha pedido nunca á la Secretaría

de Guerra su hoja de servicios; documento que me fuera ahora, para el objeto que me gula, de incomparable valor; no la pidió y por eso es que apenas cuento con alguno que otro apunte ó certificado que me hablen de sus etapas militares; pero siquiera sea así, intentaré biografiarlo, porque, esta galería no sería nunca completa si no se viese en el cuadro á soldado tan bravo y tan leal.

No adulo, véase lo que ha hecho:

Su carrera ha sido toda por riguroso escalafón.

Corría el año de 1858, se luchaba entonces en sangrienta guerra por las leyes de reforma, por esas sábias leyes emanadas de inmortal cerebro y por las que habíamos de ver suprimidas las perniciosas comunidades de religión, secularizados los cementerios y de donde brotara la gran revolución tan funesta pero tan imprescindible para el progreso y bienestar social desquiciados por las aves negras de sotana, cuando un simple Subteniente de Guardia Nacional se presentaba en el ejército republicano ante el laureado general Ignacio Mejía ex-ministro de Guerra á prestar los servicios de su clase en defensa de la Constitución y de aquellas mismas leyes de Reforma; y afiliado apenas bajo la sombra tutelar de esa bandera ya oía tronar en Monterrey el cañón de las fuerzas conservadoras y se batía allí, el 15 de Marzo, con brío y con valor que si no sorprenden en la edad madura, sí admiran en la adolescencia. Era él un niño.

Pasado algún tiempo y con la misma compañía de que formaba parte, marchó, de orden superior á la plaza del Saltillo y siguió en el propio cuerpo de ejército, prestando sus servicios hasta la conclusión de la guerra de Reforma y no sin haber defendido la plaza de aquel Estado en el ataque que sufrió en los primeros días del mes de Marzo de 1860.

En 1863 hallose, también combatiendo por la Independencia Nacional, en el sitio de Puebla. En todos esos actos y durante todo ese tiempo, la conducta del Teniente, hoy Coronel, según está expresado en sus estados de servicios de entonces «fue siempre digna y patriótica, haciéndole acreedor á la estimación y aprecio de sus superiores.»

Y en Miahuatlán y en la Carbonera estuvo, timbres los dos de gloria del General Porfirio Díaz héroe de esas batallas, prototipo del soldado, atleta de la guerra, congénere de Napoleón y de Alejandro, de Aníbal y de Espartaco.

Mereció García diploma por esas dos magnificas acciones de guerra, y por el sitio y toma de la Plaza de Oaxaca; y medalla que condecora su pecho.

Defendió el plan de Tuxtepec, concurriendo para ello á varias acciones.

EL SEÑOR MAYOR IGNACIO J. MENDOZA

Al escribir la biografía del General Martín González, algún sabio escritor dijo mirándolo tan cerca del Sr. Presidente que tanto vale, lo siguiente:

«La amistad con un grande hombre es tan difícil de poder improvisarse, como improvisar al hombre grande mismo.»

En estas cuatro palabras, está gráficamente caracterizado también el Sr. Mayor Ignacio J. Mendoza, Jefe del Estado Mayor de la 3ª Zona Militar, y Secretario porticular del eminente patricio, el ilustre General Bernardo Reyes. El simil es enteramente perfecto porque la personalidad del Sr. Reyes es tan respetable, tan inmaculada y tan grande como la del mismo Sr. General Díaz á quien entrañablemente quiere el Sr. Reyes y este gran patricio, este grande hombre tiene como uno de sus mejores amigos al Sr. Mayor Mendoza; luego por algo es; luego debe valer el Sr. Mendoza tanto como el General González vale para el Sr. Presidente. Y el Sr. Reyes no es un hombre vulgar, por el contrario es un hombre ilustradísimo, es un valiente General, un gran Capitán y cuando se posee el cariño y la confianza absoluta del que manda y se podría llegar á grandes puestos, mando y honores, y se podría con quererlo muchas cosas, se prefiere á todo, seguir siendo solo amigo, se es digno de este nombre.

En efecto, muy merecido lo tiene, el Sr. Mendoza es acreedor á la estimación y distinciones del Sr. General Reyes y creemos que en esto hemos dicho lo bastante del gallardo joven Mendoza, del valiente y pundonoroso militar que por su habitual modestia no quiso darnos ni su retrato, ni sus apuntes ni su hoja de servicios para biografiarle como se merece.

Conste pues que no es falta voluntaria de los editores, esta omisión que cometemos por orden expresa del digno y pundonoroso militar del Ejército Republicano el Sr. Mayor Ignacio J. Mendoza.

Pedro Pereda.

El Sr. Coronel Luis G. Cerón.

Nos complace decorar nuestro album con los rasgos biográficos de un jefe distinguido del Ejército, que ha hecho objeto principal de su vida, la milicia, y que, por tanto, ha visto blanquear su barba con la nivea escarcha de los años prestando esforzados servicios al país de que es hijo; que es su patria. Por eso es que lo considera esta publicación como ilustre me-

Damos vuelta á su hoja de servicios y nos encontramos con larga enumeración de los cuerpos en que ha servido; y más adelante con la no menos extensa de los premios obtenidos. También habremos de apuntarlos.

Por espacio de tres años, apegado al cumplimiento de su deber y con especial aptitud, desempeñó, de 67 á 70 honrosas comisiones del Gobierno; y pasó al Estado Mayor de la Brigada de la primera división. Y luego, de 1870 á 1871 estuvo en el Estado de Coahuila de donde se separó para marchar en defensa del Plan de Tuxtepec.

Son diversos sus premios y honrosos todos; hélos aquí:

Diploma y medalla que creó el Congreso de la Unión en decreto de 10 de Diciembre de 1862 por el triunfo alcanzado sobre el Ejército francés, en Puebla, el 5 de Mayo; condecoración decretada el 14 de Junio de 1863 por la defensa de la plaza de Puebla; la Cruz de 3ª clase, creada por decreto de 5 de Agosto de 1867, para los que combatieron contra la intervención francesa; diploma y medalla, que en líneas atrás mencionamos, por Miahuatlán, la Carbonera, y sitio y toma de la plaza de Oaxaca; diploma y medalla creada por la legislatura de Puebla para los que combatieron contra el ejército francés y sus aliados; condecoración creada por decreto de 17 de Marzo de 1869 por el asalto de Puebla el 2 de Abril de 1867; y Cruz y placa de 2ª clase creada por el decreto de 25 de Junio de 1841.

Con estos premios recibidos por batallas, acciones, encuentros y servicios prestados, bien merece el Coronel Fructuoso García, ser considerado como uno de los Jefes más distinguidos de nuestro ejército. Si lo hecho por él no le diese títulos á la gloria; si tantas proezas no fuesen peldaños de aquella misma, que ya ha escalado; con él terminaríamos aquí nuestra galería; porque los que le sigan habrían de estar también, desprovistos de méritos.

Pase en buena hora por el crisol de la censura su vida militar, que así y todo, pasando por allí á través de la crítica más exigente, sus hechos de armas, que son de gloria, se verán más límpidos cuanto más depurados.

Los últimos servicios por este ameritado caudillo, constan inscritos en caracteres de oro en el «93 de Coahuila» donde á la cabeza de la oposición prestó su gran contingente. Hoy retirado á la vida privada, sólo por el deseo de ser útil á su país natal, desempeña con todo acierto el puesto de Presidente Municipal de Piedras Negras, en donde ha dado á conocer sus grandes dotes gubernativas.

Felicitemos al ameritado Coronel García, al amigo modelo y caballeroso y recto Presidente Municipal.

Miguel Balmiguer,

xicano y como soldado ilustre, y por eso que, sin su retrato porque no nos lo mandó, y á su biografía damos sitio de honor en nuestra publicación.

Si no sabemos biografiarlo, tal como su personalidad militar merece y cual toca al caballero, perdónenoslo y también el público, en gracia sea á lo menos, á nuestros buenos deseos.

Cuando en delirio de ambición se ocurriera á un príncipe austriaco, hermano del Emperador de Austria, Francisco José, al llamado de absurdo partido realista, ceñir corona de Emperador en México, estalló la guerra llamada de «Intervención Francesa», por el país enemigo combatiente; Luis G. Cerón hizo toda su campaña, hallándose entre otras en las batallas de «Majoma», «Topagui», «San Jacinto», «La Pasión» y en fin, en el sitio aquel de Querétaro, en que triunfaron las armas republicanas, y en el cual cayera vencido, ya para pasar á la eternidad, el Archiduque de Austria, Maximiliano de Hapsburgo, digno de mejor suerte.

Ha hecho la campaña del Yaqui, tribu rebelde, que no obstante la eficacia y empeño del actual gobierno, tarda en someterse; del Yaqui y Mayo, encontrándose en la acción de Ontemo el 19 de Junio de ese mismo año de 1885 y en el reconocimiento hecho á la justificación del Afil, el 24 del mismo mes.

Nunca ha usado de licencia alguna; como jefe pundonoroso y con la noble fe del buen soldado que sabe son preciosos los momentos para servir al país, ha estado siempre en el cumplimiento del ejercicio de sus funciones, de hijo de la Patria, de militar de Anahuac.

Está hoy de guarnición en Monterey.

Tiene condecoración de primera clase decretada en 5 de Agosto de 1867 por los servicios prestados á la República en la Intervención Francesa; condecoración creada por la Legislatura de Sonora en su decreto de 13 de Diciembre de 1887, y cruz de segunda clase correspondiente á treinta años de servicios.

Si con lo hecho hasta aquí no se ha creado el Coronel Cerón reputación magnífica militar, le habrá faltado fortuna, pues que méritos le sobran con lo anteriormente dicho.

Actualmente como Jefe del 13º Regimiento, es estimado de sus subalternos, y dicho Regimiento es en la actualidad uno de los mejores disciplinados del Ejército. Tiene á su lado á los distinguidísimos y amantados Herculano Moreyra y José Rodríguez, Teniente Coronel y Mayor respectivamente del referido cuerpo.

Conste, pues, que en atención á sus indicaciones expresas y por no haber remitido sus apuntes y retrato, no está completa la biografía del caballero Coronel Luis G. Cerón, á quien sinceramente felicitamos.

Rodrigo Martínez.

EL SR. GENERAL

POMPOSO CAMPILLO

Pertenece el veterano á esa falange de hombres que comprendiendo las necesidades de este país, no satisfechas, y los peligros grandes que para remover obstáculos podía correrse, desafiaron los peligros y emprendieron la tarea. Abandonó Campillo sus labores y hacienda no pequeña, comprometiendo el gran crédito de que, por su honradez, y su trabajo, gozaba ya como hombre de negocios.

Peleó como los buenos; enriqueció con honra su hoja de servicios y contribuyó con poderoso esfuerzo al advenimiento del período económico deseado, y que, gloriosa y atrevidamente saludó en Teacoac el estampido del cañón de Oriente.

El General Pomposo Campillo es un antiguo militar, oficial de filas, siempre de guerra, cuyas cualidades distintivas son: el cumplimiento del deber, la rigidez en el servicio, la perseverancia y el valor.

Compañero inseparable del Sr. General D. Porfirio Díaz, asistió con él á la memorable batalla de la Carbonera, á la del 2 de Abril y al glorioso 5 de Mayo en Puebla, obteniendo muy honrosas condecoraciones por sus importantes servicios prestados á la Patria.

Nadie niega que en tiempo del Sr. Lerdo, las Divisiones en que estaba repartido el ejército se componía solo de lo más granado de nuestra sociedad. A esa pleyade de caballerosos y correctos militares, pertenecía en Jefe nuestro biografiado, el cual ascendió á Teniente Coronel y luego á Coronel, por los importantes servicios que ha prestado al país por la lealtad con que siempre ha servido á todos los gobiernos republicanos que han utilizado sus servicios.

Con el triunfo de Teacoac: el Sr. Coronel que era entonces, se retiró á la vida privada, pero comprendiendo el Gobierno que con tan ameritado General, buen servidor de la patria, debería figurar en alta escala en los puestos á que su talento hiciera acreedor, recibió órdenes de la Secretaría de Guerra para servir en Jefe del Estado Mayor de la 6ª Zona Militar, donde se captó las simpatías todas de la población de León por los heroicos servicios prestados en la terrible catástrofe de la Inundación de esa ciudad.

Prolijo sería detallar todas las obras buenas y meritorias, los actos de valor y civismo, que tiene prestados el Sr. General Campillo, y por esto nos limitamos á decir que ha obtenido como premios entre otros muchos.

La Cruz de la 1ª clase por haber combatido á la Intervención francesa y al Ejército aliado desde el principio; hasta la toma de la Capital de la República.

Tiene igualmente la condecoración decretada por la Legislatura del Estado de Puebla el día 7 de Mayo de 1869, á los que asaltaron la Plaza el 2 de Abril de 1867.

Por hallarse comprendido en los artículos relativos de la ley respectiva, ha sido acreedor al abono de servicios que le corresponden por los prestados con bravura y con denuedo á la República contra la Intervención y el llamado Imperio en las clases de Teniente y Capitán.

El Sr. General Campillo como recompensa á su pundonor militar, ha merecido la confianza del Gobierno desempeñando honrosísimas comisiones. Ha sido Mayor de Plaza en la ciudad de México y actualmente es el General en Jefe del Resguardo de la Gendarmería Fiscal, puesto sumamente delicado y de la mayor confianza.

Como nuestra misión ha sido colocar en nuestro Album, los hombres más prominentes del Ejército Militar, con orgullo colocamos en esa galería al Sr. General Pomposo campillo, como de los más ilustres hijos de la República, uno de los más leales servidores de la Nación y que ha merecido y merece el bien de la Patria.

RAVINO OLIVERA.

El 6º Regimiento y su digno Jefe EL SEÑOR GENERAL CORONEL ADOLFO T. VALLE

Pasábamos al desempeño de nuestra comisión por Guadalajara, recogiendo la conformidad de los dignos Jefes del Ejército para que cooperasen al éxito de nuestra obra, y al pasar por el cuartel del 6º Regimiento que está de guarnición en aquella plaza, se encontraba como siempre, firme en el desempeño de sus obligaciones á la hora de lista, el pundonoroso y cumplido General Adolfo Valle, uno de los más amantados y veteranos ilustres de la patria.

Después del saludo de ordenanza le expusimos el deseo que teníamos de contar con su aquiescencia para formar nuestro album—Leyó nuestro prospecto, le tomó todo el sentido que debía, y después de examinarnos la faz, nos dijo con esa naturalidad del hombre profundo y práctico, del modesto sabio y del hombre de bien que nunca cree haber cumplido con lo bastante, con haberlo dado todo nos dice. «Yo no soy digno de figurar en la obra de vdes., apenas si hemos hecho algo, por la patria y creo además que en vida, no se debe decir nada porque nada meritorio es, haber cumplido con su deber. Allá, después de muerto, si algo digno de mi nombre dicen vdes. ó se debe decir, entonces será cuando deban ocuparse. Por

ahora no creo que deba dar á vdes. ningunos apuntes de mi vida pública, ni política ni privada; »pues si la vida la hubiere dado en aras de la República, apenas si en ella quedaba compensado el favor que la Nación me hace en considerarme como uno de sus más leales servidores.»

«Vean vdes. en lo particular á mis dignos compañeros de armas en el Regimiento de mi mando, yo no les puedo hablar porque sería comprometerlos y tampoco lo haré, si alguno quiere prestar su hoja de servicios. que lo haga, yo no la doy porque no me juzgo digno del más ligero encomio. He prestado mis servicios por el bien de mis conciudadanos, soy amigo incondicional del Sr. Presidente, á quien deseo ayudar en su obra de paz, soy liberal de corazón y de verdadero afecto por las instituciones que nos rigen y cuanto he hecho por esta Santa causa, lo he hecho por convicción. No merezco laudatorias de ningún género. Cuando muera, la patria sabrá si fui digno de su nombre de mexicano.»—Esto nos decía el Sr. General Valle con un aplomo, con una afabilidad y con un tono tan verídico y puro, que en el acto supimos leer en aquella majestad que impone la realidad de cuanto hemos referido á nuestros lectores. Los conceptos vertidos por nuestro insigne caudillo el Sr. General Valle, ponen de relieve su gran corazón, su gran modestia y civismo sin ejemplo y por lo mismo no nos extenderemos en biografiarlo como corresponde.

«El estilo es el hombre» y con lo relatado anteriormente puede comprenderse todo cuanto vale y cuanto es el Jefe del 6º Regimiento del Ejército permanente, uno de los mejor disciplinados de la Federación.

En efecto, el Sr. General Adolfo Valle ha conquistado los grados por riguroso ascenso. Liberal desde sus principios ostenta con orgullo sobre su pecho, las más brillantes condecoraciones para los buenos hijos de la República. Leal servidor á los Gobiernos constituidos y democrata de corazón, ha derramado su sangre por el sostenimiento de las instituciones que nos rigen y en su conducta inmaculada como cumplido militar, ha merecido las distinciones y premios que la patria otorga para los hijos que han sostenido la integridad de su territorio.

El Regimiento 6º de la Federación que es á su cargo, se compone todo de lo más granado de nuestra sociedad.

Los tapafos tienen una prueba de ello, pues toda la oficialidad altamente digna, ha sabido corresponder á la confianza y cariño que les prodiga. Guadalajara se enorgullece de tener en la guarnición de la plaza al ameritado é ilustre caudillo republicano, el Sr. General Adolfo J. Valle, á su digna oficialidad, y en general al 6º Regimiento de la Federación objeto también de las presentes líneas.

Mariano Ramos,

xicano y como soldado ilustre, y por eso que, sin su retrato porque no nos lo mandó, y á su biografía damos sitio de honor en nuestra publicación.

Si no sabemos biografarlo, tal como su personalidad militar merece y cual toca al caballero, perdonenoslo y también el público, en gracia sea á lo menos, á nuestros buenos deseos.

Cuando en delirio de ambición se ocurriera á un príncipe austriaco, hermano del Emperador de Austria, Francisco José, al llamado de absurdo partido realista, ceñir corona de Emperador en México, estalló la guerra llamada de «Intervención Francesa», por el país enemigo combatiente; Luis G. Cerón hizo toda su campaña, hallándose entre otras en las batallas de «Majoma», «Topagui», «San Jacinto», «La Pasión» y en fin, en el sitio aquel de Querétaro, en que triunfaron las armas republicanas, y en el cual cayera vencido, ya para pasar á la eternidad, el Archiduque de Austria, Maximiliano de Hapsburgo, digno de mejor suerte.

Ha hecho la campaña del Yaqui, tribu rebelde, que no obstante la eficacia y empeño del actual gobierno, tarda en someterse; del Yaqui y Mayo, encontrándose en la acción de Ontemo el 19 de Junio de ese mismo año de 1885 y en el reconocimiento hecho á la justificación del Afil, el 24 del mismo mes.

Nunca ha usado de licencia alguna; como jefe pundonoroso y con la noble fe del buen soldado que sabe son preciosos los momentos para servir al país, ha estado siempre en el cumplimiento del ejercicio de sus funciones, de hijo de la Patria, de militar de Anahuac.

Está hoy de guarnición en Monterey.

Tiene condecoración de primera clase decretada en 5 de Agosto de 1867 por los servicios prestados á la República en la Intervención Francesa; condecoración creada por la Legislatura de Sonora en su decreto de 13 de Diciembre de 1887, y cruz de segunda clase correspondiente á treinta años de servicios.

Si con lo hecho hasta aquí no se ha creado el Coronel Cerón reputación magnífica militar, le habrá faltado fortuna, pues que méritos le sobran con lo anteriormente dicho.

Actualmente como Jefe del 13º Regimiento, es estimado de sus subalternos, y dicho Regimiento es en la actualidad uno de los mejores disciplinados del Ejército. Tiene á su lado á los distinguidísimos y amantados Herculano Moreyra y José Rodríguez, Teniente Coronel y Mayor respectivamente del referido cuerpo.

Conste, pues, que en atención á sus indicaciones expresas y por no haber remitido sus apuntes y retrato, no está completa la biografía del caballero Coronel Luis G. Cerón, á quien sinceramente felicitamos.

Rodrigo Martínez.

EL SR. GENERAL

POMPOSO CAMPILLO

Pertenece el veterano á esa falange de hombres que comprendiendo las necesidades de este país, no satisfechas, y los peligros grandes que para remover obstáculos podía correrse, desafiaron los peligros y emprendieron la tarea. Abandonó Campillo sus labores y hacienda no pequeña, comprometiendo el gran crédito de que, por su honradez, y su trabajo, gozaba ya como hombre de negocios.

Peleó como los buenos; enriqueció con honra su hoja de servicios y contribuyó con poderoso esfuerzo al advenimiento del período económico deseado, y que, gloriosa y atrevidamente saludó en Teacoac el estampido del cañón de Oriente.

El General Pomposo Campillo es un antiguo militar, oficial de filas, siempre de guerra, cuyas cualidades distintivas son: el cumplimiento del deber, la rigidez en el servicio, la perseverancia y el valor.

Compañero inseparable del Sr. General D. Porfirio Díaz, asistió con él á la memorable batalla de la Carbonera, á la del 2 de Abril y al glorioso 5 de Mayo en Puebla, obteniendo muy honrosas condecoraciones por sus importantes servicios prestados á la Patria.

Nadie niega que en tiempo del Sr. Lerdo, las Divisiones en que estaba repartido el ejército se componía solo de lo más granado de nuestra sociedad. A esa pleyade de caballerosos y correctos militares, pertenecía en Jefe nuestro biografiado, el cual ascendió á Teniente Coronel y luego á Coronel, por los importantes servicios que ha prestado al país por la lealtad con que siempre ha servido á todos los gobiernos republicanos que han utilizado sus servicios.

Con el triunfo de Teacoac: el Sr. Coronel que era entonces, se retiró á la vida privada, pero comprendiendo el Gobierno que con tan ameritado General, buen servidor de la patria, debería figurar en alta escala en los puestos á que su talento hiciera acreedor, recibió órdenes de la Secretaría de Guerra para servir en Jefe del Estado Mayor de la 6ª Zona Militar, donde se captó las simpatías todas de la población de León por los heroicos servicios prestados en la terrible catástrofe de la Inundación de esa ciudad.

Prolijo sería detallar todas las obras buenas y meritorias, los actos de valor y civismo, que tiene prestados el Sr. General Campillo, y por esto nos limitamos á decir que ha obtenido como premios entre otros muchos.

La Cruz de la 1ª clase por haber combatido á la Intervención francesa y al Ejército aliado desde el principio; hasta la toma de la Capital de la República.

Tiene igualmente la condecoración decretada por la Legislatura del Estado de Puebla el día 7 de Mayo de 1869, á los que asaltaron la Plaza el 2 de Abril de 1867.

Por hallarse comprendido en los artículos relativos de la ley respectiva, ha sido acreedor al abono de servicios que le corresponden por los prestados con bravura y con denuedo á la República contra la Intervención y el llamado Imperio en las clases de Teniente y Capitán.

El Sr. General Campillo como recompensa á su pundonor militar, ha merecido la confianza del Gobierno desempeñando honrosísimas comisiones. Ha sido Mayor de Plaza en la ciudad de México y actualmente es el General en Jefe del Resguardo de la Gendarmería Fiscal, puesto sumamente delicado y de la mayor confianza.

Como nuestra misión ha sido colocar en nuestro Album, los hombres más prominentes del Ejército Militar, con orgullo colocamos en esa galería al Sr. General Pomposo campillo, como de los más ilustres hijos de la República, uno de los más leales servidores de la Nación y que ha merecido y merece el bien de la Patria.

RAVINO OLIVERA.

El 6º Regimiento y su digno Jefe EL SEÑOR GENERAL CORONEL ADOLFO T. VALLE

Pasábamos al desempeño de nuestra comisión por Guadalajara, recogiendo la conformidad de los dignos Jefes del Ejército para que cooperasen al éxito de nuestra obra, y al pasar por el cuartel del 6º Regimiento que está de guarnición en aquella plaza, se encontraba como siempre, firme en el desempeño de sus obligaciones á la hora de lista, el pundonoroso y cumplido General Adolfo Valle, uno de los más amantados y veteranos ilustres de la patria.

Después del saludo de ordenanza le expusimos el deseo que teníamos de contar con su aquiescencia para formar nuestro album—Leyó nuestro prospecto, le tomó todo el sentido que debía, y después de examinarnos la faz, nos dijo con esa naturalidad del hombre profundo y práctico, del modesto sabio y del hombre de bien que nunca cree haber cumplido con lo bastante, con haberlo dado todo nos dice. «Yo no soy digno de figurar en la obra de vdes., apenas si hemos hecho algo, por la patria y creo además que en vida, no se debe decir nada porque nada meritorio es, haber cumplido con su deber. Allá, después de muerto, si algo digno de mi nombre dicen vdes. ó se debe decir, entonces será cuando deban ocuparse. Por

ahora no creo que deba dar á vdes. ningunos apuntes de mi vida pública, ni política ni privada; »pues si la vida la hubiere dado en aras de la República, apenas si en ella quedaba compensado el favor que la Nación me hace en considerarme como uno de sus más leales servidores.»

«Vean vdes. en lo particular á mis dignos compañeros de armas en el Regimiento de mi mando, yo no les puedo hablar porque sería comprometerlos y tampoco lo haré, si alguno quiere prestar su hoja de servicios. que lo haga, yo no la doy porque no me juzgo digno del más ligero encomio. He prestado mis servicios por el bien de mis conciudadanos, soy amigo incondicional del Sr. Presidente, á quien deseo ayudar en su obra de paz, soy liberal de corazón y de verdadero afecto por las instituciones que nos rigen y cuanto he hecho por esta Santa causa, lo he hecho por convicción. No merezco laudatorias de ningún género. Cuando muera, la patria sabrá si fui digno de su nombre de mexicano.»—Esto nos decía el Sr. General Valle con un aplomo, con una afabilidad y con un tono tan verídico y puro, que en el acto supimos leer en aquella majestad que impone la realidad de cuanto hemos referido á nuestros lectores. Los conceptos vertidos por nuestro insigne caudillo el Sr. General Valle, ponen de relieve su gran corazón, su gran modestia y civismo sin ejemplo y por lo mismo no nos extenderemos en biografarlo como corresponde.

«El estilo es el hombre» y con lo relatado anteriormente puede comprenderse todo cuanto vale y cuanto es el Jefe del 6º Regimiento del Ejército permanente, uno de los mejor disciplinados de la Federación.

En efecto, el Sr. General Adolfo Valle ha conquistado los grados por riguroso ascenso. Liberal desde sus principios ostenta con orgullo sobre su pecho, las más brillantes condecoraciones para los buenos hijos de la República. Leal servidor á los Gobiernos constituidos y democrata de corazón, ha derramado su sangre por el sostenimiento de las instituciones que nos rigen y en su conducta inmaculada como cumplido militar, ha merecido las distinciones y premios que la patria otorga para los hijos que han sostenido la integridad de su territorio.

El Regimiento 6º de la Federación que es á su cargo, se compone todo de lo más granado de nuestra sociedad.

Los tapafos tienen una prueba de ello, pues toda la oficialidad altamente digna, ha sabido corresponder á la confianza y cariño que les prodiga. Guadalajara se enorgullece de tener en la guarnición de la plaza al ameritado é ilustre caudillo republicano, el Sr. General Adolfo J. Valle, á su digna oficialidad, y en general al 6º Regimiento de la Federación objeto también de las presentes líneas.

Mariano Ramos,

EL 5º BATALLON Y SU DIGNO JEFE TRINIDAD RUIZ

Hace muy poco tiempo que fué ascendido á Coronel este respetable Jefe, el Sr. Trinidad Ruiz, un republicano ilustre; un demócrata de corazón y que sentó plaza de soldado y dispuesto estaba á derramar su sangre desde el año de 1860 en la terrible lucha contra los enemigos de la patria.

En aquella época estaban á prueba quienes eran los mexicanos afrancesados, los *traidores*, los mexicanos que ambicionaban para su país un monarca extranjero, y los mexicanos de pura sangre, los legítimos nacionales de corazón que se filieron al partido JUÁREZ, que era la gran palabra del partido el lazo de unión entre los verdaderos hijos de Anahuac.

El partido del ostracismo reputaba rojo y excomulgado al que defendía la nacionalidad y su territorio. Los hijos de Morelos, de Juárez y de Ocampo, titulaban á aquellos mexicanos de sangre manchada y afrancesados..... *traidores* á su patria y de estos estaba plagada la Nación el año en que nos referimos. Teníamos vendida nuestra patria por nuestros hermanos..... no..... por nuestros hermanos no..... porque la madre patria no podía tener hijos espurios y el partido liberal nunca pudo ser ni tener hermanos en el partido del retroceso. Digámosles nuestros congéneres, nuestros semejantes, cualquiera otro calificativo, menos el de hermanos ni el de mexicanos.

Pues bien, el Sr. Coronel Trinidad Ruiz, entonces Teniente, pertenecía al número de los escogidos, de los pocos, pero buenos, amantes de su país que se filieron para defender á Juárez y con él enarbolar el pabellón tricolor en los campos de batalla.

Poco á poco y a fuerza de merecimientos, de cruentos sacrificios, de valor y muerte entre el estampido del cañón y la lucha por la vida, poco á poco, repetimos, nuestro biografiado, el caballeroso y pundonoroso militar Trinidad Ruiz, fué adquiriendo sus ascensos hasta merecer del Gobierno como premio á sus afanes, la Cruz de 1ª Clase por haber combatido á la Intervención francesa y al Ejército aliado desde el principio hasta la terminación que concluyó por la toma de Querétaro y fusilamiento de Maximiliano de Hapsburgo en el Cerro de las Campanas.

El Sr. Coronel Ruiz se hizo acreedor á la mención honorífica y medallas de honor decretadas á los que concurrieron á la defensa de Puebla, en el sitio de los franceses y á la memorable jornada el 5 de Mayo de 1862.

Estos hechos bastarían para acreditar las justas distinciones que, el Gobierno le guarda; pero hay también un hecho que no debemos dejar pasar desapercibidos, porque si acreedor ha sido el Sr. Presidente á la justa ovación y aplauso unánime, por haber salvado á la Nación con su revolución regeneradora de Tuxtepec, justo nos parece también encomiar á todos aquellos leales amigos que supieron secundar con él tan victoriosa empresa.

El Mayor entonces Trinidad Ruiz fué uno de sus más leales partidarios; Tuxtepecano de corazón secundó al Sr. Díaz en tan arrogante empresa y sería prolijo enumerar todas y cada una de las difíciles comisiones y atrevidas órdenes que tuvo que ejecutar.

Establecida la paz, varios fueron los empleos que obtuvo nuestro ameritado caudillo Sr. Ruiz, pues es una de las personas á quien justamente consideraba el Sr. Presidente, y sabedor de la buena disciplina, el orden y la instrucción militar profunda que posee, su brillante comportamiento en los diversos Batallones que sirvió, su limpia hoja de servicios etc., etc. fué nombrado Jefe accidental primero y en propiedad después, del Batallón 5º de línea, del ejército permanente y uno de los más distinguidos, antiguos y ameritados de la Federación.

En efecto, el Sr. Coronel Ruiz tiene á su lado Jefes que eficazmente colaboran á la brillante disciplina del batallón, á los muy ilustres y liberales también, el Teniente Coronel Juan J. Villarreal y Florencio Aguilar, una oficialidad distinguidísima y pundonorosa, y hasta las clases parece que corresponden al buen orden y moralidad del Batallón modelo.

Lamentamos no tener en nuestras manos unos apuntamientos de los expresados Sres. Ruiz, Villarreal y Flores; pues el primero, contaminado con las teorías del modestísimo liberal é insigne General Bernardo Reyes, no nos mandó su hoja de servicios y cuando adquirimos su cooperación para este Album, nos decía el incomparable Reyes: «Todos estos son mis muchachos, están educados en cierta escuela, se subscriben por la importancia y utilidad de la obra que van ustedes á publicar, pero no les agrada cierto género de lisonjas.»

En fin, hemos cumplido, el Sr. Coronel Trinidad Ruiz está bastante conocido y estimado entre sus compañeros de armas. Es un militar antiguo, distinguido, y que ha prestado brillantes servicios á la patria.

Es un demócrata de corazón.

Un leal amigo del Sr. Presidente y eficaz colaborador de la paz. Un servidor utilísimo del Gobierno constituido y un ilustre ciudadano que ha merecido el bien de la Nación.

Riguel Guerrero,

EL SEÑOR CORONEL PABLO DE HARO

Cuando tuvimos la honra de hablar con este antiguo y ameritado Coronel, nos decía al entregarnos su retrato con atenta dedicatoria al insigne General de División Ignacio M. Escudero, y cuyo retrato contiene el de su hijo á quien le entrega un libro.

Nos decía, repetimos: «un buen libro es el mejor amigo del hombre; me ven vdes. en esta actitud porque como carezco de bienes creo que lo mejor que debo legar á mi hijo es un buen libro, el libro de la experiencia, ese libro de la humanidad que no todos aprovechan debidamente.»

En efecto, el Sr. Coronel Pablo de Haro, ha sufrido muchas vicisitudes, ha tenido que pasar en esa carrera militar que tiene conquistada, grado por grado, todos los horrores de la miseria, todas las contingencias de una persecución grave y tenaz, y de consiguiente ha firmado con experiencia su libro de lectura y de ejemplo, entre el fragor de las campañas entre el humo de los combates, y las peripecias de una larga persecución.

Desde niño era soldado, podemos decir que es un soldado viejo á quien por consiguiente mucho debe la patria. Soldado liberal, soldado amante de las instituciones que nos rigen, demócrata leal y sincero; soldado de la guardia vieja como decía Napoleón, y perseguido por el partido conservador á quien nuestro biografiado se cansó de verles las espaldas.

El Sr. Coronel Pablo de Haro, tiene acreditados innumerables servicios por los que la Nación le ha otorgado diferentes diplomas de honor; pero entre otros de los más meritorios el que concedió á los que combatieron sin descanso durante la Intervención del llamado Imperio.

Tiene acreditado también la medalla concedida á los sitiadores de Querétaro: y multitud de acciones meritorias por las que se captó la simpatía del Sr. Juárez y sus ascensos, desde Subteniente, en cuyo empleo comenzó, hasta el grado de Coronel en cuyo empleo se halla desempeñando en Chihuahua una comisión de importancia en aquella Zona.

Respecto á su brillante hoja de servicios mucho pudiéramos decir, es tan limpio como cualquiera de los más aguerridos Generales que hoy figuran.

En cuarenta y tantos años de servicios, no ha pedido ni una sola vez, una licencia: no ha merecido el más leve reproche, tiene anotados muchos premios por las campañas donde ha probado su valor y táctica militar, y nos mostró honrosísimos certificados de

lo más granado del Ejército republicano donde militó y ha militado.

No cuenta con una sola defección, siempre leal, siempre sumiso, instruido en demasía. Después de sus labores de cuartel, siempre se le haya con el libro en la mano, ese libro en el que estudia al género humano y donde ha aprendido las máximas más sabias para saber vivir.

Tratadlo y vereis en él al militar más profundo, más correcto y discreto. Ojead su hoja de servicios y vereis al patriota más esclarecido, al valeroso guerrero y cumplido militar.

Penetrad á su hogar y vereis al padre modelo, al maestro sabio y al carifoso amigo.

Registrad el libro de la Historia de México y allí vereis inscrito su nombre con letras de oro en la lista de los buenos hijos de México que han peleado siempre por su libertad.

Apolinar Arce.

Señor Mayor Vicente Rojas.

JUÁREZ, el Benemérito é inolvidable Juárez, tuvo cerca de sí personas que como el Sr. General Ignacio Escudero, le salvaran la vida y le defendieran contra todo evento. Había entonces partidarios legítimamente liberales ó sean Juaristas, constuncionalistas de corazón, demócratas, firmes y leales, que derramaran por él su sangre en los campos de batalla. El Sr. General Escudero puede decirse que creó para la patria ese partido netamente constitucional y reformista, y desde entonces, vino formando soldados adictos á ese partido que llenó tanto de gloria las armas de la República, Anduvo el Sr. Escudero, escogiendo de aquí y de allí hombres de verdadero mérito y como soldado viejo, valiente y práctico como el que más, tuvo á su lado personas de acendrado patriotismo y pundonor.

Entre el número de estos esclarecidos patriotas debemos contar al Mayor Vicente Rojas, adicto é incondicional amigo del Sr. General Escudero, subordinado respetuoso que ha militado á sus órdenes en los tiempos del peligro para la patria.

¿No es verdad que bastaría este sólo hecho para conocer al integérrimo liberal que estamos biografiando?

¿Qué méritos, nos preguntarán, tiene el Sr. Mayor Rojas ante la Nación?

El Sr. General de División Ignacio Escudero, contestaría certificando los buenos servicios del Sr.

Rojas diciendo: «Fué Juarista y defendió á su patria contra la Intervención y el Imperio.»

—¿Fué Juarista?

—¡Oh! pues eso basta.

Haber seguido á ese hombre, á ese génio sobrehumano, haberle defendido y ser filiado en ese partido que era la síntesis de la democracia y la legalidad, es el timbre de más orgullo que puede tener un militar.

Quien como el Sr. Mayor Rojas, tenga anotada en su hoja de servicios la frase de «peleó contra los franceses en defensa de su patria,» eso basta para tener el mayor mérito y ser acreedor como lo es el Sr. Rojas, del Despacho próximo de Teniente Coronel.

La conducta del Sr. Rojas la abonan como cumplido militar, valeroso, honrado y digno, las certificaciones de los Generales de División Ignacio M. Escudero, Rosendo Márquez, Juan N. Méndez, y otros con quienes desde joven subteniente fué un abanderado correcto y cumplió como bueno.

Varias son las comisiones que ha desempeñado de confianza y ha estado unas veces al servicio de las Zonas 2.^a, 5.^a y 9.^a. Ha desempeñado con acierto, con honradez y tino, diferentes puestos en los Consejos de Guerra y jamás ha tenido un leve extrañamiento ni la menor falta en el servicio de la arma á que pertenece.

El Sr. Mayor Rojas es un liberal acreditado. Es un democrata de corazón.

Es un excelente amigo, que indudablemente ocupará después puestos de mayor importancia.

Así lo exige su pundonor y los servicios prestados á su patria.

Alberto Molina.

EL LICENCIADO CORONEL

Gabriel Z. Hernandez.

Pertenece á la juventud que empuja al ostracismo; es un sol que nace á la vida de esta generación, que si bien no ha derramado su sangre ni escuchado el estampido del cañón, en cambio ha luchado en esa gran revolución de ideas; es de los nuevos adalides del pensamiento y que titanes de la evolución progresista, han tomado asiento en esta era de paz conquistada por nuestros mayores, pero para el adelanto de esa misma juventud!.....

Al soldado se le cuentan sus servicios desde que se filia como recluta y va de ascenso en ascenso, y llega á Coronel ó General.

El científico tiene también su escalafón glorioso,

tiene su rigurosa escala cuando desde niño se matricula para cursar los primeros años de una carrera.

La carrera militar hoy día, es una carrera verdaderamente profesional y por esto es que sabiamente se ha declarado que vengan á participar de ese progreso al que los militares ayudan con su sangre, cooperen también los hombres de la ciencia.

Pues bien, el Sr. Lic. Coronel Gabriel Z. Hernández, sentó plaza de recluta en las filas del republicanismo científico, para cursar latinidad en el Instituto del Estado de Puebla el año de 1870. Hijo de este hermoso suelo, comenzó allí su carrera de abogado.

Las mejores calificaciones de 3 muy bien, 3 P. B. como le llamamos los colegiales á la mejor calificación del Colegio, eran los premios del inteligente abogado á quien bosquejamos, haciéndose siempre acreedor por su conducta y aplicación al aprecio de sus maestros.

Terminó con notable aprovechamiento su carrera, mereciendo el premio de sus afanes y desplegando siempre ese talento natural y poco común que tiene, y siendo desde entonces un orador correcto y un poeta sentido, bardo compañero de tantos otros que orgullo han causado á la angélica ciudad.

Estuvo en calidad de pasante al lado del inteligentísimo abogado Rafael Aguilar, y en uno de los Juzgados de Sentencia de aquella ciudad.

En seguida se fué á Pacuoca, Capital del Estado de Hidalgo, donde después de un brillante exámen obtuvo el título de Abogado en el año de 1884. El carácter siempre jovial de nuestro biografiado cautivó al Ejecutivo de aquel Estado, dando al Sr. Hernández varios empleos de confianza, donde se manejó con todo acierto y después de algún tiempo vino á México, donde recibió órdenes de la Secretaría de Guerra y Justicia, para desempeñar algunos puestos de importancia en los Estados de Sonora, en la Paz, en Colima y Puebla, unas veces de Promotor fiscal, Agente del Ministerio Público, Defensor de pobres; Asesor Militar y Juez Instructor, puesto que desempeña con notable rectitud y acierto en Chihuahua, Capital del Estado del mismo nombre.

Esta juventud que empieza á formar su hoja de servicios á la patria, también podemos decir que en ella se encuentra á la cabeza de ese partido provechoso, el inteligente Lic. Coronel Gabriel Z. Hernández, uno de los más leales y buenos amigos del Sr. General de División, Ignacio M. Escudero, á quien hemos dedicado la presente publicación. Abramos, pues, el libro de los militares científicos con los apuntes del sentido poeta que pálidamente reseñamos. Empezemos á anotar su limpia hoja de servicios en las anotaciones que tiene ya en la Secretaría de Guerra y son las siguientes:



Dionisio Quiñones



Nicanor Valdes



Pablo de Haro



Pedro A. de Garay

Capacidad buena. Instrucción en Ordenanza bastante. Conducta militar intachable. Conducta civil buena.

No ha usado ninguna licencia. Ningún castigo ha merecido, etc.

Tales son, pues, las primeras letras con que engalanamos nuestra publicación, consagrándolas al probo y digno Juez Instructor de la 2ª Zona Militar.

Ignacio Alarcón.

EL SEÑOR CAPITAN

LUIS G. GONZALEZ.

REFLEJO.

Así pudiéramos llamar á las presentes líneas consagradas á enaltecer los méritos del aguerrido Capitán Luis G. González, uno de los Jefes más apreciados del 12º Regimiento; el de todas las confianzas del General Terán y del jefe de Zona, puesto que desempeña el delicado empleo de Jefe de la línea divisoria del Río Bravo y Anexas, en la Ciudad Porfirio Díaz (Piedras Negras, Coahuila.—México.)

El Sr. Capitán 1º del 12º Regimiento Luis G. González, no tiene historia escrita, porque es un adalid que apenas comienza en la azarosa carrera del militarismo.

Pero podemos hacer sino un boceto perfecto, al menos un reflejo de sus muchas cualidades, porque las tiene; se hace apreciar y distinguir de sus compañeros de armas y ha sido y es un hombre de un criterio poco común, de un valor temerario y de una discreción y disciplina como militar altamente significativa.

La carrera militar del biografiado Sr. González, empieza con un bautismo de sangre; se filió al partido de Tuxtepec y tocóle por desgracia hallarse en la famosa batalla de Epatlán, donde resultó herido.

El Sr. General Terán, á cuyo lado militaba, recomendó al Sr. Díaz el comportamiento digno y valeroso del Subteniente González, nombrándole teniente y su ayudante y secretario particular, distinción honorífica que muy pocos merecieron.

En 1881 fué ascendido á Teniente y fué tal su conducta en el Escuadrón á que pertenecía, tal su instrucción y buen comportamiento, que en la primer vacante que hubo en el 12º Regimiento fué ascendido á Capitán 2º y luego á 1º, cuyo grado, como se vé, fué adquirido por el saber, por la moralidad y buen ejemplo del que estamos ligeramente biografiando.

En 1893, la paz del Estado de Coahuila estaba en peligro de perderse; un motín serio amenazaba la tranquilidad de la República, pues 2,000 valientes hi-

jos de aquel Estado protestaban contra la reelección del Sr. Garza Galán.

Desde luego se nombró como persona de todas las confianzas del Gobierno al Sr. Capitán Luis G. González, en destacamento con su Escuadrón para la Ciudad Porfirio Díaz, y debido al buen tino del Sr. González que se dió á querer en el alto grado, debido á su prudencia y grandes dotes militares, la paz de aquel Discreto se conservó inalterable, y desde entonces Luis (como le decimos sus íntimos) se captó una popularidad extremada, al grado de que es la persona más solicitada por nacionales y extranjeros en aquella localidad.

Si estos rasgos no son bastantes para dar un reflejo de lo que más tarde servirá para hacer un boceto perfecto del que está llamado á figurar en grande escala, no sabemos entonces lo que llamarse pudiera *reflejo* de actualidad.

El Sr. Capitán Luis G. González pertenece á los que con orgullo han llevado ese apellido como galardón para la patria.

Es un correcto caballero, es un cumplido militar, discreto, instruido, de buen talento y excelente fondo de corazón y en cuanto á ideas, debe juzgarse cual sea su credo político, cuando militó á las órdenes de los Generales Díaz, González y Terán; cuando ha derramado su sangre por la paz y por la patria y cuando para hacerse digno de la estimación de sus compañeros de armas, se titula con orgullo liberal.

Felicitamos al caballeroso Sr. Capitán Luis G. González por el empleo que desempeña, esperándolo ver más tarde en el puesto á que se hacen acreedores los que como él; tienen por divisa el cumplimiento del deber.

Tomás Rava.

EL SR. CORONEL

SUSANO ORTIZ

¡Cuanta gloria y que inmensa satisfacción debe sentirse, cuando como el apreciable Sr. Coronel Susano Ortiz, después de tantos servicios y encanecido por el comportamiento afanoso, de su carrera militar, es llamado constantemente por el Gobierno para el desempeño de los más altos y difíciles comisiones del servicio.

Cuando peligran las instituciones, se perturba el orden y hay algún conflicto en las fronteras del Norte, en el acto es llamado el Sr. Coronel Ortiz para ponerse frente á frente del enemigo. Su valor raya en temerario; su nombre sirve de espanto á las tribus salvajes á quien desde niño azotara en el campo de batalla, pues hay que advertir sin lisonja de ninguna

Capacidad buena. Instrucción en Ordenanza bastante. Conducta militar intachable. Conducta civil buena.

No ha usado ninguna licencia. Ningún castigo ha merecido, etc.

Tales son, pues, las primeras letras con que engalanamos nuestra publicación, consagrándolas al probo y digno Juez Instructor de la 2ª Zona Militar.

Ignacio Alarcón.

EL SEÑOR CAPITAN

LUIS G. GONZALEZ.

REFLEJO.

Así pudiéramos llamar á las presentes líneas consagradas á enaltecer los méritos del aguerrido Capitán Luis G. González, uno de los Jefes más apreciados del 12º Regimiento; el de todas las confianzas del General Terán y del jefe de Zona, puesto que desempeña el delicado empleo de Jefe de la línea divisoria del Río Bravo y Anexas, en la Ciudad Porfirio Díaz (Piedras Negras, Coahuila.—México.)

El Sr. Capitán 1º del 12º Regimiento Luis G. González, no tiene historia escrita, porque es un adalid que apenas comienza en la azarosa carrera del militarismo.

Pero podemos hacer sino un boceto perfecto, al menos un reflejo de sus muchas cualidades, porque las tiene; se hace apreciar y distinguir de sus compañeros de armas y ha sido y es un hombre de un criterio poco común, de un valor temerario y de una discreción y disciplina como militar altamente significativa.

La carrera militar del biografiado Sr. González, empieza con un bautismo de sangre; se filió al partido de Tuxtepec y tocóle por desgracia hallarse en la famosa batalla de Epatlán, donde resultó herido.

El Sr. General Terán, á cuyo lado militaba, recomendó al Sr. Díaz el comportamiento digno y valeroso del Subteniente González, nombrándole teniente y su ayudante y secretario particular, distinción honorífica que muy pocos merecieron.

En 1881 fué ascendido á Teniente y fué tal su conducta en el Escuadrón á que pertenecía, tal su instrucción y buen comportamiento, que en la primer vacante que hubo en el 12º Regimiento fué ascendido á Capitán 2º y luego á 1º, cuyo grado, como se vé, fué adquirido por el saber, por la moralidad y buen ejemplo del que estamos ligeramente biografiando.

En 1893, la paz del Estado de Coahuila estaba en peligro de perderse; un motín serio amenazaba la tranquilidad de la República, pues 2,000 valientes hi-

jos de aquel Estado protestaban contra la reelección del Sr. Garza Galán.

Desde luego se nombró como persona de todas las confianzas del Gobierno al Sr. Capitán Luis G. González, en destacamento con su Escuadrón para la Ciudad Porfirio Díaz, y debido al buen tino del Sr. González que se dió á querer en el alto grado, debido á su prudencia y grandes dotes militares, la paz de aquel Discreto se conservó inalterable, y desde entonces Luis (como le decimos sus íntimos) se captó una popularidad extremada, al grado de que es la persona más solicitada por nacionales y extranjeros en aquella localidad.

Si estos rasgos no son bastantes para dar un reflejo de lo que más tarde servirá para hacer un boceto perfecto del que está llamado á figurar en grande escala, no sabemos entonces lo que llamarse pudiera *reflejo* de actualidad.

El Sr. Capitán Luis G. González pertenece á los que con orgullo han llevado ese apellido como galardón para la patria.

Es un correcto caballero, es un cumplido militar, discreto, instruido, de buen talento y excelente fondo de corazón y en cuanto á ideas, debe juzgarse cual sea su credo político, cuando militó á las órdenes de los Generales Díaz, González y Terán; cuando ha derramado su sangre por la paz y por la patria y cuando para hacerse digno de la estimación de sus compañeros de armas, se titula con orgullo liberal.

Felicitamos al caballeroso Sr. Capitán Luis G. González por el empleo que desempeña, esperándolo ver más tarde en el puesto á que se hacen acreedores los que como él; tienen por divisa el cumplimiento del deber.

Tomás Rava.

EL SR. CORONEL

SUSANO ORTIZ

¡Cuanta gloria y que inmensa satisfacción debe sentirse, cuando como el apreciable Sr. Coronel Susano Ortiz, después de tantos servicios y encanecido por el comportamiento afanoso, de su carrera militar, es llamado constantemente por el Gobierno para el desempeño de los más altos y difíciles comisiones del servicio.

Cuando peligran las instituciones, se perturba el orden y hay algún conflicto en las fronteras del Norte, en el acto es llamado el Sr. Coronel Ortiz para ponerse frente á frente del enemigo. Su valor raya en temerario; su nombre sirve de espanto á las tribus salvajes á quien desde niño azotara en el campo de batalla, pues hay que advertir sin lisonja de ninguna

especie, que el denodado y valiente campeón de la frontera, el agnerrido y pundonoroso Sr. Ortiz, empezó su gloriosa carrera en esa lucha titánica, contra el Dandalismo y las ordas salvajes que tanta sangre y dinero han costado á nuestro país.

En efecto no ha habido revolución más sangrienta, luchas más encarnizadas por que el furor de esas tribus es indomable..... y cuando van á pelear van resueltos á morir ó vencer: tal es su emblema.

Caminos áridos, terrenos escabrosos; guaridas insondables, cuerpos invicibles y armas y cuanto poseen, todo de primer orden, son los elementos con que cuentan esas masas exterminadoras de la sociedad. Para destruirlas, se necesita un brazo de hierro; una alma templada y vigorosa; un adalid, un titán seguro; de otro modo la lucha sería insostenible contra los enemigos de todo progreso.

Pues bien, ese brazo de hierro, esa alma ese titán, es y ha sido el Sr. Coronel Susano Ortiz, guerrero victorioso é inmaculado, ese apóstol de rendición humana á quien las sociedades de la frontera deben su bienestar y su grandeza.

El Sr. Coronel Susano Ortiz, azote perpetuo de aquellas tribus, se ha llenado de gloria en nombre del Gobierno y de la humanidad; mereciendo sus ascensos de grado en grado hasta llegar al de Teniente Coronel de Caballería, en cuyo empleo vino á servir á las órdenes del Sr. General Díaz, y á pelear por la causa regeneradora de Tuxtepec.

Merecidamente obtuvo después el despacho de Coronel, y si atendiéramos á los eminentes servicios que ha prestado como reformista y liberal en el gobierno del Sr. Juárez, durante la intervención y el llamado Imperio, si atendiéramos á la lealtad del Sr. Ortiz, á su conducta inmaculada, ya se habrían convertido esas estrellas de plata que orgulloso ostenta sobre sus hombros, con estrellas relucientes de oro, porque oro es, y oro vale ese patriota corazón.

El Sr. Coronel Susano Ortiz aún no está debidamente recompensado por tantos méritos como tiene conquistados.

Es un hombre verdaderamente patriota, su niñez se deslizó en la guerra contra los enemigos de la patria y de la libertad: «la guerra de reforma,» su juventud en la extirpación de las ordas salvajes y en la destrucción de los que osaron vender á su país hasta 1867. Q temió el último cartucho en el «Cerro de las Campanas», su vejez (que aun no puede decirse viejo todavía) la consagró al gobierno constituido como uno de sus más eficaces colaboradores. Este es el modelo é ilustre campirano del Norte, el insigne caudillo de cien batallas, el guerrero y defensor de nuestras instituciones liberales y el esclarecido patriota de la reforma y de la libertad.

Alfredo Acosta Mancera.

EL SEÑOR GENERAL JUAN A. HERNANDEZ. Y el Sr. Coronel Francisco Peinado El 11º REGIMIENTO.

El aspecto varonil, simpático y de buena presencia del Coronel Francisco Peinado, indica el tono digámoslo así de lo que ha sido. Su valor temerario se adivina luego; su talento claro lee en las primeras palabras que pronunciará al estrechar su franca mano.

Cuando tuvimos la honra de conocerlo era Teniente Coronel del 11º Regimiento que hoy con notable acierto manda, en sustitución del General de Brigada Juan A. Hernández, Jefe entonces del expresado Regimiento.

Muchos son los rasgos que caracterizan al pundonoroso militar objeto de las presentes líneas.

A primera vista resaltan las cualidades que posee y una de las primeras que más nos agradó, fué ese trato franco sin embajes ni emboso, leal y correctísimo propio de un hombre verdaderamente extraordinario y nada vulgar.

No hablamos con él respecto de sus apuntes biográficos, porque su modestia nos puso fuera de combate en pocos instantes; pero hablamos con su antiguo Jefe el dignísimo patriota y esclarecido General de Brigada hoy, Juan A. Hernández y nos decía respecto de Peinado que era muy justo su ascenso próximo, que ya lo había expresado así el Sr. Presidente, y que cualquier encomio respecto de la conducta y valor del Sr. Peinado, era pálido reflejo de lo que merecía, que muy pronto sería dado á reconocer como Coronel del expresado Regimiento, á donde había captádose ya las voluntades de toda la oficialidad y clases de tropa. Al escuchar al Sr. General Hernández, nos parecía no ver en él al superior de Peinado sino al amante padre que había seguido cariñoso, paso por paso la vida gloriosa del cumplido militar. En efecto, Peinado sentó plaza de sargento, y desde este grado hasta el que ha obtenido últimamente de Coronel, por sus eminentes servicios en los campos de batalla, todos estos grados los ha ido alcanzando á fuerza de un constante desvelo, de asiduidad y digno comportamiento en el Ejército.

Liberal de convicción siguió siempre el ejemplo de sus mayores, tomó las armas en defensa de la patria para defenderla contra el enemigo invasor en el año de 1866, y cúpole en suerte de ser uno de los primeros en acompañar al caudillo en esa gloriosa campaña que fué la última para cimentar la paz y conducir la nave de la Nación por la senda del progreso.

La sublevación de los indios de Temóchic á intermediaciones del Estado de Chihuahua, puso el Gobierno últimamente en la necesidad de emprender una formal campaña y el 11º Regimiento, el Sr. Teniente Coronel entonces Francisco Peinado fué á disputar el triunfo, palmo á palmo entre los grandes tiradores de Temóchic derrotando siempre al fanático perturbador del orden.

En Tuxtepec tuvo muchas glorias el Sr. Coronel Peinado. En la pasificación y persecución de las tribus salvajes en la frontera, ha obtenido grandes triunfos y desde muy joven, lo repetimos, desde muy joven ha tenido la dicha de ser perfectamente recomendado por distinguidos Generales ameritados como el Señor Jacobo, Rosendo Márquez, el General Escudero, Treviño, Naranjo, Reyes y Hernández de quien debemos decir cuatro palabras antes de cerrar estos apuntes; puesto que el Sr. General Hernández tiene al 11º Regimiento gran predilección; él lo formó en su mayor parte, lo juramentó varias veces en defensa de la patria y con su estandarte peleó y conquistó muchos hechos gloriosos.

EL SR. GENERAL JUAN A. HERNÁNDEZ, es uno de los militares que más honran al ejército mexicano, por su valor, por su desinteresado patriotismo, por su grandiosidad en la victoria, no menos que por su vasta instrucción y su afabilidad.

Dió principio á su carrera alistándose como voluntario en la Guardia Nacional, allá por aquellos días de turbulencias y de luchas intestinas, entre los defensores de la libertad y sus enemigos.

El joven Hernández abandonó los estudios que había emprendido, y entró con entusiasta anhelo á servir á su patria en las filas del partido liberal, habiendo obtenido del gobierno el grado de Subteniente de Batallón en el mes de Enero de 1855.

Vino la guerra de tres años y que tanta sangre se derramara por los principios de Reforma y la Constitución de 57, y en esa cruda lucha tuvo mucho campo para desplegar sus dotes militares.

Sebatió bizarramente en los combates á que asistió, hasta la famosa batalla de Calpulalpan que dió fin á la guerra de tres años referida, y el triunfo más brillante á la causa de la democracia.

Durante el período de cerca de seis años que duró la guerra de intervención, combatió constantemente al enemigo extranjero y al ejército de los traidores, sin que ni un solo momento haya flaqueado su espíritu por el cansancio ó la descepción.

En esta campaña obtuvo la honrosísima distinción de la Cruz de Constancia, que á muy pocos militares de aquella época le fué concedida.

Lo mismo adquirió todos los premios y condecoraciones otorgados por los gobiernos de los Esta-

dos, á aquellos militares que se distinguían en la defensa nacional.

Cada ascenso del Sr. General Juan A. Hernández, era debido, no al favoritismo de sus superiores, sino á algún hecho de armas ó servicio meritorio que reclamaba ese premio, hasta el grado de General Coronel de Brigada que mereció por su brillante comportamiento en la campaña de Tuxtepec, cuyo despacho le fué expedido en veinte y seis de Febrero de 1889.

Comprendiendo el Ejecutivo Federal las grandes dotes del ameritado General que nos ocupa, le nombró Jefe de la 2ª Zona Militar en donde se captó las simpatías del Estado entero y es querido de todos los que forman la expresada Zona.

Nosotros tenemos entendido que dados los importantes servicios que hemos reseñado, su inmaculada conducta y lo que civil y militarmente vale el Sr. Juan A. Hernández, muy pronto le veremos llegar al fin de la carrera ó obtener puestos elevadísimos, á los que le llaman su comportamiento, noble, generoso y leal de la causa que ha defendido siempre.

El 11º Regimiento de la Federación que es el más antiguo, y que ha alcanzado más triunfos en la guerra, llora la irreparable pérdida de su antiguo Jefe; pero espera que el Sr. Coronel Peinado sabrá como el Sr. Hernández sucumbir primero que dejar mal puesto su pabellón tricolor.

Felicitemos sinceramente á ambos Jefes, al entrante y al saliente porque ellos aunque ligeramente biografiados son dos hijos ilustres de la República á quienes inscribiremos siempre con letras de oro en el Album de la Historia Militar gloriosa de nuestra patria.

Enrique Orcillés.

EL SEÑOR CORONEL

Miguel González.

Se encuentra con el aboao del tiempo á que se ha hecho acreedor por sus acciones de guerra con cuarenta y tres años de servicios, un tanto acabado.

Leése en las arrugas venerables de su rostro y la nieve de su cabeza ese tinte que demuestra la vida activa del hombre, el batallar continuo y las grandes vicisitudes.

En efecto, para bosquejar la figura del patriota que es objeto de las presentes líneas, bastaría leer con detención unas cuantas páginas de su hoja de servicios, que son unas cuantas páginas de su vida militar, siempre aciaga y comprometida en graves peligros.....siempre llena de esas grandes vicisitudes

por las que atravesaran desde los años de 1857 á 63 los mártires de la Reforma.

¡Qué orgullo habrá de sentirse cuando el Supremo Gobierno en nombre de la República y de la Democracia, sancionando el voto del pueblo y en nombre del pueblo mismo, otorga á sus valientes aliados la medalla de oro en su honor decretada á los defensores de la libertad!

Ya lo hemos dicho anteriormente..... ¡Cuán venturoso aquel que perteneció al puñado de valientes patriotas que siguieron al eminente Juárez en su peregrinación!.....

¿Perseguidos por defender á su patria? ¿Desterrados al país oprobioso del invasor?..... ¿Morir por la libertad?..... Este es el acto más glorioso de la vida de un hombre, cuando este hombre ha sabido comprender lo que significa la patria y el amor purísimo de la libertad!

¡Libertad! palabra sacrosanta!..... ¡Patria! nombre que sólo puede compararse al de una madre, porque quien ama á su patria, ha podido conocer ese cúmulo de sentimientos con que ese ser privilegiado que lleva el dulcísimo nombre de madre, ama á sus hijos!.....

Un gran patriota ha dicho: «La patria es lo primero», y el que ama á su patria y la defiende, ya está fotografiado quién es, ya puede juzgarse en cualquier acto de su vida, ya puede considerarse para lo que sirve y es ó puede ser; así como el que es *traidor* á su patria lo es á su rey, y puede serlo hasta de Dios..... Maldito del hombre que traicionó su patria: ese ser no tiene asiento en el Universo creado por el *Hacedor*, que es el primer libertador del mundo, que es el primero que nos enseña á amar la libertad.

México, en su gloriosa emancipación política, tuvo seres privilegiados que se han distinguido en sus más encarnizadas luchas. En la Independencia, HIDALGO, MORELOS, GUERRERO, y un sin número de titanes y colosos incomparables.

En la segunda Independencia, pudiéramos decir, Juárez, Ocampo, Lerdo, Degollado, Doblado y otros muchos que dejaron una estela luminosa é impercedera en la guerra de Reforma; y en la lucha por conquistar la paz, cimentarla y conducir la nave de la Nación por la senda del progreso, allí está Díaz, el más glorioso adalid de nuestra historia contemporánea; el gran reformista, el sabio estadista y gobernante modelo de la Nación.

Pues bien, los militares que como el Señor Coronel Miguel González, peleó contra los franceses en la Intervención, se filió al partido reformista con el Sr. Juárez, y lo defendió desde 59 á 67 contribuyendo al derrocamiento del llamado Imperio, el que como el Sr. González siguió firme en el Gobierno constituido legítimamente hasta sucumbir con él: quien

como el Sr. Coronel del 9º Regimiento y su brillante oficialidad ha colaborado al lado del actual Señor Presidente en esta lucha de la paz y el adelanto..... no necesita de grandes palabras, ya está hecha por sí sola su biografía, su boceto tiene que ser perfecto, ya se fotografió con esas tres grandes épocas y así, aunque se halle encanecido y viejo por decirlo así, es un viejo venerable, demócrata de corazón y liberal de los pocos que van quedando para ejemplo de los que como nosotros, aunque jóvenes, tenemos mucho que imitar de nuestros grandes republicanos. El Sr. Coronel Miguel González, ya está fotografiado.

Es un excelente liberal y un Jefe digno.

Francisco Monter.

EL SEÑOR TENIENTE CORONEL

WENCESLAO GONZALEZ

Militar, es todo aquel que pertenece al ejército; soldado el que sienta plaza para servir al Gobierno, á un partido á una asonada, el que se agrupa con determinado objeto para hacer lo que le manden. Jefe pudiera ser, según la ordenanza, el que tiene una graduación ya, de subteniente siquiera; pero Jefe Superior y Jefe con mando accidental (aunque sea) eso ya es otra cosa. Para llegar á ello se necesita como decía Napoleón: «Yo no hago Generales, los hace la victoria.» Para ello se necesitan méritos y es indudable que el antiguo y distinguido Teniente Coronel Wenceslao González los ha alcanzado. La victoria le ha hecho acreedor al mando que accidentalmente desempeña como Jefe del 2º Regimiento de Auxiliares del Ejército.

¿Quién es, pues, el Teniente Coronel González, quién ha sido y qué méritos tiene?

Pues tiene y muchos, pero uno sólo bastaría para condecorar el pecho como lo lleva, con las medallas de honor que la patria ha decretado. La cruz de constancia y la que creó el gran Juárez á los valientes y denodados caudillos que defendieron a la patria contra el invasor extranjero.

Este acontecimiento que por desgracia va perdiéndose entre nosotros que con nuestra habitual indiferencia vamos casi considerándolo sin valimiento, pues es el gran acontecimiento de México, como para la Francia fuera su 93.

Significa la reivindicación de nuestros derechos, la salvación sacrosanta de la patria, donde guardara Juárez las más grandes libertades y los derechos del hombre, cuya grandeza no han podido medir nuestros contemporáneos, porque no saben lo que perdiamos. Hoy todo militar se juzga liberal, se juzga digno de la patria y de su nombre, porque el oprobioso partido de la reacción está extinguido.

Pero en aquellos tiempos de luto y desolación, cuando para ser chambelán de S. M., se disputaba cualquier señor de alta alcurnia, entonces eran contados esos hijos ilustres de la República, lo repetimos por segunda vez, entonces soldado lo era cualquiera, militares lo eran algunos; Jefe lo eran contados y muy pocos por cierto, pues que era *oprobioso* defender la libertad de la patria. ¡Qué barbaridad en pleno siglo XIX! ¡Qué anacronismo social! Qué vergüenza para los descendientes de Hidalgo, el gran libertador.....

¿Pero lo fueron todos acaso?

No señor, el invicto caudillo de la reforma, el inmortal Benemérito de América, liberal verdadero y de gran corazón, jamás perdonó á los traidores.

Hubiera si se quiere, perdonado al francés, el extranjero víctima del error, de la ambición y del engaño; pero al que con todo cinismo vende á la madre patria y mancha de sangre y extermio el suelo mexicano, siendo mexicano también; el que se cebaba contra la inocencia, eso nunca y aunque era como lo hemos repetido y repetiremos mil veces, eran muy contados sus aliados; estos prefirieron sucumbir con honra, que salvarse con la ignominia y con la tacha de traidores.

Pues al Sr. Teniente Coronel Wenceslao González cupo la suerte de filiarse desde la juventud á ese partido reformista y liberal de Juárez, que vive y vivirá imperecedero en la Historia de la patria.

¿Qué más méritos queremos para conceder al Sr. W. González el grado de Coronel de nuestro ejército?

¿Qué más condecoraciones que la de constancia y la de la gloria por haber defendido la autonomía nacional?

Pues á esto debemos agregar que el Sr. Teniente Coronel González, cuyo boceto venimos haciendo, tiene también comprobados otros muchos servicios; no ha merecido jamás el más leve extrañamiento: es un ciudadano que á su modestia reúne grandes conocimientos en táctica militar, ordenanza, reglamentos de maniobra, matemáticas, estadística y geografía; y su conducta militar es intachable.

Así lo acreditan y certifican su hoja de servicios, en la que se cuentan 36 años no interrumpidos de servicios militares por lo que conserva honrosas condecoraciones.

Miguel Barrubia.

EL SEÑOR TENIENTE CORONEL
JUAN B. ANTUNEZ

Ya debería portar sobre los hombros las estrellas del coronelato que marca la ordenanza.

El Sr. Teniente Coronel Juan B. Antúnez, es uno

de los más antiguos Jefes del Ejército y si bien es cierto que poco á poco fué adquiriendo sus ascensos; también lo es que tiene la principal virtud del militar, ser siempre fiel á su bandera.

Las opiniones á veces forman los partidos y en otras los partidos son los que forman las opiniones, y con estas á los hombres de actualidad y de prestigio. Pero en nuestro concepto cualquiera que sea la opinión del individuo, así este se ha afiliado á un bando ó partido aunque sea contrario á su opinión, debe ser fiel á su bandera, traicionar su bandera es manchar la bandera donde se ha juramentado y esto no lo debe hacer nunca un militar, sería tanto como manchar á la madre patria, y eso es indigno de los buenos hijos.

He aquí la virtud que dijimos que poseía en alto grado nuestro modesto biografiado, el Sr. Teniente Coronel Juan B. Antúnez.

Desde el principio de su carrera fué liberal, fué un hombre de convicciones políticas, inquebrantables y su credo en religión, y su amor era la patria libre; su guía, la Constitución de 57, su fé, el Benemérito de las Américas Benito Juárez, su esperanza, la caída del Imperio contra el que tanto luchó en los campos de batalla. Su gloria el progreso de México la paz conquistada, la gloria que ha alcanzado todo buen mexicano que estime como se debe á la nación donde vio la luz primera.

No sabemos cuál es el lugar fijo donde naciera, pero sabemos que es mexicano y eso basta; fué y es de los mexicanos escogidos, no de los que vendieron á su patria, no lleva la más ignominiosa de los anatemas; su cara es limpia, sus honrosos antecedentes le abonan, su civismo, valor y denuedo lo tiene comprobado con sus ascensos en los combates donde expusiera su vida; y el futuro Coronel, el modesto Sr. Antúnez que jamás se le ve pregonar glorias fingidas; el verdadero patriota de temple y alma, tal vez muy pronto lo veamos con sus estrellas de plata, y las que por nuestra parte se las colocaríamos de oro, porque es un ciudadano modesto, humilde, pero de grandes facultades militares, de buenos servicios para su patria, y digno por mil títulos de la consideración nacional.

He aquí en cuatro palabras un bocetito de fili-grana, pudiéramos llamar trazado á vuela pluma del Sr. Teniente Coronel Juan B. Antúnez, á quien felicitamos.

Arnulfo Arruqu.

EL SEÑOR MAYOR.

LEOPOLDO ALVAREZ

He aquí un boceto que podía hacerse á dos tintas perfectamente: un color es del color del sol de la

patria, ese color cuyos tintes de ópalo de zafir y grana ha sabido mantener nuestro biografiado, sin mancharlo nunca; por el contrario, el sol de la patria ha sido su luz, su guía, su bandera en los campos de batalla donde ha regado su sangre en defensa de la autonomía nacional. El otro color es el de la constancia y la firmeza, raro, poco común en este siglo de las veleidades humanas.

El Sr. Mayor Leopoldo Alvarez, podemos titularle el abanderado de la reforma, el centinela de la vanguardia vieja de honor; porque jamás ha desfeccionado á su partido.

Sus opiniones firmes siempre fueron el inexpugnable baluarte contra la maledicencia, y liberal de corazón, porfirista consumado, ha seguido la estela luminosa de este caudillo á quien siempre que pudo le acompañó por la senda de la gloria. El simple cadete, el soldado humilde entonces, el Mayor del 6º Regimiento, es hoy un Sr. Mayor que presta sus servicios en el Consejo de Guerra de la 3ª Zona Militar.

Como dijimos en un principio, en esos dos coloridos de la constancia y el amor á la patria, con esos dos colores sale un boceto perfecto de un tono difícil de imitar, porque á decir verdad, raras son esas constelaciones que brillan con tanto fulgor en el anchuroso cielo de la patria, pero las que hay son de primera magnitud. Tenemos un ejemplo de ello en el ilustrado Sr. Mayor Leopoldo Alvarez digno siempre, leal, franco, sincero y verdadero apóstol de la libertad.

Este es nuestro simpático y caballeroso amigo nuestro, el Sr. Alvarez, ligeramente perfilado. La historia más tarde al premiar sus servicios le bosquejará como se merece.

E. Labat.

EL SR. CORONEL JUAN DURAN.

(BOCETO.)

El Sr. Coronel Juan Durán por disposición del Supremo Gobierno no hace un año que recibió el despacho de Coronel y se halla al frente del 10º Regimiento de la Federación que es uno de los mejor disciplinados del ejército.

El mencionado regimiento está de plácemes, pues tiene á su frente á un pundoroso militar que á los méritos de su valor, disciplina y constancia reúne aquellos conocimientos que dá la ciencia y cuya ciencia adquirió desde muy joven en las filias gloriosas del Colegio Militar.

En efecto, el Sr. Durán empezó su carrera como alumno del expresado Colegio y pretendía terminar su carrera para ingeniero; pero el amor á la patria y

á las instituciones que nos rigen, hízole sentar plaza de Alferez en la famosa guerra de tres años y donde tanto se distinguieron los buenos hijos de México.

El Sr. Coronel Durán cuenta veintinueve años de servicios, y desde su ingreso á las filas del ejército no tiene su hoja de servicios el leve extrañamiento á su conducta.

Siempre correcto y caballeroso, cumplido en el desempeño de sus obligaciones y leal partidario de la libertad y de la patria.

Tiene en su poder un certificado honorífico expedido por el Sr. Gral. Sóstenes Rocha, uno de nuestros más ilustres generales del ejército donde acredita que Durán se batió con bizarría y con denuedo en la famosa batalla de «La Bufa» en la ciudad de Zacatecas.

Ya hemos dicho lo bastante y con nosotros mil historiadores, lo que significó para el Sr. Gral. Sóstenes Rocha y sus dignos compañeros de armas aquel triunfo gloriosísimo.

Este hecho de armas del Coronel Durán bastaría para acreditarle como lo dice Rocha: «como un hombre de gran valor, de instrucción profunda y una táctica sin ejemplo;» pero como á mayor abundamiento de este documento, Durán ha justificado sus ascensos por rigurosa escala á fuerza de una constancia digna de encomio y de grado en grado, no necesita más que presentar como lo ha hecho con nosotros en lo particular sus servicios á la Patria para acreditar dos cosas que en nuestro concepto son de gran valía.

El Sr. Coronel Durán es un hombre científico y posee grandes conocimientos adquiridos en rigurosos exámenes del Colegio Militar.

El Sr. Coronel Durán es un soldado completo, puesto que sus ascensos han sido adquiridos por rigurosa escala en las cuadras de su Regimiento, hasta merecer la confianza y estimación del Supremo Gobierno, que en la actualidad y debido al buen tino del señor subsecretario de Guerra el pundoroso y ameritado Gral. IGNACIO M. ESCUDERO, este ejército está perfectamente organizado y disciplinado y los que actualmente ocupan el mando de ese ejército son dignos de tal mención.

No es la lisonja ni la amistad que profesamos sinceramente al Sr. Coronel Durán la que nos obligaría á hacer un boceto extenso de su personalidad. No, el Sr. Durán no necesitaría de plumas tan mal cortadas ni de apologías mal pergeñadas, porque sabido es que cuenta como particular con la estimación general de sus subordinados y de la sociedad en que vive por su comportamiento honrado, enérgico y activo, y como militar, cuenta con la estimación valiosísima del Sr. Gral. Escudero que le conoce desde niño, le ha visto pelear á su lado y que como soldado

viejo, sabe estimar tan sólo á los soldados que en realidad lo valen.

Estas dos circunstancias valen mucho más y son mejor testimonio que cualquiera biografía que en su loor se hiciera.

No, nosotros, lo hemos repetido mil veces, no pretendemos hacer de cierta clase de hombre y de heroes, biografías que cansan y que nada dicen; y como tenemos la conciencia de la honradez militar del Sr. Coronel Juan Durán, basta este pequeño boceto que es un ligero perfil de lo que vale.

Es un hombre honrado y sincero á carta cabal.

Es leal y franco, y abierto como buen liberal é intransigente con los enemigos de la patria á quienes ha humillado mil veces en el campo de batalla.

Es un militar discreto y prudente, excesivamente riguroso en el cumplimiento de sus deberes y algunas veces hasta duro, pero blando y correctísimo con los subalternos que cumplen con su deber.

El Regimiento que es á su cargo, es uno de los mejor disciplinados y no sería remoto que por ese comportamiento digno, le viésemos pronto con el ascenso inmediato.

Es un buen patriota y excelente militar.

Creo que hemos dicho lo bastante.

ISMAEL MORALES.

EL SEÑOR CORONEL Próspero Cahuantzi.

Con verdadera complacencia publicamos en nuestra galería del ejército mexicano los apuntes al denodado Coronel Cahuantzi, uno de los más próbos é ilustres gobernadores de la República.

En efecto, si alguno hay que halla hecho progresar aquella pequeña porción del territorio mexicano, es el insigne caudillo Sr. Coronel Próspero Cahuantzi, progresista y amante como el más del adelanto intelectual del pueblo que gobierna.

Algún ilustre escritor se espresa en términos aunque sólidos, verídicos y aunque mucho pudieramos agregar á este respecto nos limitaremos en decir con el ilustre escritor Pavia que: «El Estado de Tlaxcala es otro de los más pequeños de los que forman la Confederación Mexicana; pero no por esto vaya á suponerse que carece de importancia, pues midiendo apenas 253 leguas cuadradas, corresponde á cada legua 594 habitantes.

Está dividido de la manera siguiente: Morelos, cabecera Tlaxco; Ocampo, cabecera Calpulalpam; Juárez, cabecera Huamantla; Hidalgo, cabecera Tlaxcala y Zaragoza, cabecera Zacatelco.

En ese pequeño Estado vió la primera luz el bra-

vo Xicotencatl, el feroz General tlaxcalteca, que cuando su patria era República independiente, se alió á los españoles en la época de la conquista y frente á un numeroso ejército, contribuyó con su poderoso auxilio á la ruina del imperio mexicano, que regía entonces el último Emperador azteca, el desventurado Cuahutemoc.

Fué el aliado más fiel con que contó Hernán Cortés, cuando en país desconocido, después de haber quemado sus naves para obligar á los suyos, emprendió la gran conquista de México.

La producción agrícola y el comercio con los Estados limítrofes, forman sus principales elementos de riqueza.

El maíz, el trigo y otros cereales, se cultivan en grande escala.

Hay además industrias de tejidos de algodón y lana y se construyen manteles, servilletas, cordoncillos finísimos, zarapes, tapetes, etc., etc., que son muy apreciados por su buena fabricación y firmeza de colores.

Con especialidad se distinguen por la superioridad de sus productos industriales, los habitantes de la Capital, Chiautempan, Contla y Apetatitlán.

Con Jalapa, Puebla, Huauchinango, Veracruz y esta capital, mantienen relaciones y activo comercio los laboriosos tlaxcaltecas.

De los cerros de Tlaxco descende el río de Zihuapán, que pasa por la Villa de este nombre, para unirse con el río de Atoyac, que nace en la sierra de San Martín Texmelucan, y continúan su curso hasta el Estado de Puebla.

Las principales montañas se encuentran en la Sierra de la Malintzi y la Sierra que separa á este Estado de San Juan de los Llanos.

El Cuatlapanga y el Cuetzconzi, son montañas que limitan con los Estados vecinos.

Tonecuila es una laguna situada al E. de la Capital, notable por la inmensa cantidad de aves acuáticas que viven en sus alrededores.

Hay otras dos lagunas que se llaman Acuitlapilco y el Rosario, de mucha menor importancia.

Tlatlaya es el único lugar en donde se han hecho algunas excavaciones para explotar las minas.

Se han iniciado algunos trabajos sin buen éxito en los cerros de San Ambrosio, los Reyes, Tepeticpac y San Mateo, encontrándose muestras de oro, plata, cobre, plomo y carbón de piedra.

Las poblaciones de mayor importancia son: en primer lugar, la Capital, pequeña y elegante ciudad, con bonitos edificios, entre los cuales sobresalen la Parroquia, el Convento de San Francisco y el Palacio de Gobierno.

La población de la residencia de los Poderes, asciende á 5,000 habitantes.

patria, ese color cuyos tintes de ópalo de zafir y grana ha sabido mantener nuestro biografiado, sin mancharlo nunca; por el contrario, el sol de la patria ha sido su luz, su guía, su bandera en los campos de batalla donde ha regado su sangre en defensa de la autonomía nacional. El otro color es el de la constancia y la firmeza, raro, poco común en este siglo de las veleidades humanas.

El Sr. Mayor Leopoldo Alvarez, podemos titularle el abanderado de la reforma, el centinela de la vanguardia vieja de honor; porque jamás ha desfeccionado á su partido.

Sus opiniones firmes siempre fueron el inexpugnable baluarte contra la maledicencia, y liberal de corazón, porfirista consumado, ha seguido la estela luminosa de este caudillo á quien siempre que pudo le acompañó por la senda de la gloria. El simple cadete, el soldado humilde entonces, el Mayor del 6º Regimiento, es hoy un Sr. Mayor que presta sus servicios en el Consejo de Guerra de la 3ª Zona Militar.

Como dijimos en un principio, en esos dos coloridos de la constancia y el amor á la patria, con esos dos colores sale un boceto perfecto de un tono difícil de imitar, porque á decir verdad, raras son esas constelaciones que brillan con tanto fulgor en el anchuroso cielo de la patria, pero las que hay son de primera magnitud. Tenemos un ejemplo de ello en el ilustrado Sr. Mayor Leopoldo Alvarez digno siempre, leal, franco, sincero y verdadero apóstol de la libertad.

Este es nuestro simpático y caballeroso amigo nuestro, el Sr. Alvarez, ligeramente perfilado. La historia más tarde al premiar sus servicios le bosquejará como se merece.

E. Labat.

EL SR. CORONEL JUAN DURAN.

(BOCETO.)

El Sr. Coronel Juan Durán por disposición del Supremo Gobierno no hace un año que recibió el despacho de Coronel y se halla al frente del 10º Regimiento de la Federación que es uno de los mejor disciplinados del ejército.

El mencionado regimiento está de plácemes, pues tiene á su frente á un pundoroso militar que á los méritos de su valor, disciplina y constancia reúne aquellos conocimientos que dá la ciencia y cuya ciencia adquirió desde muy joven en las filias gloriosas del Colegio Militar.

En efecto, el Sr. Durán empezó su carrera como alumno del expresado Colegio y pretendía terminar su carrera para ingeniero; pero el amor á la patria y

á las instituciones que nos rigen, hízole sentar plaza de Alferez en la famosa guerra de tres años y donde tanto se distinguieron los buenos hijos de México.

El Sr. Coronel Durán cuenta veintinueve años de servicios, y desde su ingreso á las filas del ejército no tiene su hoja de servicios el leve extrañamiento á su conducta.

Siempre correcto y caballeroso, cumplido en el desempeño de sus obligaciones y leal partidario de la libertad y de la patria.

Tiene en su poder un certificado honorífico expedido por el Sr. Gral. Sóstenes Rocha, uno de nuestros más ilustres generales del ejército donde acredita que Durán se batió con bizarría y con denuedo en la famosa batalla de «La Bufa» en la ciudad de Zacatecas.

Ya hemos dicho lo bastante y con nosotros mil historiadores, lo que significó para el Sr. Gral. Sóstenes Rocha y sus dignos compañeros de armas aquel triunfo gloriosísimo.

Este hecho de armas del Coronel Durán bastaría para acreditarle como lo dice Rocha: «como un hombre de gran valor, de instrucción profunda y una táctica sin ejemplo;» pero como á mayor abundamiento de este documento, Durán ha justificado sus ascensos por rigurosa escala á fuerza de una constancia digna de encomio y de grado en grado, no necesita más que presentar como lo ha hecho con nosotros en lo particular sus servicios á la Patria para acreditar dos cosas que en nuestro concepto son de gran valía.

El Sr. Coronel Durán es un hombre científico y posee grandes conocimientos adquiridos en rigurosos exámenes del Colegio Militar.

El Sr. Coronel Durán es un soldado completo, puesto que sus ascensos han sido adquiridos por rigurosa escala en las cuadras de su Regimiento, hasta merecer la confianza y estimación del Supremo Gobierno, que en la actualidad y debido al buen tino del señor subsecretario de Guerra el pundoroso y ameritado Gral. IGNACIO M. ESCUDERO, este ejército está perfectamente organizado y disciplinado y los que actualmente ocupan el mando de ese ejército son dignos de tal mención.

No es la lisonja ni la amistad que profesamos sinceramente al Sr. Coronel Durán la que nos obligaría á hacer un boceto extenso de su personalidad. No, el Sr. Durán no necesitaría de plumas tan mal cortadas ni de apologías mal pergeñadas, porque sabido es que cuenta como particular con la estimación general de sus subordinados y de la sociedad en que vive por su comportamiento honrado, enérgico y activo, y como militar, cuenta con la estimación valiosísima del Sr. Gral. Escudero que le conoce desde niño, le ha visto pelear á su lado y que como soldado

viejo, sabe estimar tan sólo á los soldados que en realidad lo valen.

Estas dos circunstancias valen mucho más y son mejor testimonio que cualquiera biografía que en su loor se hiciera.

No, nosotros, lo hemos repetido mil veces, no pretendemos hacer de cierta clase de hombre y de heroes, biografías que cansan y que nada dicen; y como tenemos la conciencia de la honradez militar del Sr. Coronel Juan Durán, basta este pequeño boceto que es un ligero perfil de lo que vale.

Es un hombre honrado y sincero á carta cabal.

Es leal y franco, y abierto como buen liberal é intransigente con los enemigos de la patria á quienes ha humillado mil veces en el campo de batalla.

Es un militar discreto y prudente, excesivamente riguroso en el cumplimiento de sus deberes y algunas veces hasta duro, pero blando y correctísimo con los subalternos que cumplen con su deber.

El Regimiento que es á su cargo, es uno de los mejor disciplinados y no sería remoto que por ese comportamiento digno, le viésemos pronto con el ascenso inmediato.

Es un buen patriota y excelente militar.

Creo que hemos dicho lo bastante.

ISMAEL MORALES.

EL SEÑOR CORONEL Próspero Cahuantzi.

Con verdadera complacencia publicamos en nuestra galería del ejército mexicano los apuntes al denodado Coronel Cahuantzi, uno de los más próbos é ilustres gobernadores de la República.

En efecto, si alguno hay que halla hecho progresar aquella pequeña porción del territorio mexicano, es el insigne caudillo Sr. Coronel Próspero Cahuantzi, progresista y amante como el más del adelanto intelectual del pueblo que gobierna.

Algún ilustre escritor se espresa en términos aunque sólidos, verídicos y aunque mucho pudieramos agregar á este respecto nos limitaremos en decir con el ilustre escritor Pavia que: «El Estado de Tlaxcala es otro de los más pequeños de los que forman la Confederación Mexicana; pero no por esto vaya á suponerse que carece de importancia, pues midiendo apenas 253 leguas cuadradas, corresponde á cada legua 594 habitantes.

Está dividido de la manera siguiente: Morelos, cabecera Tlaxco; Ocampo, cabecera Calpulalpam; Juárez, cabecera Huamantla; Hidalgo, cabecera Tlaxcala y Zaragoza, cabecera Zacatelco.

En ese pequeño Estado vió la primera luz el bra-

vo Xicotencatl, el feroz General tlaxcalteca, que cuando su patria era República independiente, se alió á los españoles en la época de la conquista y frente á un numeroso ejército, contribuyó con su poderoso auxilio á la ruina del imperio mexicano, que regía entonces el último Emperador azteca, el desventurado Cuahutemoc.

Fué el aliado más fiel con que contó Hernán Cortés, cuando en país desconocido, después de haber quemado sus naves para obligar á los suyos, emprendió la gran conquista de México.

La producción agrícola y el comercio con los Estados limítrofes, forman sus principales elementos de riqueza.

El maíz, el trigo y otros cereales, se cultivan en grande escala.

Hay además industrias de tejidos de algodón y lana y se construyen manteles, servilletas, cordoncillos finísimos, zarapes, tapetes, etc., etc., que son muy apreciados por su buena fabricación y firmeza de colores.

Con especialidad se distinguen por la superioridad de sus productos industriales, los habitantes de la Capital, Chiautempan, Contla y Apetatitlán.

Con Jalapa, Puebla, Huauchinango, Veracruz y esta capital, mantienen relaciones y activo comercio los laboriosos tlaxcaltecas.

De los cerros de Tlaxco descende el río de Zihuapán, que pasa por la Villa de este nombre, para unirse con el río de Atoyac, que nace en la sierra de San Martín Texmelucan, y continúan su curso hasta el Estado de Puebla.

Las principales montañas se encuentran en la Sierra de la Malintzi y la Sierra que separa á este Estado de San Juan de los Llanos.

El Cuatlapanga y el Cuetzconzi, son montañas que limitan con los Estados vecinos.

Tonecuila es una laguna situada al E. de la Capital, notable por la inmensa cantidad de aves acuáticas que viven en sus alrededores.

Hay otras dos lagunas que se llaman Acuitlapilco y el Rosario, de mucha menor importancia.

Tlatlaya es el único lugar en donde se han hecho algunas excavaciones para explotar las minas.

Se han iniciado algunos trabajos sin buen éxito en los cerros de San Ambrosio, los Reyes, Tepeticpac y San Mateo, encontrándose muestras de oro, plata, cobre, plomo y carbón de piedra.

Las poblaciones de mayor importancia son: en primer lugar, la Capital, pequeña y elegante ciudad, con bonitos edificios, entre los cuales sobresalen la Parroquia, el Convento de San Francisco y el Palacio de Gobierno.

La población de la residencia de los Poderes, asciende á 5,000 habitantes.

El clima en lo general es sano, y las enfermedades epidémicas ó endémicas, rara vez causan estragos en los habitantes.

La Malintzi, es una hermosa altura siempre coronada de nieve que le da un aspecto muy pintoresco.

Los fértiles valles de Pié Grande y Huamantla, son sitios risueños y cultivados por los laboriosos vecinos que se dedican á la agricultura.

Según los informes que nos ha sido posible recoger, El Estado de Tlaxcala ya está saliendo de la prostración en que está sumergido, cuya decadencia provenía de que las Administraciones anteriores, con muy contadas excepciones, se ocupaban más bien en *hacer política* como vulgarmente se dice, que procurar el bien público como era de su deber.

Se acababan de transportar de la Estación de Santa Anna á Tlaxcala las piezas de fierro venidas de Inglaterra, conque se ha formado un puente colgante sobre el río Zihuanpan. Este puente se va á poner en el mismo lugar en que estaban otros que se ha llevado dicho río; el último se fué á pique el mes de Septiembre de 1883, perdiendo el Estado más de doscientos mil pesos. Se trata también de cambiarle su curso al río.

Añejas cuestiones que habían pendientes entre Tlaxcala y los Estados colindantes, con motivo de algunos ranchos que se disputaban terrenos, han quedado amistosa y pacíficamente resueltas, en virtud de las comunicaciones cambiadas entre los respectivos gobiernos, lo cual evitó algún trastorno en el orden público.

Es tal la armonía que reina ahora entre Tlaxcala y los Estados limítrofes, que ha celebrado un tratado, en virtud del cual, las fuerzas militares de las entidades federativas que han firmado el referido contrato, pueden penetrar en los límites ajenos, y aún está concertado que se presten mútuos auxilios para la persecución de malhechores, los que es de una importancia para la conservación del orden en el Estado.

En muy pocas entidades de la República se ve con más respeto la independencia del Municipio, ese cuarto poder que necesita mantener incólume su soberanía, para obrar libremente en su esfera de acción.

En eso consiste que las mejoras materiales, con la poderosa protección del Gobierno, hayan recibido gran impulso.

Existe un proyecto para canalizar en un punto de interacción los ríos de Zihuanpan y Atoyac, haciendo una vía navegable entre Tlaxcala y San Martín Texmelucan, á fin de dar vida al comercio entre este Estado y el de Puebla.

Muchos caminos nuevos se han puesto al servicio público y continuamente se hacen reparaciones en ellos, á fin de que los pejuicios que causan las malas estaciones, no impidan el fácil tránsito de los viajeros.

El Registro civil se ha reglamentado y se han dictado enérgicas medidas contra aquellos jueces morosos ó ignorantes que no saben ó no quieren cumplir con sus deberes.

La Administración de Justicia camina perfectamente, y se haya á cargo de personas inteligentes y probas que ajustan estrictamente sus procedimientos á las leyes vigentes, sin extralimitarse de sus facultades.

El ramo de Instrucción pública está debidamente atendido y hasta en poblaciones de escasa importancia existen planteles que dependen del Gobierno.

Se procura estimular á los alumnos que concurren á las escuelas primarias, celebrando funciones literarias y premiando á los más aventajados al fin de cada año escolar.

Hasta en la cárcel pública existe una escuela de primeras letras, en donde los presos que no saben, aprenden á leer y escribir.

Con respecto á la seguridad, está encargada de conservarla la fuerza que paga el Presupuesto anual. Esta fuerza, compuesta de verdaderos guardianes del orden público, vigila los caminos y la mayor parte de ella está de destacamento en las poblaciones, prestando al vecindario y á los viajeros toda clase de garantías.

La Hacienda pública no ha tenido necesidad de recurrir á exacciones onerosas para equilibrar el presupuesto de Ingresos con los Egresos.

Este es, en resúmen, el cuadro general que presenta el Estado de Tlaxcala actualmente, en donde se encuentra al frente de su Gobierno el Sr. Coronel Próspero Cahuantzi, de cuya personalidad pasamos á ocuparnos.

Este apreciable gobernante, es indígena de raza pura y nació en Tlaxcala.

En sus venas corre la sangre noble de los próceres tlaxcaltecas, y á desdenes del destino, debió que su cuna fuera humilde.

Su educación la hizo en los campamentos militares, desde que sentó plaza de soldado raso el año de 1856.

El Sr. Comonfort, Presidente de la República en aquella época azarosa, le concedió algunos ascensos y le expidió su diploma honorífico por su lealtad y valiente comportamiento en las operaciones emprendidas sobre Puebla.

En la guerra de intervención y del Imperio, siguió luchando con indómito valor al lado del Ejército Republicano que defendía el territorio Nacional, adquiriendo por su intachable conducta el grado de Teniente, y más tarde, debido á otros valiosos servicios prestados á la Patria, fué nombrado Capitán por el Sr. Lic. Lira y Ortega que era entonces Gobernador de Tlaxcala.

Su claro y despejado talento le inclinaban al estudio en los momentos que las fatigosas tareas de la guerra, le dejaban tiempo suficiente, para entregarse á la lectura de los libros que caían en sus manos.

Se puede decir que el Sr. Coronel Cahuantzi, adquirió sin dirección y sin elementos la vasta instrucción que posee, pues es muy conocedor de algunas lenguas vivas y habla con mucha corrección algunas de las antiguas, como lo demostró en el discurso pronunciado ante el monumento de Cuahutemoc en el paseo de la Reforma, dicho en idioma *nahuatl*; obra muy correcta al decir de los inteligentes, por su elocuencia y erudición.

En 1868 fué oficial de la Secretaría de Guerra del Gobierno de Tlaxcala.

Por fin llegó á Coronel y tuvo el mando político y militar de los Distritos de Huamantla, Tlaxco y otros; grado que le concedió por sus méritos, el Sr. General Crisóstomo Bonilla.

El General D. Manuel González lo hizo más tarde, Coronel de Auxiliares del Ejército.

Leal partidario del Sr. General Díaz, lo acompañó á todas sus campañas cuando el plan de Tuxtepec, hasta el triunfo de Teocoac.

Afable es su trato, fino y caballeroso, tal es el Sr. Coronel Próspero Cahuantzi, actual Gobernador del Estado de Tlaxcala.

Nosotros agregamos únicamente que á las muchas condecoraciones que ha obtenido, es una persona ilustre; de todas las confianzas del Sr. Presidente de la República y estimado y querido justamente del Estado donde nació.

EL SEÑOR CORONEL

MANUEL BLASQUEZ.

(PERFIL LIJERO.)

He aquí la simpática figura de un Señor Coronel que no podremos reseñar sin que, nuestro espíritu preñado de sentimiento nos haga verter algunas lágrimas! ¿Porqué? Porque nuestra niñez vá acompañada de la suya casi. Porque le oímos y le admiramos paso por paso, en su vertiginosa carrera, adquirida de grado en grado y porque lo diremos de una vez, recordándole nuestro júbilo de antaño: la banda que se cifera de Mayor se la colocamos entre el aplauso de los seres más queridos que rodeaban á Manuel... La virtuosísima madre de Blasquez, bendijo entre sus manos aquel pedazo de *trajo encarnado* que el Go-

bierno le otorgaba por ser el más distinguido Capitán de caballería, allá por el año de 1881.

¿Cómo había adquirido aquél hermoso galardón? Como lo adquieren los hombres de verdadero mérito: los hombres como Manuel excesivamente hombres, dignos, inmaculados por decirlo así; porque á Manuel Blasquez, Coronel y actualmente con el mando del 7º Regimiento, lo ensalzaron justamente sus superiores por aclamación, los más distinguidos generales que reconocen en él la disciplina y buen comportamiento y ven al valiente jóven avocado sin duda y muy pronto al generalato.

Nuestro biografiado siguió al actual Señor Presidente en la campaña de Tuxtepec. Es y ha sido un legítimo soldado, pero de aquellos que sin despegarse de la disciplina, son exajerados por su decencia y fino trato. Su instrucción es profunda; su comportamiento ejemplar, y por esto es que, el ameritado y digno Coronel objeto de tan cortas líneas, haya conquistado de 81 á 93 el grado que orgulloso ostenta.

El Coronel Blasquez, debe recordar ese episodio tiernísimo de que hablamos, del año de 1881. Si aquella Luz objeto é ídolo de sus amores aún viviera, se llenaría de gozo al contemplarle tan estimado y digno de su Regimiento.

Nosotros, creyentes de que existe una morada para los que fueren justos y santos en la tierra, creemos, que la madre de Manuel Blasquez pronto bendecirá desde el cielo su ascenso á General.

No podemos continuar, porque repetimos lo que al principio dijimos: nos embarga un sentimiento superior..... la gratitud y el verdadero y santo cariño que nos liga: Manuel Blasquez es nuestro hermano íntimo del corazón.

R. O' Farrill.

CORONEL

JOSE DELGADO.

INICIADOR DEL SIMULACRO.

Restablecióse el Colegio Militar el año de 96. Delgado fué de los alumnos fundadores y el que más se señalaba por su vocación y espíritu, en términos de colocarse en breve á la cabeza de sus compañeros. Cuando el que esto escribe se dió de alta en esa Escuela, lo que sucedió en Enero de 70, quien mandaba á los alumnos, era Delgado. Tenía el colegio: Coronel, Teniente Coronel, dos Capitanes, cuatro Tenientes y un Subteniente. El Coronel estaba enfermo, el Teniente Coronel dedicado á los estudios dirigía á los profesores, cuidando las asignaturas; los Capitanes turnaban por semana, haciendo su cuartel, los Tenientes, daban cátedra, y el Subteniente estudiaba ya el final de

su carrera; quien manejaba su Compañía, (la 2ª), y mandaba en armas la 1ª era Delgado; la 1ª Compañía no tuvo sino después, Sargento 1º.

Delgado era muy joven, pero tan cumplido, enérgico y formal, que cuando aún no lograba hacerse querer, ya le temían; temíanle sus subordinados más que al Coronel, Teniente Coronel, Capitanes, Tenientes y Subteniente, juntos. Delgado allí, mandaba; mandaba, y mandaba, en el buen sentido de la frase, y sin que se apercibieran ellos, á sus superiores; lo que él mandaba eso se hacía. Delgado es hombre muy instruido, y sin ser un genio, es un carácter. Cuanto ha emprendido, ha realizado. A su energía que raya en regidez y á su actividad sin tregua, sobrepaja su perseverancia, rayana de la terquedad. Sus compañeros, ya lo dije, de Colegio, le temían; pero sin pasar por la gradación de afecto, frío, de estimación, familiaridad y largo trato, pasó aquel sentimiento de animadversión, injusta ó bien justificada, al de la idolatría, que sobre los suyos inspiran los que mandan; rudimentaria, permítase la frase; pero definida, comenzó á ejercer desde la Escuela, la fascinación de los caudillos.

Sus compañeros le advinaban ya desde el Colegio; pero además, él ha sido para ellos protector, amigo leal ó hermano por completo. Conserva él y abriga en toda su pureza, la ilusión militar de los cadetes, la ambición del que manda algo y el valor de arranque, arrebatado, de aquel que siendo Rey quería solo ser un húsar, por batirse.

Es esgrimista. Las condiciones y accidentes de carácter de él, y facultades de defensa y lucha por la vida, se sintetizan y reflejan á menor escala, en los salones de armas, cuando con espada en mano, campeón peligrosísimo disputa un triunfo ó sólo un botonazo. Tranquilo, inmóvil, sereno le vereis no separar del puño, espada y ojos de la posición de guardia, y ojos del contrario, sin dignarse erguir la espada de fintas, falsos ataques ó ataques poco rudos, ó no rápidos; pero le vereis de súbito, como relámpago, ganar un tiempo, un claro y terminar un golpe, en actitud artística de gladiador. Vereis luego, repetir ataques, engañar paradas, redoblar, desligar, ligar la espada, apuntar todos los claros, ganar el más pequeño, desprenderse, lanzarse como rayo, herir, volver en guardia, y dejar, antes de caer, sin armas al adversario.

Delgado es un buen maestro; tirador de los más fuertes; y, sin lugar á duda, (no se habla de la escuela) el de mejor estilo, de método mejor y en sala de armas elegante y muy correcto.

Como soldado, entre sus condiscípulos él es quien ha mostrado más fervor y apego á la carre-

ra. Como Ingeniero es entendidísimo, y como caballero y leal, es un antiguo.

Como amigo es invariable, y como soldado es Jefe de raro pundonor.

(De la Ilustración Mexicana.)

GENERAL Juan A. Hernández.

Si con escrupulosidad se pusiese la atención para haber de formar un album militar de figuras que sirvan de relieve á la historia guerrera del país, se hallarían muchas, muchas personalidades, que no sabemos por qué causa, como que parece que están envueltas en una penumbra con puntos de contacto del olvido.

Y eso no es justo, ni podrá serlo nunca; ¿por qué no descuelga un escritor militar, con bríos que faltan á nosotros, que magistralmente biografie á tanto bravo general afiliado á la sombra de la tricolor bandera del ejército mexicano?

Allí teneis si nó como una de aquellas figuras militares prominentes, al General Juan A. Hernández.

Allí lo teneis si nó, militar que en 1859; hace treinta y dos años, sentaba plaza de soldado de infantería en el primer Ligero de Tepic, y que, por rígnoso escalafón y después de variados triunfos y batallas, todos coronando su frente de inmarcesible gloria, ha llegado al grado envidiable de General.....

La cualidad característica del General Hernández es su asombrosa actividad. Podría decirse que ha vivido combatiendo: Ataca á las cinco de la mañana en el Cerro Blanco á una partida de sublevados, que derrota; han pasado cinco ó seis horas á lo más, brota todavía el sudor de su frente, cuando ya está atacando á otra en el "Zapote" y á otra en fin á las cuatro de la tarde en la cuesta del Moncado. Tres acciones en sólo un día! Pero no es esto no más lo que nos hace comprender en él una rara actividad; nó, si ésto no más fuera, sería aventurado de nuestra parte decir que ha vivido combatiendo. De una á otra de sus batallas, de uno á otro de sus combates ha mediado, en general, cortísimo intervalo. El 14 de Julio de 75 atacó á los sublevados que entonces había en el Estado de Michoacán, y los días 4, 5, 6 y 7 del mes siguiente, fué atacado á su vez por una fuerza, también de sublevados, compuesta de 600 hombres en la Hacienda del Sabino, que defendió y sostuvo con sólo 50; hazafia que le valió el ascenso á Teniente Coronel.

No es todavía la personalidad militar de quien

damos en estas líneas, algunos de sus datos militares, no es todavía un hombre viejo, tiene no más cuarenta y ocho años; pero sí es viejo militar, porque desde 1859, según ya dijimos cuando de edad tenía quince años, franqueando apenas el dintel de la pubertad, se alistó de simple soldado de infantería.

Como al empezar indicamos, su carrera de armas que es gloriosa por diversidad de circunstancias que no omitiremos señalar, lo es también porque ha avanzado en ella, llegando á la jerarquía honrosa de General, por graduada escala.

Después de servir en aquel primer empleo por sólo un mes y algunos días, fué ascendido á cabo; y con sobra de justicia, pues que el día mismo de su entrada al ejército, recibió su bautismo de sangre y fuego en la acción de los "Metates;" batiéndose pocos días después, el 23 y el 24 en la acción y defensa de la plaza de Tepic; cuarenta y ocho horas más tarde lo vemos pelear con arrojo en las "Lomas de los Metates." Asombraba ver aquel adolescente, en el ardor del combate, batirse con el valor y la sublime abnegación que sólo fueran propios de un veterano, de un General aguerrido que hiciese de la guerra, para él, una segunda naturaleza. No se habría sabido qué admirar más, si su valor y su entusiasmo ó si su entereza ó inquebrantable energía, refractaria al cansancio, en niño de tan pocos años! Combatió contra Lozada en Noviembre de 64 en la acción del Abal. Había llegado ya en esa época á sargento 1º de infantería y pasaban de una veintena sus batallas, encuentros ó acciones.

Al llegar á este punto de su hoja de servicios; punto que está considerado apenas en las primeras líneas, nos sentimos poseídos de consuelo porque es muy larga la distancia por recorrer; abundante aquel documento en servicios prestados y en acciones de guerra, no vamos á poder ceñirlos en este pequeño artículo; y lo que decir podemos, dentro de los límites de que disponemos, encomendado á nuestra torpe pluma, y ante la esplendente luz que irradia de sus triunfos la gloriosa carrera militar del General Juan Hernández, saldrá por fuerza falto de colorido y débil en la idea que haga formar á los lectores, de la personalidad militar, aunque sea fuerte en la intención.

No es un pequeño boceto de mal pintor donde cabrían y estarían bien los buenos rasgos característicos del ameritado General, ni en esta reseña, donde podríamos considerar todas las proezas realizadas, y todos los timbres de gloria de la figura que satisfactoriamente nos ocupa. Por eso se nos dispensará si á nuestro pesar dejamos en el tintero, una parte, sin duda la mayor, de sus he-

chos de armas; presentaremos á quien nos lea, los más culminantes; aquellos que sirven para formarle á un soldado buena y merecida reputación; y crea el General Hernández que lamentamos muy de veras, la deficiencia de nuestras aptitudes para biografíarle.

En lo que nos falta para concluir, no nos guiará un orden cronológico; no haremos mención de sus campañas y acciones de guerra, por el orden de las fechas en que éstas han sido; ¿para qué si en nada modificarían el objeto propuesto? y nos darían, sí, sumo trabajo, quedaríamos rendidos de fatiga porque son muchas; el General Hernández, si no lo hacemos, tiene la culpa por haber sido tan pródigo de su persona, y con ella, de su valor, en tantas y tantas escaramuzas, campañas y actos de guerra.

Se han visto las caras, él y el primer ejército del mundo. Combatió contra la Intervención y el llamado Imperio; en Diciembre de 64 estuvo, contra los franceses, en la batalla de San Pedro y en Noviembre del año siguiente en la Bayona y Acapulca contra fuerzas también, de aquel trono anémico y vacilante. Hizo por esos días un reconocimiento á las fortificaciones de Mazatlán, contra los franceses; y el 19, 20 y 21 de Marzo de 66 estaba en el sitio y toma de Villa de Unión en lucha contra los mismos invasores.

El 6 de Mayo y el 12 de Septiembre los batió en el rancho de los Callejones y en la Coronilla sucesivamente; y estuvo, por último, para haber de darle el golpe de gracia, en el sitio y toma de la plaza de Querétaro en 1867, cuando el infortunado Archiduque de Austria depuso su espada en manos del vencedor, General Mariano Escobedo.

Estuvo, portándose bizarramente, en la acción de «lo de Obejo,» cuando la campaña en los Estados de Jalisco, Tamaulipas y San Luis Potosí; y en aquella de Zacatecas, Durango y Chihuahua, se halló en la batalla de Matapulgas, en el encuentro y retirada á inmediaciones de lo de Ojuelos, en el cerro de la Bufa, batalla, patrimonio del General Rocha, héroe de ella; en el ataque y retirada del Fresnillo á Plateros, y en la batalla de Tabalopa á inmediaciones de Chihuahua. Era entonces Comandante de Escuadrón de Auxiliares.

Transcurridos algunos meses, pero durante los cuales no se sintió ocioso, sembrados ellos de triunfos para Hernández, concurrió al ataque dado en Cojumatlán al famoso cabecilla Apolonio Zamora, y á las cuatro de la tarde del mismo día atacó á otra partida de sublevados en el punto llamado «La Raya» y el 19 de Marzo de 1876, asistió, portándose con denuedo á la batalla de San

su carrera; quien manejaba su Compañía, (la 2ª), y mandaba en armas la 1ª era Delgado; la 1ª Compañía no tuvo sino después, Sargento 1º.

Delgado era muy joven, pero tan cumplido, enérgico y formal, que cuando aún no lograba hacerse querer, ya le temían; temíanle sus subordinados más que al Coronel, Teniente Coronel, Capitanes, Tenientes y Subteniente, juntos. Delgado allí, mandaba; mandaba, y mandaba, en el buen sentido de la frase, y sin que se apercibieran ellos, á sus superiores; lo que él mandaba eso se hacía. Delgado es hombre muy instruido, y sin ser un genio, es un carácter. Cuanto ha emprendido, ha realizado. A su energía que raya en regidez y á su actividad sin tregua, sobrepaja su perseverancia, rayana de la terquedad. Sus compañeros, ya lo dije, de Colegio, le temían; pero sin pasar por la gradación de afecto, frío, de estimación, familiaridad y largo trato, pasó aquel sentimiento de animadversión, injusta ó bien justificada, al de la idolatría, que sobre los suyos inspiran los que mandan; rudimentaria, permítase la frase; pero definida, comenzó á ejercer desde la Escuela, la fascinación de los caudillos.

Sus compañeros le advinaban ya desde el Colegio; pero además, él ha sido para ellos protector, amigo leal ó hermano por completo. Conserva él y abriga en toda su pureza, la ilusión militar de los cadetes, la ambición del que manda algo y el valor de arranque, arrebatado, de aquel que siendo Rey quería solo ser un húsar, por batirse.

Es esgrimista. Las condiciones y accidentes de carácter de él, y facultades de defensa y lucha por la vida, se sintetizan y reflejan á menor escala, en los salones de armas, cuando con espada en mano, campeón peligrosísimo disputa un triunfo ó sólo un botonazo. Tranquilo, inmóvil, sereno le vereis no separar del puño, espada y ojos de la posición de guardia, y ojos del contrario, sin dignarse erguir la espada de fintas, falsos ataques ó ataques poco rudos, ó no rápidos; pero le vereis de súbito, como relámpago, ganar un tiempo, un claro y terminar un golpe, en actitud artística de gladiador. Vereis luego, repetir ataques, engañar paradas, redoblar, desligar, ligar la espada, apuntar todos los claros, ganar el más pequeño, desprenderse, lanzarse como rayo, herir, volver en guardia, y dejar, antes de caer, sin armas al adversario.

Delgado es un buen maestro; tirador de los más fuertes; y, sin lugar á duda, (no se habla de la escuela) el de mejor estilo, de método mejor y en sala de armas elegante y muy correcto.

Como soldado, entre sus condiscípulos él es quien ha mostrado más fervor y apego á la carre-

ra. Como Ingeniero es entendidísimo, y como caballero y leal, es un antiguo.

Como amigo es invariable, y como soldado es Jefe de raro pundonor.

(De la Ilustración Mexicana.)

GENERAL Juan A. Hernández.

Si con escrupulosidad se pusiese la atención para haber de formar un album militar de figuras que sirvan de relieve á la historia guerrera del país, se hallarían muchas, muchas personalidades, que no sabemos por qué causa, como que parece que están envueltas en una penumbra con puntos de contacto del olvido.

Y eso no es justo, ni podrá serlo nunca; ¿por qué no descuelga un escritor militar, con bríos que faltan á nosotros, que magistralmente biografie á tanto bravo general afiliado á la sombra de la tricolor bandera del ejército mexicano?

Allí teneis si nó como una de aquellas figuras militares prominentes, al General Juan A. Hernández.

Allí lo teneis si nó, militar que en 1859; hace treinta y dos años, sentaba plaza de soldado de infantería en el primer Ligero de Tepic, y que, por rígnoso escalafón y después de variados triunfos y batallas, todos coronando su frente de inmarcesible gloria, ha llegado al grado envidiable de General.....

La cualidad característica del General Hernández es su asombrosa actividad. Podría decirse que ha vivido combatiendo: Ataca á las cinco de la mañana en el Cerro Blanco á una partida de sublevados, que derrota; han pasado cinco ó seis horas á lo más, brota todavía el sudor de su frente, cuando ya está atacando á otra en el "Zapote" y á otra en fin á las cuatro de la tarde en la cuesta del Moncado. Tres acciones en sólo un día! Pero no es esto no más lo que nos hace comprender en él una rara actividad; nó, si ésto no más fuera, sería aventurado de nuestra parte decir que ha vivido combatiendo. De una á otra de sus batallas, de uno á otro de sus combates ha mediado, en general, cortísimo intervalo. El 14 de Julio de 75 atacó á los sublevados que entonces había en el Estado de Michoacán, y los días 4, 5, 6 y 7 del mes siguiente, fué atacado á su vez por una fuerza, también de sublevados, compuesta de 600 hombres en la Hacienda del Sabino, que defendió y sostuvo con sólo 50; hazafia que le valió el ascenso á Teniente Coronel.

No es todavía la personalidad militar de quien

damos en estas líneas, algunos de sus datos militares, no es todavía un hombre viejo, tiene no más cuarenta y ocho años; pero sí es viejo militar, porque desde 1859, según ya dijimos cuando de edad tenía quince años, franqueando apenas el dintel de la pubertad, se alistó de simple soldado de infantería.

Como al empezar indicamos, su carrera de armas que es gloriosa por diversidad de circunstancias que no omitiremos señalar, lo es también porque ha avanzado en ella, llegando á la jerarquía honrosa de General, por graduada escala.

Después de servir en aquel primer empleo por sólo un mes y algunos días, fué ascendido á cabo; y con sobra de justicia, pues que el día mismo de su entrada al ejército, recibió su bautismo de sangre y fuego en la acción de los "Metates;" batiéndose pocos días después, el 23 y el 24 en la acción y defensa de la plaza de Tepic; cuarenta y ocho horas más tarde lo vemos pelear con arrojo en las "Lomas de los Metates." Asombraba ver aquel adolescente, en el ardor del combate, batirse con el valor y la sublime abnegación que sólo fueran propios de un veterano, de un General aguerrido que hiciese de la guerra, para él, una segunda naturaleza. No se habría sabido qué admirar más, si su valor y su entusiasmo ó si su entereza ó inquebrantable energía, refractaria al cansancio, en niño de tan pocos años! Combatió contra Lozada en Noviembre de 64 en la acción del Abal. Había llegado ya en esa época á sargento 1º de infantería y pasaban de una veintena sus batallas, encuentros ó acciones.

Al llegar á este punto de su hoja de servicios; punto que está considerado apenas en las primeras líneas, nos sentimos poseídos de consuelo porque es muy larga la distancia por recorrer; abundante aquel documento en servicios prestados y en acciones de guerra, no vamos á poder ceñirlos en este pequeño artículo; y lo que decir podemos, dentro de los límites de que disponemos, encomendado á nuestra torpe pluma, y ante la esplendente luz que irradia de sus triunfos la gloriosa carrera militar del General Juan Hernández, saldrá por fuerza falto de colorido y débil en la idea que haga formar á los lectores, de la personalidad militar, aunque sea fuerte en la intención.

No es un pequeño boceto de mal pintor donde cabrían y estarían bien los buenos rasgos característicos del ameritado General, ni en esta reseña, donde podríamos considerar todas las proezas realizadas, y todos los timbres de gloria de la figura que satisfactoriamente nos ocupa. Por eso se nos dispensará si á nuestro pesar dejamos en el tintero, una parte, sin duda la mayor, de sus he-

chos de armas; presentaremos á quien nos lea, los más culminantes; aquellos que sirven para formarle á un soldado buena y merecida reputación; y crea el General Hernández que lamentamos muy de veras, la deficiencia de nuestras aptitudes para biografíarle.

En lo que nos falta para concluir, no nos guiará un orden cronológico; no haremos mención de sus campañas y acciones de guerra, por el orden de las fechas en que éstas han sido; ¿para qué si en nada modificarían el objeto propuesto? y nos darían, sí, sumo trabajo, quedaríamos rendidos de fatiga porque son muchas; el General Hernández, si no lo hacemos, tiene la culpa por haber sido tan pródigo de su persona, y con ella, de su valor, en tantas y tantas escaramuzas, campañas y actos de guerra.

Se han visto las caras, él y el primer ejército del mundo. Combatió contra la Intervención y el llamado Imperio; en Diciembre de 64 estuvo, contra los franceses, en la batalla de San Pedro y en Noviembre del año siguiente en la Bayona y Acapulca contra fuerzas también, de aquel trono anémico y vacilante. Hizo por esos días un reconocimiento á las fortificaciones de Mazatlán, contra los franceses; y el 19, 20 y 21 de Marzo de 66 estaba en el sitio y toma de Villa de Unión en lucha contra los mismos invasores.

El 6 de Mayo y el 12 de Septiembre los batió en el rancho de los Callejones y en la Coronilla sucesivamente; y estuvo, por último, para haber de darle el golpe de gracia, en el sitio y toma de la plaza de Querétaro en 1867, cuando el infortunado Archiduque de Austria depuso su espada en manos del vencedor, General Mariano Escobedo.

Estuvo, portándose bizarramente, en la acción de «lo de Obejo,» cuando la campaña en los Estados de Jalisco, Tamaulipas y San Luis Potosí; y en aquella de Zacatecas, Durango y Chihuahua, se halló en la batalla de Matapulgas, en el encuentro y retirada á inmediaciones de lo de Ojuelos, en el cerro de la Bufa, batalla, patrimonio del General Rocha, heroe de ella; en el ataque y retirada del Fresnillo á Plateros, y en la batalla de Tabalopa á inmediaciones de Chihuahua.

Era entonces Comandante de Escuadrón de Auxiliares.

Transcurridos algunos meses, pero durante los cuales no se sintió ocioso, sembrados ellos de triunfos para Hernández, concurrió al ataque dado en Cojumatlán al famoso cabecilla Apolonio Zamora, y á las cuatro de la tarde del mismo día atacó á otra partida de sublevados en el punto llamado «La Raya» y el 19 de Marzo de 1876, asistió, portándose con denuedo á la batalla de San

Pedro, y algunos días después á la de San Juan (Sierra del Tigre.)

El 15 de Febrero en el rancho de los Pederuales, el 25 en la hacienda de la Capilla, el 26 en el Cerro de Buenavista. Tres acciones en sólo diez días! Y no descansa aquí; sino que el 6 de Marzo del propio año está en varios combates parciales sobre el camino de Tepic á Compostela y Cerro de Cuantepec.

El folletista tiene horizonte donde espaciar el vuelo, que no cuenta el que escribe en un periódico; por eso que, siendo nosotros de esos últimos, vamos, como pasando no más que encima, á concluir sobre los méritos del valiente é ilustre General; y lo sentimos, porque tiene rasgos sobre los que de buena gana quisiéramos detenernos, pero detenernos muy profundamente.

El 31 de Mayo de 1885, cuando se hacía la guerra á las tribus del Yaqui y Mayo tuvo un encuentro en el «Barranco Colorado», y en los días 5, 11, 12, 14, 16, 20 y 28 del propio mes en Fecatari, en Otoncahue y ataque á las fortificaciones del Añil; encuentro en el río frente al pueblo del Vicán y combate en el Qaebene; y otros cien.....

Pero que ¿no nos basta ya lo dicho para que se reconozca en Juan Hernández un ameritado General?

¿Habremos todavía que detenernos en decir más? ¿No nos será suficiente lo escrito y consignar en fin, para terminar, que el 26 de Septiembre del año aquel, en el punto del Bacaleté atacó el grueso de los sublevados con el cabecilla Jáqueme á la cabeza, haciéndoles 300 prisioneros de ambos sexos y de todas edades! Es bastante, creemos, para dejar justificado que la personalidad militar del Sr. Hernández, así como sus gloriosos hechos de armas, son dignos por abundancia de conceptos, de ser publicados.

En Mayo de 1889, de nuevo en la campaña emprendida contra los sublevados de los ríos Yaqui y Mayo, quedó nombrado por el cuartel general de la 1ª Zona Militar, Jefe de la línea del Valle que circumbala una parte de la Sierra de Bacaleté, y en Abril de 1890, por disposición del General en Jefe, fué nombrado Jefe de las operaciones emprendidas sobre la Sierra, con tres columnas de 200 hombres cada una y á las órdenes respectivamente de los Coroneles Agustín García Hernández, Jefe actual del 12º Batallón, Lorenzo Torres Jefe del 6º y Lauro Villar Jefe del 24º. El 12 del mismo mes emprendió su marcha para el cañón del Alamo y en el punto llamado «Las Cuevas», batió un campamento del enemigo y lo dispersó quitándole todas sus provisiones. El mismo día encontró al enemigo en el Aguaje del Alamo,

en donde le batió y dispersó. El 20, cuando las columnas de García Hernández y de Villar atacaban en una ventajosa posición del enemigo conocida con el nombre de «Los Bancos», llegó Juan Hernández á las 7 y 30 con la 3ª columna, lo que hizo que el enemigo quedase derrotado en sus posiciones.

Es Jefe actual en Guaymas del 11º Regimiento de caballería permanente.

El fragmento siguiente de una carta que alguna vez se nos dirigió, dá idea del respeto y admiración que el General Hernández inspira á sus subordinados:

«Con ansia he esperado el número en que viniera la biografía del General Hernández, porque como es sabido, es él un Jefe ameritado bajo todos conceptos que ha prestado y presta aun importantes servicios á la Nación, y que, como carrera, la suya es muy digna de encomio, pues cuenta el prestigio no común de haber comenzado desde soldado raso. Hay Jefes de mayor jerarquía que hablan muy alto en favor de la persona á que me refiero, no haciendo con ello más que justicia á sus méritos; uno de aquellos, que me permito citar, es el Sr. General Sóstenes Rocha quien conoce á fondo la vida militar del General Hernández.»

«Al conocer con anterioridad pequeños antecedentes de él; admiré por ellos solos, sus aptitudes y glorias, y ambicioné militar bajo sus órdenes. Estoy contento de haberlo logrado.»

OCTAVIO MANCERA.

(De la Ilustración Mexicana.)

GENERAL JESUS ALONSO FLORES.

PERFIL

Posee vd. mi General, una figura, que, sin desagravar del todo al otro sexo, es arrogantemente militar y fiera.

Su presencia de vd. es obligada en los actos todos del servicio, pero especialmente en aquellos en que un alarde militar exige que nuestra brillante tropa luzca su elegante arreo y sus facultades bélicas. Se le descubre á vd. entonces frente á su Brigada y División algunas veces, dejando ver por sobre el río de acero de las bayonetas y el erizado grupo de los ayudantes, su blanquecino, militar mostacho y su condecorado pecho.

Cualquiera al verle á vd. por primera vez creería, que no había sido vd. educado, sino exclusivamente en las paradas, y quien así pensara, se equivocaría de medio á medio, porque en los cuarenta

y tantos años que de servicios tien vd.—que no son pocos—cuenta encuentros de vanguardia, tiroteos, ataques y defensas, sitios y defensas contra cercos; comisiones en campaña, expediciones y campañas por entero, en número tal, que me propongo hacer un cómputo de los lances de armas de que vd. fué actor, y sorprenderlo, ni más ni menos que á vd. mismo, comprobándole que sobrepujan éstos en su número á los meses de los cuarenta susodichos años de su militar carrera.

Decíame alguna vez el General Sóstenes Rocha, con la sobriedad genial en él, cuando hace elogios, que vd. es un «Buen Oficial.» Pero referíame también alguno otro General de grande nota; como vd., aquel á quien le fué confiada la custodia desde Monterrey á la frontera extrema Norte, de los Supremos Poderes de la Nación, y la cual hizo con bizarro empeño, tenía mil otros actos de militar heroísmo!

Contóme, cómo, por ejemplo, siendo sólo Capitán vd. en la batalla de «Loma Alta», dada por el General Uraga contra la 1ª División del Ejército reaccionario, que mandaba el General Díaz de la Vega, pundonoroso y habilísimo campeón de los contrarios, que quedó prisionero en esa jornada; contóme, cómo, digo, proyectado vd. con una compañía, sobre el costado del cuadro último y en el cual rompió, logró vd. en persona arrebatarle al Porta, la bandera de su Cuerpo que era el de Carabineros del Ejército. Cubierto vd. de gloria, por su singular arrojo, y el señalado acto de guerra que logró vd. realizar, volvió á su línea conduciendo aquel trofeo, y para unirlos al carro de triunfo de la República, considerable número de prisioneros.

No necesitaba vd. ni el militar más exigente, para su reputación y fama, de más hechos; pero desposado vd. con esa enseña que sustituyó á la del «1er. Ligero», perdida en San Joaquín, con el equipaje de Antillón; desposado vd. con su bandera, la siguió en muchos combates; se encerró con ella en Puebla desde el 6 de Mayo de 1860, hasta el 17 de Mayo 1863, en que gloriosamente rotas nuestras armas, y en que, sin estipulación y ni pacto con los extranjeros se les dejó ocupar la plaza. Guardó vd. en su pecho, bajo su ropa militar esa bandera, la tuvo vd. en su prisión, logró fugarse vd. llevándola consigo, y en los primeros días de Junio del mismo año, organizaba vd. en Guanajuato, un Batallón que fué el 3º. La bandera de «Carabineros», quedó siendo su bandera. De triunfo en triunfo, y hasta Matshuala, envuelta por el humo, y nuncio de victoria tremoló orgulloso en los combates... Ealtó allí la fortuna á nuestras armas; su derrota fué completa pero la bandera fué

salvada: conservóla vd. consigo en la desgracia hasta Saltillo. Incorporado allí con el Gobierno, se le mandó á vd. organizar un Batallón llamado «Zaragoza.» Bajo advocación de un nombre que por sí sólo era bandera, la de Carabineros renovó sus timbres y entre luz de fuego, sacudió sus alas su águila en Majoma.

Después de esta batalla, y en Chihuahua, se le dió al Batallón de «Zaragoza» la denominación de «Cazadores.»

Jefe vd. de una Brigada, de la que, «Cazadores» formó parte; expedicionó hasta Matamoros. Mandaba en jefe el General Negrete. Con su cuerpo de Ejército atravesó este General por el Desierto, en su excursión de Matamoros á Chihuahua. Como la de Napoleón, el águila de la bandera, guiaba en el camino y en doble cielo de los espejismos, retrató su luz, su pluma y sus colores.

No se atrevieron los franceses á seguir allí á aquellos soldados negros por el sol, de fauces secas y por abrasador aliento, eunegredcidos; no se atrevieron á seguir á esos soldados, siempre envueltos por el arenisco polvo del desierto alzado por los huracanes, en oleaje como el de la mar; ni á reproducir allí los africanos triunfos del Desierto, Egipto, Pirámides y Cairo.

Pasó el Desierto el Batallón, y le repasó; volvió á pasarlo casi sólo, formando parte de una Brigadita que con el Batallón de «Zapadores», formaban en conjunto. Mandaba «Zapadores» el valiente General. Teniente Coronel entonces, D. Vicente Mariscal, á cuya amistad y honrosísima memoria le consagro aquí mi tributo. Mandaba la Brigada el General Francisco Aguirre, quien le dejó en «Cuatro Ciénegas», para servir de pie veterano del Ejército del Norte que comenzó formándose por ella. Constituido aquel, quedó vd., General, mandando una Brigada; y la bandera de «Carabineros», del «Primer Ligero», del Batallón «Zaragoza» y del de «Cazadores», fué reemplazado por la que, del General Escobedo, recibió el ameritado Batallón, de todos estos nombres y el que en la actualidad bajo las órdenes del pundonoroso General Guadalupe López se denomina «20 Batallón.»

La bandera arrebatada por vd. del cuadro es conservada como reliquia por el General Escobedo. Entre los trofeos de gloria, del grande hombre, está esa enseña. Le recuerda las dos guerras de titanes de Intervención y de Reforma.

La bandera, pues, pasó al Santuario.

El caudillo fronterizo, vencedor de reyes, vencedor de nuestra raza, habita en la inmortalidad y en cuanto á vd., pertenece aún, á la Patria.

Por la escala de la gloria sé que ha ascendido vd. estos peldaños.

Batallas: Salamanca, Ahualulco, Puente de Tololotlán, San Joaquín y Calamanda; Estancia de las Vacas, Loma Alta, Silao, Orizaba, Defensa de Puebla, ataques á Matamoros. Más batallas: Doctor Arroyo y Santa Gertudis, y Campañas; de Zichú, Durango, Nuevo León y Tamaulipas, Michoacán y Huasteca Veracruzana.

Creo con ésto, General, haber mostrado á vd. el busto y llamado su atención acerca de las proporciones, el conjunto y los tamaños, para probarle que son justos. Por lo que á parecido pueda importar, no es á vd. á quien consulto, sino á los visitantes de mi galería, y serán ellos los que digan si los rasgos fisonómicos de vd., quedaron sorprendidos y estampados bien sobre el esbozo y á ellos hablo:

—El Sr. General Flores, comprende y habla todos los idiomas.

No me consta que gramaticalmente los conozca, ni que, como Roque Barcia, los posea por raíces; pero sí me consta que cuando he tenido la honra de ofrecerle una copita, me responde *passionately*, lo he oído hablar también el Italiano, el Griego, el Arabe, el Inglés (pocas frases de cada uno); pero el ruso sí completo. Recuerdo, hasta que, llegó á fundar el Club de «Moscovitas.» Por más que ésto nada pruebe.

No habla el General, jamás de sus combates. Pero, salvo en lo de esta enfermedad endémica é incurable de los militares viejos, en lo demás el General Alonso Flores es como los de sangre pura: jovial, alegre, decididor y franco.

Caballeroso hombre de honor, es buen testigo en lances serios.

De esa prueba suprema; de esa tentación irresistible para muchos, las que, la Intervención y el Gobierno de Maximiliano marcaron en la frente á los desleales; de esa prueba, digo, salió ileso el General.

El General Flores, es, inmaculado.

Le admiro muchas prendas y le envidio algunos actos: el de la bandera; los de sus heridas, el de su esforzada marcha á campo de desierto..... muchos; pero ninguno, ni en ocasión ninguna tanto, como cuando le ví mandando la columna, que en Ecatepec hizo los honores á la memoria y monumentos del Generalísimo Morelos, Redentor y primer Presidente de la República de México.

(De la *Ilustración Mexicana*.)

GENERAL D. Gaspar Sánchez Ochoa.

No hay retrato á la pluma que sea tan facil de hacer, como el de este antiguo soldado.

Su fisonomía es sólo una. Su continente es siempre militar. Sus hechos militares son los únicos rasgos de su vida. La perfilan. Sólo tuvo un entusiasmo, un arranque y un amor: fué todo esto por la Patria. Abrazó la causa de ésta siendo un niño con la inquebrantable fe de un cruzado.

Cuando joven fué ya un heroe y siendo joven fué General.

No se encuentran ya en nuestros días carreras militares tan brillantes y tan rápidamente hechas como las de los soldados de la Reforma; *pero en la guerra se envejece pronto: los Generales los hace la victoria.*

Natural es que hoy que no hay arena sobre que alcanzar victorias no se encuentren jóvenes envejecidos, caldeados por la guerra y ungidos por la victoria; cada uno de los hechos de armas de Sánchez Ochoa, consignados en su hoja de servicios, concisa y sóbriamente señalados como con buril en lámina de oro, con la rigidez y el corte severo de un bordado de hojas de laurel, serían, serían y han sido asunto y argumento de novela, de historia y de romance. San Javier, Pitimíní, El Fuerte de Ingenieros, San Agustín, imperecedero teatro de las glorias patrias y donde, como á virtud de un *fiat* y como de un cosmos de luz se conformaron astros, recuerdan aún con noble orgullo al bizarro adolescente que entre los escombros de la demolición á veces, y con el quepí al viento en otras y vitoreando á México, seguía corriendo tras las bombas que rodaban á las plantas de grupo de valientes, entre los que como siempre, se encontraba Rocha.

«La Cordeliere» en Mazatlán, moralmente es algo tan increíble y estupendo como reto hecho á los dioses, como demencias de Orlando. La defensa á Matehuala de 400 contra 2,000 cuya terquedad cuenta por meses, evidentemente prueba que la saguntina, numantina y gloriosa sangre de los Buenos mereció correr unida, fundida en una y abrasada en fuego, por las venas de los Cuahutemoc.

Sánchez Ochoa es un chafado á la antigua; desposado eterno de un ideal, cree en él y adora en la Patria.

Abrazó las armas como quien profesa un voto, y como conservando, como cumpliendo la pureza antigua de las ordenanzas reales, se conserva célibe.

La paz para él es ostracismo de la guerra. Den-

tro de ésta y fuera de ella, fué implacable camorrista. Los interminables descansos de la paz los consagraba al duelo.

Se ejerció por mucho tiempo en este singular combate de los siglos medios..... Sus costumbres de hoy son ya distintas: habita él solo en un cuarto de Iturbide que tiene vista al Oriente; no se sabe en qué emplea el tiempo desde que la luz comienza á meterse hasta el amanecer del otro día, pero al romper el alba monta á caballo,—visitaba antiguamente, ahora ya no, el Colegio de Chapultepec por el que tenía pasión y cariño—recorre hoy galopando la Reforma y campo traviesa; desayuna á las nueve, entra á Palacio, se encierra en un despacho de cristales apagados (que irremisiblemente se hace construir) da su acuerdo, echa sus firmas, revisa, opina, estudia y de vez en cuando conversa; á la una de la tarde se retira y va á comer,—siempre á Iturbide,—su paladar se amolda á la sazón y estilo de los hosteleros que como sinapismos van cambiándose y traspasan el viejo Restaurant; reposa la comida, se dirige á casa de Sarre, platica con él hasta que comienza á caer la tarde y se encierra en compañía de él solo, en el cuarto del Hotel; viste siempre paño azul, intriga con su sastre para transgredir la moda é imprimir dibujo y corte militar á las prendas de su ropa; si la ordenanza entorna los ojos, si se descuida un punto vereis al General plantarse la faja sobre su chaleco (me parece que ahora ya no) el quepí festoneado de laureles, acicates, y en levita de paisano—azul oscuro—botones de oro más brillantes que libras esterlinas ó que las onzas de ese metal.

No concurre nunca á banquetes, es sobrio, conducta irreprochable y muy cabal y hombre de honor.

(De la *Ilustración Mexicana*.)

SEÑOR GENERAL

Ignacio Escudero.

El Gral. Escudero, que es un hombre afabilísimo y de flexible y amplio talento, es además, no sólo buen militar, conocedor del ramo y hombre de combate, sino ciudadano distinguido, buen padre de familia, buen esposo y buen amigo.

Su carrera militar empieza en época distante, y su primera clase fué la de sargento; desde ella y con singular empuje, denuedo y patriotismo ha llegado á la última en que se encuentra, de Oficial Mayor de Guerra.—Subsecretario del Ramo—y sin que en su hoja de servicios falten ó escaseen combates y deje de encontrarse alguna vez acciones distinguidas; rayana alguna de ellas, del heroísmo.

Sus combates con Miramón y con Martínez; su retirada con Vidaurri y la salvación del Sr. Juárez á él debida, serían bastante cosa para dar reputación á un hombre de guerra, y acreditar de bueno á todo soldado.

El General, es escritor: escribió ha no mucho tiempo la biografía del Presidente, y es autor de las Memorias últimas de Guerra, de los últimos toques dados á algunas obras reglamentarias militares, y de muy buenos artículos, reputados tales, por los técnicos.

Su literatura es fácil y florida y como la francesa, trata en serio lo ligero; y ligeramente lo formal.

Desde Comandante (diríase ahora Mayor) sus ascensos los ganó y obtuvo sobre el campo. No es soldado de salón; pero su especialidad está en el gabinete. Con el mapa, el telégrafo y con su memoria; su memoria prodigiosa, es cuestión, y nada más que, de minutos una campaña.

Cuando se ocupó la prensa de la Capital, y no la prensa, sino el telégrafo del público, de la aparición por la Frontera, de unos sublevados, bandoleros, qué se yo; del revoltoso Garza; cuando aquí se supo, digo, se sabía en el Ministerio, se tenía noticia, y se tenían los partes de la dispersión y puesta en fuga; de la repasada ya del «Bravo» de los insurrectos.

Se acabó una caballada; pero desde que apareció un bandido en la frontera hasta que arrojados, batidos, acosados, se precipitaron al Río Bravo todos ellos, los pocos que quedaron, no dió punto de reposo, ni bajó un instante de la silla soldado alguno de la zona.

Salvo el General Porfirio Díaz, que en este género de guerra, la del mapa, es incomparable; el General Manuel González, y el Sr. General Rocha, nosotros no conocemos, uno que á Escudero sobrepuje.

De Jefferson se dice que cuando no podía coser ya sus zapatos, guardó sus útiles como reliquia, y se complacía mirándolos, en recordar sus tiempos de hombre, en los que no se sentía aún estremecido por la inspiración y el genio.

Como el autor del puente sobre el Támesis, nuestro General conserva en casa y en su gabinete, los utensilios de la *limpia*, de sus buenos tiempos de soldado.

Algunos subscriptores que no remitieron sus APUNTAMIENTOS NI RETRATOS.

Cuando nuestros agentes recorrieron casi toda la República en demanda de subscripciones, re-

Batallas: Salamanca, Ahualuleo, Puente de Tololotlán, San Joaquín y Calamanda; Estancia de las Vacas, Loma Alta, Silao, Orizaba, Defensa de Puebla, ataques á Matamoros. Más batallas: Doctor Arroyo y Santa Gertudis, y Campañas; de Zichú, Durango, Nuevo León y Tamaulipas, Michoacán y Huasteca Veracruzana.

Creo con ésto, General, haber mostrado á vd. el busto y llamado su atención acerca de las proporciones, el conjunto y los tamaños, para probarle que son justos. Por lo que á parecido pueda importar, no es á vd. á quien consulto, sino á los visitantes de mi galería, y serán ellos los que digan si los rasgos fisonómicos de vd., quedaron sorprendidos y estampados bien sobre el esbozo y á ellos hablo:

—El Sr. General Flores, comprende y habla todos los idiomas.

No me consta que gramaticalmente los conozca, ni que, como Roque Barcia, los posea por raíces; pero sí me consta que cuando he tenido la honra de ofrecerle una copita, me responde *pas oncere*, lo he oído hablar también el Italiano, el Griego, el Arabe, el Inglés (pocas frases de cada uno); pero el ruso sí completo. Recuerdo, hasta que, llegó á fundar el Club de «Moscovitas.» Por más que ésto nada pruebe.

No habla el General, jamás de sus combates. Pero, salvo en lo de esta enfermedad endémica é incurable de los militares viejos, en lo demás el General Alonso Flores es como los de sangre pura: jovial, alegre, decididor y franco.

Caballeroso hombre de honor, es buen testigo en lances serios.

De esa prueba suprema; de esa tentación irresistible para muchos, las que, la Intervención y el Gobierno de Maximiliano marcaron en la frente á los desleales; de esa prueba, digo, salió ileso el General.

El General Flores, es, inmaculado.

Le admiro muchas prendas y le envidio algunos actos: el de la bandera; los de sus heridas, el de su esforzada marcha á campo de desierto..... muchos; pero ninguno, ni en ocasión ninguna tanto, como cuando le ví mandando la columna, que en Ecatepec hizo los honores á la memoria y monumentos del Generalísimo Morelos, Redentor y primer Presidente de la República de México.

(De la *Ilustración Mexicana*.)

GENERAL D. Gaspar Sánchez Ochoa.

No hay retrato á la pluma que sea tan facil de hacer, como el de este antiguo soldado.

Su fisonomía es sólo una. Su continente es siempre militar. Sus hechos militares son los únicos rasgos de su vida. La perfilan. Sólo tuvo un entusiasmo, un arranque y un amor: fué todo esto por la Patria. Abrazó la causa de ésta siendo un niño con la inquebrantable fe de un cruzado.

Cuando joven fué ya un heroe y siendo joven fué General.

No se encuentran ya en nuestros días carreras militares tan brillantes y tan rápidamente hechas como las de los soldados de la Reforma; *pero en la guerra se envejece pronto: los Generales los hace la victoria.*

Natural es que hoy que no hay arena sobre que alcanzar victorias no se encuentren jóvenes envejecidos, caldeados por la guerra y ungidos por la victoria; cada uno de los hechos de armas de Sánchez Ochoa, consignados en su hoja de servicios, concisa y sóbriamente señalados como con buril en lámina de oro, con la rigidez y el corte severo de un bordado de hojas de laurel, serían, serían y han sido asunto y argumento de novela, de historia y de romance. San Javier, Pitimíní, El Fuerte de Ingenieros, San Agustín, imperecedero teatro de las glorias patrias y donde, como á virtud de un *fiat* y como de un cosmos de luz se conformaron astros, recuerdan aún con noble orgullo al bizarro adolescente que entre los escombros de la demolición á veces, y con el quepi al viento en otras y vitoreando á México, seguía corriendo tras las bombas que rodaban á las plantas de grupo de valientes, entre los que como siempre, se encontraba Rocha.

«La Cordeliere» en Mazatlán, moralmente es algo tan increíble y estupendo como reto hecho á los dioses, como demencias de Orlando. La defensa á Matehuala de 400 contra 2,000 cuya terquedad cuenta por meses, evidentemente prueba que la saguntina, numantina y gloriosa sangre de los Buenos mereció correr unida, fundida en una y abrasada en fuego, por las venas de los Cuahutemoc.

Sánchez Ochoa es un chafado á la antigua; desposado eterno de un ideal, cree en él y adora en la Patria.

Abrazó las armas como quien profesa un voto, y como conservando, como cumpliendo la pureza antigua de las ordenanzas reales, se conserva célibe.

La paz para él es ostracismo de la guerra. Den-

tro de ésta y fuera de ella, fué implacable camorrista. Los interminables descansos de la paz los consagraba al duelo.

Se ejerció por mucho tiempo en este singular combate de los siglos medios..... Sus costumbres de hoy son ya distintas: habita él solo en un cuarto de Iturbide que tiene vista al Oriente; no se sabe en qué emplea el tiempo desde que la luz comienza á meterse hasta el amanecer del otro día, pero al romper el alba monta á caballo,—visitaba antiguamente, ahora ya no, el Colegio de Chapultepec por el que tenía pasión y cariño—recorre hoy galopando la Reforma y campo traviesa; desayuna á las nueve, entra á Palacio, se encierra en un despacho de cristales apagados (que irremisiblemente se hace construir) da su acuerdo, echa sus firmas, revisa, opina, estudia y de vez en cuando conversa; á la una de la tarde se retira y va á comer,—siempre á Iturbide,—su paladar se amolda á la sazón y estilo de los hosteleros que como sinapismos van cambiándose y traspasan el viejo Restaurant; reposa la comida, se dirige á casa de Sarre, platica con él hasta que comienza á caer la tarde y se encierra en compañía de él solo, en el cuarto del Hotel; viste siempre paño azul, intriga con su sastre para transgredir la moda é imprimir dibujo y corte militar á las prendas de su ropa; si la ordenanza entorna los ojos, si se descuida un punto vereis al General plantarse la faja sobre su chaleco (me parece que ahora ya no) el quepi festoneado de laureles, acicates, y en levita de paisano—azul oscuro—botones de oro más brillantes que libras esterlinas ó que las onzas de ese metal.

No concurre nunca á banquetes, es sobrio, conducta irreprochable y muy cabal y hombre de honor.

(De la *Ilustración Mexicana*.)

SEÑOR GENERAL

Ignacio Escudero.

El Gral. Escudero, que es un hombre afabilísimo y de flexible y amplio talento, es además, no sólo buen militar, conocedor del ramo y hombre de combate, sino ciudadano distinguido, buen padre de familia, buen esposo y buen amigo.

Su carrera militar empieza en época distante, y su primera clase fué la de sargento; desde ella y con singular empuje, denuedo y patriotismo ha llegado á la última en que se encuentra, de Oficial Mayor de Guerra.—Subsecretario del Ramo—y sin que en su hoja de servicios falten ó escaseen combates y deje de encontrarse alguna vez acciones distinguidas; rayana alguna de ellas, del heroísmo.

Sus combates con Miramón y con Martínez; su retirada con Vidaurri y la salvación del Sr. Juárez á él debida, serían bastante cosa para dar reputación á un hombre de guerra, y acreditar de bueno á todo soldado.

El General, es escritor: escribió ha no mucho tiempo la biografía del Presidente, y es autor de las Memorias últimas de Guerra, de los últimos toques dados á algunas obras reglamentarias militares, y de muy buenos artículos, reputados tales, por los técnicos.

Su literatura es fácil y florida y como la francesa, trata en serio lo ligero; y ligeramente lo formal.

Desde Comandante (diríase ahora Mayor) sus ascensos los ganó y obtuvo sobre el campo. No es soldado de salón; pero su especialidad está en el gabinete. Con el mapa, el telégrafo y con su memoria; su memoria prodigiosa, es cuestión, y nada más que, de minutos una campaña.

Cuando se ocupó la prensa de la Capital, y no la prensa, sino el telégrafo del público, de la aparición por la Frontera, de unos sublevados, bandoleros, qué se yo; del revoltoso Garza; cuando aquí se supo, digo, se sabía en el Ministerio, se tenía noticia, y se tenían los partes de la dispersión y puesta en fuga; de la repasada ya del «Bravo» de los insurrectos.

Se acabó una caballada; pero desde que apareció un bandido en la frontera hasta que arrojados, batidos, acosados, se precipitaron al Río Bravo todos ellos, los pocos que quedaron, no dió punto de reposo, ni bajó un instante de la silla soldado alguno de la zona.

Salvo el General Porfirio Díaz, que en este género de guerra, la del mapa, es incomparable; el General Manuel González, y el Sr. General Rocha, nosotros no conocemos, uno que á Escudero sobrepuje.

De Jefferson se dice que cuando no podía coser ya sus zapatos, guardó sus útiles como reliquia, y se complacía mirándolos, en recordar sus tiempos de hombre, en los que no se sentía aún estremecido por la inspiración y el genio.

Como el autor del puente sobre el Támesis, nuestro General conserva en casa y en su gabinete, los utensilios de la *limpia*, de sus buenos tiempos de soldado.

Algunos subscriptores que no remitieron sus APUNTAMIENTOS NI RETRATOS.

Cuando nuestros agentes recorrieron casi toda la República en demanda de subscripciones, re-

